LA PUERTA DEL CAOS 2 – LA USURPADORA
LOUISE COOPER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Jane Johnson,
con mi agradecimiento por tanta ayuda,
entusiasmo y amistad.

Librodot

CAPITULO 1

—¡Caballeros, caballeros! —Koord Alborn golpeó con todas sus fuerzas la barra del bar con su jarra de peltre, al tiempo que gritaba para imponerse a la barahúnda de charlas y risas que inundaba el bodegón lleno de humo. Nadie le hizo caso, de forma que volvió a intentarlo, esta vez con el tono rugiente que empleaba para expulsar a los últimos y más reacios incondicionales antes de cerrar las puertas del bar por la noche.

—¡Caballeros!

El ruido cedió, se volvieron algunas cabezas y Koord, desde su precaria posición sentado sobre el mostrador, volvió a golpear con la jarra hasta captar por fin la atención de todos los juerguistas.

—¡Caballeros! ¡Y damas! —Hizo un expansivo ademán; goterones de cerveza surcaron la sala y alguien lanzó un alegre juramento. Koord sonrió. Había alcanzado ese punto placentero en el que estaba lo bastante borracho para desinhibirse, y lo bastante sobrio para controlar su cerebro y su lengua—. Buenos amigos. Buenos amigos todos.

Una mujer que lucía un llamativo vestido verde, los labios pintados de escarlata y el cabello envuelto en una redecilla sembrada de lentejuelas baratas, hizo un ruido grosero, y se oyeron más risas estridentes. Cuando disminuyeron, Koord se lanzó a pronunciar su discurso.

—¡Buenos amigos! Como dueño de la taberna Las Lunas Llenas y anfitrión de la feliz reunión de esta noche, me ero... me cospon... me corresponde proponer un brindis. Un brindis leal, damas y caballeros, ¡por aquella sin la cual no se habría producido esta ocasión!

Más risas; una voz exclamó:

—¡Por los catorce dioses, Koord, esta noche estás en forma! ¡Repítelo, hombre, que intentaremos entenderte esta vez!

Koord movió los brazos reclamando silencio.

—Aquella sin la cual... —repitió, pero se interrumpió y sacudió la cabeza—. Ah, malditos seáis todos; ¡hablo en serio! Un brindis por nuestra amada Alta Margravina, por su cumpleaniver... ¡por su cumpleaños, que será dentro de dos días!

Hubo un clamor de aprobación y cincuenta voces se alzaron, gritando el nombre de la Alta Margravina, como era tradicional.

—¡Jianna! ¡Jianna! ¡Jianna!

—¡Que Aeoris y Yandros la protejan! —añadió alguien. Unos cuantos murmullos sensibleros se escucharon a continuación, y la mujer del vestido verde lanzó una mirada felina de reojo al hombre que estaba sentado cerca de ella, en el rincón de la chimenea, en lo que a efectos de aquella noche había sido designado como lugar de honor.

—Y quizás este año le concedan el hijo que todavía no ha podido concebir, ¿eh? ¡O alguien la ayudará, si le dejan la más mínima oportunidad! —Sonrió con lascivia y lanzó un codazo al hombre— ¿Qué tal tú, Strann? ¿Eh?

Unos ojos inteligentes y de color avellana la contemplaron desde debajo de la ancha ala de un sombrero muy adornado, y la gran boca del hombre dibujó una sonrisa. Se levantó y, al hacerlo, propinó a la mujer una fuerte palmada en el trasero.

—Eres una ramera desvergonzada —le dijo—. ¡No sé qué hago

Librodot

relacionándome contigo! Ahora sé una buena chica y tráeme otro trago antes de que Koord empiece con la siguiente ronda de brindis.

Ella se desternilló de risa, cogió la jarra y se abrió paso entre la multitud. Strann hizo ademán de volver a sentarse, pero se detuvo al darse cuenta de que Koord lo estaba mirando y pronunciaba a gritos su nombre.

—¡Strann! —El tabernero le hizo un gesto imperioso—. ¡Strann, quédate de pie y no intentes esconderte! ¡Amigos! —La jarra volvió a estrellarse contra la barra—. ¡Amigos todos! Hay otra razón para que estemos de fiesta esta noche, y esa razón ha estado sentada en el rincón de la chimenea, comiéndose mi comida y bebiéndose mi cerveza desde que comenzó lafis... ¡la fiesta!

—¡Qué vergüenza!

—En efecto, ¡una vergüenza! —Koord asintió con fuerza—. Porque tenemos entre nosotros al mejor cantor y narrador de historias de las cinco provincias, que ha regresado tras dos años...

—Un año y medio —lo corrigió Strann.

—Dos, uno y medio... ¿qué importa? ¡De vuelta en Shu-Nhadek después de una larga ausencia! Y mañana por la mañana zarpará...

Un coro de gruñidos y ruidos que imitaban las náuseas del mareo recibió este último comentario; Koord acabó a gritos con la burda broma.

—... zarpará hacia la Isla de Verano, donde el mismísimo Alto Margrave, en persona, lo ha mandado llamar para que cante sus canciones y cuente sus historias en el día señalado de nuestra Alta Margravina. Y por ello, y en su honor, estamos de fiesta aquí esta noche. Y como meustr... muestra de agradecimiento hacia nuestra generosidad, pido ahora a nuestro buen amigo, nuestro buen amigo Strann el *Narrador de Historias,* ¡que cante para pagarse la cena!

Las aclamaciones que saludaron este anuncio fueron el doble de estruendosas que todas las que se habían producido hasta aquel instante. Los pucheros y las jarras temblaron en sus ganchos, los viejos tablones del suelo se estremecieron y Strann, que reía y sacudía la cabeza como burlándose de sí mismo, fue llevado a hombros a través de todo el bodegón hasta la barra del bar. Aquél era un precio que siempre estaba bien dispuesto a pagar, y tan sólo aparentó una cierta resistencia cuando lo alzaron para sentarlo sobre el mostrador junto a Koord.

—¡Muy bien! —Su voz resonó por encima de las cabezas de la muchedumbre—. ¿Qué queréis escuchar esta noche?

Se hicieron peticiones a grito pelado, en su mayoría canciones conocidas en todas las provincias y de popularidad perenne. Strann esperó lo suficiente para medir el estado de humor de la multitud; luego alzó las manos para acallar la barahúnda y se inclinó hacia donde estaba guardada su más preciada posesión, detrás del mostrador, donde nada pudiera ocurrirle. Se oyeron patadones de aprobación cuando sacó de su estuche el manzón de largo mástil y siete cuerdas y lo apoyó sobre su rodilla; pulsó un acorde, hizo una mueca y comenzó a afinar mientras Koord, con gesto autoritario, pedía silencio.

La cuarta cuerda estaba desafinada... Ah, eso estaba mejor. Ahora la sexta... sólo un poco más... Sí, ya estaba bien; el público de esta noche no se daría cuenta si se escapaba alguna nota falsa. Strann flexionó las manos y tocó una rápida serie de notas; y se quedó de piedra cuando advirtió, de repente, lo que estaba tocando. Un recuerdo que creía olvidado y borrado con toda seguridad, reapareció súbitamente en su mente y pensó: *Oh,*

dioses, eso no. Precisamente eso, no.

Hacía un año y medio, al alejarse por el camino de Shu-Nhadek, Strann se había hecho dos promesas. Primero, se había jurado que no regresaría a aquella bulliciosa y próspera provincia hasta que hubiera pasado el tiempo suficiente para calmar el resabio que habían dejado sus recientes experiencias. Segundo, había prometido que, mientras viviera, no volvería a cometer la estupidez de interpretar la pieza *Cabellos de plata, ojos de oro,* a menos que hubiera un motivo muy bueno.

En realidad, había reaccionado en exceso ante todo aquel asunto. Al fin y al cabo, no le había ocurrido nada terrible como resultado de lo que había hecho, y no había ninguna razón lógica para que debiera pasarle algo. Pero a Strann le parecía que la lógica tenía muy poco que ver con aquel asunto, y lo sucedido, aunque inofensivo en apariencia, había sido una experiencia por la que no quería volver a pasar.

De pronto se percató de que un lento pero continuo patear había comenzado en todo el local. Los asistentes se estaban impacientando; su cerebro había volado a kilómetros de distancia, y él estaba sentado sobre el mostrador como un espantapájaros boquiabierto. No estaba bien: tenía un público al que entretener. La nube desapareció de su mente mientras pulsaba una melodía menos conflictiva para revisar la afinación de su manzón y se encaraba con su público.

—Bueno... —Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el mostrador, junto a él—. Vamos a ver quién tiene la voz en forma y quién está tan borracho que sólo puede graznar, ¿eh? —Pulsó con fuerza un acorde mayor—. *Buena suerte para la uva,* ¡y quiero escuchar a todo el mundo en el estribillo!

Los aullidos de aprobación hicieron temblar de nuevo las jarras. Aquello era lo que habían estado esperando; habían comido y bebido bien, y ahora iba a comenzar la diversión de verdad. Quizá más tarde, pensó con ironía Strann, estarían lo bastante cansados para escuchar música un poco más seria, pero hasta entonces ¿cómo negarles las sencillas canciones festivas que tanto les gustaban? Habían sido su sustento durante más años que dedos tenía para contarlos, y aunque podía ser muchas cosas, desde luego no era un ingrato. Así que un único acorde, cuya complejidad sólo habría reconocido y admirado un oído experto, resonó por todo el salón, y Strann sonrió.

—«He aquí un brindis para todos; que haya suerte en la vendimia» —cantó con su cálida voz de barítono.

El rugido de respuesta casi hizo saltar el tejado de la taberna.

—«¡Y que haya buena suerte para la uva!»

Despojada de su cursi vestido verde, y con el rostro limpio de gran parte del maquillaje, la chica morena era mucho más atractiva de lo que las primeras impresiones daban a entender. Strann ya lo había sospechado; lo había visto en el brillo de sus ojos y en la curva de su boca sensual, y no había salido desilusionado.

La contempló estirarse desde la cama para coger la jarra de cerveza, y hacer dos intentos de asirla a la vacilante luz de las velas antes de conseguirlo. Se sirvió una copa a rebosar y bebió con fruición.

—¡Ahhh! ¡Qué bueno! —dijo, y le pasó la copa.

Strann la miró divertido por encima del borde de la copa.

—¿Qué es lo que es bueno? ¿La bebida o yo?

—Las dos cosas. —Rodó sobre sí misma y quedó tumbada boca arriba,

mirando el techo—. Me gustas, Strann, *Narrador de Historias.*

Él le acarició el vientre con las yemas de los dedos.

—Tú también me gustas. Pero ¿sabes una cosa? Todavía no me has dicho cómo te llamas.

Ella se rió roncamente, y cogió la mano de Strann.

—Puedes llamarme Yya.

—¿Yya? —Reprimió una carcajada de borracho—. ¡Eso no es un nombre, es un ruido!

—Sí. —Ella rodó hasta quedar pegada a él—. Es el ruido que hace una mujer cuando está satisfecha.

—Ya me había dado cuenta. Pero ¿cómo te llamaban tus padres?

—Algo totalmente horrible. Pero haré un trato contigo, *Narrador de Historias:* te diré mi verdadero nombre si me revelas a qué clan perteneces.

Ella lo acariciaba de manera placentera, deliciosa, y Strann no pudo evitar la risa.

—¡No hay trato, dama mía! No le diré a nadie a qué clan pertenezco. Ni siquiera a una criatura tan hermosa como tú. Y deja de hacer eso; ¡no me persuadirás!

Ella se detuvo y volvió a tumbarse de espaldas, con una repentina expresión seria y de curiosidad.

—¿Por qué no quieres decirlo, Strann? ¿Tan importante es?

—Es probable que no. Pero así como no presumo de ser un Maestro del Gremio de las Artes Musicales porque el Gremio no me lo agradecería, tampoco voy por ahí revelando el nombre de mi clan porque mi clan tampoco me lo agradecería. —Sonrió—. Soy lo que se dice la mancha que deshonra el blasón de la familia.

Ella se rió.

—Bueno, entonces somos tal para cual. Oh, y eso me recuerda algo: ¿te has enterado de las noticias acerca de tu última amada aquí en Shu-Nhadek, de Kiszi?

En la mente de Strann apareció el recuerdo de una cara bonita con gesto de hacer pucheros, coronada por una nube de cabellos dorados; la caprichosa hija de un aristócrata menor, con la que había tenido un breve pero delicioso romance durante su última estancia aquí. Casi había olvidado a Kiszi; y el malicioso recordatorio de Yya le produjo una repentina punzada de desazón al recordar el incidente que había provocado la ruptura definitiva entre ambos. La última de las experiencias paranormales que habían marcado su anterior visita a aquella provincia. Y, con mucho, la más desagradable.

Siguió la mirada de Yya, que contemplaba el techo, y de pronto su corazón se encogió. Dioses... Sabía que aquélla era la misma taberna en la que se había albergado en su última visita a Shu-Nhadek; al fin y al cabo, aquí era un cliente conocido y apreciado, y le había parecido una tontería romper con una vieja costumbre por culpa de un único incidente desagradable. Pero esta habitación... ahora la reconoció; reconoció el dibujo de las manchas de humo y de humedad en los tablones del techo, el marco torcido de la ventana; maldita sea, incluso los bultos en el colchón le resultaban familiares. Era la misma habitación en la que —fuera lo que fuese, y seguía sin pretender conocer la respuesta a aquella pregunta— aquello había sucedido. El truco de magia que había intentado mostrar a Kiszi, haciendo girar unas monedas en el aire con un gesto de la mano que no acababa de salirle. Y, de pronto, las monedas habían cobrado vida propia y habían

comenzado a girar y resplandecer flotando en el aire, y habían dado forma a un rostro. Y a unas palabras.

Estoy vigilando...

—¡Strann! —lo llamó Yya—. ¿Dónde estás?

El recuerdo se desvaneció como un sueño interrumpido, y Strann parpadeó como un buho a la luz de las velas.

—¿Qué?

Ella lo miró, sorprendida y algo indignada.

—¡No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho!

Strann hizo un esfuerzo para que su mente volviera a reunirse con sus sentidos en el momento presente.

—Lo siento.

Si ella notó algo extraño, no lo demostró.

—Decía —repitió— que tu pequeña Kiszi ahora está prometida al segundo hijo de uno de los armadores más ricos de la provincia de Shu.

—Ah. —No lo sorprendía; no hubiera esperado otra cosa. De repente entrecerró los ojos—. ¿Cómo sabes lo de Kiszi y yo?

—Oh, pocas cosas se me escapan aquí. De hecho —mordisqueó los largos y rizados cabellos de Strann—, ya tenía en mente conseguirte la última vez que estuviste en Shu-Nhadek, pero Kiszi fue mucho más rápida —explicó con una sonrisa abierta y lasciva—. Sabe que has regresado y también he oído que está aterrorizada, no vaya a ser que te presentes ante la puerta de la casa de su padre para reclamar una vieja relación con ella. —Yya soltó una irónica risita—. ¡Lo único que puedo decir es que debe de tener una gran opinión de sí misma, si eso es todo lo que se le ocurre!

—¿Mmm? —La mente de Strann había vuelto a perderse por caminos desagradables; se recuperó—. ¿Qué quieres decir con que «si eso es todo lo que se le ocurre»?

—Oh, Strann, Strann. Todo el mundo te conoce. Quiérelas mucho, no les prometas nada y sé sincero y firme en tu promesa. —Se alzó y lo besó en la nariz— El bardo vagabundo que ninguna chica ha conseguido cazar, y seguramente ninguna lo hará. De verdad creo que podría enamorarme de ti, si fuera lo bastante estúpida como para permitir que eso ocurriera.

Strann sonrió.

—El amor no tiene por qué ser una trampa, Yya. Ni tiene por qué durar para siempre. —Con una mano siguió suavemente el contorno de su mandíbula—. Debes de haber aprendido eso en tu profesión. ¿Cuántos se han enamorado de ti y luego han descubierto que no eran la única luz en tu vida?

Ella reconoció el argumento con un gesto seco.

—Muchos. Pero nunca les prometo más de lo que estoy dispuesta a darles.

—Tampoco lo hago yo. La vida es demasiado corta, ¿verdad? Viajamos mientras los dioses nos lo permiten; ¿no somos más sabios al disfrutar del placer dondequiera que lo encontremos, a condición de que seamos francos y que intentemos en la medida de lo posible no hacer daño a nadie?

Yya reflexionó durante algunos instantes y después hipó.

—Oh, dioses —dijo de buen humor—. Ya basta de filosofía... pero creo que tienes razón, *Narrador de Historias.* Y al menos por esta noche eres *mi* narrador de historias, aunque sé que te irás por la mañana y que es probable que no vuelva a verte hasta que el Alto Margrave te llame de nuevo a su mesa.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Alegrarías la corte de la Isla de Verano.

—Seguro que lo haría, y te agradezco el cumplido porque sospecho que podrías ser sincero. Pero por ahora, Strann, que se pudran los Altos Margraves con todos sus elegantes ropajes: esta noche tengo toda tu atención y nadie me va a privar de ella.

Rodeó el cuello de Strann con sus brazos; a la tenue luz de las velas, sus ojos eran como brasas, repletos de cariñosa malicia. La cerveza y la buena compañía, y el rescoldo cálido y duradero de una velada triunfante, iban inflamando la mente y el cuerpo de Strann mientras Yya se apretaba contra él y le besaba expertamente el rostro hasta llegar a su boca. La vela goteó; él alargó una mano y la apagó, sumergiendo la habitación en una suave y cómoda oscuridad.

—Ah —susurró—, Yya. No es un nombre. Es un sonido. Yya..., hermosa Yya...

La noche silenciosa los envolvió, y los inquietos recuerdos de Strann se desvanecieron ante la promesa de placeres más profundos y privados.

Mucho después, oculta ya la primera luna y cuando la luz de la segunda no era más que un reflejo diáfano en las cortinas echadas, Strann yacía despierto. A su lado, Yya dormía profundamente y su respiración era lenta y regular en el tranquilo silencio; pero aunque sabía que debía seguir el ejemplo de la chica, Strann no conseguía que su cuerpo obedeciera los deseos de su mente. Y tampoco podía impedir que su mente volviera a aquellos días, en la primavera del año pasado, y a los recuerdos que habían vuelto a despertar con la fiesta de esta noche.

Había sido una época extraña. Con los años de vagar por el mundo, contando historias, cantando canciones, Strann se había acostumbrado a situaciones extrañas, pero aquello había hecho palidecer otras experiencias, que se convirtieron en insignificantes a su lado. A lo largo de su vida, jamás había dado muestras de tener un talento extrasensorial, pero los acontecimientos del último año en la Isla de Verano habían tocado un núcleo de instinto oculto que nunca había sabido que poseyera, y lo habían hecho de manera decisiva.

Ahora que los recuerdos habían vuelto a despertar, no podía hacerlos retroceder a algún rincón oscuro de la mente y olvidarlos. Si había de ser franco, debía reconocer que, en momentos en que había bajado la guardia, habían surgido tanto en sus sueños como en la vigilia desde que había abandonado apresuradamente la provincia de Shu. Y había un acontecimiento que lo perseguía más que los otros: el festejo de boda de la Alta Margravina, al que había sido invitado como atracción pagada, y en el que había interpretado lo que entonces pareció ser un inofensivo dueto con la hermana del Sumo Iniciado, Karuth Piadar. Aquello, le decía su instinto, había sido el punto de partida de todo el episodio.

Strann había soñado con Karuth en varias ocasiones desde aquel primer y único encuentro. Sueños inocentes, nada escabrosos, que significaban un cambio en la corriente normal de su imaginación; pero aunque Karuth era una intérprete excelente y una mujer atractiva e inteligente, no era realmente hermosa ni disponible, ni tenía cinco o diez años menos que él, y Strann siempre había acosado con alegría a mujeres que cumplieran al menos dos de esas tres condiciones. Juzgarla en ese sentido no era lógico, desde luego: ni siquiera él podía ser tan optimista como para pensar en Karuth Piadar como una posible amante. Pero había

algo más que había apartado las consideraciones obvias y se había asentado profundamente en su alma, donde había despertado una especie de sentimiento de afinidad. Y de sospechas compartidas.

Aquella última noche en Shu-Nhadek, recordó Strann, antes de su apresurada partida tras la última e intolerable experiencia paranormal, se había preguntado si Karuth estaría atravesando problemas similares a los suyos. Aunque ella no lo había admitido, su intuición le decía que Karuth también había recibido la visita de la misma aparición que se había presentado ante él después del festejo de la boda: la mujer de ojos dorados, vestida con el traje pasado de moda, que sonreía con tanta sabiduría y que lo miraba a los ojos de manera tan inquietante. Ignoraba si había sido un sueño o una visión —ni siquiera estaba seguro de saber en qué consistía la diferencia—, pero lo había aterrorizado. Jamás en toda su vida le había ocurrido nada parecido, y lo peor era que creía saber quién había sido su fantasmal visitante. Si estaba en lo cierto, había sido el primer hombre en casi cien años que había mirado a la cara a la mujer que había llevado de vuelta al mundo a los dioses del Caos.

¿Cuántas veces desde aquella noche deseó haberle dicho la verdad a Karuth, en lugar de darle la espalda y aparentar que nada extraño había sucedido? Strann siempre se había mostrado muy cauteloso en todo cuanto pudiera estar relacionado con las materias ocultas; los dioses y sus asuntos, creía, no eran algo con lo que un hombre normal debiera mezclarse, si es que tenía una pizca de sentido común. Pero algo lo había seguido desde la Isla de Verano, y ese mismo algo lo había acosado los días siguientes, hasta culminar en el inquietante incidente en aquella misma habitación con las monedas y el mensaje que habían comunicado. Sólo al abandonar Shu-Nhadek había conseguido dejarlo atrás. Y aunque comenzaba a hartarlo la palabra, otra vez tenía la intuición de que Karuth podía haber pasado por experiencias similares a las suyas.

Quizá debería haberle escrito. El adiestramiento de su Gremio le había proporcionado una buena base en las habilidades de escriba, y podría haber redactado una carta diplomática y haberla enviado a la Península de la Estrella desde un puesto de aves mensajeras en cualquiera de los pueblos de más importancia. Pero cada vez que se le había ocurrido hacerlo, había encontrado una excusa para dejarlo para más adelante. Ahora era demasiado tarde, porque al día siguiente —no, aquella misma mañana, porque hacía rato que había pasado la medianoche— zarparía de Shu-Nhadek para visitar la Isla de Verano por segunda vez, y los puntos de vista y experiencias de Karuth no le servirían de nada.

¿Qué estaría esperándole en la Isla de Verano? Una fiesta, sí; no tan espectacular como la boda del año pasado, pero una gran ocasión de todas maneras. Pero ¿qué más? ¿Quedaría algún residuo de los acontecimientos pasados, aguardándolo para volver a acosarlo? ¿O aquel viejo incidente estaba ya totalmente olvidado y él no hacía más que ver fantasmas inexistentes?

Se produjo un movimiento a su lado, y los ojos de Yya, cargados de sueño, se abrieron, brillando en la oscuridad.

—¿Strann? ¿Qué haces?

Él giró la cabeza sobre la áspera almohada y la miró.

—Sólo pienso.

—¿En qué?

Esbozó una rápida sonrisa, ligeramente maliciosa.

Librodot

—En ti, claro. ¿En qué otra cosa podía pensar?

—Mentiroso. —Bostezó—. En serio, ¿qué te pasa?

Strann le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—No pasa nada, preciosa. Estaba enfrascado en componer un soneto en tu honor.

Ella buscó rastros de sarcasmo, pero no los encontró; el tono de broma de Strann era amable.

—Ohh... —Apartó la mano de Strann—. ¿Me tomas por una crédula cabeza hueca? Duérmete, tonto encantador y ridículo.

Ella había interrumpido su siniestro estado de ánimo, y Strann se sintió de repente agradecido, de una manera que no podía ni comenzar a explicar. Se rió en voz baja.

—¿Es una orden, mi dama?

—Lo es. Duérmete, ahora. —Lo besó y lo tapó más con la manta—. Sonetos, vaya... —Su voz estaba cargada de somnolencia—. Buenas noches, contador de historias.

Strann le sonrió con cariño, aunque ella había vuelto a cerrar los ojos y no vio su expresión.

—Buenas noches —respondió en voz baja y añadió para sí: *Y gracias, Yya. Gracias por volver a enderezar mis pasos por el camino de la razón.*

CAPITULO 2

Aunque siempre había sido un buen marino, Strann creía firmemente en la sabiduría de no tentar a la Providencia, por lo que una hora antes del amanecer ya estaba en camino hacia el puerto de Shu-Nhadek con dos pequeñas ofrendas para lanzar al mar, con la esperanza de asegurarse una travesía en calma. También tenía un terrible dolor de cabeza, pero eso era algo a lo que estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo, y la infusión de sabor horrible que se había obligado a beber antes de dejar las Lunas Llenas acabaría pronto con las miasmas.

No habría ceremonias para señalar su partida. Aquellos de los invitados que no habían conseguido arrastrarse hasta sus casas tras las fiestas de la noche, seguían roncando bajo el techo de Koord, e incluso Yya estaba profundamente dormida cuando él salió de la cama y recogió sus pertenencias con las primeras luces. Era una mañana bastante agradable, fresca y brillante después de los chubascos de los dos últimos días, y el fuerte viento de poniente olía a sal de manera vigorizante. Un buen día para salir a la mar, y cuando llegó al muelle donde el carguero *Pescador de Nubes* esperaba a su cupo de pasajeros, tanto el estómago como el ánimo de Strann habían experimentado una considerable mejoría.

Hizo sus ofrendas, lanzando las dos coronas de flores sobre la superficie oleosa de la marea con la debida solemnidad. Un tributo a los dioses del Caos y otro a los dioses del Orden; creía que era prudente no mostrar preferencias. Algunos miembros de la tripulación del *Pescador de Nubes* lo observaron desde el puente, pero no hicieron comentarios, y por fin, echándose al hombro las bolsas que contenían su preciado manzón y unas cuantas mudas de ropa —Koord se haría cargo del resto de sus posesiones hasta que regresara—, Strann subió por la pasarela ligeramente combada.

Además de la veintena de pasajeros que tenían asuntos en la Isla de Verano, el *Pescador de Nubes* llevaba una buena carga de vino y comida de las provincias de Shu, Perspectiva y Chaun Meridional para la corte del Alto Margrave, y los olores de su carga se mezclaban embriagadores en las abarrotadas bodegas. Aunque la infusión había calmado su delicado estómago, Strann decidió buscarse un sitio en cubierta, junto a la borda de proa, donde podría disfrutar de los aromas más frescos del mar. Cuando el barco se adentró en la Bahía de las Ilusiones, pareciendo hacer una reverencia a su puerto de origen al encontrarse con las corrientes más fuertes, Strann se dispuso a disfrutar del viaje. Durante algunas horas permaneció cómodamente recostado contra un montón de cabos enrollados, a ratos dormitando, a ratos contemplando el paisaje del mar en continuo movimiento, hasta que al fin lo sacó de un sueño a medio formar una sombra que cayó sobre su rostro.

—Buenos días tengáis, maese Strann. ¿Disfrutando del viaje?

Strann abrió los ojos y parpadeó intentando fijar la vista en la silueta que se elevaba ante él.

—Capitán Fyne… —Se enderezó un tanto y se quitó el sombrero en un saludo cortés—. Estoy disfrutando mucho de la travesía, y agradezco mi suerte por tener un día de calma.

Fyne Cais Haslo, el patrón del *Pescador de Nubes,* soltó un gruñido mostrando aprobación y se puso en cuclillas a su lado.

Librodot

—Hemos tenido suerte, he de reconocerlo. Todos los adivinos predecían más lluvias.

—Lo que viene a demostrar que no debe escucharse a los adivinos. Yo debería saberlo; ya vi bastante de sus embustes cuando iba de feria en feria.

—No me cabe duda. —Fyne sonrió con sequedad—. Aunque eso debió de ser hace ya unos cuantos años, ¿no? Hay un largo camino de ser buhonero a favorito de la corte.

Strann se preguntó por un instante si las palabras del capitán no encerraban cierta amargura, pero entonces percibió el brillo malicioso de su mirada y se relajó al darse cuenta de adonde quería ir a parar.

—Es cierto —dijo—, pero no olvido mis orígenes. Y para ahorrarle que me lo pregunte, sí, me encantaría ayudar a que el pasaje se distraiga durante la travesía con una canción o dos. Tengo algunas historias nuevas acerca de sucesos en Han y en Wishet que quizá todavía no hayan alcanzado sus oídos.

Fyne se ruborizó, pero sólo un instante, antes de que su expresión se aclarara y se echara a reír, con un sonido profundo y congestionado.

—Bien, no perdéis el tiempo con rodeos. ¿Cómo supisteis que tenía intención de sondearos?

—Es un riesgo de mi profesión —repuso Strann, sonriente—. Cuando los pobres marineros de tierra firme nos encontramos con un lobo de mar en una taberna, ¿no nos ponemos a hablar siempre de vientos, mareas y conocimientos marítimos? Bueno, por la misma regla de tres, dondequiera que voy, siempre me piden que cante canciones y que hable de los rumores y chismes más recientes. Y siempre me satisface cumplir con ello. Pero —miró a su alrededor— tendré que buscar un lugar más resguardado que éste si voy a tocar. Las salpicaduras marinas y mi manzón no son una buena combinación.

Fyne hizo un gesto en dirección a la popa.

—Hay sitio de sobra bajo las mamparas de popa, y está bien protegido contra cualquier cosa que la mar quiera lanzarnos.

—Entonces, capitán, estoy a vuestra disposición. —Strann se levantó—. ¿Cuánto creéis que queda para avistar la Isla de Verano?

—Oh... una hora, quizás algo más si el viento nos la juega. Después casi una hora más hasta que toquemos puerto.

Dos horas hasta tocar puerto; digamos, entonces, una hora de entretenimiento. Podía dar un buen concierto en ese tiempo, pensó Strann, y, si le daba a la tripulación algo que valiera la pena, Fyne podría compensarlo devolviéndole al menos una parte del precio de su pasaje cuando terminara la travesía. Aun cuando no lo hiciera —y eso era poco probable, porque Strann sabía que el capitán era un hombre generoso—, le daría la oportunidad de poner a prueba un par de las nuevas canciones que había preparado para la celebración de la Alta Margravina.

Se echó sus bolsas a la espalda y había comenzado a andar por el puente cuando, de repente, una voz les llegó desde arriba.

—¡Capitán! —El vigía, arriba en el puesto de la cofa del palo mayor, era una mancha negra dibujada contra el brillante cielo, pero su grito llegaba con bastante claridad—. ¡Tormenta!

Fyne alzó bruscamente la cabeza.

—¿Qué?

—¡Tormenta a proa, señor!

El capitán dijo algo que hizo que incluso Strann arqueara las cejas y se

volvió para otear el horizonte. No se veía nada más que el océano en calma, el brillante sol y unas cuantas nubes blancas, plácidas y aisladas.

Fyne alzó de nuevo la cabeza, y su voz surgió como el bramido de un toro.

—¿Es que desvarías, idiota? ¡No hay tormenta en un radio de cien millas!

La voz del vigía llegó desesperada.

—Pero, señor…

—¡Maldita sea! Baja de ahí a todo correr, y no… —Se interrumpió bruscamente cuando una súbita ráfaga de viento recorrió el puente, agitando sus cabellos y levantando el ala del sombrero de Strann.

Éste sujetó rápidamente el sombrero con una mano, para impedir que saliera volando, aunque la precaución era innecesaria: la ráfaga se desvaneció con la misma rapidez con que había surgido. Pero la expresión de ira de Fyne se había transformado en una de perplejidad.

—Esa ráfaga vino del este —dijo en voz baja, mirando los cabos trenzados en los obenques que temblaban mientras el vigía comenzaba su ágil descenso—. Qué extraño…

Strann frunció el entrecejo.

—Perdonad mi ignorancia, pero ¿por qué es extraño?

—¿Qué? —Fyne lo miró algo sorprendido, como si por un instante se hubiera olvidado de su existencia. Entonces sus ojos se centraron en él—. ¿Por qué? Porque era justo el sentido contrario del viento dominante, y eso no es natural.

—Sólo ha sido una ráfaga —apuntó Strann, esperando parecer más impasible de lo que realmente se sentía, al tiempo que tocaba con disimulo la cinta de hierro de una cabilla en busca de buena suerte—. Probablemente no significa nada.

Fyne soltó un gruñido evasivo.

—Quizá. Sin embargo…

Esta vez la fría bofetada vino del sur y arrancó el sombrero de la cabeza de Strann antes de que éste pudiera reaccionar. Abrió la boca para soltar una protesta indignada, pero el viento también le apagó la voz, y tanto él como Fyne se tambalearon ante su embestida. Oyeron un grito procedente del asustado vigía, que todavía se encontraba colgado en el aparejo. El *Pescador de Nubes* se escoró con fuerza y las velas rugieron cuando la ventada las llenó y las hizo azotar los mástiles. Durante unos instantes no hubo más que gritos y una confusión de golpes; y entonces, igual que antes, el viento desapareció en un instante.

—Dioses… —En el repentino silencio, a Strann le zumbaban los oídos; se encontró aferrado a la borda como si se tratara de una amante largo tiempo perdida, y lentamente aflojó la presa—. En nombre de los siete infiernos, ¿qué ha sido eso?

Fyne no le contestó, y Strann avanzó con paso vacilante por el puente para recoger su sombrero, que yacía abandonado a unos veinte pasos. El vigía, que gracias a una combinación de instinto y fría determinación había conseguido mantenerse aferrado a los aparejos, bajaba en ese momento hasta el puente gateando y arrastrándose, y salvó los últimos tres metros de un salto. Tenía el rostro del color del agua en el pantoque.

—Capitán, yo…

—Vale, de acuerdo. —Fyne lo hizo callar con un brusco gesto; no era el momento de palabras superfluas— ¿Qué viste a lo lejos?

Librodot

—Re... relámpagos, señor. —Los dientes del marinero castañeteaban y tenía dificultades en pronunciar las palabras—. Justo a proa. En dirección sureste.

Una sensación como si se le clavaran las uñas de un gato en la base de la columna vertebral hizo que la piel de Strann se erizara de pronto, al agitarse los recuerdos, mezclados con una desagradable sensación de premonición. Fyne, sin percibir su intranquilidad, lanzó una mirada furibunda al vigía.

—¿Relámpagos? ¿En un cielo despejado?

—Es lo que vi, señor. No podía ser otra cosa. —Hizo una pausa—. Pero...

—Pero ¿qué? ¡Suéltalo, en el nombre de los dioses!

El marinero se enfrentó a su furiosa mirada con aspecto desgraciado.

—Eran relámpagos rojos, señor. Carmesíes, del color de la sangre. —Se estremeció—. Y no se veía nube alguna. ¡Nunca vi nada parecido!

Oh, dioses —pensó Strann—. *Yo sí que lo he visto...*

Fyne maldijo por lo bajo.

—Ventadas antinaturales, relámpagos antinaturales; si no estoy borracho o engañado, entonces hay algo extraño. —Se volvió y contempló el mar con dureza, como si desafiara a los elementos a que intentaran un nuevo truco, pero no sucedió nada. Fyne se detuvo un instante, pensando en qué hacer a continuación; luego se giró bruscamente y se encaró con el vigía.

—De acuerdo. Que todos los hombres ocupen sus puestos y que la nave se prepare para recibir una tormenta. —Su voz sonó de repente resuelta y dura, al concentrarse su mente en territorio conocido—. Dile al primer oficial que venga, pero no hagas nada que pueda inquietar a los pasajeros sin que yo lo ordene. Puede que se trate de una falsa alarma, y no hay motivo para crearles preocupaciones innecesarias.

El marinero hizo un saludo y salió corriendo por el puente. Cuando estuvo lo bastante lejos para que no oyera lo que decían, Strann dijo con sequedad:

—Me temo, capitán Fyne, que uno de sus pasajeros ya está muy inquieto.

Fyne lo miró y se quedó sorprendido. El curtido rostro de Strann estaba pálido, y tenía la frente perlada de sudor a pesar de la fuerte brisa. Su estudiado talante despreocupado comenzaba a desvanecerse, y el esfuerzo que hacía por parecer alegre no resultaba nada convincente. Sin saber cuál era la causa de su nerviosismo, Fyne le sonrió con comprensión.

—No se preocupe, Strann. Los dioses todavía no nos han enviado una tormenta que el *Pescador de Nubes* no pudiera capear, de manera que no tiene nada que temer, aparte del mareo. —Vaciló—. De todas formas, yo que usted bajaría y me llevaría el equipaje. Al menos así se mantendrá seco, y su talento podría ayudar a que los otros pasajeros se olvidaran de sus apuros si de verdad nos vemos zarandeados.

Strann sintió la tentación de decir que los otros pasajeros podían pudrirse o amotinarse y que, tal como él se sentía en aquellos momentos, le daría lo mismo, pero se contuvo. Comenzaba a sentirse mal, con las peculiares e inconfundibles náuseas que provocaba la aprensión; sus piernas parecían perder por momentos la fuerza de sostenerlo y experimentaba las primeras sensaciones del vértigo; todo ello era una advertencia de que, si no lograba controlarse con rapidez, corría peligro de perder la cabeza y ser víctima del pánico.

Relámpagos rojos en un cielo completamente despejado... Un sonido feo e involuntario surgió de lo más hondo de su garganta, y Fyne dijo:

—¿Qué?

—Nn... —Strann sacudió la cabeza, descartando la pregunta del capitán con un rápido gesto—. Nada, nada. Creo que... ah..., creo que seguiré su consejo.

Fyne lo miró con inquietud.

—¿Seguro que se encuentra bien? Está más blanco que un pescado hervido.

Strann quiso ser sincero y decir: *No, no me encuentro nada bien; hay algo verdaderamente desagradable en el viento, y, dado que soy un cobarde, en estos momentos estoy a punto de volverme loco de miedo.* Pero no se atrevió a decirlo, en primer lugar porque no quería quedar como un estúpido delante de Fyne, y en segundo lugar porque no quería alimentar su embrionario pánico admitiendo la verdad en voz alta.

—Estoy bien, Fyne. —Intentó sonreír, pero no lo consiguió, y comenzó a andar por el puente, resistiendo el impulso de aferrarse a la borda para tranquilizarse—. Iré abajo y... ¡oh, Yandros!

El grito de terror sorprendió a Fyne, quien por un instante no vio nada; sólo vio a Strann, que miraba el mar con ojos desorbitados, boqueando como un pez recién sacado del agua. Luego, comprendiendo tardíamente, el capitán miró hacia el horizonte.

La nube era de un negro purpúreo, del color de un terrible moretón. Se alzaba en un cielo que por lo demás estaba despejado, y estaba adquiriendo la forma de un gigantesco yunque, cuya chata cabeza se alzaba a más de dos millas por encima del nivel del mar. Y se movía. No, pensó Fyne, aquello no era posible, ¡no era posible! Ninguna nube podía moverse a semejante velocidad: unos momentos antes no se había visto nada en el horizonte, pero ahora todo el cielo en dirección sureste se estaba oscureciendo a medida que la monstruosa cabeza de tormenta avanzaba hacia ellos. Aquélla no era una tormenta natural; ¡era algo procedente de un infierno que escapaba a la imaginación!

De pronto, el asfixiante silencio se vio roto por una voz estentórea procedente de la proa del barco.

—¡Tormenta a proa! ¡Tormenta a proa!

Para Strann fue como una bofetada que rompió el trance que lo inmovilizaba. Se apartó de la borda lanzando un grito de horror y desesperación y se abalanzó sobre Fyne cuando el capitán se adelantó hacia quien había lanzado la alarma.

—¡Baje! —Fyne cogió a Strann por los hombros y, haciéndolo girar con violencia, lo empujó en dirección a la escotilla—. No se quede ahí parado, farfullando como un idiota. ¡Abajo!

La comprensión asomó de nuevo a los ojos de Strann, y con ello se renovó su miedo. No dijo nada, pues no podía articular palabra, pero se alejó dando tumbos, entorpecida la marcha por sus petates. Desapareció por la escalerilla de la escotilla con pasos irregulares, y Fyne se volvió para encararse de nuevo con el horror que se acercaba. Ahora vio lo que había distinguido el vigía: los relámpagos, el centelleo, lenguas carmesíes que surgían como fuegos demoníacos de lo más hondo de la oscuridad. Unos minutos —sólo unos minutos— y lo tendrían encima. Y, por primera vez en su vida, Fyne supo lo que era el verdadero terror.

Se llevó una mano al cinto y sacó de él un pequeño cuerno de bronce.

Librodot

En todos sus días de marino, jamás lo había utilizado, puesto que la señal que emitía era una advertencia de peligro y emergencia máximos, y hasta aquel día Fyne había sido un hombre afortunado. Pero ahora su suerte, y la suerte de su barco, se había acabado.

Se llevó el cuerno a los labios y sopló. Y cuando la nota clara, aguda y urgente surgió, haciendo que la tripulación acudiera corriendo a sus puestos, el primer trueno resonó sobre el mar y sumergió al *Pescador de Nubes* en una ensordecedora muralla de sonido.

Incluso desde el privilegiado mirador que era aquella torre, la más alta de las del palacio, los horribles acontecimientos que se desarrollaban en la Bahía de las Ilusiones quedaban muy lejos del alcance de la visión humana. Pero los ojos que miraban desde la torre, por encima de los acres de tierras bien cuidadas, en dirección a la lejana bahía y al mar, no eran del todo humanos; y la mente que se ocultaba tras el adorable rostro enmarcado en una cabellera de color negro azabache era capaz de traspasar las dimensiones ordinarias para ver y escuchar cosas que los sentidos mortales no podían distinguir.

Hacía más de media hora que no se movía. Poseía la extraña capacidad de permanecer inmóvil durante tanto tiempo que cualquier observador la habría tomado por una extraña estatua de gran parecido a alguien vivo, y tan sólo el lento y controlado ritmo de su respiración la traicionaba y rompía el silencio.

Afuera, la tormenta era casi completa, y la luz del sol se colaba únicamente a través de una estrecha y llamativa cicatriz en el sur. En las sombras más oscuras de la habitación de la torre, lejos de la ventana, una segunda figura estaba sentada y encorvada, observando a la mujer con una mirada que no vacilaba. Estaba desnudo, y su rojo cabello briUaba como brasas en la semioscuridad, cayendo en bucles alrededor de su rostro, deforme y rechoncho. Una mano se apoyaba en una mesa cercana; de vez en cuando, los dedos de afiladas uñas se movían sobre la superficie pulida como si la acariciaran. Esperaba; por fin se oyó una larga y suave exhalación de aire, los hombros de la mujer se relajaron y se volvió a mirarlo.

—No tardaremos en tener invitados, padre —dijo—. Debo prepararme para recibirlos. —Una sonrisa se dibujó en sus labios, voluptuosa, pero al mismo tiempo feroz—. Nuestros primeros visitantes del continente.

El demonio pelirrojo le devolvió una sonrisa, que encajaba sobradamente con la de la mujer.

—Ve entonces, hija. Y asegúrate de que te vean en todo tu esplendor.

—Oh, lo haré. —Miró un instante hacia la ventana. La luz del sol había desaparecido, tragada por las nubes, pero ante un gesto de su mano otra luz comenzó a llegar desde el exterior. Era mortecina, de color de cobre, y al ir creciendo en intensidad, empezó a fluctuar como los latidos de un gigantesco y lento corazón. La mujer sonrió de nuevo y cuando volvió a encararse con su padre, la luz silueteó su figura y palpitó tras ella como un aura ominosa.

—¿Qué harás con ellos? —preguntó el demonio en voz baja.

—No lo he decidido todavía. Pero ya encontraré la forma de utilizarlos. De una manera o de otra, me servirán. —Se escuchó un frufrú de sedas cuando echó a andar; al llegar a la altura de la mesa se detuvo para contemplar un pequeño y adornado cofrecillo que descansaba sobre ella. Era una burla deliberada de otro cofrecillo mucho más antiguo, que nunca había visto pero que todos los tratados de historia describían con sumo detalle, y le divertía pensar para qué servía ahora aquel cofre gemelo. Sus dedos se

movieron sobre el cierre. El demonio la miró de reojo; ella sostuvo un instante su mirada y luego apartó la mano.

—No —dijo—. No necesito verlo otra vez. Sé que está ahí, y eso me basta. —Se miró en un espejo pequeño y ovalado que estaba colgado en la pared detrás del demonio y, apartándose los cabellos del rostro, volvió la cabeza para estudiar su reflejo desde distintos ángulos. Lanzó una última mirada por encima del hombro.

—Contempla la sala de audiencias en la bola de cristal, padre. Pienso atender a nuestros invitados de una forma que sospecho que encontrarás bastante divertida.

El demonio escuchó el sonido de sus pasos ligeros, alejándose en la escalera de la torre. Durante unos instantes, una vez que se hubieron desvanecido, hubo silencio; luego se escuchó una campanilla allá abajo y oyó la voz de su hija que llamaba con brusquedad a sus siervos. Sonrió una vez más de manera indulgente pero con un cierto cinismo, y pasó la mano con cariño y gesto posesivo sobre el cierre del cofre antes de ponerse de pie y acercarse a la ventana, desde donde, sin ser visto, podía observar el mundo exterior y aguardar la llegada de los invitados.

Las palabras gritadas ásperamente, «¡Tierra a la vista!», fueron, pensó Strann, las más dulces que jamás oyera en su agitada vida, y más preciosas que las más sinceras promesas de amor o dinero, o los aplausos. Con un gran crujido de maderas dañadas y gemidos de las velas hechas jirones, el *Pescador de Nubes* avanzaba sobre las agitadas aguas, y los cantos decididos de los remeros en sus bancos en el puente inferior luchaban con los ruidos de los elementos, mientras que lo que quedaba del velamen se hinchó ante un súbito golpe de un fuerte viento de popa.

Strann se alzó del suelo del gran camarote común, intentando no hacer caso de los hedores a sudor y a vómito que amenazaban con hacer que su estómago volviera a rebelarse. Ya hacía rato que había devuelto su desayuno, y no por estar mareado, sino debido al pánico ciego y vergonzante; e, incluso cuando pasaron el peligro y el horror, transcurrió un largo rato hasta que logró mover los músculos. No sabía cuánto había durado la tormenta, ni siquiera cuál había sido su intensidad. Mientras duró ¿minutos?, ¿horas?, ¿días?, había estado poseído por un terror tal que lo había reducido a un mero desecho mental y físico, acurrucado entre sus desventurados compañeros de pasaje sobre el suelo del camarote con los ojos cerrados y las manos apretadas contra los oídos. Sólo cuando se esforzó en creer que había cesado el aullido de la galerna y el retumbar y tronar de los relámpagos, recuperó algo de autocontrol, pero aun ahora el dominio que tenía de sí mismo era precario. No quería pensar en la tormenta. No quería pensar en lo que debía de haber visto y afrontado la tripulación del *Pescador de Nubes,* luchando en medio de aquel torbellino negro para salvar la nave y sus pasajeros, y, desde luego, no quería pensar en su propia cobardía. Lo único que quería era sentir la tierra firme bajo sus pies, tierra seca en la que pudiera alejarse y volver a recuperar algo parecido a la cordura. Y —si su estómago podía tolerarlo— una cantidad grande, muy grande, de licor que lo sumergiera en un sueño bendito y sin pesadillas.

Al comenzar a andar y dirigirse lentamente hacia la escalerilla, se dio cuenta de que estaba solo en el camarote. Debía de haber sido el último en recuperar el entendimiento, y saberlo le hizo sentir vergüenza de su debilidad al ceder ante el pánico y el horror. Maldita sea, era un Maestro de las Artes Musicales, ¡un verdadero bardo y no un aficionado afectado! Él

precisamente debería haber estado dispuesto a distraer a sus compañeros y aliviar sus temores, pero en vez de eso se había puesto a temblar como una rata en un cepo y había demostrado ser peor que inútil. Estaba disgustado consigo mismo —más y más a medida que el terror desaparecía y volvía su confianza— y por un instante se imaginó el rostro de su viejo maestro en la Academia del Gremio de Músicos; el mismo hombre que después, con éxito, había presionado para que fuera expulsado de la lista de honor del Gremio por comportamiento deshonroso. El viejo buitre habría disfrutado viéndolo ahora, pensó Strann. Habría asentido sabiamente con la cabeza, con una sonrisa de triunfante venganza. En aquel momento, Strann no habría tenido nada que oponerle.

Llegó a la escalerilla y subió vacilante hacia el puente. La luz del día le llegaba de refilón desde arriba; el aire fresco cargado con el sabor de la sal le azotó el rostro y se detuvo para aspirar profunda y agradecidamente varias veces antes de acabar de subir. Cuando su cabeza asomó por la escotilla y alzó la vista, se llevó una gran sorpresa: porque allí donde las velas se habían alzado en todo su esplendor, sólo quedaban unos cuantos jirones rasgados sujetos a los mástiles que luchaban por retener y aprovechar el viento. Por encima de ellas, el cielo se había despejado y lucía un color azul claro y diáfano; todo rastro de la tormenta había desaparecido, pero ésta se había cobrado su precio en el barco. El último tercio del palo mayor se había roto, dejando una puntiaguda astilla que señalaba hacia el cielo, y en los restos de las velas se veían enredados restos de aparejos arrancados y vergas rotas, como monstruosas algas. El *Pescador de Nubes* se escoraba a babor de forma pronunciada; y por encima de los ruidos del mar y del viento, los gritos, los pasos apresurados y, desde algún lugar abajo, un rítmico golpear procedente de los hombres que manejaban frenéticamente las bombas de achique, la voz del primer oficial rugía órdenes y ánimos en igual medida.

Strann sacudió la cabeza en un esfuerzo por aclarar su confundida mente y después buscó a Fyne Cais Haslo. Por fin vio al capitán en el castillo de proa, rodeado por un grupo de pasajeros con aspecto nervioso. Fyne sostenía un catalejo, y Strann salió de la escotilla y se dirigió hacia el grupo por la cubierta húmeda y resbaladiza. Al alcanzarlos, Fyne dejó de mirar por el catalejo, lo vio y le hizo un breve gesto en señal de saludo. Su expresión era tensa e insegura.

Strann luchó contra las náuseas que le provocó una nueva cabezada del barco.

—¿Hay algo que va mal?

—No, no. No lo creo. —Pero los ojos de Fyne desmintieron sus palabras. Una mujer tremendamente delgada que estaba a su lado lo cogió de repente por el brazo.

—Vamos a hundirnos, ¿verdad? —Su voz sonaba aguda, al borde de un ataque de nervios—. ¡El barco tiene una vía de agua! ¡Vamos a ahogarnos!

—Señora, le repito que no tenemos ninguna vía de agua. —Fyne se volvió hacia ella con aspecto cansado, intentando soltarse de su presa—. El barco está baqueteado, con averías, pero sigue estando en condiciones de navegar, se lo aseguro. ¡No corre usted peligro alguno!

Por primera vez, Strann se dio cuenta con claridad de lo exhausto que estaba el capitán, y eso le hizo sentir vergüenza nuevamente. Era casi imposible imaginar la tremenda capacidad y habilidad marinera que Fyne y su tripulación debían de haber desplegado para conseguir que la nave capeara el temporal: él y los demás pasajeros debían sus vidas a aquellos

Librodot

hombres, y comprender aquello lo serenó. Pero seguía teniendo la inquietante sensación de que no todo iba bien. No se trataba de la nave; Strann no tenía motivo para dudar de las aseveraciones de Fyne a la asustada mujer, acerca de que el *Pescador de Nubes* no corría peligro de irse a pique. Era otra cosa. Otra cosa...

—¿Hemos avistado tierra? —preguntó.

—Sí. —Fyne no pudo reprimir del todo la arruga de preocupación que apareció en su frente—. La Isla de Verano está a la vista. Arribaremos a puerto dentro de media hora. —La arruga se hizo más profunda—. Eso ya es un milagro de los dioses. Creí que habíamos sido arrastrados millas fuera de rumbo por esa... esa cosa —concluyó con un estremecimiento.

Strann no pudo evitarlo; su curiosidad era mayor que su prudencia, empujada además por una inquietante intuición.

—Aquello... ¿es la Isla de Verano? —inquirió.

Fyne le lanzó una fea mirada.

—Claro que es la Isla de Verano. ¿Por quién me toma?

—No, no; perdóneme, no pretendía ofenderlo. Pero parece usted un poco... —Strann se detuvo; luego pensó que ya había arrojado por la borda el tacto y que podía hacer lo mismo con la precaución—. No parece del todo feliz ante la perspectiva de tocar tierra.

Fyne se encaró con él.

—¿Feliz? —repitió con incredulidad—. Después de todo por lo que han pasado mi tripulación y mi barco, ¿no cree usted que me sienta feliz de avistar tierra? Por los ojos de Aeoris, hombre, ¡o está de broma o se ha vuelto loco!

Varios pasajeros se rieron al escuchar aquello, dando rienda suelta a la tensión nerviosa, e incluso la mujer delgada consiguió sonreír. Pero, cuando Fyne se excusó y abandonó el castillo de proa, Strann se quedó mirándolo pensativo y después, siguiendo un impulso, fue tras él, en dirección a la popa del *Pescador de Nubes.*

—Capitán Fyne...

Fyne se paró y se volvió. Los restantes pasajeros no podían escucharlos ahora, y Strann miró al otro hombre directamente a los ojos. En voz baja, dijo:

—No le creo.

Fyne le devolvió la mirada, y por un instante Strann creyó haberse propasado. Pero entonces, con un gesto brusco, el capitán le ofreció su catalejo.

—La Isla de Verano se encuentra a treinta grados de nuestra proa por estribor —indicó con sequedad—. Eche un vistazo con esto y dígame lo que ve.

Strann cogió el catalejo y miró. Al principio no vio más que las borrosas imágenes de las velas hechas jirones; pero Fyne le guió el brazo hasta que el catalejo enfocó el mar. Una línea costera apareció ante su vista —Strann se sintió impresionado por la potencia de la lente, pues la imagen era clara y definida— y luego vio la conocida curva de los muros del puerto, como dos brazos que quisieran abrazar el océano.

—Veo el puerto de la Isla de Verano —comentó.

—Sí. ¿Y qué más?

Strann se sintió desconcertado.

—¿Qué más debería buscar?

Una pausa. Luego Fyne dijo:

—Intente ver algún barco.

La comprensión le llegó lentamente. Strann bajó el catalejo muy despacio, y sus ojos de color avellana se entrecerraron cuando se volvió a mirar al capitán.

—El puerto está vacío.

—Precisamente.

—Pero....

—Pero si se supone que invitados de todas las provincias deben arribar para las celebraciones de la Alta Margravina, tendría que haber embarcaciones de todas las formas, calados y colores ancladas hoy en el puerto. —Fyne le quitó el catalejo; Strann lo soltó como si lo hubieran abandonado todas las fuerzas—. ¿Por qué, Strann? Usted es el narrador de historias. ¿Qué clase de historia es ésta?

—Yo... —Se atragantó; lo intentó de nueves—. No lo sé.

—Yo tampoco. Pero sucede algo raro y, ahora que los pasajeros no me oyen, debo admitir que no me gusta cómo pinta. —De repente frunció el entrecejo—. No quiero que nadie dé la alarma, ¿entendido? Si le dice una palabra a alguien...

—No —se apresuró a tranquilizarlo Strann—. Tiene mi palabra. Y le pido disculpas —hizo un gesto en dirección al castillo de proa— por hablar fuera de lugar. —Hizo una pausa—. Aunque no veo qué diferencia significará mi silencio o el suyo. Dentro de muy poco verán la verdad por sí mismos.

—Puede que así sea. Pero entonces estaremos echando el ancla y no habrá oportunidad de dar marcha atrás. Los hombres están agotados, y no voy a intentar un viaje de regreso a Shu-Nhadek en este estado. Tengo intención de arribar a puerto y no quiero discusiones respecto a ello. Sea lo que fuere lo que nos aguarda, no será una amenaza mayor que intentar volver con este barco al continente sin hacer reparaciones.

Strann asintió.

—Lo entiendo. Y aun siendo un cobarde que sólo busca su propia seguridad, entiendo que es la única cosa razonable que puede hacerse.

—¿Razonable? —Fyne lo miró con fijeza— «Cuerda» sería una palabra más adecuada, con la cantidad de daños que hemos sufrido, y eso es otra cosa de la que no quiero que vaya hablando por ahí.

—Puede contar con ello.

El capitán lo miró unos segundos más, como si intentara decidir si Strann era o no de fiar en cuestión de silencio. Después, bruscamente, hizo un gesto de asentimiento.

—Bien, entonces. Hay trabajo que hacer, y no voy a dejarlo todo en manos de mis subordinados. Llegaremos a tierra en media hora más o menos, como dije; entonces sabremos a qué atenernos.

Se alejó, dejando a Strann solo y francamente insatisfecho.

A pesar de las esperanzas de Fyne, cuando el *Pescador de Nubes* se acercó al puerto fue imposible evitar que los pasajeros advirtieran que algo estaba mal en la Isla de Verano. Una palabra fortuita por parte de un marinero descuidado, vista aguda y mentes despiertas entre los pasajeros, y el estado de alta tensión que ya había a bordo, todo eso se aunó y cuando el barco hizo una guiñada en dirección hacia los brazos gemelos del rompeolas del puerto, su proa estaba llena de gente que miraba con ansiedad en dirección a tierra. Strann estaba entre ellos, aunque no mostraba demasiado interés en abrirse paso a codazos hasta la borda para ver mejor. Y cuando comenzaron los murmullos, que rápidamente se transformaron en gritos,

primero de pena y luego de alarma, sintió que el horror reptaba por la boca de su estómago.

—En el nombre de los dioses, ¿qué es eso?

—Nunca había visto nada...

—¿Qué es?

—¡Aeoris! Mirad allí, ¡mirad!

—¡Allí! ¡Allí hay más!

—Están todos...

—Atrás, damas y caballeros. —Fyne se metió en medio de la gente—. Apártense, por favor. —Su voz era firme, pero sus ojos traicionaban lo que sentía y el miedo que no quería demostrar. Tres tripulantes lo seguían, apartando con amabilidad, pero con firmeza, a los pasajeros de la borda, y lentamente el apiñamiento comenzó a desvanecerse. Fyne lanzó una rápida mirada a uno de los marineros y luego habló con calma.

—Llévalos abajo, y convéncelos de que permanecer ahí será lo mejor para ellos.

—Sí, señor. —Los pasajeros comenzaron a marcharse, y por primera vez Strann pudo ver con claridad la escena ante la proa del *Pescador de Nubes.*

El puerto no estaba vacío del todo. Había un único barco amarrado en el muelle principal, que se mecía suavemente sobre las aguas. El bajel —de un diseño que Strann jamás había visto— era negro desde la proa a la popa, casco negro, negros mástiles, velas negras que colgaban de manera antinatural, inmóviles como alas de un cuervo en reposo. En la proa no llevaba mascarón, ni tampoco tenía placa con un nombre. Parecía completamente abandonado.

Y entonces Strann vio que, al contrario de lo percibido en una primera impresión, había gente en el muelle. O al menos, hombres. Con la momentánea y abrumadora claridad que el trauma dio a sus sentidos, se dio cuenta de que debían de ser un centenar o más, algunos con la vestimenta de los marineros, los estibadores o los funcionarios del puerto, otros con el llamativo uniforme de la guardia personal del Alto Margrave. Un centenar o más, que yacían en los muelles y en la parte frontal del puerto, en una sangrienta carnicería de cuerpos retorcidos, sin que se viera entre ellos un solo superviviente.

CAPITULO 3

El primer oficial puso una espada en la poco dispuesta mano de Strann y le dijo que dejara de protestar y no la soltara. Strann no quería tenerla, pues no poseía ninguna habilidad con las armas; nunca hasta entonces había manejado nada más letal que un cuchillo de hoja corta, y no deseaba afrontar la responsabilidad de esgrimir aquella hoja pesada y engorrosa. Pero la orden de Fyne Cais Haslo no admitía réplica: todo hombre o mujer capaz para quien hubiera un arma disponible, debía armarse, sin excepciones. Fyne, con la mirada dura y bajo un gélido autocontrol, se había dirigido a todo el grupo reunido para anunciar que, como no quería correr el riesgo de hacer zarpar de nuevo al *Pescador de Nubes,* dañado por la tormenta, debían afrontar los horrores de lo que habían descubierto y emprender acciones inmediatas para descubrir qué había sucedido y averiguar si corrían algún peligro. La tripulación y los pasajeros se dividirían en dos grupos: uno se quedaría vigilando el barco y el otro se dirigiría hacia el palacio del Alto Margrave.

Strann era muy reacio a ser incluido en el grupo de exploración, pero su orgullo, y la certeza de que nada conseguiría quejándose, le impidieron decirlo. Sin embargo, hubo una breve pelea con el oficial respecto a qué hacer con su manzón. El oficial argüía que el voluminoso petate entorpecería a Strann y que, por lo tanto, haría más lento el avance de todo el grupo, pero aquél era un tema en el que Strann no estaba dispuesto a ceder. El manzón iría a donde él fuese, afirmó sin ambages, y no había nada más que hablar. Al final se impuso su tozudez y, mientras cargaba a sus espaldas el bulto extra, intentó animarse con la idea de que, al menos, se alejaría de la espeluznante escena del puerto y del hedor de la carne humana pudriéndose. Fyne y uno de los pasajeros, un médico de Perspectiva, habían arriesgado sus estómagos y examinado algunos muertos, y el médico dedujo que debían de haber sido inmolados como mínimo un día antes de la llegada del *Pescador de Nubes.* Que empleara la palabra «inmolados» no era una exageración: las víctimas de aquella hecatombe habían muerto de manera horrible, sus cuerpos desgarrados y mutilados con heridas que el médico declaró no haber visto nunca en sus veinte años de práctica. No, no podía decir qué había producido aquellas heridas. Pero se jugaba su reputación a que no habían sido hechas con espadas o armas blancas corrientes.

El saber aquello no fue precisamente una ayuda para la vacilante confianza de Strann cuando el grupo de tierra emprendió la marcha, con Fyne a la cabeza. El palacio del Alto Margrave se encontraba unos tres kilómetros tierra adentro, resguardado de los vientos marinos predominantes por una cadena de colinas bajas. No avistarían el palacio hasta que se encontraran a menos de un kilómetro de sus puertas, y Strann sospechó que sus compañeros se veían acosados por la misma especulación que lo asaltaba a él. ¿Qué encontrarían en el palacio? ¿Qué les aguardaba al socaire de aquellas colinas?

Echaron a andar en severo silencio. Todos se habían dado cuenta, pero ninguno quería ser el primero en decirlo en voz alta, de que hasta donde alcanzaba la vista no se veía ni un alma. Unos cuantos venados pastaban a lo lejos, y de vez en cuando volaba sobre sus cabezas una solitaria gaviota, pero no se veían signos de vida humana. Strann, que luchaba por agarrar

Librodot

bien la sudada empuñadura de su espada prestada, no dejaba de mirar nervioso a un lado y a otro e intentaba no hacer caso de la tensión que le retorcía el estómago, mientras que su fértil imaginación se desmandaba. Primero su premonición en Shu-Nhadek, después la tormenta antinatural, ahora aquello. Dioses, ¿hacia adonde se dirigían él y sus compañeros? Deberían dar la vuelta. No importaban los daños del *Pescador de Nubes:* debían abandonar aquella isla, huir...

—¡Capitán! —El repentino grito hizo que Strann, asustado, diera un respingo y dejara caer la espada. Al inclinarse a recogerla escuchó a Fyne maldecir en voz baja; luego otras voces se le unieron, y cuando se enderezó y miró, vio lo que había llamado la atención de sus compañeros.

Estaban subiendo por la suave pendiente de la colina que ocultaba el palacio de la Isla de Verano y se encontraban quizás a unos treinta metros de la cima. Por encima de ésta había aparecido una luz. No era la luz del sol, porque, incluso sin la densa capa de nubes, a aquella hora el sol ya debería haberse movido lejos hacia el oeste. Además, el sol no latía con un sobrenatural arco iris de colores oscuros, ámbar, verde, carmesí, índigo...

Uno de los marineros miró a Fyne pidiendo permiso y, esgrimiendo un alfanje en una mano y una pesada vara en la otra, se apresuró a adelantarse al grupo. Al alcanzar la cima, vaciló un instante; luego se volvió e hizo agitadas señales.

—¡Señor, aquí arriba! ¡Deprisa!

Fyne echó a correr, seguido por los demás, con Strann un tanto retrasado. Alcanzaron la cima, y todo el grupo quedó en silencio, observando aturdido.

Ante ellos se alzaba el palacio del Alto Margrave, rodeado por la enorme y verde extensión de sus jardines y parques. Las murallas exteriores del elegante y antiguo edificio estaban recubiertas de cuarzo, y las incontables facetas del cuarzo resplandecían bajo un brillo infernal, de forma que todo el palacio parecía palpitar como un gigantesco corazón. La fuente de luz flotaba, suspendida en el aire, por encima de la más alta de las torres. Lanzando sus rayos desde un núcleo oscuro con un ritmo implacable, creciendo y desvaneciéndose, creciendo y desvaneciéndose, se veía una monstruosa estrella de siete puntas, el emblema del Caos.

Alguien de entre el grupo gimió débilmente. Dos o tres más cayeron de rodillas, haciendo el signo de reverencia a los dioses con los dedos separados, y el capitán Fyne comenzó a maldecir en voz muy baja pero con gran énfasis. La mirada de Strann se cruzó con la del marino que había sido el primero en ver el terrible fenómeno. El hombre había parecido paralizado, pero el contacto con otra mirada humana rompió el hechizo que lo atenazaba. Su mandíbula se movió espasmódicamente durante unos segundos antes de recuperar la coherencia.

—Es obra de ellos —dijo temblando; la luz de la pulsante estrella se reflejaba con frialdad en la temblorosa hoja del alfanje que empuñaba—. Todo esto... y la carnicería del puerto... ¡Es el Caos! Dulce Aeoris, ¿qué vamos a hacer, qué podemos...?

—¡Silencio! —Fyne recobró la compostura, y sus palabras interrumpieron secamente la histeria del tripulante, evitando que fuera presa de un ataque de pánico. El capitán se volvió para encararse con el grupo, su figura grotescamente nimbada por el oscuro resplandor, y extendió las manos con las palmas hacia abajo en un gesto tranquilizador.

—Por favor, ¡callad todos!

Librodot

La creciente marea de murmullos y exclamaciones comenzó a ceder y al cabo de unos instantes se produjo el silencio. La estrella seguía latiendo ominosa. Fyne tragó saliva.

—El emblema del Caos flota sobre el palacio. Es una visión impresionante, pero no nos amenaza. ¿Me comprendéis? Todos somos sinceros servidores de los catorce dioses, ¿por qué habríamos de temer el símbolo de Yandros? —Su mirada pasó con rapidez de un rostro a otro; era consciente, al igual que Strann, de que su autoridad pendía de un hilo, y era también consciente de la necesidad de mantener el control del grupo.

»Podría pensarse —prosiguió Fyne— que el palacio está bajo la protección del Caos y, por lo tanto, podemos considerarlo un refugio seguro. Os lo garantizo: allí no nos espera ningún peligro. —Lanzó una dura mirada al marinero asustado, quien no tuvo el coraje de mirarlo a la cara—. No tenemos nada que temer de las fuerzas del Caos, y quisiera recordaros que todos los que dejamos vigilando el barco esperan que les llevemos ayuda. Debemos ir directamente al palacio, sin más dilaciones.

Fue como contemplar un rebaño de animales siguiendo al pastor. Las cabezas asintieron; la inseguridad se transformó en acuerdo agradecido; incluso el marinero asustado se encogió de hombros y capituló. Aliviado, Fyne se volvió, dispuesto a ponerse a la cabeza del grupo y descender la colina.

Y de repente, y sin ninguna premeditación, Strann dijo:

—No.

Fyne se paró y miró hacia atrás.

—¿Qué?

—He dicho no. —Una gélida y desagradable sensación recorrió la piel de Strann al mirar a Fyne a los ojos y comprender que éste estaba a punto de desafiarlo a que se justificara. No podía. No tenía argumentos lógicos que exponer, ninguna prueba que mostrar; tan sólo un feo e implacable presentimiento de peligro.

»No voy a ir al palacio —declaró, y la voz le tembló a pesar de los esfuerzos para mantenerla en un equilibrio firme—. Y si tiene usted una pizca de sentido común, Fyne, impedirá a los demás que vayan. Dé la vuelta. Por los dioses, dé la vuelta.

—No sea idiota, Strann. —Era evidente que Fyne estaba irritado, pero su ira se veía frenada por algo que percibía en la mirada de Strann y habló de manera más moderada de lo que lo hubiera hecho en otras circunstancias—. Es el símbolo del Caos lo que flota sobre el palacio. ¡Estamos más seguros aquí que en el puerto!

—No lo estamos. Y si esa estrella tiene algo que ver con los dioses del Caos, entonces yo soy el hijo desaparecido del Margrave de Perspectiva.

Fyne comenzó a perder los estribos ante lo que consideraba una frivolidad.

—¡No sea ridículo, hombre! ¡No sabe de lo que está hablando y está rozando la blasfemia!

—No creo estar haciéndolo —replicó llanamente Strann. La sensación de frío se había intensificado repentinamente—. No sé por qué me siento así; sólo sé que es la verdad. Estoy asustado, Fyne. Estoy muerto de miedo, de verdad. Creo que deberíamos salir de aquí antes de que ocurra algo que nos lo impida.

Una o dos personas del grupo comenzaron a murmurar algo parecido a un asentimiento, y Fyne se dio cuenta de que, si no actuaba con rapidez, el

estado de ánimo del grupo volvería a inclinarse peligrosamente hacia el pánico.

—¡No va a pasar nada! —exclamó furioso—. Maldita sea, hombre, ¿de qué está usted hecho? ¿De carne y hueso o de meadas y aire? Puede que no tenga agallas para encarar el símbolo de los dioses, pero, por Yandros y Aeoris, ¡es usted el único que no es capaz! Haga lo que quiera; siéntese aquí a hacer collarcillos de margaritas si es eso para lo único que sirve, pero los demás vamos a...

Fue interrumpido por un áspero grito de alguien que estaba en la parte exterior del grupo, y al mismo tiempo un marinero aulló:

—¡Señor! ¡Señor, el palacio!

Antes de verlos, Strann oyó su estruendo atravesar el césped, procedente de las puertas de palacio, y su estómago sufrió tal convulsión que pensó que iba a vomitar. Entonces los vio, y el miedo y la impresión se fundieron en terror completo y ciego.

No eran ni sabuesos ni felinos gigantescos, sino un atroz aborto a medio camino entre ambos animales, de un tamaño cuádruple a cualquier perro jamás parido. Sus cuerpos eran de un negro total, los ojos de color escarlata, las lenguas plateadas y, al salir por las puertas del palacio, sus horribles ladridos sonaron como los cuernos de guerra de los Siete Infiernos. La aturdida mente de Strann, funcionando en un nivel reflexivo que escapaba a su control, contó veinte..., cincuenta..., un centenar. Entonces un nuevo sonido se abrió paso en el aire vibrante, un coro enloquecido, aullante, ululante, y una horda de jinetes montados en caballos de color azabache surgió por las puertas pisando los talones de los felinos-sabuesos, y toda aquella monstruosa jauría cruzó al galope la explanada en dirección a los horrorizados y paralizados observadores.

Fyne desenvainó su alfanje y su voz resonó por encima de la loca algarabía de los atacantes.

—¡A mí! ¡A mí! Cerrad filas, deprisa. ¡Formad una línea de defensa!

Strann se dio cuenta de lo que intentaba hacer el capitán, y todo su instinto se rebeló con violencia.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas—. Fyne, no seáis estúpido; ¡no podemos hacer frente a eso! Corred, corred, ¡no para salvar la vida sino el alma!

Giró sobre sí mismo, dispuesto a huir sin importarle si alguien más lo acompañaba o no, y lanzó un aullido de terror cuando una forma enorme y oscura pareció surgir en una explosión del suelo frente a él. Una espantosa imagen de algo que parecía un caballo desollado pero vivo, montado por una forma humana con un cuerpo negro y sin rasgos, golpeó su cerebro, y en un instante aquella cosa se abalanzó chillando sobre él. Strann también comenzó a gritar, dio la vuelta y echó a correr como un animal escaldado en cualquier dirección; no sabía hacia adonde corría ni le importaba: cualquier sitio con tal de alejarse de aquello.

Otros gritos se mezclaron con los suyos, y de repente la embrionaria falange de Fyne se derrumbó caóticamente y la gente se dispersó gritando en todas direcciones. Strann se paró al ver lo que estaba ocurriendo; vio que la tierra se abría y que otras formas enormes y oscuras surgían y se desplegaban en una amplia línea curva que los rodeaba y les cortaba la retirada. Los ladridos de los felinos-sabuesos le taladraban los oídos, los agudos chillidos de los terribles caballos y sus inhumanos amos resonaban en su cráneo, y en medio de todo el tumulto escuchó el desesperado grito de

repliegue de Fyne: «¡A mí! ¡A mí!», como el aullido de un alma condenada. En un momento la negra marea cayó sobre ellos, y Strann se encontró luchando para salvar la vida con la salvaje desesperación del novato. La espada desconocida parecía adquirir vida propia, arrastrándolo impotente consigo cada vez que, desequilibrado, daba bandazos en un sentido o en otro. No quería matar; sólo quería sobrevivir, rechazar los colmillos que mordían y los cascos de caballo y las oscuras y resplandecientes hojas que lanzaban cuchilladas como una lluvia letal en el combate cuerpo a cuerpo. Esquivando, agachándose, abriéndose paso —no podía luchar, no sabía luchar, no de aquella manera— llegó al fin a un espacio despejado; aunque la interrupción fue breve, le permitió ver la terrible verdad que sus apurados compañeros todavía no habían podido asimilar.

Un fornido marinero, con su alfanje convertido en una borrosa forma mientras se defendía frenéticamente de cinco monstruos que babeaban y gruñían, chocó contra Strann y casi le hizo perder el equilibrio. Strann cogió del brazo al hombre, mientras los felinos-sabuesos retrocedían un paso, y le gritó al oído:

—¡No se los puede matar con una espada! ¡Que los dioses nos ayuden! ¿No te das cuenta? ¡No son de carne y hueso!

El ensangrentado rostro del hombre mostró una expresión de asombro; al ver la ventaja, los felinos-sabuesos se acercaron otra vez. El marinero lanzó un grito de desafío, el alfanje hizo un salvaje molinete... y atravesó los cuerpos de las dos criaturas más adelantadas sin causarles el más mínimo daño. El marinero, dando gritos, cayó bajo una múltiple acometida de colmillos y garras, y Strann, aullando de terror, se apartó de la carnicería. ¡Tenía que advertir a los demás! No lo sabían, no se habían dado cuenta de que aquellas monstruosidades eran fantasmas, ¡creaciones de la magia negra! Podían matar, podían desgarrar, podían destrozar, sajar, pero eran insensibles a las armas y, por lo tanto, era imposible vencerlas.

—¡Fyne! —No veía al capitán, pero gritó desesperado su nombre—. ¡Fyne!, ¿dónde estáis? No hay esperanza... ¡Huid! ¡Huid si podéis!

Pero aun cuando alguno de sus compañeros hubiera hecho caso de su advertencia, la comprensión llegaba demasiado tarde. Estaban muriendo, cayendo uno a uno como segados, y la hierba se volvía roja y pegajosa con su sangre. Strann, dando vueltas y retorciéndose, todavía vivo, de manera increíble, perdió por fin todo control y a gritos expresó su temor, su odio y su sensación de total y amarga injusticia, maldiciendo a la vez a demonios, hechiceros y dioses, suplicando ayuda, suplicando cordura al tiempo que se arrojaba de bruces al suelo y se llevaba las manos a la cabeza, en un último y fútil intento de protegerse de aquella locura.

Y entonces, de repente, horriblemente, el campo de batalla quedó en silencio.

Strann permaneció en el suelo sin moverse. No sabía si estaba vivo o muerto, y no se atrevía a moverse para descubrirlo. El silencio era impresionante y tenía algo de sobrenatural. No podía decir que supiera mucho de aquellas cosas, pero tuvo la instintiva sensación de que después de una carnicería como aquélla debería haber ruidos: hombres que gritaban, ruido de pasos, los gemidos de los heridos. Pero no se oía nada. ¿Estaba muerto y aquello era una especie de limbo entre la muerte y cualquiera que fuese la vida más allá que los dioses le tuvieran reservada?

Intentó moverse con gran precaución. Sus miembros respondieron, pero inmediatamente sintió una humedad que se extendía por su estómago y sus

Librodot

muslos. Se quedó helado, convencido por un instante de que estaba sangrando, pero enseguida se dio cuenta de que no era sangre, sino algo mucho menos heroico. Strann sintió que sus mejillas enrojecían de vergüenza. Al fin y al cabo estaba vivo y el único estigma que podía mostrar de aquella terrible experiencia era una vergonzosa falta de control. Disgustado consigo mismo, comenzó a moverse de nuevo y se paró una segunda vez al oír una pisada en la hierba a su lado.

Algo se agachó y unos duros dedos aferraron su chaqueta y lo alzaron sobre las rodillas. Parpadeando, Strann contempló una silueta negra, con forma humana pero sin ningún rasgo. No hablaba —no estaba seguro de que pudiera hablar—, pero señaló con su otra mano a tres hombres en un corrillo a cierta distancia, vigilados por varios de los horribles jinetes.

Strann se echó a temblar de manera incontrolable. Sin hacer caso de aquella reacción, su captor lo puso en pie y, a empellones, lo obligó a correr dando traspiés en dirección a los otros. Sintió que el manzón le golpeaba la espalda, pero la espada prestada había desaparecido hacía rato, e incluso había perdido la vaina que llevaba sujeta al cinto. Se acercaron al sombrío grupo, y Strann vio que estaba formado por dos de los tripulantes del *Pescador de Nubes* —no sabía sus nombres— y por el propio Fyne Cais Haslo. El capitán estaba herido; tenía un feo tajo en un lado de la cara, y con la mano izquierda se sujetaba el brazo derecho roto. Pero estaba vivo. Al menos estaba vivo.

Strann murmuró:

—Fyne..., ¿quién más...? —No pudo terminar.

El capitán le devolvió una mirada descorazonadora.

—Nadie más. —Tenía el rostro acartonado de sangre seca, y su boca daba forma a las palabras con dificultad—. Sólo nosotros cuatro. Todos los demás están muertos.

Strann miró a otro lado. La conmoción calaba en él y comenzaba a aturdirlo, pero el escueto recuento seguía impresionándolo. Quiso decirle algo más a Fyne, aunque sólo los dioses sabían qué podría decir que valiera la pena en aquellas circunstancias; pero antes de que pudiera hablar de nuevo, sus captores hicieron gestos en dirección a las puertas del palacio. Entre las patas de los horribles caballos, los felinos-sabuesos babeaban y miraban con malicia; sus plateadas lenguas lamían el aire como si probaran el olor a hombre, y Fyne dejó caer pesadamente los hombros y aceptó lo inevitable. Strann advirtió que sus ojos estaban apagados por la derrota. Conociendo a Fyne, supuso que el capitán había abrigado la esperanza de morir rápidamente y con cierta dignidad, pero ahora no protestó cuando los jinetes negros los obligaron a avanzar, mientras los monstruosos animales reían entre dientes y los acosaban pisándoles los talones.

Mientras eran conducidos, Strann se obligó a no mirar atrás, al campo de batalla, donde el resto de los felinos-sabuesos negros estaban comiendo con rapacidad; clavó la vista en el palacio que estaba ante él y rezó en silencio a cualquier poder que pudiera estar escuchándolo para que le concediera una oportunidad, sólo una oportunidad, de sobrevivir a aquella pesadilla y emerger al otro lado con el alma y la cordura intactas.

El palacio había cambiado. Strann no podía decir que lo conociera con detalle, puesto que sólo había visitado la corte de la Isla de Verano en una ocasión, y aun entonces brevemente. Pero recordaba la atmósfera del lugar, la sensación de seguridad y tradición que impregnaba cada piedra y que infundía una mezcla personal de comodidad y respeto en la mente tanto de

Librodot

los nativos de la isla como de los recién llegados. Ahora aquella atmósfera se había desvanecido por completo y otra cosa había ocupado su lugar. Algo con una fuerza y seguridad parecidas, pero que hacía pensar en una fuerza más tenebrosa y malévola, no seglar, como había sido el gobierno del Alto Margrave, sino surcado por vetas de poder sobrenatural. El palacio, pensó, apestaba a maldad.

Fueron conducidos por pasillos que Strann recordaba fugazmente y llegaron por fin ante unas recargadas puertas de doble hoja en el centro mismo del palacio. El grupo se detuvo y la memoria de Strann, sin ataduras, evocó imágenes de la gran sala de audiencias que sabía que estaba al otro lado de la puerta, llena de música y de luz y de todo el brillante esplendor de las fiestas nupciales del Alto Margrave, donde había bailado con la hermana del Sumo Iniciado después de su triunfante dúo.

Cuando tocamos aquella maldita pieza de la epopeya Equilibrio *y toda esta horrible cadena de acontecimientos se puso en marcha...*

Uno de sus guardianes alzó un puño inhumano y golpeó las puertas. Un retumbar metálico hizo que Strann apretara los dientes y, mientras sus ecos se perdían en el palacio, las puertas comenzaron a abrirse rechinando. Una viva luz se coló por el espacio cada vez más grande y, parpadeando deslumbrado, Strann tuvo la asombrosa impresión de que una multitud numerosa y variopinta llenaba la sala, una multitud festiva como los invitados a la boda del año anterior. Entonces tres cosas se impresionaron en su mente de manera simultánea. La supuesta alegría de la gente que se agolpaba en la sala tenía un aire de desesperación. Ahora que los veía con más claridad, distinguía las sonrisas y escuchaba las carcajadas que a duras penas enmascaraban el terror en sus miradas. Moviéndose entre ellos como un cáncer, había figuras negras y sin rostros, inhumanas, parecidas a los horrores que habían salido aullando del palacio para masacrar al grupo de Fyne. Guardianes, centinelas, vigilantes; fuera cual fuese el término que se les aplicara, su función era la misma: controlar.

En el otro extremo de la gran sala, en un inmenso y extraño trono que se alzaba por encima de las cabezas de la multitud, una solitaria figura ocupaba el tradicional lugar de autoridad del Alto Margrave. Strann la miró y supo que era la mujer más atractiva y de mayor perfección física que hubiera podido imaginar. La vio inclinarse hacia adelante con una gracia ágil y fácil, vio su cabellera que caía como una cascada negra, percibió su tez de porcelana y el brillo de zafiro de sus ojos. Ella sonrió y extendió una mano en un gesto burlón de bienvenida. Y Strann comprendió que hasta aquel instante no había sabido el verdadero significado de la palabra maldad.

Ygorla se puso en pie. De inmediato se hizo un silencio total en la sala, y ella se volvió ligeramente y chasqueó los dedos. Una figura —una silueta, nada más— surgió de detrás del trono, y en un principio Strann pensó que el bastón que sostenía en las manos estaba coronado por un estandarte, quizás el emblema personal de aquella mujer. Entonces, de algún lugar entre la multitud surgió un grito angustioso. Fue reprimido con rapidez, pero no antes de que Strann pudiera ver de dónde procedía, y sus ojos se abrieron como platos cuando vio a la mujer rubia que estaba en primera fila de la multitud, sostenida por dos guardianes sin rostro que le sujetaban con fuerza los brazos. Era la mismísima Jianna, la Alta Margravina; pero apenas era reconocible, porque la belleza que Strann recordaba había sido borrada y en su lugar se veía una máscara mortuoria como rostro, las mejillas surcadas por las lágrimas, los labios mordidos y cortados, los ojos rojos y

Librodot

hundidos de tanto llorar. Miraba al portaestandartes con la expresión desesperada y casi enloquecida de la incredulidad; Strann siguió rápidamente la dirección de su mirada, y su nuez se alzó con un violento espasmo al ver que, coronando el asta que sostenía la negra criatura, estaba la cabeza cercenada del Alto Margrave, Blis Hanmen Alacar, que les sonreía grotescamente.

Ygorla avanzó hasta la parte delantera del estrado y se quedó mirando a los cuatro cautivos con dulce compasión. Sonrió.

—Bienvenidos —dijo—. Yo soy Ygorla, ¡vuestra nueva Alta Margravina y vuestra emperatriz!

Librodot

CAPITULO 4

Se oyó un leve suspiro, seguido de un ruido apagado, y uno de los compañeros de Strann cayó al suelo desmayado. El otro marinero no había visto el horror; estaba inclinado sobre sí, cogiéndose la caja torácica e intentando detener la hemorragia que lenta pero implacable surgía de una herida justo por encima del estómago. Fyne, sin embargo, miró a la mujer morena sin parpadear. Su rostro se mostraba inexpresivo; Strann no lo conocía lo suficiente para saber qué presagiaba aquello, y además se sentía tan aturdido que no podía prestar más que una mínima atención a Fyne. Había conseguido no vomitar sencillamente porque tenía el estómago vacío, pero sentía náuseas y mareo, y la escena que tenía delante comenzó a oscilar en medio de una neblina como de sueño. Quería despertarse. Habría dado cualquier cosa en aquel instante —todo su talento, su voz de cantante, incluso el uso de sus manos— para despertar y descubrir que aquello no había sido más que una pesadilla.

Sintió que la mujer morena los miraba, pero no alzó la cabeza; no quería encontrarse con su mirada. Entonces ella habló de nuevo.

—Vaya, qué pobre actuación. —Su voz era tan encantadora como su rostro; pero por debajo de su dulzura, Strann escuchó una nota acida que implicaba una horrible amenaza—. Cuatro viajeros llegan para rendir homenaje a su nueva gobernante, pero parece que no tienen nada que decir. Ni cumplidos, ni bonitas palabras de elogio, ni un solo aplauso. Me siento defraudada. —Hizo una pausa, y nadie emitió el menor sonido. Los talones de sus zapatos sonaron sobre el estrado mientras retrocedía lentamente hacia el trono.

»¿Es posible quizá que nuestros nuevos amigos estén tan impresionados que sean incapaces de encontrar palabras? Eso sería comprensible, ¿verdad? —Miró a la multitud reunida a su alrededor, y sus ojos lanzaron un destello ominoso—. ¿Verdad?

Esta vez le contestaron, y a Strann se le heló la sangre al escuchar los sibilantes «sí, majestad» y «desde luego, señora» que surgieron de las gargantas de los aterrorizados cortesanos. Se dijo que aquella gente, entre los que reconocía a buen número de los miembros de la guardia personal de Blis Alacar, no era un grupo de cobardes, y se estremeció al imaginar el poder que ella debía de haber esgrimido para reducirlos a las atemorizadas sombras que ahora eran.

De repente se escuchó otro sonido, más alto y feo, procedente de un lugar cercano a sus pies, y por el rabillo del ojo vio que el marinero herido había caído de rodillas y estaba doblado en el suelo. Su sangre manaba ahora más copiosamente, y un hilillo escarlata le recorría la barbilla. El dolor había eclipsado al miedo e intentaba hablar, suplicando de manera incoherente, pidiendo ayuda, agua, algo que frenara la hemorragia. Los brillantes ojos de Ygorla se clavaron en él con un rápido movimiento reflejo digno de un felino, y frunció el labio.

—¡Ah, mirad! ¡Este buen hombre está tan abrumado que verdaderamente se desangra por mí! Semejante gesto me conmueve, y lo recompensaré. Traedlo aquí.

Dos de los guardianes negros surgieron de entre la multitud, cogieron al herido por los antebrazos y dejando un largo reguero rojo en el suelo de la

Librodot

sala, lo arrastraron hacia el trono, donde lo dejaron caer ante el estrado. Su dueña miró un instante al herido; luego giró la cabeza e hizo un imperioso gesto de llamada.

Tres sombras se destacaron de la oscuridad detrás del trono. Se movieron con tal rapidez que al principio Strann no se dio cuenta de qué eran o de qué iban a hacer; y cuando por fin comprendió, ya era demasiado tarde incluso para apartar la mirada, porque las súplicas del marinero se habían convertido en chillidos de agonía al tiempo que las bestias, negras como sombras, lo derribaban y despedazaban.

Otros gritos se unieron a los del marinero; una mujer cercana a Strann vomitó con violencia y otra comenzó a sollozar histérica. Pero Strann no fue capaz de reaccionar; se limitó a contemplar la carnicería con una sensación de total irrealidad que dejaba de lado sus emociones, como si de golpe una tapa se hubiera cerrado sobre su mente.

Los chillidos del marinero cesaron al cabo de unos instantes y por fin los monstruos se retiraron. Uno de ellos, al retroceder lamiéndose la sangre del hocico, pareció sonreír a Strann, como compartiendo un chiste privado. Strann vio que las bestias no habían dejado ni siquiera un hueso del cadáver de su víctima, pero aquello no lo afectó: no significaba nada. La mujer seguía sollozando; oyó que Ygorla decía con rencor: «¡Hacedla callar!», y los lloros cesaron de manera brusca e instantánea. A su lado, Fyne respiraba de manera profunda y dolorosa, intentando mantener el control. Los ojos de Ygorla brillaron cuando los miró de nuevo.

—Bueno. Me he divertido, pero sólo un poco. —Ladeó la cabeza casi con coquetería, como si pensara qué podía divertirla más, y luego señaló a Fyne con un dedo de larga uña—. Él —dijo.

Fyne fue llevado hasta quedar ante ella, que lo enjuició con una larga y pensativa mirada antes de dirigirle la palabra.

—Veo que eres un capitán de barco. Bien, capitán, ¿qué clase de distracción piensas ofrecer a tu Alta Margravina?

Un sonido rasposo surgió de la garganta de Fyne, quien sacudió bruscamente la cabeza.

—¿Distracción? —Su voz se quebró en la última sílaba.

—Sí, distracción. Está bastante claro, capitán; tienes una sencilla elección que hacer. Puedes arrodillarte ante mí y jurarme fidelidad, en cuyo caso te unirás a mi séquito y aprenderás a agradarme; o puedes compartir el rápido pero doloroso final de tu camarada. De cualquiera de las dos maneras, tu cuerpo será de alguna utilidad.

Fyne la miró. Le corrían lágrimas por las mejillas, y su rostro tenía una palidez mortal, sin expresión o movimiento alguno, a excepción de los ojos, que ardían de pena y de rabia y, sobre todo, ardían con un odio perturbado.

—No lo haré —afirmó Fyne, y su voz se escuchó, llena de desprecio, en toda la sala—. No haré ningún pacto contigo. Porque no me asocio con demonios de los Siete Infiernos —y, con todo el desprecio que su furia y su odio le inspiraban, escupió directamente a su exquisito rostro.

Ygorla lo esquivó, y el escupitajo aterrizó sobre el estrado. Lo contempló, se encogió de hombros y chasqueó los dedos.

Esta vez Strann fue incapaz de mirar. El coraje loco, desafiante de Fyne lo conmovió en lo más hondo, y el hecho de que el capitán no intentara defenderse de las bestias cuando se arrojaron sobre él dio una terrible dignidad a su ignominiosa muerte. Pero incluso cuando cerró los ojos y se apartó, un pensamiento se repitió en el cerebro de Strann, en protesta

Librodot

impotente pero atormentada: *¡Era mi amigo!* No significaba nada; ni siquiera era verdad..., pero le dio algo a lo que agarrarse en aquel mar de horror, puesto que se trataba de la primera reacción racional que era capaz de tener desde su captura. Cuando el pensamiento penetró en él, abriéndose paso entre las brumas de su cerebro, sintió que su innato instinto de supervivencia volvía a aflorar. El aturdimiento iba desapareciendo, llevándose consigo la sensación de irrealidad, y en su lugar se formaba un núcleo duro de sentido común. Todavía no sabía adonde podría llevarlo, pero era un atisbo —aunque sólo fuera un atisbo— de esperanza.

Era su turno. Sintió unas manos huesudas que le cogían los brazos y lo empujaban hacia adelante, y, mientras era llevado ante el monstruoso trono, se obligó por fin a alzar la vista para encontrarse con la intensa mirada azul zafiro de Ygorla. Era increíblemente hermosa. Tan hermosa, en realidad, que supo instintivamente que no podía ser totalmente humana, porque sus formas eran demasiado perfectas. Pero tampoco creía que fuera un demonio, porque Strann sabía lo suficiente de demonios para tener presente que, como sus primos inferiores los elementales, carecían de ciertas dimensiones, de ciertos niveles de realidad, lo que les hacía totalmente imposible la tarea de hacerse pasar de manera convincente por mortales. No; aquella mujer —aquella criatura— era algo más. Pero ¿qué?

La voz de Ygorla interrumpió sus elucubraciones, como miel y cristal.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una rata vestida de hombre, con los bigotes crispados? Desde luego, parece una rata, aunque consigue mantenerse bastante bien en pie sobre las patas traseras. —Vio que Strann se tensaba de manera involuntaria, intentando no hacer caso del insulto, y se rió; varios de sus cortesanos se unieron rápidamente a la risa—. Mirad que aspecto más embarrado. Mirad el color de su pelo, y cómo le cae alrededor del rostro, como colas de ratas. Sí, definitivamente creo que no es un hombre sino un roedor. —Se inclinó hacia adelante—. ¿Eres inteligente, rata? ¿Hablas o sólo lanzas chillidos?

Las mandíbulas de Strann estaban tensas; se esforzó en relajarlas un poco e intentó que su voz sonara firme.

—Hablo, señora —contestó en voz baja.

—Ah. Así que lo haces. Bien, entonces, rata, ¿qué destino elegirás? ¿Mordisquearás migajas a mis pies... o debo disparar mi cepo también para ti?

Strann vaciló. A pesar de su cobardía confesada, todo su instinto se rebelaba contra aquella humillación. Quería escupirle a la cara como había intentado hacer Fyne, vilipendiarla con todo el vitriolo de que fuera capaz su habilidad de bardo. Pero al mismo tiempo sabía que si lo hacía, sólo tendría unos segundos de satisfacción antes de morir en las fauces de sus felinos-sabuesos. Al igual que Fyne, estaba frente a una sencilla disyuntiva: morir sin mancillar su orgullo y sus principios, o usar su astucia para seguir con vida sin importar el precio que tuvieran que pagar su dignidad y su conciencia. Y no tenía nada que ganar muriendo.

Tragó bilis y dio un paso al frente.

—Majestad —dijo en un tono de voz que llegó a todos los rincones de la sala— estoy a vuestras órdenes. —Dobló una rodilla, cogió la mano que ella le tendía y la besó. Cuando completó su florido gesto y se retiró, vio por el rabillo del ojo a la Alta Margravina, sujeta todavía por los dos guardianes inhumanos. Lo miraba como si él hubiera surgido del suelo procedente de alguna cloaca de los Siete Infiernos, y sus ojos mostraban el odio y el

Librodot

sufrimiento ante lo que consideraba una traición total. Strann se vio asaltado por una gélida náusea, pero nada podía hacer para redimirse; no podía correr el riesgo de intentar mostrar la verdad a la Margravina, aun cuando ésta hubiera sido capaz de comprender o de creer cualquier señal que le hiciera. Apartó su mirada de ella, pero siguió sintiendo el aguijón de su desprecio como una herida física.

Ygorla, sin embargo, sonreía. La respuesta de Strann la había complacido; comenzaba a estar harta de los dos extremos de breve desafío y cobarde impotencia que hasta el momento había encontrado en la Isla de Verano, y aquel hombrecillo mediocre parecía por lo menos tener algún potencial para divertirla.

Se repantingó en el trono adoptando una postura lánguida, pero sin que su mirada perdiera intensidad.

—Bien —dijo—. Has hecho un bonito ademán, rata. Pero ¿qué valor crees que puede tener para mí una criatura como tú? Quiero más que lealtad de aquellos que disfrutan de los privilegios de mi corte, y puedo enfadarme rápidamente con los siervos que no consiguen divertirme. Mis mascotas —con gesto descuidado alargó una mano y acarició la horrible cabeza de uno de sus felinos-sabuesos, que emitió un ronco ronroneo de adoración como respuesta— siempre tienen hambre.

—Majestad —repuso Strann obsequiosamente—, no pretendo tener grandeza, pero poseo un talento que me atrevo a decir me concedería el honor de distraeros durante un rato. —Dioses, pensó, ¿realmente se había hundido en aquella sima de servil hipocresía? Pero si quería sobrevivir, el respeto por sí mismo era un lujo que ya no podía permitirse. Descolgó de su espalda el estuche del instrumento, que sus captores no habían intentado quitarle en ningún momento, y lo abrió, mostrando el manzón.

»Soy, majestad, un músico y un narrador de historias. —Alzó el manzón y volvió a doblar una rodilla para apoyarlo; después, rezando en silencio porque el instrumento no estuviera demasiado desafinado, pulsó un acorde. Las cualidades acústicas de la sala lo magnificaron de forma impresionante; vio una chispa de ávido interés en los ojos de Ygorla, y se permitió respirar con más confianza. Comenzaba a ver por dónde iba aquella mujer. No conocía el alcance de su poder, pero había reconocido todos los signos de desmesurado engreimiento, y estaba dispuesto a apostar que podía jugar de modo escandaloso con su vanidad sin que ella se percatara de sus verdaderos motivos.

Tocó otra secuencia de notas, rápidas, complicadas, deslumbrantes; y, cuando volvió a hablar, puso en su voz toda la riqueza, la elegancia, la habilidad de persuasión, halago y lisonja que su adiestramiento en la Academia del Gremio le había proporcionado.

—Os serviré como vuestro bardo, señora, si tan sólo accedéis a concederme ese honor. Puedo tocar para vos, puedo cantar para vos. Puedo componer para vos épicas historias, historias de vuestro poder y gloria que serán susurradas en tonos de asombro por todo el mundo. —Pulsó nuevos acordes, conmovedores y con un toque grandioso, y, al ver que ella respondía involuntariamente con una sonrisa, sutilmente moduló la música hasta convertirla en una cascada de notas dulcemente quejumbrosas—. O baladas acerca de vuestra belleza, que harán que las mujeres se suiciden de envidia. *Cuidado* —pensó—, *no te excedas;* dejó caer la cabeza como si sintiera vergüenza o timidez y acabó, en un tono de infinita reverencia—: Y que los hombres enloquezcan de deseo.

Librodot

Ygorla rió encantada. Era la reacción que Strann había suplicado para sí; mantuvo la cabeza inclinada y no movió ni un músculo. La risa se acabó en un suspiro, e Ygorla dijo suavemente:

—¿Me deseas, hombrecillo?

Tiempo, pensó Strann. Era una de las primeras lecciones que había aprendido, y procedía de sus días en las ferias más que de las enseñanzas del Gremio. Muy despacio, y manteniendo un cuidadoso control, alzó la cabeza.

—Majestad... —Se permitió mirarla a los ojos con candidez durante un momento calculado antes de bajar la mirada otra vez—. No me atrevo a mentiros: debo decir la verdad. Afrontaría las torturas del fuego por un instante entre vuestros brazos. —Alzó de nuevo la mirada—. Pero sé que jamás seré digno de vos. Sólo puedo rezar para que perdonéis mi atrevimiento.

Hubo un largo y tenso silencio. Strann se preguntó nervioso si había calculado mal la retórica y se había traicionado, pero al menos en eso había sobrestimado a Ygorla. De repente, ella volvió a reír, esta vez una carcajada de alegría completa, sin trabas, que hizo que la corte la imitara a toda prisa. Echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su blanca garganta y la curva seductora de sus senos, y su cabello se onduló como azabache vivo. Cuando su risa cesó, se pasó la mano por la boca de una manera descaradamente lasciva.

—Creo que me gustas, rata. Creo que puedes tener cierta capacidad para divertirme. —De manera brusca e imperiosa alzó la cabeza y contempló la sala, sin molestarse en disimular el desprecio que sentía ante el mar de rostros asustados que la rodeaba. Entonces se puso en pie.

—Necesitamos un bufón de la corte que nos entretenga a todos, y creo que este juglar estará a la altura de las circunstancias. —Su mirada se centró de nuevo en Strann, quien vio en ella burla, seguridad en sí misma y un malévolo placer—. Te añadiré a mi colección de fieras y te concederé el título de mi rata mascota. Como mascota mía, te sentarás en un cojín de terciopelo a mis pies y disfrutarás de todos los privilegios de la corte. Pero no olvides nunca que soy una dueña exigente. Compláceme y prosperarás. Falla —su dulce sonrisa cambió un tanto y sus labios se tensaron, algo que no dejó ninguna duda a Strann sobre su significado— y desearás no haber venido nunca berreando a este mundo.

Le dieron una habitación en una de las torres del palacio, un aposento pequeño y circular que, a pesar de la opulencia de su decoración, tenía la atmósfera de una asfixiante y restrictiva jaula. Cuando se quedó a solas, comenzó a andar arriba y abajo por el alfombrado suelo, intentando borrar los recuerdos de lo que había presenciado en la sala, intentando no hacer caso de la sensación de enfermiza opresión que amenazaba con inundarlo y luchando por ordenar sus pensamientos.

Era plenamente consciente de que caminaba por un puente peligrosamente estrecho sobre un abismo mortal e impredecible. No quería especular acerca de en qué nido de serpientes había ido a parar. Quién o qué era Ygorla no lo sabía, ni quería saberlo; por el momento no podía permitir que su mente comenzara a indagar en esa dirección, puesto que tenía preocupaciones más inmediatas y personales. Pero, desde luego, no tenía intención de poner a prueba el poder que aquella mujer parecía poseer llevándole la contraria: había visto más que suficiente para saber que aquél era el camino más corto y seguro hacia el suicidio. Sobrevivir: eso era lo

Librodot

importante. Sobrevivir al precio que fuera. Había salvado la trampa primera y seguramente más peligrosa; ahora debía intentar descubrir las otras trampas que encontraría en su camino y la mejor forma de evitarlas.

«Rata mascota» lo había llamado. El asco brotó de nuevo, pero Strann lo contuvo. Rata mascota. Muy bien, se amoldaría a ese epíteto. Se sentaría sobre los cuartos traseros y se lavaría la cara con las zarpas delanteras si es que eso la divertía, y lanzaría gritos cuando se lo ordenase, pero mantendría un prudente silencio en las demás ocasiones. Y cuando los ojos de su ama estuvieran fijos en otra parte, los bigotes de la rata mascota buscarían diligentemente cualquier información que pudiera resultarle útil; y ya había descubierto una clave importante, porque tenía la profunda sospecha de que, por muy gran hechicera que fuera Ygorla, su inteligencia no estaba a la altura de su poder. Había aceptado sus halagos con tan poco discernimiento como una campesina que recibiera su primer cumplido, y eso le hacía pensar a Strann que lo que la impulsaba por encima de todo era la vanidad. Strann también era bastante vanidoso. Nunca se había sentido particularmente avergonzado de ello, pero sabía que semejante rasgo, si se manipulaba con cuidado, podía resultar una debilidad y, por lo tanto, algo de vital importancia en sus tratos con Ygorla. No estaba preparado para apostar por su teoría, pero tampoco dejaría de tener en cuenta su potencial. Lograría ganarse su favor y entonces...

Interrumpió sus pensamientos al oír abrirse la puerta a sus espaldas. Giró sobre sí mismo con rapidez al tiempo que el corazón se le aceleraba, presintiendo por un instante el peligro, pero luego se relajó al advertir que sólo se trataba de uno de los criados de palacio. El recién llegado, un hombre que debía de tener su misma edad, llevaba una bandeja cubierta, que dejó sin ceremonias sobre una mesa con grabados cerca de la puerta.

—Vuestra comida —dijo secamente, y añadió con acerado desprecio—: sir Rata.

Ah, pensó Strann. Un siervo de Ygorla en la superficie, pero no en el fondo. Parecía probable que la mayoría del séquito de palacio que había sobrevivido a los estragos causados por Ygorla estuviera en la misma situación: en privado eran fieles al asesinado Alto Margrave y a la pobre viuda Jianna, pero temían demasiado a la usurpadora para manifestar abiertamente su resistencia. Sin embargo, aunque temieran a su ama, no temían a un compañero de esclavitud, y Strann comprendió de repente que quizá se enfrentaría a otros peligros además del enojo de Ygorla. Su comportamiento en la sala de audiencias lo había marcado como un cobarde y un ventajista; sería un foco de odio y, por lo tanto, un blanco evidente para la venganza, sobre todo si quedaba claro que Ygorla no apreciaba en demasía su vida. No podía culparlos por aquellos sentimientos, pero tampoco apreciaba la perspectiva de una cuerda que lo estrangulara o de un rápido golpe de cachiporra cuando durmiera entre sus sábanas de raso, y por un instante se preguntó si podía correr el riesgo de confesarse con aquel hombre, diciéndole la verdad y haciéndole jurar que guardaría el secreto.

Lo miró a los duros ojos y el impulso desapareció. No le creería. La charada ya había ido demasiado lejos; al convencer a Ygorla de su deseo de servirla, había convencido también a los supervivientes de la corte. Ahora era un paria, el más ínfimo y despreciable de los traidores, y cualquier cosa que dijera sería interpretada como un intento de congraciarse o de espiar para Ygorla. Tan sólo podía mantener su engaño y buscar que Ygorla lo protegiera.

Librodot

Apartó los ojos del siervo y dijo en voz baja y con aire distante:

—Os lo agradezco.

Sintió el aguijón de la feroz mirada del hombre. El criado permaneció inmóvil un instante; luego levantó la tapa semiesferica de la bandeja y cuando estuvo seguro de que Strann lo miraba de reojo, escupió en el plato. Sin decir palabra, giró sobre sus talones y salió dando un portazo.

Strann exhaló un suspiro. El gesto de despedida del hombre no era más —en realidad, en ciertos aspectos era bastante menos— de lo que había esperado, pero no por eso dejaba de escocer. No por la ofensa a sus quisquillosos instintos; en los viejos tiempos de feriante no le había hecho ascos ni siquiera a robarle la comida a un cerdo de su comedero si tenía hambre. Pero ser consciente del profundo desprecio de sus iguales, aunque sólo lo demostraran escupiendo en sus comidas, era una herida devastadora para su autoestima. Y dejando de lado los mejores sentimientos, no se acabaría ahí. El escupitajo de hoy podía convertirse en veneno mañana. Debía ser extremadamente precavido.

Se acercó lentamente a la mesa y contempló el plato. Parecía una combinación de confites ricos y delicados, nada de su gusto. Pero estaba hambriento.

¿Habrían puesto algo allí sus enemigos? No era probable; apenas habían tenido tiempo y, además, si la comida estaba envenenada, el criado no habría escupido corriendo el riesgo de que él no la tocara. Strann cogió un tenedor de dos puntas y dejó a un lado los dulces en los que había caído el escupitajo. Después cogió el plato y miró a su alrededor. No quería sentarse en ninguna de las ostentosas sillas o sofás; su vulgaridad a base de borlas y oropeles, que tanto recordaba la tosca vanidad de Ygorla, le daba escalofríos. En lugar de eso, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y el plato entre las rodillas. Era hora de que sir Rata masticara las primeras migajas de la mesa de su dueña y con ello confirmara su condición de mascota prisionera. Un gesto significativo, que no quería hacer. Pero volvió a mirar la habitación y se estremeció. Era un prisionero, por mucho que las apariencias pudieran decir lo contrario. Una mascota y una posesión, que debía ahora aparentar que dedicaba toda su existencia a complacer los caprichos de su ama. Baladas dedicadas a su gloria, himnos de alabanza a su belleza... La perspectiva le daba arcadas. Pero por el momento era mejor opción que la muerte.

Escogió una confitura del borde del plato y se la llevó a la boca.

El elemental se retorció, y un sonido lastimero y débil vibró por toda la cámara de la torre. Narid-na-Gost, que se encontraba reclinado en su lugar acostumbrado, entre las sombras y lo más lejos posible de la ventana, miró a su alrededor con indolente interés y vio que Ygorla casi había terminado con la criatura. La labor que le había encargado estaba terminada y el resultado flotaba en el aire, enfriándose y pasando del rojo blanco al rojo vivo; el elemental suplicaba que se le permitiera regresar a su lugar natural, en las profundidades bajo tierra, donde la roca y el fuego se fundían en una mezcla ardiente. Ygorla lo miró unos instantes, reflexionando acerca de su destino; luego una desagradable sonrisa apareció en su rostro y, alzando ambas manos, formó con ellas una copa. Las súplicas del elemental se convirtieron en un aullido de terror, al darse cuenta de lo que ella pretendía; entonces Ygorla pronunció una palabra y de sus manos surgió un chorro de agua. La criatura se vio absorbida por el líquido; el fuego se convirtió en vapor y el

silbido ahogó los gritos de agonía del elemental al disolverse. El agua desapareció y el artefacto recién acabado y ya frío cayó en las manos de Ygorla. Un olor a azufre flotó unos segundos en el ambiente antes de perderse.

Narid-na-Gost bostezó.

—¿Por qué te tomas la molestia de destruirlos, hija? No tienen importancia.

Ella lo miró por encima del hombro; por un instante tan sólo, un rastro de resentimiento centelleó en sus azules ojos.

—Lo encuentro divertido —dijo.

—No veo ningún propósito en ello.

—Divertirme es para mí propósito suficiente —replicó Ygorla, sacudiendo el artefacto entre las manos, como si fuera un juguete—. De todas maneras, la criatura hizo lo que le pedí. —Se volvió del todo y le lanzó el objeto—. ¿Qué opinas de él, padre?

El lanzamiento no iba bien dirigido, pero el demonio miró el objeto y la trayectoria cambió. Lo cogió sin problemas y lo contempló.

—Es bastante bonito. ¿Qué es? ¿Otra gargantilla para adornar tu cuello?

Ygorla se rió por lo bajo.

—No es precisamente una gargantilla, y esta vez no es para mí. Se trata más bien de un collar. Un collar para mi nueva mascota, para recordarle lo que debe a su dueña. —Atravesó la habitación y le quitó el objeto a Narid-na-Gost—. Mira el trabajo, padre. ¿Verdad que es bonito? Mira cómo reflejan la luz las gemas; he escogido los diamantes porque son tan incoloros y transparentes como lo es Strann, y rubíes para tener la certeza de que recuerda el color de su propia sangre y lo fácil que sería derramarla. —Volvió a reírse, esta vez con un tono algo hiriente—. Jianna fue la antigua dueña de estas piedras. Formaban parte de un collar que solía llevar; tengo entendido que su marido se lo regaló en el día de su boda. Me pregunto si reconocerá las gemas cuando las vea adornando el cuello de mi rata. ¿Crees que será divertido?

A Narid-na-Gost aquel asunto no parecía divertirlo precisamente.

—Si tuvieras dos dedos de frente —contestó—, le pondrías una cadena a ese collar y no la soltarías. —Contemplaba distraído el cuerpo de Ygorla, bajo la túnica plateada y transparente que ella se ponía siempre para sus operaciones mágicas—. Si confías en esa criatura, eres una estúpida.

Ygorla entrecerró los ojos, enfadada.

—¿Confiar en él? ¿Por quién me tomas? ¡Claro que no me fío de él! Pero reconozco a un cobarde adulador en cuanto lo veo. No me llevará la contraria, igual que no lo hará nadie de esta remilgada corte. No se atreverá. Ninguno de ellos se atreverá, porque saben lo que soy capaz de hacer.

Mientras hablaba, buscó algo con la mirada, que fijó por fin en la mesa bajo la ventana. Sobre ella reposaba una botella de vino; Ygorla hizo un gesto descuidado y la botella se elevó, derramó su contenido en el suelo y luego se estrelló con tremenda fuerza contra la pared. Ygorla contempló los fragmentos de vidrio que salían despedidos en todas direcciones, y volvió a encararse con su padre.

—Mi mascota tan sólo tiene que disgustarme una vez y le haré eso y más —declaró con satisfacción—. Y él lo sabe. Todos lo saben. Me vieron cuando mi barco entró en el puerto de la Isla de Verano, y aprendieron a temerme cuando mi tripulación cayó sobre ellos y los hizo pedazos. Y todavía

Librodot

me temieron más cuando mis criaturas acabaron con el ejército de Blis Alacar ante las puertas de este palacio, y cayeron víctimas del pánico cuando les mostré en la sala de audiencias la cabeza cortada de su preciado Alto Margrave y les dije que había comenzado un nuevo reinado. ¡Y su pánico se convirtió en horror cuando elevé por encima de estas torres la estrella de siete rayos del Caos para proclamar la fuente de mi poder! —Se dirigió a la ventana y se asomó al día que ya terminaba. Muy arriba, la estrella seguía palpitando; su tenebrosa luz daba a los jardines del palacio una tonalidad metálica y de pesadilla, e Ygorla volvió a sonreír.

»Saben lo que soy —prosiguió en tono más bajo—. Y saben que desprecio sus debilidades humanas.

En la penumbra, los carmesíes ojos del demonio parecían ardientes y sobrenaturales.

—Pareces haber olvidado —dijo en voz baja— que tú tuviste una madre humana.

Ella se volvió para mirarlo, y por primera vez se le ocurrió que su relación había cambiado en los pocos días transcurridos desde que él la había liberado de la larga y fructífera, aunque intensamente frustrante, estancia en la Isla Blanca. Hasta aquel día, él le había inspirado un temor reverencial, puesto que no sólo era su padre, sino también su mentor y su maestro, y su poder como demonio del Caos —aunque fuera un demonio menor— había sido mucho mayor que el suyo. Pero desde que habían abandonado la Isla Blanca, el equilibrio de su relación se estaba alterando de manera sutil. Su última observación, que ella sabía que era una reprimenda apenas disfrazada, nunca hubiera sido pronunciada de manera tan suave en los viejos días, y se preguntó si al haber abandonado el reino del Caos para habitar de manera permanente en el mundo de la humanidad, Narid-na-Gost se sentía sobre terreno menos firme. Al repasar los dos últimos días, Ygorla recordó uno o dos pequeños incidentes más que parecían dar peso a sus sospechas, momentos en los que habían entrado en conflicto acerca de asuntos sin importancia y en los que, esperando la ira del demonio, se encontró con una postura más conciliadora de lo normal por su parte. ¿Había disminuido su seguridad? ¿O es que su poder era más débil en este mundo que en su hogar natural?

Giró un tanto la cabeza, pero siguió observándolo de reojo, a través de sus largas pestañas.

—No he olvidado mis orígenes, padre —dijo, escogiendo con cuidado sus palabras—. Pero ello todavía me da más motivos para despreciar a aquellos que nunca sabrán lo que es abarcar el reino humano y el del Caos. Tengo lo mejor de ambos mundos. Ni siquiera tú puedes presumir de un linaje tan especial.

¿Detectó en ese momento una llama de la vieja ira en sus ojos? No estaba segura, y, cuando él le replicó, su voz era tranquila y mesurada, casi como si no se tomara en serio el asunto.

—Sin embargo, hija, son los habitantes de este mundo los que deberían preocuparte por encima de todo. Tú has de reinar aquí, no en el Caos.

Ella le sonrió con dulzura.

—Por el momento.

Él inclinó la cabeza.

—Como quieras. Pero nos queda un largo camino por delante antes de que los dos mundos se conviertan en uno, y la conquista del dominio mortal debería ser tu principal preocupación. El Caos —le devolvió una sonrisa que

Librodot

unía la dulzura a una dura seguridad en sí mismo, y alargó una mano para apoyarla ligeramente en el cofre que tenía a su lado— es algo de lo que debo ocuparme yo.

La irritación de Ygorla iba en aumento, pero el gesto del demonio la distrajo. Su mirada se clavó en el cofre, y de inmediato olvidó su enfado y en sus ojos apareció un brillo de codicia. Alargó la mano, apartó la de Narid-na-Gost y alzó la tapa del cofre unos pocos centímetros. Una luz azul brillante y tenue apareció, creando frías venas de color a lo largo de sus dedos, y por la estrecha rendija contempló el enorme zafiro que descansaba en el plegado paño de terciopelo. Luego, con suavidad, volvió a cerrar la tapa y la luz sobrenatural desapareció.

—Me pregunto —dijo pensativa— si los dioses del Caos son conscientes de lo que hemos hecho con el tesoro que les arrancamos ante sus narices.

Narid-na-Gost enarcó un tanto las cejas al escuchar la palabra nosotros, pero lo dejó estar.

—Lo saben —aseguró—. Tal vez no sean capaces de leer en nuestras mentes, pero puedes apostar lo que quieras a que saben con exactitud dónde se encuentra la gema y la naturaleza de la trampa que la vigila. Si no lo supieran, ya habrían intentado algo contra nosotros y habrían sufrido las consecuencias.

—De forma que no pueden hacer nada.

—Nada excepto vigilar cada paso que damos, y esperar. —El demonio esbozó una feroz sonrisa—. Yandros debe de estar despotricando contra esta interdicción, pero no correrá el riesgo de sacrificar la gema del alma de su hermano para destruirnos. En ese sentido, es tan débil como los mortales que tanto desprecias. Su debilidad nos proporciona todo el tiempo que necesitemos o deseemos para consolidarnos aquí y luego llevar a cabo nuestra próxima fase del plan.

Ygorla regresó junto a la ventana.

—He estado pensando en la próxima fase, padre. Estoy empezando a aburrirme de esta isla; es demasiado pequeña y limitada. La gente que se agolpa en la sala de audiencias y se humilla a mis pies ya me ha aceptado como su señora, pero eso no basta. Si soy la Alta Margravina no sólo de la Isla de Verano, sino del mundo entero, quiero que el mundo entero lo sepa y me conozca.

Narid-na-Gost la contempló con los ojos entrecerrados.

—No corras demasiado, hija. Ve con cuidado y tenderás mucho mejor tu trampa.

No veía su rostro, pero la oyó suspirar impaciente.

—¡Eres siempre tan cauteloso! —exclamó ella de mal humor—. ¡No tengo por qué ir con cuidado! Los dioses del Caos son impotentes, y, dado lo que somos, los señores del Orden no tienen poder para dañarnos, ni siquiera para estorbarnos. De hecho, somos invencibles. Tengo el poder para coger este mundo en mi mano —apretó con furia el puño—, y quiero utilizar ese poder ¡ahora! —Giró bruscamente para mirarlo—. Pasé siete años encerrada en la Isla Blanca esperando esto. ¡No pienso esperar más!

¿Iba a discutírselo él? Se puso tensa, esperando un arrebato de furia y dispuesta a desafiarlo. Pero en lugar de eso, Narid-na-Gost se limitó a encoger sus estrechos hombros y contempló de nuevo el cofre.

—Entonces, Ygorla, si estás decidida, no voy a contradecirte. Como he dicho antes, éste es tu reino; yo tengo otras preocupaciones.

Por un instante, Ygorla se preguntó qué quería decir con aquel

Librodot

comentario hecho a la ligera. ¿Guardaba algún secreto, algo que todavía no le había revelado acerca de sus propios planes? Pero desechó la idea, diciéndose que eran imaginaciones suyas. Sencillamente, decía que su labor era preocuparse de la eventual pugna por el dominio en el reino del Caos mientras que ella establecía su supremacía terrenal, y aquella era su manera de reconocer dicha supremacía en este mundo, sin reconocerlo con claridad. Sonrió para sus adentros, pero no permitió que dicha sonrisa se trasluciera en su expresión. Narid-na-Gost era muy orgulloso, y no tenía por qué herir ese orgullo demostrando que había adivinado lo que ocultaba su subterfugio. Tácitamente, le había otorgado libertad de acción. Por ahora, eso era suficiente.

Regresó a la ventana y, apoyándose en el alféizar, se asomó fuera.

—Enviaré una proclama —dijo— a todos los Margraves de provincia. Les haré saber que tienen una nueva Alta Margravina y exigiré su juramento de fidelidad, con promesa de castigo si osan desafiarme. Por añadidura, enviaré un mensaje parecido a la Matriarca de la Hermandad y, claro está, a la Península de la Estrella. —Hizo una pausa para reflexionar—. Tengo entendido que el presente Sumo Iniciado es bastante joven e inexperto. Será interesante ver cómo reacciona ante un poder mayor que el suyo.

Narid-na-Gost soltó una risa burlona.

—No tenemos nada que temer de él. Incluso los adeptos de mayor nivel del Círculo no son más que meros invocadores, y su estimado líder no es más que otro cachorro inexperto de la carnada.

—Oh, no me cabe la menor duda. Pero todavía no lo sabe. Podría ser divertido ayudarlo a aprender esa lección.

La risa del demonio disminuyó hasta convertirse en una fina sonrisa.

—Está en la otra punta del mundo, Ygorla. No hace falta que nos preocupemos de él todavía.

—De todas formas, quiero que sepa de mí, y no por medio de uno de los Margraves cuando comiencen a ser víctimas del pánico y recurran al Círculo en busca de ayuda. Quiero que nuestro primer contacto sea un poco más... personal. —Se enderezó y tamborileó con los dedos sobre el alféizar de la ventana—. Aves. —Se volvió, irradiando impaciencia—. Aquí usan aves para enviar los mensajes, ¿verdad?

El demonio se encogió de hombros perezosamente.

—Eso creo. Tus mansos cortesanos conocerán los detalles. Pero no tienes por qué recurrir a métodos tan toscos.

—Lo sé. Pero en este caso creo que los usaré. Mi difunta y nada llorada tía abuela, la vieja Matriarca, solía decirme que las chicas con cabeza no deben malgastar sus energías y talento sin necesidad, y por una vez en toda su aburrida vida creo que tenía razón. ¿Para qué mostrar ahora toda mi fuerza, cuando puedo reservarla para un momento más propicio? —Juntó las manos y los abundantes brazaletes que lucía tintinearon débilmente; se miró las puntas de los dedos especulativamente—. Me pregunto si el Círculo capitulará sin luchar. Preferiría que no lo hiciera, porque eso me privaría de algunas deliciosas distracciones. Me gustaría ser un pescador que atrapa al Sumo Iniciado con su anzuelo. Sería muy agradable soltarle sedal durante un tiempo, para después sacarlo y dejarle exhalar sus últimos suspiros en la orilla ante los ojos de todos quienes lo habían considerado su salvador. —Su mirada se fijó en el rostro del demonio con rapidez, los ojos brillantes y duros—. Así su humillación sería completa y mi triunfo seguro. Una venganza pequeña pero satisfactoria.

Librodot

—¿Venganza? —repitió con suavidad Narid-na-Gost—. ¿Por qué?

—Por los siete años que me vi obligada a pasar escondida y, antes de eso, por los catorce años en los que tuve que doblegarme ante la autoridad en todas sus formas. —Ygorla hizo una pausa—. Es el último figurón. Hace ya tiempo que me vengué de la Hermandad, y ahora el Alto Margrave también ha caído ante mí. Así que sólo me queda deshacerme del Sumo Iniciado del Círculo, el tercero y último miembro de ese odioso triunvirato. —Una sonrisa cruel se dibujó lentamente en sus labios—. Su final será la más satisfactoria de todas las victorias. Lo comprendes, padre, ¿verdad?

Narid-na-Gost asintió despacio, y por un momento pareció que miraba a través de ella y a través del tejido del mundo físico hacia otra dimensión, y que visualizaba a un adversario completamente distinto.

—Oh, sí, hija —contestó enfáticamente—. Comprendo muy bien ese sentimiento.

Librodot

CAPITULO 5

El Consejo de Adeptos se reunía aquella mañana. Como adepta de quinto nivel y como médico jefe del Castillo, Karuth Piadar era por derecho un miembro prominente del Consejo; pero tras echar un vistazo a la agenda planeada, decidió no asistir. La reunión no era más que una formalidad rutinaria para discutir cuestiones como el almacenamiento de suministros o la graduación de estudiantes y candidatos al Círculo, y ya que ni sus suministros médicos necesitaban ser reaprovisionados ni tenía de momento estudiantes bajo su tutela, parecía una tontería crear innecesarias tensiones con su presencia.

Era consciente de que no sólo el Consejo, sino todo el Círculo estaba enterado de su pelea con el Sumo Iniciado, aunque no supieran los motivos. Había advertido las preocupadas miradas de reojo y la extraña atmósfera que reinaba siempre que Tirand y ella se encontraban en un lugar público. No le gustaba la situación, puesto que era a la vez confusa y perjudicial, pero al mismo tiempo se sentía incapaz de enderezar las cosas. La amarga acritud de la pelea entre ella y Tirand había ido demasiado lejos y calado demasiado hondo; podrían arrepentirse de lo dicho, pero no podrían olvidarlo, y el hecho de que Tirand fuera no sólo el Sumo Iniciado a quien como adepta debía obediencia, sino también su hermano menor, no hacía más que empeorar las cosas. Durante toda su vida habían estado siempre tan cerca y tan de acuerdo que el haberse peleado de manera tan tremenda era doblemente doloroso. Karuth habría dado mucho por encontrar la forma de restañar las heridas, pero no conseguía convencerse para dar el primer paso si antes Tirand no hacía un gesto conciliador, y dicho gesto no se había producido.

El problema era, pensó mientras trabajaba en su dispensario aquella mañana, que tanto ella como su hermano eran demasiado orgullosos. La verdad es que no quería pedir perdón a Tirand. Podía lamentar sus crueles palabras en la noche de la pelea y estar dispuesta a retractarse de ellas, pero eso no alteraba el hecho de que creía tener razón. En eso no daría marcha atrás. Su conciencia y su sentido de la justicia no lo permitirían, y no cabía duda de que Tirand estaba tan aferrado a su punto de vista como ella al suyo; lo que los dejaba en un triste pero al parecer irremediable punto muerto. Así iban pasando los días, sin que la atmósfera se relajara, mientras Karuth y Tirand no tenían nada que decirse, aparte del más breve y frágil intercambio de cortesías, y eso sólo cuando las circunstancias hacían inevitable un encuentro.

Karuth terminó de ordenar su alacena y después miró a su alrededor, satisfecha al ver que ya no quedaba nada más que hacer allí. Aquella mañana sólo tenía que atender a un paciente —una pinche pecosa de la cocina, hija de uno de los mozos del establo del Castillo, que había resbalado sobre una piedra y se había torcido el tobillo—, pero con la llegada de los fríos vientos otoñales que soplaban del norte sabía que faltaba poco para que comenzara el ciclo estacional de fiebres, toses y temblores, y cuando eso ocurriera le quedaría poco tiempo para otra cosa que no fueran sus tareas médicas. En cierto sentido sería una bendición, porque los días recientes habían sido de una incómoda tranquilidad, y le habían dejado demasiado tiempo para rumiar sus problemas. Estaría contenta de tener una

Librodot

distracción, aunque sus pacientes no compartieran ese alivio.

Se quitó el delantal, desenrolló las mangas de su vestido y se entretuvo colocando de nuevo en su lugar unos cuantos mechones rebeldes de su larga y lustrosa cabellera castaña. Después salió de la habitación, sin olvidar quitar el pequeño manojo de ramitas atado al pomo exterior de la puerta, señal de que ahora no había nadie en el dispensario, y se dirigió por los pasillos hacia la puerta principal del Castillo. Era una mañana oscura y ya se habían encendido algunas antorchas en los pasillos principales. Al llegar a la sala de entrada, Karuth pensó si ir a buscar un chal a su habitación antes de salir al exterior, pero decidió no hacerlo. Le iría bien endurecerse pronto para hacer frente a las bajas temperaturas, y eso la ayudaría a resistir las enfermedades invernales cuando llegaran. Bajó apresuradamente los escalones y comenzó a atravesar el patio. Las altas y oscuras murallas del Castillo no ayudaban a aliviar la tristeza del día, y cuando miró hacia arriba, más allá de las altas torres, en dirección al cielo, vio jirones de finas nubes de un gris oscuro deslizarse rápidamente por debajo del mugriento cielo encapotado, señal segura de que por la tarde llovería. No se entretuvo, sino que apretó el paso hacia la avenida cubierta y flanqueada por columnas que llevaba a la puerta de la biblioteca, en lo más hondo de los cimientos del Castillo. Con el resto del día libre —a no ser que hubiera alguna emergencia—, quería buscar un libro de música regional y pasar la tarde en sus aposentos practicando con su manzón algunos de los ritmos poco usuales de la Provincia Vacía. Como era costumbre, le pedirían que diera un concierto durante las próximas fiestas Primer Día de Trimestre, y quería sorprender a los invitados del Círculo, en particular a un distinguido grupo de la Provincia Vacía que estaría presente. Aquel año, la Provincia Vacía había contribuido con un generoso donativo al Círculo, en agradecimiento por la ayuda prestada por los adeptos para librarlos de una problemática fuerza elemental que había estorbado algunas de las labores que se realizaban en las minas más profundas, y Karuth pensó que sería un gesto cortés y prudente demostrar a su vez el aprecio del Círculo.

Alcanzó la avenida cubierta e iba a echar a andar bajo el dosel flanqueado de columnas cuando algo en el cielo llamó su atención: un punto oscuro que volaba contra el viento, bajando en picado. A pesar de su buena vista, Karuth no distinguió ningún detalle, pero supuso lo que debía de ser y, alejándose de las columnas, se dirigió deprisa hacia el otro extremo del patio y llamó a Handray, el halconero. Handray salió del edificio de los establos, donde guardaba sus aves amaestradas, y Karuth señaló el punto.

—Llega un mensajero, Handray. ¿Estamos esperando algún despacho?

Handray entrecerró los ojos. El ave se acercaba y ahora era posible distinguir la silueta de sus alas.

—No que yo sepa, señora —repuso—. A menos que se trate de la nueva lista de candidatos de la Señora Matriarca; aunque, de ser así, llega con un mes de adelanto. —Hizo una pausa—. Es un ave grande, venga de donde venga. Voy a buscar el reclamo y la haré bajar. ¿Debo haceros llamar si se trata de un mensaje urgente?

El Consejo seguramente seguía reunido; aquellas reuniones rutinarias siempre duraban una eternidad.

—Sí —dijo Karuth—. En estos momentos el Sumo Iniciado está ocupado, así que será mejor que me informes si algo no va bien. Estaré en la biblioteca.

—Señora. —Handray se tocó la frente con un dedo y volvió a

Librodot

desaparecer en los establos.

Volviendo sobre sus pasos, Karuth escuchó el quejumbroso canto del reclamo mientras Handray lo hacía girar sobre su cabeza, y oyó su agudo silbato llamando al ave mensajera para que se posara. Pero no se esperaba el chirriante graznido que respondió desde arriba, ni el aullido de terror y queja del halconero, que le llegó apenas un instante más tarde. Se giró deprisa y vio que algo del tamaño de un águila de las montañas, pero negro, negro como el azabache, atacaba a Handray. Atisbó unos colmillos afilados, vio el fogonazo maligno de unos ojos escarlata, y unas alas que no estaban cubiertas de plumas, sino que eran membranosas y brillantes como las de un murciélago...

—¡Handray!

Corrió hacia el halconero, que gritaba y golpeaba al monstruo, intentando rechazarlo. Y cuando ella también quiso golpearlo, se vio atacada de pronto por un abrumador hedor psíquico. ¡Aquello no era un ave! Era algo que procedía de otro mundo...

—¡Handray, atrás! ¡Apártate de él! —Su voz denotaba asco y miedo por el halconero, que nada sabía de elementales o demonios. Por suerte, Handray tuvo la presencia de ánimo suficiente para hacerle caso; se agachó y se cubrió la cabeza con ambos brazos. El ave..., no, la cosa se mantuvo a unos tres metros de altura, batiendo lentamente las alas; y su cabeza, que era como una parodia de la de un perro, pero cubierta de escamas y nacarada, se volvió con obscena deliberación para mirar a Karuth. Tenía una expresión de desprecio; una lengua negra apareció sibilante, y de sus fauces cayeron hilillos de saliva amarilla. Karuth apretó los dientes y los puños, mientras intentaba recordar el sortilegio vinculante para elementales superiores, el cual, al haber sido cogida desprevenida, se le había olvidado justo en el momento en que más lo necesitaba. Pero gracias a Yandros, su memoria se ajustó de repente y su voz tronó:

—«Criatura de la oscuridad profana, engendro de los Siete Infiernos, en el nombre de Yandros y en el nombre de Aeoris te ordeno y te abjuro...»

La cosa monstruosa se rió. El sonido se parecía tanto a la risita de una chica estúpida que desconcertó por completo a Karuth, y el poder del sortilegio que estaba surgiendo en su mente se hizo pedazos. La joven retrocedió tambaleándose e intentó recobrar el control de sí misma, mientras la criatura volvía a reír. De repente se oyeron pasos de botas sobre la piedra y el sonido de nuevas voces procedentes de la puerta principal. Karuth volvió la cabeza y vio la ancha y corpulenta silueta de su hermano Tirand, flanqueado por cuatro adeptos superiores, que salían a la escalera.

—¿Qué diablos ocurre? —El grito de Tirand se escuchó por encima de los demás—. Karuth... Handray... En el nombre de Aeoris, ¿qué es esa cosa?

Karuth respiró jadeante.

—¡Ayudadme! —gritó a su vez—. ¡Doblegadlo, rápido! Es algo demoníaco, ¡nos ha atacado!

Tirand lanzó un juramento y comenzó a bajar la escalera, con sus compañeros pisándole los talones.

—¡Uníos! —exclamó, extendiendo las manos para entrelazarlas con las de los adeptos que tenía más cerca—. ¡Rodeémoslo con un cono de energía!

Alguien aferró la mano de Karuth con fuerza, y los seis formaron un círculo debajo de la criatura negra que flotaba. Ésta no reaccionó, no hizo ningún esfuerzo por huir, ni siquiera por moverse, y en el momento en que sentía que su energía se unía con la de sus compañeros adeptos, Karuth

Librodot

tuvo el presentimiento de que aquello resultaría inútil. Tirand abrió la boca para pronunciar las primeras palabras del sortilegio, como lo había intentado ella; y con otro estallido de risa maníaca y horriblemente humana, la cosa voladora escupió un dardo de veneno al rostro del adepto que flanqueaba a Tirand. El hombre lanzó un aullido de dolor y asombro cuando el fluido ardiente se deslizó por su mejilla; giró sobre sí mismo y se llevó una mano a la cara, de manera que el contacto se rompió. El horror volvió a graznar y antes de que nadie pudiera hacer nada, se elevó por encima de la muralla del Castillo y se detuvo a la altura de las cimas de las torres, sin parar de reír de manera salvaje. Tirand, maldiciendo con todas sus fuerzas, se quedó mirándolo mientras flotaba quizá durante cinco latidos de corazón y luego, tan rápido que su silueta se desdibujó, se lanzó en dirección sur y se perdió de vista en cuestión de segundos. Al desaparecer, algo pequeño cayó desde donde había permanecido inmóvil y chocó contra las baldosas a los pies del Sumo Iniciado.

Un mensaje enrollado. Karuth lo miró, hipnotizada, hasta que, con un gesto violento que rompió el momento de aturdimiento, Tirand se inclinó a recogerlo.

—¡Atiende a Ciraid! —le gritó—. ¿No ves que está herido?

A Karuth la enfureció el hecho de que usara semejante tono con ella, pero el instinto profesional le hizo guardarse una respuesta hiriente y se apresuró a examinar la herida del rostro del adepto. El veneno de la criatura había levantado una ampolla en la mejilla de Ciraid, y con una mueca el adepto reconoció que le picaba dolorosamente, pero para alivio de Karuth parecía que el daño no iba más allá. No creía que el veneno fuera tóxico, puesto que no podía apreciar signos evidentes de que la piel alrededor de la ampolla cambiara de color; aun así, no queriendo correr riesgos, le dijo:

—Será mejor que me acompañes al dispensario, Ciraid, y te daré una pomada al tiempo que te examino por si hay riesgo de envenenamiento.

Él apartó la mano con cautela de la mejilla e hizo un gesto negativo.

—No te molestes, Karuth. Buscaré a Sanquar; seguro que él podrá ocuparse de mí. Quédate aquí. Querrás saber qué hay en ese pergamino.

A Karuth no se le escapó la mirada irritada que Tirand lanzó a Ciraid y supo que su hermano hubiera preferido que se marchara. Eso acabó de decidirla y asintió.

—De acuerdo. Pero te aconsejo que no pierdas tiempo y vayas rápido en busca de Sanquar. Después revisaré lo que te haya dado.

Ciraid se marchó apresuradamente. Se estaba reuniendo una pequeña multitud a medida que la gente, alertada por la conmoción en el patio, salía a ver qué pasaba, y en la puerta principal el adepto que se marchaba casi chocó con un joven alto, delgado y de rubia cabellera que salía corriendo del interior del Castillo. El joven pidió disculpas apresuradamente y después bajó la escalera de tres en tres.

—¡Tirand! ¡Karuth! —Calvi Alacar, hermano del Alto Margrave y recientemente graduado como Maestro de Filosofía, se paró en seco y se quedó mirando el círculo de rostros cariacontecidos.

—¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo? Vi el ave desde mi ventana y al principio creí que era un mensajero, pero...

—La criatura atacó a Handray. —Tirand y Calvi eran buenos amigos, pero en aquellos momentos la amistad pesaba menos que la necesidad de evitar una escena, y el tono del Sumo Iniciado fue brusco—. Está bien. No hay de qué preocuparse.

Librodot

Confundido por el hecho de que un incidente tan nimio hubiera despertado tanta curiosidad, Calvi miró a su alrededor sin comprender. Karuth encontró su mirada y le dijo en voz baja:

—Y no era un ave.

Tirand la miró con furia.

—¡Basta! ¡En cualquier momento tendremos a nuestro alrededor a la mitad de la servidumbre del Castillo boquiabierta, así que te agradecería que no les dieras argumentos para que empezaran a circular rumores! Éste es un asunto del Círculo, no para los oídos de los no iniciados.

Un asunto del Círculo... Últimamente era su frase favorita, pensó Karuth con amargura, y sostuvo su mirada con enfadados ojos grises.

—Entonces te sugiero que permitas que el Círculo lo vea —replicó, haciendo un gesto en dirección al pergamino. Tirand la miró durante unos segundos, luego dijo algo por lo bajo y apretando el pergamino en su puño se volvió hacia la puerta, haciendo ademán a los adeptos de que lo siguieran, y anunció a la cada vez más numerosa y curiosa multitud que se habían deshecho del problemático pajarraco y que no había nada más que hacer. Karuth se quedó atrás cuando vio que Handray se levantaba. Había permanecido en la misma postura acurrucada durante toda la escaramuza, de manera que no vio lo ocurrido ni se dio cuenta del rotundo fracaso de los adeptos al intentar subyugar a la criatura. Mejor para él, pensó; y tanto mejor para el deseo de Tirand de poner freno a cualquier rumor.

—¿Te encuentras bien, Handray? —le preguntó.

—Gracias a vos, señora, y al Sumo Iniciado, sí. —Consiguió esbozar una débil sonrisa—. Sólo los dioses sabrán de dónde salió esa ave, o murciélago, o lo que fuera, ¡pero espero que no veamos más bichos como ése!

—Probablemente era alguna criatura de las montañas que se perdió y abandonó su territorio —dijo ella—. Existen algunas bestias muy peculiares en los riscos que hay entre este lugar y la Tierra Alta del Oeste. Me aseguraré de que corra la voz para que la gente esté sobre aviso si se ve alguno más. Veamos, ¿seguro que no estás herido?

Él le aseguró que estaba ileso, y Karuth fue en pos de los adeptos, deseando alcanzarlos antes de que llegaran al estudio de Tirand. Incluso en las presentes circunstancias, Tirand no podía rehusarse a dejarle ver el mensaje que había traído la criatura demoníaca, y sentía ardientes deseos de conocer su contenido. Pero, cuando comenzaba a subir la escalera, Calvi la cogió del brazo.

—Karuth... —Sus azules ojos brillaban en exceso—. Dijiste que no era un ave. Lo sé; yo mismo lo vi, y vi lo que tú y Tirand y los otros intentasteis hacer. Por los catorce dioses, ¿qué era?

Ella meneó la cabeza; no quería mostrarse brusca, pero estaba ansiosa por abandonar el patio.

—La verdad, Calvi, no lo sé. Pero dejó un mensaje, y quiero ver qué contiene el pergamino. Por favor... —Con amabilidad se soltó.

—¿Crees que Tirand...?

—No, Calvi, no te dejará unirte a nosotros. Lo siento, sé que no lo hará. Pero a menos que el Círculo lo prohiba expresamente, te diré de que se trata en cuanto pueda. —Con esa promesa lo dejó y subió corriendo la escalera. El corazón le latía desbocado y no era sólo por los efectos del encuentro con el monstruoso mensajero. Algo más reptaba desde las profundidades de su mente, algo que había intentado olvidar últimamente, pero que volvía a

acosarla una y otra vez contra su voluntad. Algo que estaba en el origen de su pelea con Tirand.

Alcanzó a sus colegas cuando llegaban al estudio de Tirand; entró la última, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Alguien encendió una lámpara, aliviando un poco la penumbra de la habitación, y Tirand se sentó ante su escritorio y desdobló ante sí el arrugado pergamino. Nadie osó mirar por encima de su hombro, pero todas las miradas estaban fijas en su rostro, contemplándolo con fijeza mientras leía. El silencio se hizo opresivo. Tirand no decía nada, y su rostro quedaba en parte oculto por las sombras, de forma que su expresión no se veía. Pero cuando por fin alzó la vista, Karuth se quedó horrorizada por lo que vio. La sangre había huido de sus mejillas, dejando un enfermizo color gris en su piel, y sus ojos miraban al vacío; parecía un hombre que hubiera sufrido una fortísima impresión.

—¿Tirand? —Otro de los adeptos hizo ademán de acercarse al Sumo Iniciado—. Tirand, ¿qué ocurre? ¿Qué dice el mensaje?

Como alguien arrancado de un trance hipnótico, Tirand pareció advertir por primera vez la presencia de los demás. Pero no dijo nada, sino que con mano temblorosa alargó el pergamino al hombre que le había hablado. Después su mirada buscó a Karuth y se posó rígidamente en ella. Karuth no pudo interpretar la mirada, pero vio amargura en sus ojos. Amargura... y miedo.

Los restantes adeptos se reunieron en torno a su camarada, y alguien dijo en voz baja:

—Dioses..., esto es una locura. —Las palabras hicieron que Karuth volviera bruscamente a la realidad, y se adelantó para ver el pergamino. Su primer pensamiento fue que no reconocía la letra; quien quiera que lo había escrito tenía una caligrafía atrevida y áspera que parecía saltar del pergamino y atacar a la vista. Luego su cerebro comenzó a asimilar el contenido.

—¡Es una broma perversa! —La nerviosa y dura afirmación surgió del adepto de sexto nivel Sen Briaray Olvit, el mayor del grupo—. ¡Algún loco borracho o contrariado que piensa que puede burlarse del Círculo! ¿El Alto Margrave muerto? ¿Un usurpador en el trono de la Isla de Verano? Que Aeoris me asista, si tuviera ante mí en esta habitación a ese tramposo de mente retorcida...

Tirand lo interrumpió.

—Lee el resto, Sen. Todo.

Seguía mirando a Karuth y ella supo que estaba esperando a que terminara de leer. ¿Qué esperaba? ¿Por qué era de repente tan importante su reacción? Continuó, asimilando las enloquecidas palabras, las salvajes fanfarronadas, las amenazas y, por último, la declaración —la mente detrás de aquello era insana, loca de atar, pensó— de que la nueva gobernante de la Isla de Verano exigía ahora la lealtad incuestionada del Círculo en forma de documento firmado por el Sumo Iniciado en persona y enviado por mensajero sin más dilación hacia el sur. Entonces, por fin, vio la complicada firma al final del pergamino.

«Escrito en este día del octogésimo primer año del Equilibrio, por mi mano, Alta Margravina y Reina Suprema. Ygorla.»

—Oh, dioses... —dijo Karuth y volvió a mirar a Tirand.

No podía decirlo. Sabía lo que él estaba pensando, lo que ambos estaban pensando, pero no podía decirlo en voz alta, no aquí y con los otros como testigos de sus palabras. Pensara lo que pensase de Tirand, por mucho

que lo hubiera odiado en aquellos últimos días, no lo humillaría diciendo en voz alta lo que él ya sabía. Pero aquel conocimiento compartido ardía en su interior como un cáncer.

Sen habló de nuevo, rompiendo el tenso silencio.

—Debemos descubrir el origen de esto. Descubrirlo y arrancarlo de raíz. ¡Es intolerable! Sumo Iniciado, sugiero...

Tirand alzó una mano. Su compostura, o al menos un buen simulacro de ésta, había regresado.

—Espera, Sen. No es tan sencillo. —Los miró uno por uno, con expresión tensa y desgraciada—. Quiero volver a convocar el Consejo. Ahora.

Sen frunció el entrecejo.

—No creo que sea necesario, Tirand. Estoy de acuerdo en que hay que ponerlos al corriente, naturalmente; pero, tal como yo lo veo, nuestra principal prioridad es poner en marcha la búsqueda de quien ha perpetrado esta impostura y...

El Sumo Iniciado lo interrumpió con brusquedad.

—¿Estás dispuesto a apostar que se trata de una impostura?

El adepto se quedó sorprendido.

—¿Quieres decir que podría ser cierto?

—Quiero decir que podría resultar muy peligroso suponer que no lo es.

—Aeoris... —Sen hizo la señal de los catorce dioses con los dedos extendidos—. No había pensado..., no se me había ocurrido... Pero, por todos los dioses, Tirand, ¡la idea es imposible! Habríamos tenido algún atisbo, lo habríamos sabido... —Se calló al ver la severa expresión de Tirand y darse cuenta de adonde iba a parar por aquel camino. Sen había sido uno de los adeptos superiores que hacía quince días habían ayudado al Sumo Iniciado a investigar la afirmación de Karuth de que algo iba peligrosamente mal en el dominio de los dioses. La investigación no había dado ningún resultado; Tirand había colocado un veto sobre el tema prohibiendo ulteriores intentos, y Sen sospechaba que eso había provocado la pelea entre él y su hermana. Ahora, sin embargo, tenían que enfrentarse a la idea de que las conclusiones del Círculo podían haber sido equivocadas.

Hizo un intento más de discutir, puesto que no quería creer en una posibilidad tan estremecedora.

—Tirand, ¡no puede haber relación! No hemos recibido ninguna señal, ningún aviso, y desde luego ni una palabra de que hubiera problemas en el sur. ¡Un usurpador no puede surgir de la nada y así por las buenas conquistar la Isla de Verano!

—¿Y qué farsante sería capaz de invocar, y menos aún controlar, a un demonio que se ríe del sortilegio de sumisión más poderoso del Círculo? —replicó Tirand—. Encuéntrame a esa persona y estaría dispuesto a dejar pasar todo esto como una broma maligna. Tal como están las cosas, no me atrevo a hacer semejante cosa. —Se puso en pie—. Éste no es el lugar para seguir discutiendo. Convocad al Consejo para que se vuelva a reunir en la sala dentro de quince minutos. Y poned énfasis en la necesidad de ser prudentes; no quiero que ni una palabra de esto salga del Consejo por el momento.

Los adeptos murmuraron su asentimiento y fueron saliendo de la habitación. Sólo se quedó Karuth. Ella y Tirand no se habían dirigido la palabra directamente desde que habían dejado el patio, y esperaba que ahora habría una oportunidad, aunque fuera pequeña, de dar un paso hacia la reconciliación entre ambos.

Consciente de que necesitaba un gambito de apertura que no fuera conflictivo, dijo:

—Tirand..., Calvi vio al demonio y vio lo que pasó cuando intentamos someterlo. No estará tranquilo hasta que sepa qué está pasando. Y si hay algo de cierto en este mensaje, él..., dioses, no es sólo el hermano del Alto Margrave, sino también su heredero. Habrá que decírselo.

Tirand asintió con brusquedad.

—Lo sé. Pero no quiero decirle nada todavía. No le daré semejante golpe a menos que estemos seguros de los hechos.

—Sí. —Ella vaciló, dándose cuenta de que él no parecía querer mirarla directamente a los ojos, pero decidió no disimular. En voz baja preguntó—: ¿Me crees ahora?

Durante unos instantes, Tirand permaneció muy quieto. Luego habló.

—No. No sin pruebas.

Karuth sintió que algo frío se revolvía en su interior.

—¿Y esto no es prueba suficiente? —Era una pregunta fútil; sabía lo que él diría y sabía también que no tendría sentido discutir.

—Como dices, no es prueba suficiente. —Por fin, Tirand la miró, aunque a regañadientes, y su voz adquirió un tono de enfado y al mismo tiempo casi de súplica—. ¿Debemos pasar de nuevo por todo eso?

Karuth negó con la cabeza.

—No —contestó y se volvió hacia la puerta, ocultando su desengaño. Con la mano en el picaporte se paró—. Supongo que no tendrás nada que objetar a que esté presente en la reunión del Consejo.

—Claro que no. —Pero por su tono supo que deseaba que se mantuviera apartada.

—Gracias. —Sonrió con ironía, sin dejar que él le viera el rostro, y salió, cerrando la puerta con suavidad. Al echar a andar por el pasillo que la llevaría a la sala del Consejo, oyó que alguien la llamaba y apretó el paso al reconocer la voz: Calvi. No debía alcanzarla. En aquel momento no podía encararse con él; sabía que si se veía obligada a mirarlo a los ojos, no sería capaz de mentirle y decirle que no pasaba nada. Por el bien de Calvi, y por el suyo propio, debía mantener una apariencia tranquila.

Oyó que Calvi la llamaba otra vez, y un brote de emoción creció en su interior y le atenazó la garganta. Llevándose a la boca un puño apretado, Karuth mordió con fuerza los nudillos blancos y echó a correr hacia la sala del Consejo.

—Una palabra. —La voz de Tarod sonó furiosa, mientras miraba por la ventana, y lejos, en el paisaje a cuadros dorados y negros del dominio del Caos, algo gritó en respuesta a la furia que emanaba del dios—. ¡Sólo una palabra y podrían destruirla! —Se volvió hacia Yandros, que se encontraba en el centro del oscilante suelo—. ¿Cómo ha podido pasar, Yandros? ¿Cómo hemos dejado que ocurriera?

Por unos instantes, Yandros mantuvo la mirada perdida y pensativa. Luces más oscuras centelleaban en sus dorados cabellos, y sus ojos cambiaban de color pasando por ominosas tonalidades. Por fin dijo:

—La respuesta a tu pregunta, hermano mío, es dolorosamente simple; y la conoces tan bien como yo: fuimos descuidados, fuimos negligentes; y por poco alivio que suponga, somos los únicos culpables de estar en este aprieto.

—¡Nunca deberíamos haber permitido que las gemas de alma fueran guardadas de manera tan descuidada!

Librodot

—Estoy de acuerdo. Y deberíamos haber estado muy atentos ante la posibilidad de que cualquiera que no fuera uno de nosotros aprendiera la palabra que puede destruirlas. Pero lo hecho, hecho está, Tarod. —Alzó la mirada y su fina boca dibujó una sonrisa débil, cínica—. ¿Cuántas veces nos lo hemos repetido? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Más?

El breve arrebato de furia de Tarod se extinguió y lanzó un suspiro. Yandros tenía razón: no tenía sentido reiterar las mismas preguntas y las mismas respuestas una y otra vez. Puede que la repetición diera alguna salida a su furia, pero no cambiaba los hechos.

—Lo siento —dijo—. Lo que encuentro difícil de tolerar es la inactividad, el saber que no podemos hacer nada. Me resulta insoportable, Yandros. —Hizo una pausa—. ¿Sabe ya el Círculo lo que está ocurriendo?

El más grande de los señores del Caos frunció el entrecejo.

__No; e incluso cuando lo descubran, no veo a su Sumo Iniciado dispuesto a aprobar que se nos llame. Conoces los prejuicios de Tirand Lin. Si hemos de ser llamados, creo que debemos confiar en que esa llamada venga de otra fuente que no sea el Círculo.

—¿Y qué hay de su hermana? Es favorable al Caos.

—Cierto, pero en estos momentos no se lleva bien con su hermano. —Yandros sonrió con cinismo—. Cometió el error de escuchar a su intuición en lugar de a la lógica, y ese tipo de heterodoxia no se acepta muy bien en la Península de la Estrella últimamente. No, creo que hay pocas posibilidades de que Karuth Piadar sea nuestro instrumento en este asunto. Debemos buscar a alguien más.

Algo en su tono de voz alertó a Tarod, cuyos felinos ojos verdes se entrecerraron.

—¿Se te ocurre alguien?

Yandros hizo un gesto ambiguo.

—Nada más que una posibilidad. Puede que acabe en nada, y no podemos correr el riesgo de intentar influir en las acciones de ningún mortal, porque los señores del Orden lo interpretarán como una ruptura de nuestro juramento y se considerarán en libertad para interferir.

Un cuchillo de gigantesca hoja apareció en la mano izquierda de Tarod; lo sopesó y golpeó con él suavemente la palma de su mano.

—Si tu juicio sobre Tirand Lin es correcto, y no dudo ni por un instante de que lo sea, entonces ése será un problema al que deberemos enfrentarnos de todas maneras, porque pronto le estará aullando a Aeoris pidiendo ayuda.

—Lo sé perfectamente. —La expresión de Yandros reflejaba con claridad qué pensaba de Aeoris, quien, como señor supremo del Orden, era su equivalente en aquel dominio y también su más mortal enemigo—. Pero aun así preferiría no dar al Orden ningún motivo anticipado para que se meta donde no es deseado.

Se acercó al arco resplandeciente de la ventana y miró hacia fuera. La niebla comenzaba a caer desde el cielo en columnas espesas y oscuras. Algo que recordaba a un gigantesco lagarto con aletas en lugar de patas se arrastraba dolorosa, ciegamente, sobre el paisaje a cuadros, con la boca sin dientes masticando y babeando.

—Creo —dijo Yandros— que no pasará mucho tiempo antes de que el potencial aliado que tengo en la mente sienta la compulsión de hacer algo. Estoy apostando a la probabilidad de que cuando eso ocurra, el Caos sea el dominio al que acuda pidiendo ayuda.

—¿Y responderás?

—Oh, sí —Yandros alzó una mano y tocó con ligereza la ventana. El paisaje exterior se desvaneció, dejando paso a una oscuridad impenetrable en la que un coro de voces fantasmales gemían—. Desde luego que responderé.

Librodot

CAPITULO 6

Once halcones mensajeros —todas las aves que Handray pudo reunir en tan poco tiempo— abandonaron la Península de la Estrella aquella tarde. La operación fue llevada a cabo con tanta rapidez y discreción como fue posible, y Tirand confió en que el inusitado aunque breve revuelo de actividad despertara sólo un mínimo de curiosidad en el Castillo.

Lo alivió comprobar que el Concilio del Círculo reaccionara de manera tan positiva a las noticias que les comunicó. Una vez superada la confusión inicial de volver a ser convocados en tan breve período de tiempo, se mostraron unánimes en su acuerdo con el punto de vista del Sumo Iniciado de no atreverse a considerar el mensaje como una farsa. Había, como Tirand dijo, demasiados signos de advertencia, y no era el menos importante la naturaleza misma del mensajero. Debía enviarse aviso inmediatamente a los Margraviatos claves y a las Residencias de la Hermandad para alertarlos, y la más rápida de las aves disponibles volaría hacia la Matriarca, en la provincia de Chaun Meridional, para pedir su ayuda y consejo. El único punto de desavenencia entre los adeptos fue sobre si sería aconsejable o no enviar un mensaje a la Isla de Verano. Tirand estaba en contra; si aquellas noticias tenían algún fundamento, dijo, sería mejor no poner en guardia a su responsable acerca de las actividades del Círculo, pero una numerosa facción, encabezada por Sen, argumentaba que tan sólo una carta dirigida a la corte del Alto Margrave confirmaría o negaría la verdad de todo el asunto. Al final llegaron a un compromiso: no harían nada durante dos días, pero si no llegaban señales de alarma de las provincias durante ese período de tiempo, entonces se enviaría sin más dilaciones un mensaje personal, cuidadosamente redactado, a Blis Hanmen Alacar. Mientras tanto, las investigaciones más secretas continuarían a toda velocidad.

Tirand y Karuth no se hablaron después de la reunión. Ambos se dijeron que era debido a que sencillamente no había tiempo para discusiones; la primera y única prioridad era ocuparse de que se redactaran y enviaran las vitales cartas. Pero la verdad es que ninguno de los dos se sentía completamente capaz o dispuesto a abrir la primera brecha en la barrera. En el concilio, Karuth había respaldado con firmeza a su hermano y lo había ayudado a convencer a los vacilantes, pero Tirand, aunque le agradecía la ayuda, seguía sintiendo que había amargura entre los dos, la sensación de que ella había conseguido una victoria moral que no le permitiría olvidar. Por su parte, Karuth se resentía del hecho de que Tirand no pareciera dispuesto a reconocer abiertamente que sus sospechas podían, al fin y al cabo, haber tenido fundamento; de manera que, cuando comenzó el trabajo de preparar las cartas, se sentaron en mesas separadas y pusieron especial cuidado en que sus miradas no se cruzaran.

Una vez que Handray y su aprendiz hubieron lanzado las aves mensajeras, al Círculo no le quedaba otra cosa que esperar. Tirand había vetado cualquier idea de explorar los planos astrales en busca de más información, esgrimiendo más o menos los mismos argumentos que había empleado para impedir cualquier consulta inmediata con la Isla de Verano. Si estaba interviniendo algún agente demoníaco, dijo, una exploración astral atraería su atención con la misma seguridad que si proclamaran sus propósitos a voz en grito desde lo alto de las torres. Dos días no significaban

Librodot

mucha diferencia, tan sólo que conseguirían más información, cosa que necesitaban desesperadamente. Así que esperaron. Pero no fue por mucho tiempo.

El primer halcón procedente del sur llegó al siguiente anochecer. Traía una nota garabateada y apenas legible del Margrave de la provincia de Han, y, cuando la leyó, Tirand sintió que una mano helada le apretaba las entrañas. La suya, al parecer, no había sido la única visita. Y cuando al amanecer del día siguiente llegaron un segundo y un tercer halcón, uno de Chaun y otro de Wishet, se dio cuenta de que la persona que estaba detrás de aquella locura, quien quiera que fuese, había hecho su trabajo a conciencia. Después, al anochecer del segundo día, cuando estaba a punto de servirse la colación comunal en el comedor, un grito de aviso surgió de la barbacana del Castillo, y momentos después se oyó el traqueteo y rechinar al abrirse las grandes puertas de doble hoja.

Karuth, que estaba en la escalera a medio camino del comedor, oyó los ruidos procedentes del exterior. Fue una de las primeras en alcanzar los escalones del patio y llegó a tiempo de ver el grupo de jinetes que entró al trote, refugiándose en las negras murallas del Castillo. En la creciente oscuridad brillaron fantasmales unas túnicas blancas, y los mozos corrieron a ayudar a cuatro hermanas con su escolta de seis hombres a bajar de sus sudorosos y temblorosos caballos. Una de las hermanas, una mujer delgada y de mediana edad, vio a Karuth y se dirigió hacia ella. Karuth, a su vez, bajó apresuradamente los escalones para recibirla.

—¿Adepto médico Karuth Piadar? —El rostro anguloso y curtido por el viento de la mujer no le era familiar, pero había visto una insignia de adepto y el broche del Gremio de Maestros Músicos en el hombro de Karuth y la había identificado—. Soy la hermana superiora Pelora Beyn, delegada en la residencia de la Tierra Alta del Oeste. Señora, debemos ver al Sumo Iniciado enseguida... ¡Es un asunto de la máxima urgencia!

Un criado atento llegó corriendo con una linterna, y cuando su luz se derramó sobre ellas, Karuth advirtió de repente que la mujer estaba a punto del colapso físico. Consternada, la cogió por el brazo.

—¡Hermana, estáis totalmente exhausta!

Pelora hizo una mueca.

—Hemos cabalgado todo el día y toda la noche anterior. Sólo nos detuvimos dos veces para cambiar de montura y comer algo. —Detrás de ella, donde se agrupaban los caballos, otra de las figuras vestidas con túnicas blancas rompió a llorar de improviso, y Pelora miró rápidamente por encima del hombro—. Oh, dioses —dijo, y el cansancio y la tensión rompieron su rígido autocontrol—. Temía esto. Ette sólo tiene diecisiete años, es una de nuestras novicias más jóvenes; pero teníamos que traerla. —Se habría girado y acudido corriendo junto a la chica que sollozaba, pero Karuth se lo impidió, guiada por su instinto y adiestramiento como médico, mezclado con la compasión y con la repentina y terrible convicción de saber qué había traído a aquellas mujeres al Castillo, cosa que borró todo signo de confusión de su mente.

—No pasa nada, hermana —le dijo a Pelora—. Yo me ocuparé de ella. —Alzó la voz y llamó a los mozos—. ¡Llevad esos caballos a los establos y procuradles el mejor cuidado! —Luego se dirigió al hombre que sostenía la linterna—. Ve a buscar a los mayordomos: quiero que se preparen habitaciones y comida caliente para nuestros visitantes, y criados que los ayuden a llevar el equipaje. Y necesitaré a Sanquar; dile que venga al

Librodot

dispensario.

Pelora intentó protestar.

—Señora, ¡debemos entrevistarnos con al Sumo Iniciado sin más dilación! No puedo dejar de enfatizar lo urgente que es…

Karuth la interrumpió con amabilidad pero con firmeza.

—Hermana, vuestra novicia está muy afectada, vos misma estáis completamente agotada, y dudo que nadie de vuestro grupo esté en mejor estado. Se comunicará vuestra llegada a mi hermano enseguida, pero estaría descuidando mis deberes si no pusiera vuestros inmediatos menesteres antes que todo lo demás. Por otro lado —y su tono de voz cambió de forma repentina—, creo que sé por qué estáis aquí, hermana Pelora. Es lo que todos hemos estado temiendo estos dos últimos días.

El Sumo Iniciado escuchó la historia de la hermana Pelora en la intimidad de su estudio, y lo que le dijo fue pronunciado de manera calma y concisa, y demoledora. Por lo visto, la Residencia de la Tierra Alta del Oeste también había recibido la visita de un mensajero sobrenatural, y de inmediato las videntes más capacitadas de la Residencia se habían puesto a trabajar. Escudriñaron, dijo Pelora, convencidas de que las noticias eran una broma perversa, en busca de una pista sobre la identidad del responsable, y en una primera instancia las informaciones que recibieron de los planos astrales fueron confusas y poco concluyentes. Pero entonces, sin previo aviso, la novicia más joven de la Residencia —que nada tenía que ver con la investigación y que, de hecho, ni siquiera sabía de la existencia del mensaje— entró en trance y comenzó a balbucear, hablando primero de que veía al Alto Margrave yaciendo en un charco de sangre y después acerca de unos ojos azules y una mujer ardiendo. Pelora les contó que Ette había experimentado desde pequeña visiones incontroladas pero de una exactitud extraordinaria, y que la Hermandad tenía grandes esperanzas puestas en su futuro como vidente. Pero aquel ataque había sido muy intenso, incluso para lo que solía sucederle en otras ocasiones, y, a medida que fue hundiéndose en el trance y sus visiones se hicieron más coherentes, las hermanas más adultas se dieron cuenta de que no sólo estaba viendo la verdad del mensaje que habían recibido, sino también atisbos de los terribles acontecimientos que lo precedieron, incluyendo una visión de la horripilante muerte, siete años antes, de la antigua Matriarca, Ria Morys.

—No tenemos ninguna duda de que la visión de Ette fue verdadera, Sumo Iniciado —dijo sobriamente Pelora cuando terminó de contar su historia. Alzó la mirada y sus claros ojos se encontraron con los de Tirand, con dolorosa franqueza— Después, cuando llegó vuestra ave mensajera con la carta, pensamos que debíamos acudir inmediatamente con nuestras noticias.

Tirand asintió.

—¿Habéis enviado mensaje de estas visiones a la Matriarca?

—Sí, señor, pero ni siquiera con el más rápido de los halcones podíamos esperar una respuesta desde Chaun Meridional en menos de tres días. No podíamos atrevernos a esperar tanto, de manera que nuestro grupo partió inmediatamente para traer a Ette al Castillo y pedir ayuda al Círculo.

—Tendrán nuestra ayuda, desde luego —dijo más tarde Tirand a Sen Briaray Olvit y a un reducido grupo escogido de adeptos de alto rango—, aunque, con toda franqueza, dudo que ninguno de los ritos del Círculo haga más que confirmar lo que sus visiones ya han descubierto. —Karuth había regresado brevemente de atender a las otras hermanas y a sus agotados

escoltas, pero ahora había vuelto a salir, para acompañar a Pelora al ala de invitados y administrarle un reconstituyente, y Tirand se sentía más dispuesto a admitir sus verdaderos sentimientos, dado que ella no estaba presente.

Sen contempló la primera luna por la ventana.

—Entonces, ¿estás convencido de que no es una impostura?

—Cada vez estoy más cerca de esa desagradable conclusión. Ya hemos recibido avisos de tres Margraves, y no me cabe duda de que llegarán mensajes de provincias más lejanas antes de que pase mucho tiempo. Si a eso le añadimos las visiones de la hermana vidente Ette, las pruebas resultan demasiado evidentes para no hacer caso de ellas. Tenemos que enfrentarnos a la posibilidad de que de verdad el Alto Margrave haya sido asesinado y que una usurpadora ocupe el trono de la Isla de Verano.

Durante unos segundos reinó el silencio. Entonces habló otro adepto, formulando en voz alta lo que todos estaban pensando.

—¿Qué hacemos con Calvi Alacar, Tirand? Quizá deberíamos llamarlo ahora.

—No —dijo Tirand en voz baja—. No creo que debamos decírselo, todavía no. —Miró a sus compañeros uno por uno, con una silenciosa petición de apoyo en su mirada—. He dicho «posibilidad». La posibilidad no es la certeza, y todavía hay una probabilidad de que Blis Hanmen Alacar esté sano y salvo, aunque los dioses saben que es una probabilidad muy pequeña. ¿No creéis que sería mejor no decirle nada a Calvi hasta que estemos seguros?

Se escucharon murmullos de asentimiento, pero entonces Sen dijo:

—Eso está muy bien, Tirand, pero también es vital que tengamos en cuenta la posición de Calvi. Si Blis está muerto, entonces, como su único hermano, Calvi es también su sucesor. Si hay una usurpadora en la Isla de Verano, y esa usurpadora tiene verdadero poder, Calvi corre un grave peligro.

Uno de los adeptos más jóvenes alzó bruscamente la mirada.

—¡Te olvidas, Sen, que también está bajo la protección del Círculo! ¡Si somos incapaces de protegerlo de las ambiciones de una advenediza, no merecemos llamarnos hechiceros!

Otros se mostraron de acuerdo, con mayor presteza, pareció, de lo que había ocurrido con la petición de Tirand. Sin embargo, el Sumo Iniciado no hizo comentario alguno, y los astutos ojos de Sen se clavaron en él.

—Tirand, algo te ronda la cabeza, pero no pareces muy dispuesto a decirnos qué es.

Tirand contempló la mesa, donde reposaba el pergamino que contenía la declaración de Ygorla junto a las peticiones de ayuda de los Margraves.

—Estaba recordando la naturaleza del mensajero que trajo este pergamino, y el desprecio con que reaccionó a nuestro intento de someterlo. —Miró a Sen a los ojos—. Ese recuerdo es suficiente para hacerme temer por el riesgo de sentirse falsamente seguros.

El joven adepto que había hablado antes movió la cabeza con intensidad.

—Perdona que sea brusco, Tirand, pero desde mi punto de vista, tus palabras están peligrosamente cerca del derrotismo.

Tirand sonrió, pero con poco humor.

—Sinceramente, espero que tengas razón. No obstante, si mal no recuerdo, tú no estabas en el grupo de los que intentamos someterlo. Como

Librodot

Sen os confirmará sin lugar a dudas... —Se interrumpió porque alguien llamaba a la puerta—. Cielos, ¿quién puede ser a estas horas? Adelante.

La puerta se abrió y apareció uno de los mayordomos jefes del Castillo. Se tocó la frente con un dedo respetuosamente y dijo:

—Os pido perdón, señor, pero pensé que era mejor avisaros inmediatamente. Acaba de llegar un segundo grupo de hermanas, procedente de la Provincia Vacía, y su superiora solicita una entrevista urgente.

El rostro de Tirand permaneció inexpresivo. Sen se aclaró la garganta y lanzó una mirada cargada de intención al adepto disidente, y el Sumo Iniciado asintió.

—La recibiré enseguida, Kern. ¿Querrías decir a mi hermana que tenemos nuevos invitados que quizá necesiten de sus atenciones?

—Sí, señor. —El mayordomo salió a toda prisa, y Tirand se volvió hacia los otros adeptos.

—Las hermanas de la Provincia Vacía son famosas por su capacidad de escudriñar sucesos, de manera que creo que todos imaginamos qué las ha traído aquí. Si alguno de vosotros quiere irse a dormir, por favor, que lo haga sin reparos. Me temo que los que se queden dormirán muy poco esta noche.

Ninguno se movió ni dijo palabra, y tras unos instantes Tirand agradeció su reacción con una sonrisa.

—Muy bien, y gracias; no os oculto que aprecio vuestro apoyo.

Pero cuando vio de nuevo el pergamino sobre la mesa, se sintió de pronto, a pesar de la presencia de sus colegas, más solo que nunca antes en toda su vida. A pesar de que era una idea inútil y un síntoma de debilidad, deseó que su padre, Chiro, cuyo cargo y responsabilidades se había visto obligado a aceptar tan bruscamente hacía dos años y medio, estuviera todavía vivo para quitarle aquella carga para la que sus hombros no estaban preparados.

Tal y como había predicho, Tirand no vio su lecho aquella noche. Las hermanas de la Provincia Vacía, dirigidas por una superiora joven y flaca, con los ojos desorbitados y un desconcertante tic en el rostro, contaron más o menos la misma historia que sus colegas de la Tierra Alta del Oeste. Ya casi amanecía cuando por fin terminó la segunda entrevista y las cansadas hermanas fueron conducidas a dormitorios preparados a toda prisa. En cuanto salieron, volvió a comenzar la discusión sobre si se debía decir o no la verdad a Calvi Alacar. Sin embargo, Tirand no estaba dispuesto a ceder todavía, y al final incluso Sen estaba demasiado agotado para seguir defendiendo su postura, y la reunión se interrumpió.

Tirand sabía que debería haber seguido el ejemplo de los demás, intentando descansar un rato antes de que comenzara el nuevo día. Pero cuando los primeros resplandores del amanecer tocaron las torres del Castillo, no le pareció que valiera la pena; una hora escasa de sueño lo dejaría seguramente en peor estado que no dormir nada. Decidió que saldría al patio durante unos minutos. El aire helado le despejaría un poco la cabeza, y después un baño lo refrescaría lo suficiente para hacer frente a las obligaciones de la mañana con cierto aire despierto.

Apagó las lámparas de su estudio y para no despertar a nadie al abrir las puertas principales, que siempre gemían de manera abominable, dejó el Castillo por una salida lateral. Al salir al patio, lo sorprendió ver una figura de pie junto a la fuente central. Por un instante, consternado, creyó que era Sen y estuvo a punto de volver a cruzar la puerta para evitarlo; pero

entonces una voz lo saludó y se dio cuenta de su error.

—Arcoro —Tirand se relajó y se acercó a la fuente, para reunirse con el hombre mayor—. Parece que hemos tenido la misma idea.

Arcoro Raeklen Vir era miembro superior del Consejo de Adeptos desde hacía quince años. Chiro siempre lo había tenido por uno de sus consejeros más sabios y lúcidos, y Tirand encontraba a su vez que las opiniones de Arcoro eran a menudo un oasis de tranquila razón en medio de las disensiones. Durante todos los trastornos de aquella noche, Arcoro había dicho bien poca cosa, pero ahora, sentados juntos en el parapeto de la fuente vacía —la fuente sólo funcionaba durante los meses de verano—, Tirand sintió la repentina necesidad de que la opinión del anciano adepto reforzara su vacilante seguridad en sí mismo.

—¿He hecho lo correcto, Arcoro? —inquirió.

—¿Al vetar la idea de decírselo a Calvi? —Como siempre, Arcoro entendió enseguida por dónde iban sus pensamientos—. Sí, creo que hiciste lo correcto. —Su mano de largos dedos repicó inquieta sobre la piedra que tenía al lado—. No creo que el mensaje de la Isla de Verano sea falso; francamente, no puedo creerlo después de la doble dosis de pruebas de esta noche, por mucho que me gustaría que así fuera. Pero estoy de acuerdo contigo en que necesitamos saber más antes de cometer alguna acción precipitada. —Frunció el entrecejo—. En realidad, cualquier acción. Tirand, ¿a qué nos enfrentamos? ¿Una lunática o un poder de verdad ajeno al Círculo? Es la pregunta que no dejo de hacerme, y no consigo llegar a una conclusión.

—Tampoco yo. —Tirand vaciló, preguntándose hasta qué punto se atrevería a ser sincero; luego decidió decir lo que pensaba—. Pero hay una cosa en particular que me inquieta, Arcoro, y, aunque no tiene ninguna lógica, no consigo quitármela de la cabeza.

—Ah —dijo Arcoro—, su nombre.

Tirand lo miró con rapidez, cogido por sorpresa.

—¿Te acuerdas de eso?

—Dioses, ¿tan cerca estoy de la chochez que debería haberlo olvidado? Tú eres el que no tiene buena memoria, Tirand, si no recuerdas que yo estaba presente en la reunión que tu padre convocó después de la muerte de la vieja Matriarca. O quizá debería decir asesinato.

—¿Asesinato?

Arcoro se encogio.de hombros.

—Es sólo una teoría, una teoría de la cual nunca he estado lo bastante seguro como para ir más allá de la pura conjetura. —Se detuvo unos instantes con la boca apretada— ¿Viste alguna vez a la niña, durante los catorce años que vivió en Chaun Meridional?

—No.

—Mm. Tengo la impresión de que nadie del Castillo llegó nunca a conocerla; desde luego, Ria nunca volvió a traerla aquí, a pesar de que nació a la sombra de estas murallas. Aunque —alzó la mirada cargada de astucia— tengo entendido que Ria solicitó que fuera iniciada en el Círculo.

—Es cierto. Mi padre rechazó la solicitud de la Matriarca.

—¿En qué se basó?

—Se basó en el hecho de que entonces era demasiado joven. Y... —Tirand frunció el entrecejo— mi hermana tenía la intuición de que no sería acertado, y creo que eso también influyó en la decisión de mi padre.

Arcoro sabía que Karuth era un tema espinoso para el Sumo Iniciado en

Librodot

aquellos momentos, por lo que no profundizó en aquel comentario.

—Así que —dijo— puede ser que Ria Morys reconociera algún poder latente en la chica y esperara que el Círculo pudiera controlarlo y moldearlo. Si a eso añadimos las circunstancias de la desaparición de la chica y los resultados de las investigaciones de las hermanas, la receta comienza a tener un aspecto extremadamente tenebroso.

Tirand pensó en las sospechas que Karuth había albergado durante tantos años y que se había negado a dejar de lado a pesar de los intentos de Chiro y de él mismo para desanimarla. Pensó en la amarga disputa que habían tenido. Pensó en presagios y advertencias…

—Claro que puede que no sean más que coincidencias —prosiguió Arcoro cuando fue evidente que Tirand no estaba dispuesto a compartir sus pensamientos—. Ygorla no es un nombre raro en el sur, aunque hace bastante tiempo que no está muy de moda. Por lo que nosotros podemos saber, la sobrina nieta de la vieja Matriarca lleva siete años muerta, así que no tenemos motivos lógicos para pensar que ella y esta mujer enloquecida puedan ser la misma persona. Sin embargo, llámalo intuición o llámalo una dosis de duro sentido común, no me importa la diferencia, pero no me siento inclinado a confiar en lo que podamos saber en este caso.

Tirand asintió con la vista clavada en las losas de piedra bajo sus pies.

—Si se trata de la misma persona —dijo—, eso nos señala una dirección especialmente peligrosa, y con ello me refiero a la fuente de poder de la usurpadora. —Encogió los hombros para protegerse de una repentina ráfaga de aire frío que agitó la enredadera de las murallas del Castillo—. Como sabes, mi padre creía firmemente que lo sucedido en Chaun Meridional en aquella ocasión olía al Caos.

Arcoro frunció el entrecejo, reflexionando sobre aquello; luego, lenta y deliberadamente, hizo la señal de reverencia a los catorce dioses, con los dedos extendidos y separados.

—Tirand, no estoy cualificado para comentar eso. Sé que Chiro sentía mayor lealtad hacia Aeoris que hacia Yandros, y sé que tú sientes lo mismo. Pero no comparto tu predisposición. Soy lo que podría llamarse un observador neutral cuando se trata de preferir al Orden o al Caos. —Alzó la vista y miró a Tirand con fijeza—. No es mi misión ofrecer un consejo no solicitado al Sumo Iniciado…

—Dioses, Arcoro, ¡no digas esas cosas! Viniendo de alguien con tu veteranía…

—De acuerdo, entonces seré sincero. No dejes que los prejuicios nublen tu entendimiento, Tirand. Puede que no sientas inclinación por los dioses del Caos, pero recuerda que de todas maneras son dioses. ¿De verdad crees que se tomarían la molestia de involucrarse en algo tan mezquino para sus pautas como es esto? ¿Sinceramente ves a Yandros utilizando a un humano megalómano para conseguir sus fines?

—No —admitió Tirand a regañadientes—. Tienes razón; no tiene mucho sentido. Pero ese demonio…

—No era más de lo que cualquiera de nuestros adeptos de alto rango podría invocar y controlar.

—Intentamos someterlo y no lo conseguimos.

—Sin previo aviso ni la oportunidad de prepararse, ¿es eso tan sorprendente?

—No…, no, supongo que no. Pero es prueba suficiente de que esa mujer, sea quien fuere, tiene poder.

—Poder, sí. ¿Pero la bendición de Yandros? Lo dudo mucho.

Tirand suspiró.

—Espero que estés en lo cierto, Arcoro. De hecho, ruego fervientemente que así sea; porque, si estás equivocado, entonces nos enfrentamos a algo mucho peor que una hechicera loca.

—Sigue mi consejo y no pienses siquiera en esa posibilidad. —Arcoro se puso en pie con esfuerzo—. Aquí fuera hace un frío que haría temblar a un cadáver. Entremos antes de que perdamos algunos dedos.

Tirand asintió, y ambos se dirigieron hacia las puertas principales. Ya se veían luces en la planta baja, ahora que el Castillo comenzaba a despertar al nuevo día. El Sumo Iniciado no veía con entusiasmo la perspectiva de las horas venideras, pero sabía que debía afrontarlas, y ya estaba empezando a formular el informe que sometería ante el Consejo de Adeptos al completo cuando Arcoro le tocó el brazo.

—Tirand... —El anciano adepto fruncía el entrecejo mientras miraba algo que se encontraba muy alto por encima de la muralla suroeste—. Tienes mejor vista que yo, ¿es eso un ave mensajera que llega?

Tirand entrecerró los ojos para examinar el cielo que clareaba.

—Sí —dijo al cabo de unos instantes—. Creo que lo es. Dioses, ¡que no se trate de más malas noticias!

—Supongo que era de esperar. Apostaría a que esta vez se trata de Han Oriental o, si no, de Perspectiva. ¿Voy a buscar a Handray?

—Quizá sería lo mejor; el ave necesitará comida y descanso. Lo encontrarás en... —Tirand se paró, y miró con más fijeza el punto negro que se acercaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Arcoro.

Todavía no podía estar seguro, pero..., maldita sea, pensó, su primera intuición era acertada; ¡era demasiado grande para tratarse de un halcón! Era...

—¡Arcoro, quítate de en medio! —dijo con brusquedad el Sumo Iniciado—. Sube la escalera, busca refugio en la puerta... ¡rápido!

Mientras hablaba, echó a correr hacia la escalera, tirando de Arcoro. Cuando llegaron al arco de la puerta, oyeron un áspero grito a sus espaldas, y Tirand se volvió a tiempo para ver a la cosa —porque aquello no era un ave— que comenzaba su vertiginoso descenso hacia el patio. Bajaba a increíble velocidad, tanta que pareció que iba a estrellarse contra las baldosas, pero en el último instante sus alas de murciélago se desplegaron, golpeando el aire con un crujido que sonó como un pequeño trueno, y comenzó a elevarse de nuevo hacia el cielo, chillando, riéndose de aquella manera humana y de pesadilla que Tirand recordaba tan bien.

Con un ruido sordo, la carga que transportaba cayó en la fuente seca.

Arcoro maldijo en voz baja y durante algún tiempo; luego, recobrándose, miró a Tirand.

—¿Es el mismo mensajero? —preguntó concisamente.

—O su hermano gemelo. —Tirand bajó corriendo los escalones y se dirigió hacia la fuente, seguido por el anciano, y ambos miraron en el estanque vacío.

Esta vez no era un pergamino enrollado, sino algo mucho más grande, envuelto y cuidadosamente atado. Introducida entre las envolturas se veía una hoja doblada de pergamino. Tirand saltó el parapeto para recoger el paquete. Era más pesado de lo que esperaba, y con los dedos helados no consiguió deshacer los nudos.

Librodot

—Acompáñame a mi estudio, Arcoro —dijo al tiempo que saltaba de nuevo el murete y el anciano se acercaba para examinar la ofrenda—. Prefiero examinar esto en un lugar más privado.

Para su alivio, sólo se cruzaron con criados camino de los aposentos privados de Tirand. El fuego seguía ardiendo perezosamente; Tirand lo reavivó y añadió leña mientras Arcoro encendía las lámparas. Después concentraron su atención en el paquete. En cuanto desdobló el pergamino, Tirand reconoció la caligrafía. El mensaje era breve y directo.

«Al Sumo Iniciado, Tirand Lin, saludos.

»A estas alturas ya habrás recibido mi primera declaración, y la falta de una respuesta digna a mis órdenes me desilusiona profundamente. Había esperado algo mejor de ti, que con seguridad te cuentas entre los más iluminados de mis súbditos. Por lo tanto, te envío este regalo, como modesta prueba de mi sinceridad, no vaya a ser que caigas en la tentación de dudar de mi palabra y del hecho de que soy,

»Tu Alta Margravina e indiscutible Señora.

»Ygorla.»

Sin decir palabra, Tirand le entregó la carta a Arcoro, luego cogió un cuchillo del primer cajón de su escritorio y comenzó a cortar la envoltura del paquete con innecesaria ferocidad.

—Está loca —dijo con furia y apretando los dientes—. «Indiscutible Señora...» Por el corazón de Aeoris, debe de tomarnos por unos completos idiotas si piensa que... ¡aahhh!

En el mismo instante en que lanzaba el repentino y brusco grito, el hedor golpeó a ambos hombres como una bofetada. Aturdido, Arcoro alzó la vista... y contempló lo que Tirand ya había visto, la naturaleza del regalo de Ygorla.

No había sangre, porque las venas y arterias llevaban ya bastante tiempo secas; tan sólo había manchas, ahora secas y de un tono marrón, que teñían el rostro de mortal palidez y piel arrugada y la carne en el lugar donde la cabeza había sido cortada. Las puntas de la rubia cabellera estaban pegadas formando una horrible greña de color de óxido; la boca colgaba abierta, grotescamente deformada; los ojos, horribles al comenzar a degenerar y gélidos como los ojos de un pescado medio podrido, miraban a Tirand con lo que parecía, terriblemente, una expresión de ligera sorpresa.

Tirand cerró los ojos y se tapó la boca con una mano, mientras su estómago amenazaba con vaciar su contenido. Arcoro había vuelto con rapidez la cabeza y murmuraba oraciones y juramentos con los dientes muy apretados. Al fin, con manos temblorosas, Tirand consiguió tapar aquella cosa horrible y pestilente; luego avanzó dando traspiés hacia la ventana y la abrió de par en par. Al asomarse y aspirar grandes bocanadas de aire fresco, su mente se vio asaltada por imágenes y recuerdos: la Isla de Verano y la gran fiesta de la boda; la música, el baile, las risas. La joven Alta Margravina Jianna, cogida de la mano de su nuevo esposo mientras avanzaban en triunfal procesión a través del resplandeciente palacio. El mismo Blis Hanmen Alacar, sonrojado de felicidad mientras recibía los parabienes de los invitados. Blis sonriente. Blis riendo. La cabeza cortada de Blis que lo miraba estúpidamente, enviada al Castillo como prueba definitiva y demoledora de las aspiraciones de la usurpadora...

—Tirand... —La mano de Arcoro aferró el hombro del Sumo Iniciado—.

Tirand, ¿te encuentras bien? ¿Estás mareado, o...?

—No, no. Estoy bien... —Despacio, tembloroso, Tirand se apartó, procurando no posar la vista en el escritorio y lo que sobre él había.

—Será mejor que convoquemos al Consejo inmediatamente —dijo Arcoro en voz baja— ¿Quieres que yo...?

Tirand sacudió la cabeza y alzó una mano para detenerlo al ver que, durante unos momentos, la garganta no le obedecía.

—Todavía no —consiguió decir por fin—. Hay algo que debemos hacer antes, Arcoro. Aquí no, pero... quizá podríamos usar tus aposentos. Creo... —Tragó saliva con dificultad—. Creo que sería más llevadero si sólo somos dos y no todo el Consejo de Adeptos en pleno. Haz que un criado vaya a buscar a Calvi. Ahora tiene que saberlo. Y nosotros..., nosotros tenemos que ofrecer la fidelidad del Círculo a nuestro nuevo Alto Margrave.

Librodot

CAPITULO 7

Una cabeza sin cuerpo, con el rostro de un felino deforme y piel transparente a través de la cual se veían latir venas amarillas y músculos de un azul grisáceo, se deslizaba por una de las soleadas galerías del palacio de la Isla de Verano, llamando con un aullido monótono:

—¿Dónde está la rata? ¿Dónde está la rata?

Una criada salió apresurada de un pasillo lateral y casi chocó con aquella cosa. Soltó un chillido y retrocedió de un salto. La monstruosidad se detuvo e, indiferente, le espetó con una boca llena de dientes:

—Busca a la rata. Trae a la rata.

Una vez dada la orden, siguió su camino, dejándola temblando de miedo y contemplando cómo se alejaba.

Desde su habitación, Strann oyó la llamada monótona y supo que los mayordomos de palacio estarían comenzando una agitada búsqueda de su persona. Por un instante tuvo la tentación de ajustar algunas cuentas no revelando su paradero, antes de que la razón arguyera que un retraso tan sólo haría que la ira de Ygorla cayera sobre su cabeza, además de sobre la de otros. Con un gesto automático —cuando se paraba a pensarlo, se sentía consternado por la rapidez con que se había convertido en un gesto habitual— se llevó una mano al cuello para asegurarse de que el collar enjoyado seguía en su sitio. Mientras lo hacía, la puerta de su habitación se onduló de forma súbita y breve, y la cabeza de felino se materializó atravesando la sólida madera, flotando a casi dos metros sobre el suelo.

—Se reclama tu presencia —anunció la voz áspera y monótona—. Enseguida. Se reclama tu presencia. Trae música. Trae palabras. Ve sin demora a la sala de audiencias.

Strann aspiró hondo e hizo un esfuerzo para mirar a la cabeza directamente.

—Entiendo —dijo secamente, y después, cuando la cosa no hizo ademán de partir—. ¡He dicho que entiendo! ¡Vuelve al pozo del que has salido, cualquiera que sea!

Afortunadamente se marchó, y Strann exhaló un suspiro de alivio. Odiaba a aquellos deformes elementales que Ygorla conjuraba para llevar sus mensajes o, sencillamente, cuando le daba por ahí, para asustar e importunar a sus esclavos humanos. Parecía preferir lo feo, lo deforme, lo pesadillesco, cualquier cosa que estuviera en chocante contraste con su belleza. Strann sabía, además, que los elementales no sólo eran mensajeros pasivos; había visto el daño que eran capaces de hacer en la carne humana cuando algún infeliz criado fallaba a la hora de complacer a su dueña.

Aquel pensamiento lo hizo apresurarse, y atravesó la habitación para sacar su manzón del estuche. Al coger el instrumento, se detuvo un instante para contemplar el marco de la ventana, donde, medio oculto por la rica cortina de brocado, había hecho una serie de marcas en la blanda madera, una por cada día en su privado infierno, utilizando para ello una cuerda de manzón de repuesto.

Nueve días ya. Nueve días, y los progresos todavía eran de una frustrante lentitud. Creía que Ygorla comenzaba a pensar que su lealtad era sincera; había trabajado en ello con asiduidad, usando su única debilidad, su ego, para ganarse su favor y, esperaba, su confianza. Pero seguía

Librodot

sabiendo demasiado poco acerca de ella; ignoraba quién era realmente, de dónde venía y, lo más importante, la fuente de donde extraía su terrible poder.

Strann no podía imaginar qué ventajas le reportarían a largo plazo sus investigaciones clandestinas, pero proporcionaban una salida a sus energías, cosa que lo ayudaba a mantenerse cuerdo, y un antídoto para su papel público de mascota aduladora de Ygorla. En sus instantes más negros lograba consolarse con la idea de que en algún momento del futuro —un momento indeterminado, pero prefería no pensar en ello— cualquier información que pudiera descubrir ahora se convertiría en una herramienta invaluable a la hora de escapar de la Isla de Verano y encontrar la manera de vengarse de aquella monstruosa mujer. Porque el estímulo que ahora lo impulsaba era la venganza, pura y dulce. Venganza de su vergüenza, de las mentiras que se veía obligado a decir y de los fingimientos que tenía que adoptar para seguir con vida, y sobre todo del hecho de que Ygorla le había arrebatado lo que él apreciaba por encima de todo: el respeto por sí mismo. En los últimos días, Strann había llegado a odiarse, y sólo por eso quería ya cobrarse justo desquite.

Pero el desquite todavía no estaba a su alcance. Por el momento debía fortalecerse contra el nauseabundo asco por sí mismo y contra una conciencia que gritaba, y debía seguir interpretando el papel de Strann el chaquetero, Strann el traidor, Strann, que había vendido su lealtad a una asesina por un puñado de chucherías vergonzosas y que lamía los pies de una usurpadora para salvar la piel lujosamente. La rata mascota. Muy adecuado, pensó con amargura mientras se colgaba el manzón del hombro. Rata. Roedor que mordisquea. Sabandija.

Dio un furioso portazo al salir de la habitación y con el corazón compungido se dirigió hacia la sala de audiencias.

Dos sombras, con forma humana pero sin rasgos visibles, cerraron el paso a Strann cuando éste se acercó a las vistosas puertas de doble hoja. Strann permaneció inmóvil y en silencio mientras era registrado; después se apartaron y las puertas se abrieron.

Ygorla ocupaba su lugar acostumbrado en el estrado, sentada en lo que gustaba denominar «el Trono de los Dominios Mortales». En un momento de irritación había destruido el centenario sillón ceremonial del Alto Margrave, diciendo que era tosco y no estaba a su altura, y en su lugar había creado una escultura de altísimo respaldo de mármol, metales preciosos y gemas, sobre la que se reclinaba en medio de lujosos montones de almohadones. Bandas de colores pálidos se movían entre las piedras del respaldo en forma de concha del trono. A Strann le recordaban de manera inquietante los colores que rasgaban el cielo durante un Warp, y muy pronto aprendió que eran influidos por el estado de humor de Ygorla. Leyó rápidamente los tonos: azul pastel, plata, verde mar... Todo iba bien; al menos por el momento estaba de un humor tratable.

En la sala habría media docena más de personas, todas reunidas a los pies de su dueña, ofreciéndole con deferencia vino, frutas y dulces. Para gran alivio de Strann, no se veía a sus fantasmagóricos sabuesos-felinos, aunque algo grande y sinuoso se movía perezosamente en las sombras detrás del trono, y otras formas fantasmales lo contemplaban desde donde colgaban, con manos y pies como de lagarto, en los relieves más altos de las columnas de la sala. Había aprendido a soportar las formas fantasmales y a los espectros, pero los sabuesos-felinos eran de otra clase totalmente

Librodot

distinta y, empujado por los terribles recuerdos del destino del capitán Fyne, Strann era víctima del pánico cada vez que los veía.

Al escuchar el sonido de sus pasos, Ygorla alzó la mirada, con los ojos azules lanzando brillantes destellos.

—¡Ah, mi ratita! ¡El gato te ha hecho salir de la madriguera y te ha traído trotando a mi lado!

—Dulce señora... —La educada voz de bardo de Strann resonó en la enorme sala—. Acudo a vuestra llamada y cumplo con satisfacción vuestras órdenes. —Hizo una florida reverencia que había perfeccionado tras horas de práctica ante su reflejo en la ventana de su habitación, y advirtió las miradas de los criados que se habían vuelto para observarlo. Como siempre, sintió una breve y nauseabunda sensación de culpabilidad, pero la reprimió, como había hecho antes muchas veces.

—Strann. —Odiaba la manera en que Ygorla pronunciaba su nombre; en sus labios sonaba como una obscenidad—. Estamos esperando a unos visitantes y quiero que inventes un pequeño entretenimiento en su honor. Ven aquí. Ven y siéntate en tu lugar preferido.

Se acercó a ella y, al hacerlo, ella chasqueó los dedos de manera imperiosa al grupo que la rodeaba.

—Fuera —ordenó, y se alejaron, apresurándose como si fueran ratas y lanzando miradas furibundas a Strann al pasar junto a él. Ygorla sonrió cuando el último salió por la puerta de doble hoja; luego estiró un elegante pie y tocó el cojín de terciopelo azul que reposaba a sus pies en el estrado. Strann sabía que era mejor no esperar otra indicación; se sentó con las piernas cruzadas en el cojín y besó la punta de su zapatilla.

Con gesto descuidado, Ygorla señaló los restos de su festín privado, que los esclavos habían dejado sin recoger.

—Come, ratita. Las ratas siempre tienen hambre. Mordisquea un dulce; el cocinero jefe realmente se ha superado hoy.

Dioses, pensó Strann, de verdad que estaba de buen humor esta mañana, y su mente despierta comenzó de manera inmediata a buscar una posible causa. Cogió una de las golosinas, mirando hacia arriba al hacerlo y atreviéndose a esbozar una sonrisa que esperaba pareciera de arrobamiento.

—Un bocado de la mesa de mi dueña. Soy el más feliz de los hombres.

Ygorla se rió; un sonido delicioso, pero que a Strann lo sobrecogía en lo más hondo.

—Entonces coge otro. Toma, yo te daré de comer. —Cogió otro dulce de la bandeja de restos—. ¿No me lo vas a pedir, rata?

Menos mal que —por una vez— nadie más estaba presente para contemplar su humillación. Strann se puso de rodillas, alzó las manos y las dobló en una imitación bastante buena de las patas delanteras de una rata. La risa de Ygorla creció hasta convertirse en un carillón desinhibido, y por un instante el respaldo del trono adquirió un brillo dorado.

—¡Mi predecesor fue un estúpido al no tenerte aquí encerrado bajo llave para que lo distrajeras! —Puso un dulce entre sus labios—. Toma. Saboréalo.

Aparentó saborear el bocado, pero al mismo tiempo su nariz notó un aroma tenue y distinto en los dedos de Ygorla. No era su perfume acostumbrado, pues lo había olido un par de veces con anterioridad, y había algo en él que hacia sonar una campanilla en lo más profundo de su psique. Almizcle y hierro caliente y algún otro ingrediente indefinido. Aunque había tenido poco contacto con los asuntos arcanos, la intuición le decía a Strann

Librodot

que aquello era una vaharada de los dominios demoníacos.

¿Cuándo y dónde había olido ese aroma? Era familiar, pero no conseguía localizarlo; no acababa de encajar. Antes de que pudiera bucear en su memoria, sin embargo, la voz de Ygorla, dulce como néctar pero rebosante de veneno bajo la superficie, lo distrajo.

—Ahora, mi pequeño roedor favorito, nuestros visitantes y su entretenimiento. Estás componiendo la balada de mi llegada triunfal a la Isla de Verano, ¿Está terminada?

Los colores del trono cambiaron fugazmente; se oscurecieron un instante, pero fue suficiente para advertir a Strann que debía ser precavido.

—No está tan acabada como yo desearía, mi reina —respondió—. Soy demasiado consciente de que mis esfuerzos jamás podrán haceros justicia, y aun así día y noche me veo empujado por mi deseo de emular vuestra perfección. —Hizo un gesto como despreciándose, al tiempo que la observaba cuidadosamente a través de sus pestañas medio bajadas—. Lucho en mis sueños y durante todas mis horas de vigilia, pero no es suficiente.

La sonrisa de Ygorla se hizo rapaz.

—Yo juzgaré eso, rata. Quiero escuchar tu balada. Después, si me complace, la cantarás ante mis invitados cuando vengan ante mí.

—¿Invitados, señora? —dijo Strann.

Ella hizo una pausa y lo miró sagazmente.

—Te tiemblan los bigotes. Curioso ¿eh? Bueno, como estoy de humor indulgente, te lo contaré. Tenemos nuevos invitados en el palacio. Invitados quizás algo en contra de su voluntad, lo reconozco, pero estoy segura de que pronto vencerán su timidez inicial. Pienso presentarlos a mi corte y convencerlos para que pasen algunos días disfrutando de nuestra hospitalidad; luego los enviaré de regreso a sus distintas provincias para que den a conocer sus experiencias.

Strann comenzó a hacerse una idea y pudo imaginar las circunstancias en las que los «invitados» de Ygorla se habían encontrado en la Isla de Verano. El buen oído y la mente rápida le habían servido bien en los últimos días, y sabía que Ygorla no perdía el tiempo en difundir su red más allá de las costas de la Isla de Verano. Cuando habían llegado las primeras aves mensajeras procedentes de las provincias del continente, cada una con una carta que exigía conocer el significado de su declaración, ella se había reído, había matado a las aves y se había desquitado con pequeñas pero letales demostraciones de su poder. Escogió sus blancos de entre la nómina de funcionarios claves del Alto Margrave en los Margraviatos de provincia, y en Shu, Chaun Meridional, Perspectiva y Wishet, ciertos hombres y mujeres de alta posición murieron de manera súbita y terrible a manos de manifestaciones demoníacas. Cada «lección», como calificaba Ygorla a sus rapacidades, fue seguida por otro mensajero tenebroso con un cínico y saludable aviso; pero ahora parecía que Ygorla había decidido cambiar de táctica. Strann se preguntó cuántos desgraciados habrían sido arrancados del refugio de sus hogares por sus siervos sobrenaturales y en qué estado habrían llegado a la Isla de Verano. También se preguntó —y la idea no era tranquilizadora— si habría algún rostro conocido entre ellos.

Bruscamente, Ygorla se incorporó en su asiento y Strann dio un respingo lleno de culpa al darse cuenta de que había corrido el peligro de distraerse, algo que nunca era bueno hacer en su presencia. Por suerte, sin embargo, ella no parecía haber advertido su distracción, porque tenía sus propias preocupaciones.

Librodot

—Organizaremos una fiesta para nuestros invitados esta noche —dijo con gran satisfacción en su voz—. Algo que los convenza sin lugar a dudas de que sus señores del continente serían muy estúpidos si se opusieran a mi gobierno. —Alzó su copa de vino, y Strann se apresuró a llenarla de nuevo—. Tengo una serie de ideas que creo que servirán muy bien para hacer valer mis argumentos. Con ellas, y con tu música y tus poderes de persuasión como bardo, creo que nuestros invitados dejarán la Isla de Verano muy bien instruidos. Así que, Strann, la balada.

—¿Ahora, señora?

—Ahora. Estoy segura —y, de pronto, su voz adquirió un tenue tono malévolo— de que me gustará. Espero que me guste.

Strann no se hizo más de rogar y, cogiendo su manzón, lo colocó sobre su rodilla. Había llegado ya a odiar su nueva saga acerca de los logros de aquella mujer. Compuesta con el único fin de halagar su monstruoso ego y cantar sus alabanzas a los cielos, degradaba su virtuosismo y, pensaba él, lo rebajaba más que a un buhonero sin talento que contara cualquier sarta de mentiras por unas pocas monedas. El hecho de que en lugar de conseguir unas monedas se tratara de preservar la vida no le importaba: se sentía sucio. Algún día, se prometió, escribiría una parodia de aquel himno obsceno. Algún día...

Pulsó el acorde inicial, después un complicado e impresionante arpegio, para comenzar a continuación con la melodía que anunciaba el primer verso de la balada. Era sencilla —había descubierto bien pronto que el gusto musical de Ygorla no era nada refinado, para decirlo de manera amable—, pero rítmica, majestuosa y llena de pompa y circunstancia. Vio que las comisuras de la boca de Ygorla se curvaban y, animado, tomo aliento y comenzó a cantar.

Ygorla escuchaba. Pronto empezó a sonreír.

«Dioses, daría cinco años de mi vida —pensó Strann— por no tener que volver a pasar por esta experiencia o algo que se le parezca.» Apoyó el rostro contra la piedra clara y fría de la pared del pasillo, sin importarle que alguien lo viera, deseando tan sólo que el frescor de la pared aliviara el martilleo en su cabeza. No estaba borracho, o si lo estaba, era sólo un poco. Con mucho, lo peor de sus náuseas no provenía del cuerpo, sino del alma.

Ahora estaban camino del puerto; los embajadores, los había bautizado Ygorla, y su risa burlona había llenado la sala de audiencias mientras les otorgaba ese título. Tres hombres y una mujer, aterrorizados casi hasta el borde de la locura, los ojos vidriosos y los cerebros dando vueltas con los recuerdos de lo que habían visto en su breve visita a la corte de la Isla de Verano.

Aquella noche, Ygorla se había superado a sí misma. Superado en arrogancia, en rencor y en un nivel de infantil crueldad mental que asombró incluso a Strann, quien creía conocerla bien, a fondo. Convocó a toda su corte, en apariencia para recibir a los distinguidos visitantes de la Isla de Verano, pero en realidad para entregarse a una verdadera orgía de terror y persecución, para grabar con creces en sus invitados la lección que deseaba que aprendieran. Y con los jirones de sus mentes que todavía quedaran intactos, la recordarían el resto de sus vidas.

La fiesta aquella noche comenzó de manera bastante inofensiva, al menos comparado con lo que vendría después. Strann, fortalecido con más vino del que debería haberse permitido, fue conducido a la abarrotada sala

Librodot

de audiencias, con una fina cadena de oro atada a su collar, y se postró a los pies de Ygorla, mientras escuchaba a su alrededor risas de desprecio. Los visitantes, había que reconocerlo, no tuvieron la sabiduría de unirse al estridente coro del séquito aterrorizado de Ygorla. Sencillamente, miraron, algunos asqueados, otros compasivos, todos desconcertados, mientras que, con rostro sonriente y el corazón de piedra, Strann representaba su papel en la charada antes de ocupar su lugar acostumbrado en el cojín con borlas a los pies de Ygorla y coger su manzón. La balada que había compuesto fue acogida con entusiastas aplausos por sus compañeros de esclavitud y con avergonzado silencio por los recién llegados, y, cuando hubo acabado, Ygorla se puso en pie para anunciar su intención de recompensar a su rata mascota encargándole la composición de una nueva epopeya.

—La epopeya —dijo, con los ojos azules centelleando cuando miró a los invitados en un desafío directo y terrible— de un nuevo reino y una nueva era en este mundo. El reinado de Ygorla, ¡hija del Caos y Margravina de los Dominios Mortales!

La mujer del grupo de visitantes emitió un pequeño sonido involuntario, que sonó como si se estuviera ahogando. La mirada de Ygorla se endureció y se clavó en ella.

—¿Escucho una nota de escepticismo, señora? ¿O es incluso de desacuerdo?

La mujer alzó la vista al estrado, y las palabras surgieron antes de que pudiera frenarlas.

—Estáis loca…

—¿Loca? —Ygorla ladeó la cabeza como un ave rapaz que evalúa a una víctima potencial—. Creo que habláis movida por la ignorancia. ¿Sabéis lo que es la locura? ¿Habéis experimentado personalmente la locura, en cualquiera de sus grotescas formas? —Los labios de la mujer se abrieron en un movimiento brusco e inseguro, e Ygorla sonrió con dulzura—. No. Ya veo que no. Bien, debemos corregir eso.

Chasqueó los dedos. Arriba, cerca del techo de la sala, algo emitió una risita. La mujer alzó la vista, vio lo que bajaba deslizándose por una de las columnas de mármol, con los brazos extendidos hacia ella, y comenzó a gritar.

Ni siquiera Strann se atrevió a volver la cabeza mientras la mascota sobrenatural de Ygorla gozaba perversamente con la mujer que no dejaba de gritar. Nadie intentó ayudarla, y ni uno de sus compañeros llegó siquiera a protestar en voz alta. Cuando todo acabó y la cosa, que se reía ya satisfecha, salió de la sala, dejando tras de sí el olor a fruta podrida, dos de los guardias sin rostro de Ygorla arrastraron hasta sus pies a la víctima. Ygorla contempló desapasionadamente el rostro desencajado que la miraba a través de una greña de cabellos, y volvió a esbozar su dulce sonrisa.

—¿Ha sido eso la locura, señora? ¿O quizá todavía no estáis convencida? ¿Queréis que os enseñe otro de sus muchos rostros?

Donde hacía un instante se encontraba ella, apareció en el estrado un perro sin pelo del tamaño de un caballo, con una piel de un blanco enfermizo y ojos de llamas amarillas, babeando y abriendo y cerrando la boca. Sus labios se abrieron, mostrando enormes dientes rotos, y habló con la melodiosa voz de Ygorla.

—¿Es suficiente ya, mi dama? Tengo muchos otros trucos si pensáis que pueden divertiros.

Los ojos de la mujer giraron en sus cuencas y se desmayó. Hicieron

Librodot

falta tres siervos para reanimarla con frascos aromáticos y bofetones no demasiado amables en la cara; cuando por fin se recobró, Ygorla estaba de mejor humor gracias a sus esfuerzos y perdonó otras demostraciones de su poder personal a cambio de un precio pequeño. La mujer lo pagó sin dudarlo un instante, y ante toda la asamblea se postró a los pies de la nueva Alta Margravina y juró lealtad hasta la muerte. Sus compañeros hicieron lo mismo sin poner reparos. Strann no los culpó: hacerlo habría sido un acto de total hipocresía, se recordó, aunque cuando los vio turnarse para aceptar, como perros suplicantes, dulces del plato de Ygorla como él había hecho un poco antes, su estómago casi se rebeló.

La farsa continuó a partir de ese momento con lo que Ygorla gustaba llamar «unos cuantos trucos sin importancia de conjuración»; manifestaciones horribles, aunque de breve vida, que dejaron a su público aturdido, aterrorizado e intimidado. Luego vino el baile, una horrible parodia de las fiestas de la Isla de Verano en días mejores, al son de músicas espectrales, sin músicos visibles que las interpretaran. Se emparejó a los visitantes, lo quisieran o no, con cosas —Strann ni siquiera podía dignificarlas con el término de «criaturas»— creadas para la ocasión por la temible imaginación de Ygorla. Un perro jorobado, con ocho patas de arácnido, giraba como un torbellino con la mujer en una salvaje y retorcida cabriola, mientras que horrores de pelos blancos como de oruga, sin ojos, giraban con los hombres, unas veces besándolos y otras mordiéndoles el rostro con bocas llenas de colmillos, en tanto que a su alrededor el resto de la corte mantenía una desesperada apariencia de felicidad. El alboroto continuó hasta el amanecer y entonces, cuando las primeras luces entraron en la sala, Ygorla reunió ante sí a los zarandeados y traumatizados visitantes y les largó un discurso en el que les encargaba llevar al continente lo que habían aprendido de la nueva Alta Margravina y asegurarse de que el mensaje era recibido y comprendido por aquellos que podrían pensar en desafiarla. El cuarteto había jurado cumplir su encargo y más, más, cualquier cosa que pudiera pedirles, y por fin Ygorla los dejó marchar. Conducidos por los guardias de Ygorla y seguidos por dos de sus sabuesos-felinos negros, se fueron arrastrando los pies para subir a bordo de la nave que los llevaría de vuelta a un mundo más cuerdo, y la corte fue despedida.

Strann se quedó atrás, pasando tan inadvertido como le fue posible, mientras la gran mayoría de la gente salía tras la majestuosa partida de Ygorla por las puertas de doble hoja. Sólo cuando pensó que el pasillo estaría prácticamente desierto se soltó el collar y la cadena de la garganta —resistiendo a duras penas el impulso de arrojar los odiosos objetos al otro lado de la sala— y salió a su vez. Fuera de la sala las antorchas estaban apagadas y el pasillo envuelto en sombras. Strann permaneció un minuto, quizá dos, hasta que su frente se enfrió un tanto, y luego partió en dirección a sus habitaciones; pero se detuvo.

No quería regresar a aquella opulenta pero repelente celda. Si dormía, tendría pesadillas; si permanecía allí sentado y despierto, sus pensamientos aplastarían los últimos restos de ánimo que le quedaban, y si intentaba emborracharse hasta la inconsciencia, se encontraría mal antes de que dejara de importar. Necesitaba aire. Aire puro, sin mácula, y libertad fuera de las constrictoras murallas del palacio.

Regresó a su habitación sólo para guardar su manzón y arrojar el collar enjoyado, y después se abrió camino por el laberinto de pasillos que llevaban a una pequeña y poco utilizada puerta que daba a los jardines de palacio. Al

Librodot

pasar por un cruce de pasillos, se paró de pronto, porque su nariz volvió a captar aquel olor que siempre lo eludía, frustrante, y que había percibido ya en varias ocasiones. Aquel pasillo lateral llevaba a la escalera de la torre de Ygorla; Strann se adentró por él unos cuantos pasos, y el olor se hizo claramente más intenso. Almizcle y hierro y... Movió la cabeza, y sus pasos se hicieron más lentos al advertir que se estaba acercando peligrosamente a una zona prohibida a todos menos a Ygorla y que, incluso ahora, algún guardián demoníaco podía estar vigilándolo, deseando que diera un solo paso en territorio prohibido. No sería inteligente aventurarse más, y Strann retrocedió hacia la puerta del exterior y salió al aire más fresco.

El sol comenzaba a alzarse en un cielo despejado, pero su brillo se veía apagado por otro resplandor menos natural que distorsionaba los colores de la mañana y arrojaba una penumbra cobriza sobre el paisaje. Desde su actual punto de vista tan cercano a los muros, Strann no veía la descomunal estrella de siete puntas que latía en el aire por encima del palacio, pero notaba su presencia, la constante fluctuación de luz oscura —de qué manera podía ser oscura la luz, no lo sabía, pero así era aquella luz— que se intensificaba y disminuía mientras la estrella latía como un corazón lento y enorme.

Strann se alejó poco a poco del palacio, pasó bajo un arco de piedra en el que una parra había florecido para luego agostarse y comenzar a despedir un hedor ligeramente sulfuroso, y llegó al primero de los jardines. Bajo el brillo amenazador de la estrella, los limpios lechos de flores y los setos decorativamente podados tenían un aire misterioso: las sombras parecían deformadas y en los lugares equivocados, y era demasiado fácil imaginar que alguno de los podados arbustos se convertiría repentinamente en alguna horrible forma de vida y se acercaría corriendo por la hierba hacia él. Intentó no hacer caso del efecto, intentó no hacer caso de la insidiosa y subliminal mancha de la estrella, y atravesó la explanada hasta donde un grupo de árboles nobles lo ocultaría de la vista de cualquiera que se asomara a una ventana. Entonces, sin preocuparse por la humedad del suelo, se sentó con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol para pensar.

Para cuando el sol volviera a ponerse, el pequeño y lamentable grupo de «embajadores» de Ygorla estaría de vuelta en Shu-Nhadek, contando la historia de su secuestro. A Strann le quedaban pocas dudas de que el resto del mundo ya tenía noticias de Ygorla, pero el cuarteto que regresaba eran las primeras personas de más allá de las costas de la Isla de Verano que la habían visto con sus propios ojos y habían sobrevivido para llevar la historia a las provincias. Las reacciones de los Margraves, conjeturó, serían diversas; algunos capitularían sin discutir, otros se encenderían con justificada indignación y pondrían en marcha planes para invadir la isla y hacer frente sumariamente a la arribista usurpadora. La idea de lo que le ocurriría inevitablemente a cualquier expedición de castigo enviada contra Ygorla hizo que a Strann se le encogieran las tripas. Los cuatro embajadores conocían la magnitud del poder de Ygorla. Pero tenía la fea intuición de que algunos de los Margraves se negarían a confiar en ese conocimiento y armarían sus milicias y lanzarían sus flotas, y al hacerlo enviarían a quién sabe cuántos inocentes a la muerte, mientras que Ygorla, tumbada en su magnífico trono, se reiría de su temeraria presunción. Ningún ejército mortal podía soñar con vencer a los poderes que tenía a sus órdenes. Y aquello llevó a la reticente mente de Strann de vuelta al quid de sus especulaciones.

¿Cuál era el manantial de la fuerza sobrenatural de Ygorla? Se hacía

Librodot

llamar, entre otros grandilocuentes títulos, «Hija del Caos», y la estrella grande y tenebrosa que latía sobre el palacio como un desafío descarado implicaba que efectivamente rendía pleitesía a Yandros. Pero Strann creía que lo que ella quería que el mundo pensara no tenía por qué ser la verdad. Ni por un momento se le había pasado por la cabeza que Ygorla sintiera lealtad hacia nada o nadie que no fuera ella misma. Y —aunque no pretendía poseer conocimientos de experto, pues ése era terreno del Círculo y de la Hermandad— Strann tenía serias dudas de que Yandros hubiera elegido a Ygorla para ser su avatar en el mundo de los mortales. Si los dioses del Caos tenían intención de romper el pacto que habían establecido en los tiempos del Cambio, para participar de forma directa en los asuntos humanos, ¿qué necesidad tendrían de semejante criatura?

Así que ¿actuaba Ygorla con el beneplácito del Caos o estaba otorgándose un linaje al cual no tenía derecho? Los cuatro embajadores involuntarios se habrían formado su opinión, y no hacía falta ser muy agudo para darse cuenta de cuáles serían esas opiniones. Dentro de poco, los Margraves con toda seguridad apelarían al Círculo para que llamara a los dioses a intervenir. El Círculo, basándose en las evidencias que le darían, se volvería a Aeoris y los dioses del Orden; y eso, comenzaba a sospechar Strann, sería un error garrafal.

Volvió a pensar en el olor que había llegado a su nariz junto al pasillo que llevaba a los aposentos privados de Ygorla. El olor de los demonios; pero Ygorla, fuera lo que fuese, no era un demonio tal y como él lo tenía entendido. ¿Qué más acechaba, entonces, en aquellas habitaciones prohibidas? ¿Qué mentor, qué compañero en la conspiración? ¿Qué fuente de poder?

Se puso en pie y comenzó a pasear por la explanada, demasiado intranquilo para estarse quieto. A cada minuto que pasaba, más se convencía, a un nivel intuitivo que no podía defender racionalmente, de que, a pesar de las apariencias, a pesar de lo que ella quisiera hacer creer al mundo, Ygorla no era amiga del Caos.

En una habitación bajo llave del palacio, oculta de los extraños, pero mantenida con vida por un capricho de Ygorla, la verdadera Alta Margravina, Jianna Hanmen Alacar, lloraba por su esposo muerto y conservaba la cordura a base de rezar por una oportunidad para vengarlo. Strann la había visto tres veces en los días recientes, cuando la habían llevado a la sala para presenciar algún nuevo juego inventado por Ygorla, y había visto el ardiente furor en sus ojos, había sentido el aura de fanática resistencia que surgía de ella como la luz del sol. Jianna no se rendiría. Puede que la carne le cayera a trozos, transformando su rolliza belleza en un pastiche flaco y salvaje, y su mente podía estar a punto de enloquecer, pero algo la apartaba de aquel último límite. Se sostenía a base de su odio, alimentándose de él, dependiendo de él, rehusando inclinarse ante la voluntad de Ygorla y nutriendo su inamovible aborrecimiento a la usurpadora y a todos lo que le rendían pleitesía. Strann había sentido el azote de su terrible mirada mientras cumplía con su papel de bufón al lado del trono de Ygorla; y la había oído murmurar, una y otra vez, mientras se mantenía tiesa entre sus guardianes e intentaba no hacer caso a las humillaciones de Ygorla, una ferviente e incesante plegaria a Aeoris.

Sin embargo, Aeoris no le había respondido. Jianna podía pasar cada momento privado de rodillas suplicando al gran dios del Orden, pero hasta el momento no había ninguna señal de que sus ruegos hubieran sido

Librodot

escuchados, y menos aún de que Aeoris hubiera dado alguna respuesta. Aunque hacía mucho tiempo que había olvidado casi todo el catecismo de su infancia, Strann sabía lo suficiente del pacto entre el Caos y el Orden como para darse cuenta de que Aeoris no podía intervenir en los asuntos humanos a menos que Yandros rompiera primero su parte del trato. Si la mano de Yandros hubiera guiado a Ygorla en alguna medida, entonces, seguramente, seguramente, eso habría proporcionado a Aeoris todas las justificaciones necesarias para desquitarse. Pero nada había ocurrido; y aquello, pensaba Strann, era una confirmación más de su teoría.

Ahora se encontraba a unos veinte metros del árbol, aunque su tronco todavía lo ocultaba de cualquiera que se encontrara en el palacio. Se detuvo, giró sobre sí y miró a la copa del árbol y al cielo más arriba, que seguía manchado por la tenebrosa luz de la gran estrella pulsante.

—Esto no es obra vuestra. —Habló en voz baja, dirigiendo sus palabras a un lugar más allá de este mundo, más allá del alcance de su imaginación. Nunca había visto a Yandros (de hecho, no lo había visto nadie vivo), pero en su mente conjuró una imagen del gran señor del Caos, como si estuviera hablando directamente con él—. Esto no es obra de vuestra mano, pero no hacéis nada para detenerlo. ¿Por qué, Yandros? ¿Qué os lo impide?

El cielo permaneció impasible; la estrella siguió latiendo. Un pájaro trinó en algún sitio y luego calló, y Strann tuvo la sensación de que sus palabras habían sido lanzadas al vacío. Bajó la cabeza y durante unos instantes contempló la hierba que pisaba. Luego, con pasos lentos y los hombros algo encorvados, como si se defendiera de algo que no podía expresar claramente, emprendió el regreso, a pesar suyo, hacia el palacio.

Librodot

CAPITULO 8

La flota de castigo zarpó once días después. Los Margraves de las provincias más meridionales habían unido sus fuerzas para juntar lo mejor de su milicia; tres mil hombres armados de pies a cabeza, a bordo de una flotilla de quince naves tripuladas por los más curtidos marineros que podían encontrarse en toda la costa meridional. Zarparon de Shu-Nhadek, de Puerto Verano en Wishet, y del Estuario de la Perspectiva, y se reunieron en los estrechos para navegar hacia la Isla de Verano.

En las Residencias de la Hermandad de todas las provincias, las mujeres cantaban exhortaciones a los dioses, pidiendo el triunfo de la flota. En su propia Residencia de Chaun Meridional, la Matriarca se retiró en privado para orar por la liberación. Y en la Península de la Estrella, Tirand dirigió a los adeptos superiores en un rito para pedir la bendición de Aeoris en la empresa y para que llegara el fin del breve pero sangriento reinado de Ygorla.

En el momento culminante de la ceremonia, cuando el Salón de Mármol vibraba con el poder surgido de los iniciados agrupados, Karuth supo con convencimiento seguro e inapelable que sus esfuerzos eran vanos. No podía traducir en palabras su certeza y, en su actual posición de incertidumbre dentro de la estimación de Tirand, tampoco se lo habría comunicado a él, aunque hubiera encontrado las palabras.

Pero sus huesos le decían lo que su mente racional no quería admitir y cuando cinco días más tarde llegaron las noticias, no dijo nada a nadie, sino que subió la escalera de la torre septentrional abandonada y en una de las abarrotadas habitaciones donde nadie podía verla o escucharla, lloró.

La flota no había llegado siquiera a la Isla de Verano. La tormenta, decía la carta traída de Shu-Nhadek por un ave mensajera, había sido lo menos importante. Gracias a un puñado de harapientos supervivientes, que por milagro habían conseguido regresar al continente en un maltrecho bote, se supo toda la horrible historia: relámpagos plateados que surgían de un cielo despejado para golpear con devastadora y extraña precisión. Espesos nubarrones negros que se formaban de la nada para crear una muralla sólida entre el mar y el cielo, dentro de la cual los hombres se ahogaban o morían gritando cuando los monstruos se materializaban en la oscuridad para desgarrarlos y devorarlos. Elementales que todo lo destruían, apariciones demoníacas, cosas surgidas de las profundidades del océano que aplastaban un barco entero entre sus fauces. Y lo último y más terrible de todo: una línea oscura en el horizonte trémulo y torturado que acabó siendo una formación de naves de color negro azabache, imponentes ante los restos de la flota, que se acercó a ella a una velocidad imposible. Barcos fantasmas con velas que eran como gigantescas telarañas henchidas por un viento venido del infierno; naves con el resplandor fosforescente de las luces de los cadáveres en su proa y con rayos que danzaban sobre sus mástiles, y con las manos de blancos huesos, sin carne, de los muertos que cogían los cabos mientras que capitanes que ni por asomo eran humanos lo contemplaban todo con mortífero y sonriente silencio desde los castillos de proa. Los barcos se abrieron paso a través de los restos deshechos de las fuerzas del continente como cuchillos al rojo vivo hundiéndose en la carne. La mayoría de los que sobrevivieron a aquel tremendo ataque se ahogaron cuando los

Librodot

últimos barcos de la flota de los Margraves se hundieron; unos cuantos, menos afortunados, fueron recuperados del mar con redes y depositados, agitándose y gritando, pidiendo ayuda inútilmente, a bordo de las naves fantasmales para hacer frente a un destino aún más terrible. Un pequeño bote salvavidas, lanzado desde el puente de su nave en un acto final de desesperación cuando ésta se hundía, fue arrojado lejos de la escena de la carnicería con cinco hombres a bordo y fue llevado a tierra por un fuerte viento del este al día siguiente. Dos de los supervivientes murieron del trauma cuando se puso la segunda luna y un tercero fue declarado loco sin remedio; los dos restantes pudieron contar su historia con la poca cordura que les quedaba. La furia de las provincias se había extinguido en una trágica hecatombe.

A la mañana siguiente a la llegada de las noticias del desastre a la Península de la Estrella, el Sumo Iniciado recibió una nueva misiva de la Isla de Verano. Esta vez la carta era breve e intransigente. Decía sencillamente: «Soy vuestra Emperatriz». La recargada firma era la de Ygorla, y debajo de ella se veía el título que ahora solía darse y con el que se había mofado de sus cuatro cautivos: Hija del Caos y Margravina de los Dominios Mortales.

Tirand no enseñó enseguida el mensaje a ninguno de sus compañeros adeptos. Durante dos horas permaneció sentado a solas en su estudio, contemplando el trozo de pergamino hasta que sintió que las secas palabras le ardían de manera indeleble en el cerebro. Hija del Caos. No podía describir la emoción que aquel título le provocaba: era algo inexpresable en palabras. Caos. Mentiras. Engaño. Traición. Una burla de todo lo que él y sus iguales, ignorantes estúpidos que eran, habían considerado sagrado. Convertía el Equilibrio en una lamentable farsa; era una broma sucia, depravada y salvaje. Oh, sí, había oído las historias que los cuatro embajadores involuntarios habían traído a su vuelta. Historias acerca de la estrella de siete puntas que flotaba sobre el palacio de la Isla de Verano, historias acerca del poder que aquella bruja maníaca tenía en las puntas de los dedos. Poder del Caos. Poder de Yandros. Tirand no odiaba con facilidad, pero sentía ahora cómo el odio crecía en su interior, unido a una sensación tan enorme de haber sido traicionado que a duras penas podía contenerla. ¿Qué perverso capricho había empujado a Yandros para hacer esto? ¿Por qué lo divertía otorgar una aparente omnipotencia a una loca para enviarla contra el Margraviato, el Círculo y la Hermandad? ¿Era la culminación de alguna inquina largo tiempo guardada contra el triunvirato mortal que gobernaba en nombre de los dioses? ¿Un ajuste de cuentas con aquellos que rendían el respeto debido al Caos, pero que en sus corazones seguían prefiriendo el Orden?

Tirand dio un puñetazo sobre la mesa, cuando la frustración se impuso por un instante al dominio sobre sí mismo. Volvió a mirar el escueto mensaje de Ygorla, luego dobló cuidadosamente el pergamino, resistiendo el impulso de arrugarlo y estamparlo contra la alfombra. Cabeza despejada y corazón frío: eso era lo que necesitaba. Convocaría al Consejo de Adeptos —un pleno, nada de una pequeña reunión— en una sesión formal de emergencia. La rabia en su interior iba cediendo, o al menos había dejado el primer lugar a la razón. Sabía lo que quería decir al Consejo y más aún: sabía lo que quería hacer.

Cerró el puño sobre el pergamino doblado y salió de su estudio para buscar al senescal del Consejo.

—«Soy vuestra emperatriz.» Eso, adeptos, es todo lo que tiene que decir

Librodot

en esta ocasión. —Tirand arrojó la carta de Ygorla sobre la mesa que tenía ante sí y miró con firmeza a la multitud de serios rostros en la sala del Consejo—. Una afirmación arrogante e intransigente que, como sabemos por el amargo precio pagado, tiene el poder de hacer realidad. —Cogió otro puñado de papeles y los extendió—. Para los pocos de vosotros que todavía no conozcáis el contenido de estos mensajes, hemos recibido misivas de todos los Margraviatos, excepto de la Provincia Vacía y de nuestra propia Tierra Alta del Oeste. Todos conocen el destino de la flota de castigo. —Ordenó las cartas en dos montones—. Los Margraves de Han, Chaun y Chaun Meridional ruegan al Círculo que actúe de inmediato para combatir a esta mortal amenaza y están dispuestos a poner todos sus recursos a nuestra disposición. Los Margraves de Han Oriental, Wishet, Shu, Perspectiva y las Grandes Llanuras Orientales, aunque también solicitan nuestra ayuda, dicen que, a menos que dicha ayuda llegue antes de que Ygorla lance su siguiente amenaza, no tendrán otra elección que capitular para garantizar la seguridad de sus gentes.

Alguien emitió un ahogado sonido de incredulidad, y Sen Briaray Olvit miró consternado al Sumo Iniciado.

—¿Capitular? ¡Tirand, no pueden hablar en serio! Es la peor de las cobardías; ¡por no mencionar que eso es hacer precisamente lo que quiere la usurpadora!

Tirand había esperado esa reacción del impulsivo adepto superior y tenía preparada una respuesta. La idea le gustaba menos que a Sen, pero había ocasiones en que los principios debían ceder ante la necesidad.

—No creo que estemos en situación de acusar a los Margraves de cobardía, Sen —dijo—. Ya han sufrido un duro golpe, y sobre ellos pende la amenaza de cosas peores si continúan resistiendo. Y tienen razón: deben tener en cuenta la seguridad de sus gentes.

—Tirand, con todos los respetos, ese argumento es erróneo. En el Círculo somos responsables no de una provincia, sino del mundo entero.

—De acuerdo. Pero administramos esa responsabilidad desde la seguridad de una fortaleza virtualmente inexpugnable, todo lo alejada de la Isla de Verano que es posible. Los Margraves no tienen esa ventaja; están, por así decirlo, en primera línea y son muy vulnerables.

Sen frunció el entrecejo, todavía insatisfecho.

—¿Cómo pueden considerarse las Grandes Llanuras Orientales en primera línea? ¡Es una de las provincias más septentrionales!

—Y tiene una gran costa sin protección en línea directa con la Isla de Verano —replicó Tirand, inclinándose sobre la mesa—. Nos guste o no, hemos de aceptar el hecho de que los Margraves tienen todos los motivos para estar asustados, y no creo que podamos culparlos por el hecho de que ante todo intenten salvar vidas. —Se produjo un murmullo de asentimiento entre la mayoría de los consejeros y, animado, Tirand prosiguió—. Lo que es más: si la mayoría de las provincias deciden ofrecer su lealtad a esta hechicera, no podemos hacer nada para evitarlo. Nuestra jurisdicción sólo abarca temas de religión; somos guardianes e intérpretes de las leyes de los dioses, no de las de los mortales. —Alzó la mirada y la posó en el extremo de una de las largas mesas—. Lamento tener que hablar de asuntos desagradables, pero es un hecho ineludible que las provincias deben su fidelidad al Alto Margrave y no al Círculo.

Hubo una embarazosa pausa de un instante. Alguien se aclaró la garganta. Entonces, una voz nueva habló.

—No pasa nada, Tirand. Estoy dispuesto a hablar de ello. De hecho, creo que es necesario.

Calvi Alacar, vestido con la púrpura del luto y sentado al lado de una anciana consejera, alzó la cabeza y dirigió al Sumo Iniciado una sonrisa vacilante. Aunque no era iniciado del Círculo, y mucho menos miembro del Consejo, habría sido impensable excluirlo de aquella reunión: porque aquel joven delgado, enjuto e inexperto era por derecho de nacimiento gobernante supremo ante quien el mundo entero debía inclinarse por ley.

Cuando se le había comunicado la noticia de la muerte de Blis, Calvi había solicitado quedarse a solas durante unas horas para dar rienda suelta a su pena en privado antes de enfrentarse al anuncio oficial de la noticia al Círculo en pleno. Preocupado por si la tensión resultaba demasiado para él, Tirand había advertido a Karuth sobre la posibilidad de que el joven se viniera abajo; pero para su sorpresa y alivio, Calvi abandonó su habitación horas después, con los ojos enrojecidos pero con una actitud firme y decidida que sugería que era consciente de sus nuevas responsabilidades y que estaba dispuesto a afrontarlas.

A Calvi no le había resultado fácil hacerse a la idea de que ahora era el Alto Margrave. Tenía aspecto cansado, los ojos apagados, el rostro ojeroso, pero a pesar de la tensión impuesta sobre él durante los últimos días, comenzaba a alcanzar un cierto grado de seguridad en sí mismo al darse cuenta de que la actitud del Círculo hacia él estaba cambiando. Ya no era sencillamente Calvi, el estudiante; era un hombre cuya opinión y aprobación debían tenerse en cuenta, especialmente en aquel momento de crisis. Una figura simbólica, sí, pero una figura con poder temporal verdadero. No era lo que deseaba; habría dado cualquier cosa por devolver la vida a su hermano para que volviera a tomar las riendas, pero aquella situación le había sido impuesta —impuesta a todos— y debían hacerlo lo mejor que pudieran.

Tirand volvió a señalar las cartas que tenía ante sí.

—Los Margraves —dijo—, sin excepción, han hecho dos peticiones. Piden la ayuda del Círculo, como ya os he dicho. Pero también piden un decreto del Alto Margrave diciendo qué deben hacer. —Alzó la vista—. Lo siento, Calvi. No quería poner esta carga sobre tus hombros, pero es una cuestión que sólo tú puedes resolver.

Calvi hizo un gesto afirmativo. Lo había esperado, no podía haber supuesto otra cosa, y al menos en un sentido era alentador, porque demostraba que los Margraves de las provincias lo habían aceptado sin dudarlo como sucesor de Blis. Pero no sabía qué decir. Blis, estaba seguro, ya habría pergeñado un plan de emergencia; él no tenía ninguno. Se sentía desamparado.

Tirand volvió a hablarle con amabilidad.

—Te ayudaremos en todo lo que podamos, Calvi. Lo sabes.

Calvi lo sabía, como sabía que también Tirand se había visto en apuros parecidos cuando la muerte repentina de su padre había echado sobre sus desprevenidos hombros el manto de Sumo Iniciado. Pero la camaradería, aunque consoladora, no era suficiente. Necesitaba consejo como nunca antes lo había necesitado. Necesitaba que alguien le dijera de manera totalmente inequívoca lo que tenía que hacer.

Tres asientos más allá, después de la anciana y un hombre de mediana edad cuyo nombre no recordaba en aquel momento, su vista se posó en Karuth. Ella le dirigió una alentadora sonrisa, se inclinó hacia él, excusándose rápidamente con los otros, y susurró:

Librodot

—Sigue tu instinto, Calvi. Confía en él. Es lo máximo que podemos hacer.

El nudo de tensión que Calvi sentía en el estómago cedió un poco. No encontraba palabras para agradecérselo a Karuth, pero sintió que la parálisis de la indecisión lo abandonaba; y, cuando miró a la mesa presidencial de nuevo, su expresión era más tranquila.

—No puedo promulgar un decreto, Tirand. —Habló con claridad, sin que le temblara la voz—. Puede que sea el Alto Margrave, pero, mientras la Isla de Verano esté en poder de la usurpadora, yo estoy, de hecho, exiliado, aunque los Margraves sigan considerándome su legislador. Como tú mismo has dicho, aquí estamos seguros; no se nos exige que carguemos con el peso de los poderes de esa mujer. Los Margraves... —vaciló, pero luego siguió con mayor convicción—. Los Margraves deben tener el beneplácito para hacer lo que crean más conveniente. Si a mis espaldas tuviera un gran ejército, si pudiera enviarles la ayuda que necesitan, sería de otro modo. Pero deben luchar esta batalla a su manera y con sus recursos, y no creo tener el derecho a dar órdenes desde un lugar seguro y esperar que se cumplan. —Otra pausa—. Les enviaré cartas a todos, de mi puño y letra, y les diré que hagan lo que hagan para evitar más desgracias, cuentan con mi total bendición.

—Gracias. —Los ojos de Tirand expresaban total aprobación—. Creo que es una decisión muy sabia.

Pero Calvi no estaba satisfecho.

—No, Tirand, no lo es —replicó—. Es cobarde. —Miró en dirección a Sen Briaray Olvit—. Sen tenía razón; las provincias deberían resistir. Y yo debería estar con ellos, agrupando...

—No, Alto Margrave —quien habló fue Arcoro Raeklen Vir, que estaba sentado junto al Sumo Iniciado—. No deberíais hacer eso.

Calvi lo miró, dubitativo. Arcoro miró a Tirand, pidiendo permiso para dirigirse a la asamblea, y recibió un gesto de asentimiento.

—Dadas las presentes circunstancias —dijo—, la obligación del Alto Margrave, tal como yo lo veo, es, pura y sencillamente, seguir con vida. Para ser franco, señor, si siguierais los dictados de vuestro corazón e intentarais poneros al frente de vuestros subditos en contra de esta hechicera, moriríais, de manera desagradable y probablemente ignominiosa, en cuestión de días. Sin parientes vivos que os pudieran suceder, no existiría un heredero por derecho al trono de la Isla de Verano. Eso, sostengo, producirá el colapso completo de la poca moral que pudiera quedar en las provincias.

La sala se agitó y se llenó de murmullos. Incluso Sen contempló a Arcoro con renovado interés. El anciano adepto prosiguió.

—Eso nos lleva a una nueva cuestión. El mundo sabe que su Alto Margrave esta aquí, en la Península de la Estrella, lo que significa que la usurpadora también debe saberlo. No hace falta que nos engañemos: cualquier pregunta que haya hecho, le habrá sido contestada con sinceridad por alguien. También debe darse cuenta de que la existencia de Calvi Alacar es una potencial amenaza a los grandiosos planes que pueda tener en su mente. Puede que todo el mundo caiga de rodillas y le rinda homenaje, pero en sus corazones la gente seguirá siendo fiel a su gobernante por derecho, y su única esperanza de romper los vínculos de esa lealtad es matar a Calvi. Para hacerlo, primero tiene que romper las defensas de este Castillo. Por lo tanto, creo razonable suponer que no pasará mucho tiempo antes de que la conquista de la Península de la Estrella se convierta en su principal objetivo.

Eso, amigos míos, nos plantea la pregunta de cómo nosotros, no los Margraves o la milicia sino los magos del Círculo, combatiremos su poder.

Tirand esperaba que Sen interviniera entonces, y no se vio defraudado.

—Tienes razón, Arcoro. —La mirada rápida y excitada de Sen abarcó a la asamblea entera—. Una hechicería como ésta sólo puede ser combatida de la misma manera. No podemos esperar que la milicia combata contra esta usurpadora, no ahora que sabemos sin sombra de duda lo que es capaz de hacer. Son nuestras habilidades lo que hace falta. —Miró al Sumo Iniciado—. No me importa reconocer que he cometido errores, Tirand. En primer lugar, creí que todo este asunto era un truco; ahora se ha demostrado que estaba equivocado. También me equivocaba en mi juicio inicial acerca de los Margraves de las provincias. Tú y Calvi tenéis razón: no podemos esperar de ellos que resistan ante el poder de esta mujer demente. Nuestras responsabilidades son claras. Debemos ser nosotros quienes entremos en combate.

Arcoro volvió a hablar.

—Sen, ¿cómo propones que lo hagamos?

Sen frunció el entrecejo.

—Combatiendo la magia con la magia. ¿De qué otra forma si no?

—En principio estoy de acuerdo contigo, como estoy seguro de que lo están los demás. Pero en la práctica puede no resultar tan fácil. ¿Somos capaces de conjurar una flota sobrenatural con tripulaciones de demonios? ¿Podemos secuestrar a la gente de sus hogares y llevarlos ante nuestra presencia por puro capricho? Piénsalo. Piensa en lo que la usurpadora ya ha hecho y pregúntate: ¿somos capaces de igualarla, no digamos ya de superarla?

—¡Debemos serlo! El Círculo es depositario de las mayores capacidades mágicas conocidas en el mundo mortal; y, sea lo que fuere esta mujer, ¡es mortal!

Aquella era la oportunidad que Tirand había estado esperando. Antes de que Arcoro respondiera a la afirmación de Sen, intervino.

—Sí, es mortal. Pero, amigos míos, hay una cuestión que todavía no hemos tenido en cuenta. ¿Qué se esconde tras su mortalidad? ¿De quién es la mano que la ha inspirado y que le ha concedido un grado de poder que según toda lógica y precedente debería estar fuera del alcance de los humanos?

Todas las miradas se clavaron de repente en Tirand, quien agradeció en silencio lo que habían hecho Arcoro y Sen. Aquélla era la verdadera cuestión, el núcleo del problema. Debía lograr que el Círculo viera la verdad tal y como él la veía.

Se puso en pie. Aunque no era consciente de ello, se trataba de una pequeña estratagema que su padre, Chiro, había usado a menudo en las discusiones, dando un repentino aire de formalidad a los actos y asegurándose de esta manera la atención de todo el mundo.

—Adeptos, creo que la evidencia de lo que estoy a punto de decir es clara e inequívoca. Sabemos por los mensajes recibidos que la usurpadora sólo rinde fidelidad a un poder, sólo a uno. —Alzó la mirada, gélida y dura—. La estrella de siete puntas flota sobre el palacio de la Isla de Verano, como un guante arrojado a nuestros rostros. La hechicera se hace llamar «Hija del Caos» y se deleita con ese título. Y los acontecimientos de los últimos días, que ahora nos han sido relatados con doloroso detalle, sólo sirven para confirmar lo que ya sospechaba: puede que esta mujer sea mortal, pero el

Librodot

poder que esgrime le ha sido otorgado de manera consciente y deliberada por otro agente. ¡Esto es obra de Yandros!

Sabían lo que iba a decir. Tirand lo vio en sus rostros, lo sintió en el susurro de respiraciones contenidas que siguió a su afirmación, y sintió una oleada de alivio al darse cuenta de que muchos de sus compañeros consejeros ya habían alcanzado, en privado, la misma conclusión. Sen asentía vigorosamente; la mayoría de los restantes adeptos superiores también inclinaban la cabeza; e incluso Arcoro, cuya lealtad se mantenía en escrupuloso equilibrio, estaba reflexionando seriamente sobre aquella idea.

—Amigos míos... —Tirand tenía su atención y, en lo que respectaba a la mayoría, también su aprobación; era el momento de exponer su punto de vista antes de que surgieran voces de desavenencia—. Me apena profundamente decir esto, porque va en contra de todos los dogmas que se crearon en el tiempo del Cambio, los dogmas por cuyo establecimiento el mismo Keridil Toln arriesgó su vida y su alma. —Se humedeció los labios resecos—. Sin embargo, no se puede dar la espalda a la verdad simplemente porque sea desagradable; y la verdad es que los señores del Caos nos han traicionado.

»Cuando se estableció el Equilibrio, tanto los dioses del Orden como del Caos juraron que nunca más intervendrían en los asuntos de este mundo. Nos prometieron la libertad de adorar según nuestros sentimientos, nos prometieron que no exigirían nuestra lealtad como asunto de derecho, y que no nos coaccionarían a obedecer su voluntad de ninguna manera. Durante ochenta años, ambos bandos mantuvieron la promesa, pero ahora ha sido rota, porque Yandros ha otorgado poderes demoníacos a una hechicera humana, de forma que ésta pueda ocupar por la fuerza el lugar de nuestros gobernantes por derecho. La intención de Yandros es clara, adeptos. Ygorla es el instrumento del que se servirán los señores del Caos para regresar al mundo y reinar sin oposición. Han roto su propio pacto, han roto el Equilibrio y se han burlado de nuestra fe y nuestra lealtad. —Hizo una pausa, y luego decidió dejar de lado la retórica para expresar, sin tapujos, lo que pensaba—. Por lo tanto, propongo que el Círculo renuncie formal y ritualmente a toda fidelidad a los dioses del Caos y que invoque a Aeoris del Orden para que nos ayude a acabar con la usurpadora antes de que sea demasiado tarde.

Hubo un silencio de aturdimiento. Incluso el vocinglero Sen no sabía qué decir, y Tirand advirtió que había errado en sus cálculos. Podía ser que la mayoría del Consejo estuviera de acuerdo con su evaluación de la situación, pero no esperaban una propuesta tan radical. Estaban conmocionados, vacilantes, inseguros. Tirand no podía culparlos; a él mismo le había parecido imposible aprobar esa idea al principio, y le había hecho falta un gran examen de conciencia para llegar a su decisión. Pero, ahora que había decidido, no estaba dispuesto a dar marcha atrás. Su corazón no se lo permitía.

Arcoro se llevó una mano a la boca y tosió. La atención se centró inmediatamente en él, y el anciano adepto habló.

—Sumo Iniciado —su tono era respetuoso, las palabras elegidas con cuidado— para dejar las cosas bien claras, de manera que a ninguno de nosotros le quepa la más mínima duda: ¿debemos entender que estás pidiendo que el Consejo del Círculo ratifique esa propuesta?

—Sí, Arcoro. Así es.

—¿Que... revoquemos los principios del Equilibrio y juremos lealtad

Librodot

únicamente a Aeoris?

—Sí. Sé que va en contra de cuanto nos han enseñado; sé que niega todo aquello por lo que trabajó Keridil Toln. Pero creo que no tenemos elección. El Caos ha decidido poner en contra nuestra todo su poder. A menos que resistamos, perderemos la libertad que tanto costó a nuestros antepasados y no seremos otra cosa que peones de un poder invencible e incontestado. —Tirand paseó la mirada por toda la sala y elevó el tono de voz—. Recordad las palabras que se encierran en nuestros archivos, escritas de puño y letra por Keridil Toln: «El conflicto entre el Orden y el Caos nunca se resolverá. El Equilibrio debe mantenerse, puesto que todo aquello que deba crecer y prosperar debe, por naturaleza, contener su contrario intrínseco». Hemos vivido siguiendo ese dogma durante casi un siglo, y hemos aprendido la sabiduría que encierran esas palabras. Pero ahora ese principio se ve amenazado por el mismo poder que lo estableció. No pretendo comprender los motivos de Yandros; lo único que sé es que nuestro mundo está en peligro. Como Sumo Iniciado del Círculo, mi primer y único deber es combatir ese peligro; y creo que nuestra única esperanza de salvación es volvernos a nuestros antiguos dioses, los dioses del Orden, ¡y pedirles que se unan a nosotros contra el Caos!

Esta vez los adeptos sí reaccionaron. Se alzaron voces, una ola de murmullos que creció rápidamente. Algunos se levantaron, intentando captar la atención de Tirand, deseando hablar. Pero fue la voz de Sen la que de pronto rugió por encima del parloteo y llegó a todos los rincones de la sala.

—¡Adeptos! ¡Consejeros! —Dio un puñetazo sobre la mesa y el ruido disminuyó—. Perdonadme, pero hay ocasiones en que el que grita más va primero, ¡y en este momento no pediré excusas por imponerme a gritos! Doy mi total apoyo a la propuesta del Sumo Iniciado, porque está claro para mí que ni siquiera nuestros más capacitados magos pueden esperar vencer al Caos en persona. ¡Debemos combatir el fuego con el fuego! ¡Debemos acudir a Aeoris! Si Yandros está contra nosotros, ¡sólo con la ayuda de Aeoris podemos esperar detenerlo! —Sen respiró hondo—. ¿Hay alguien en esta sala que pueda estar en desacuerdo con un hecho tan claro?

Hubo agitación en una de las mesas, una perturbación cuando alguien más se levantó, y una voz clara dijo:

—Sí, Sen; yo puedo, y debo hacerlo.

El Sumo Iniciado se encontró con los grises ojos de su hermana. Al hablar Karuth, los murmullos cesaron; su rango y su tácita jerarquía como pariente de Tirand acallaron al Consejo inmediatamente.

—Karuth —Tirand hizo un gesto cortés, aunque algo a regañadientes, en su dirección—, ¿qué tienes que decir?

Karuth se apoyó con las manos en la mesa.

—Vamos demasiado rápido y demasiado lejos, Tirand. Damos por sentado que Yandros está detrás de los estragos de Ygorla, pero no tenemos ninguna prueba verdadera.

—La estrella de siete puntas que flota sobre el palacio de la Isla de Verano y el título con que se autoproclama la usurpadora ¿no son prueba suficiente?

Ella negó con la cabeza.

—No creo que lo sean. Cualquiera puede reivindicar un símbolo o un título, pero eso no significa que su reivindicación sea auténtica. Hay todas las posibilidades de que esta hechicera no sea un peón de Yandros. Por lo

Librodot

que sabemos, podría ser tan enemiga del Caos como de nosotros.

Sen reprimió un bufido escandalizado y Tirand movió la cabeza.

—No puedo mostrarme de acuerdo con eso. ¿Imaginas en serio que Yandros toleraría por un solo instante que un enemigo del Caos, que descaradamente ondea el símbolo del mismísimo Caos como estandarte, consiguiera el poder?

—Creo que podría ser —contestó Karuth, y añadió con no poca ironía—: Si es fiel a su propio pacto, ¿qué otra opción tendría?

—Oh, no. —Tirand hizo un gesto cancelatorio, consciente de que estaba irritándose y queriendo ahogar la sensación antes de que arraigara. Verse arrastrado a una discusión con Karuth delante del Consejo en pleno era indecoroso; y también lo preocupaba que los adeptos se distrajeran de la discusión fundamental.

—Entiendo tu necesidad de prudencia en este asunto, Karuth —dijo—. Pero tenemos pruebas suficientes para demostrarte que estás equivocada. Estoy seguro de que la usurpadora tiene todo el beneplácito del Caos. ¿De dónde si no habría obtenido su poder? ¿De Aeoris? ¡Lo dudo mucho! No; los hechos son claros. Yandros no hará nada contra Ygorla porque ella cumple su voluntad. Aeoris no puede hacer nada contra ella porque, a diferencia de sus contrarios del Caos, los señores del Orden no romperán el juramento que hicieron. Aeoris es fiel al Equilibrio, Yandros no.

La boca de Karuth se endureció y dejó traslucir su irritación.

—Si fueras un hombre de menor categoría, Sumo Iniciado, debería pensar que tu punto de vista es interesado.

Tirand apretó y aflojó los puños sobre la mesa. Sonrió sin el menor rastro de humor.

—No tomaré eso como un insulto, Karuth. Nunca he aparentado sentir igual lealtad hacia Yandros que hacia Aeoris, como hicieron nuestro padre y Keridil Toln antes que él. La libertad para tener esas preferencias forma parte del Equilibrio que ahora el Caos amenaza destruir, y, dadas las circunstancias, confío en que la mayoría del Consejo, sean cuales fueren sus lealtades individuales hasta ahora, pensará lo mismo que yo.

—No estoy tan segura de eso, Tirand. Hay otros... —miró con intención a Arcoro, quien ahora jugueteaba con una pluma y contemplaba sus manos— que rinden al menos la misma lealtad al Caos que al Orden y que no abandonarán tan fácilmente su fe en Yandros.

Arcoro levantó la cabeza. Aunque parecía que no había observado a Karuth, no se le había escapado su mirada cargada de significado y la silenciosa petición que implicaba.

—Lo siento, Karuth —dijo con tranquilidad—, pero me temo que no puedo estar de tu parte. Puede que mi inclinación instintiva sea hacia el Caos, igual que te pasa a ti, pero en este asunto estoy de acuerdo con Tirand. Siempre hemos sabido que Yandros es un dios caprichoso y que los estados de ánimo del Caos no pueden ser predichos, ni puede uno fiarse de ellos: esa imprevisibilidad es la esencia misma del Caos, al fin y al cabo. Quizás era inevitable que llegara el día en que Yandros se aburriera de reinar sobre un mundo tranquilo; no lo sé y, al igual que Tirand, no soy ni lo bastante arrogante ni lo bastante estúpido como para creer que puedo imaginar sus razonamientos. Pero esto es obra del Caos; estoy convencido. Y siendo así, desde luego sería imprudente, para decirlo de manera suave, correr el riesgo de ponerse en contacto con Yandros. Lo más probable es que sea eso precisamente lo que quieren tanto él como la usurpadora; por lo

Librodot

tanto, las consecuencias podrían resultar desastrosas para nosotros. Nuestro único aliado fiable es Aeoris del Orden. Con él únicamente debemos contar.

—Gracias, Arcoro —dijo Tirand—. Has hablado elocuentemente y tienes razón. —Volvió a mirar a su hermana—. Aparte otras consideraciones, y tal como dice Arcoro, no nos atrevemos a abrirnos a la influencia del Caos. Podríamos proponernos sencillamente tantear su reacción, pero ¿cómo predecir lo que resultaría de ese acto? En las presentes circunstancias es demasiado peligroso. —Hizo una pausa—. Y también deberíamos tener en cuenta de qué manera afectaría ese hecho a nuestra súplica ante Aeoris. ¿No sería la suprema locura arriesgar a poner en peligro nuestra postura ante sus ojos ahora?

Muchos otros consejeros, incluido Arcoro, murmuraron su asentimiento, pero el rostro de Karuth era la viva imagen de la consternación. Aun cuando nadie más la hubiera apoyado, había esperado que al menos Arcoro, entre todos los adeptos, compartiría sus sentimientos, y ahora se sentía perdida. Apartó la mirada bruscamente del anciano, y Tirand volvió a tomar la palabra.

—Creo, adeptos, que poco más sacaremos de seguir discutiendo. Deseo someter a votación formal de este Consejo la propuesta que he hecho.

—¿Es necesario, Tirand? —preguntó Sen—. Es evidente que, quizá con algunas excepciones, todos estamos de acuerdo.

Karuth lanzó a Sen una venenosa mirada de reojo.

—No, Sen —contestó Tirand—. No voy a dar eso por sentado.

Sobre la mesa, ante él, sin que nadie lo hubiera tocado todavía, descansaba un bastón con intrincados grabados; alargó el brazo, lo alzó y de inmediato se hizo el silencio. Aquel era el bastón de oficio del Sumo Iniciado, el símbolo de la autoridad indiscutible y absoluta de Tirand.

—Amigos míos —la voz del Sumo Iniciado sonó solemne mientras sostenía ante sí el bastón de manera que toda la asamblea pudiera verlo claramente—. La propuesta que hago ante este Consejo es que el Círculo renuncie formalmente a toda lealtad a los señores del Caos y que ruegue a Aeoris del Orden que nos envíe la ayuda y el poder que necesitamos para combatir el peligro que cierne sus sombras sobre nuestro mundo. Os pido a todos y cada uno que os pongáis en pie y declaréis si estáis en contra de esta propuesta o a favor de ella.

Todos a una, los miembros del Consejo se pusieron en pie. Sólo Calvi permaneció sentado, consciente de que debía ser excluido de aquella votación y sin saber si debía quedarse en su sitio o salir de la sala. Su preocupada mirada se encontró con la de Tirand, y el Sumo Iniciado le dirigió una triste sonrisa como respuesta.

—Por favor, quédate, Calvi. Cuando el Consejo haya votado, necesitaremos también la sanción del Alto Margrave. Este asunto es demasiado serio como para que lo trate únicamente el Círculo.

Calvi asintió, incapaz de hablar. Intentó captar la atención de Karuth cuando ésta se unió a la fila de adeptos que se dirigía hacia la mesa presidencial para tocar el bastón y declarar su voto, pero o bien no lo vio o no quiso responder. Cuando se emitió el primer voto, Calvi clavó la mirada en el suelo y deseó de todo corazón ser capaz de hacer retroceder el tiempo para encontrarse a salvo, riendo y bromeando en la Isla de Verano, en la corte de su hermano.

Karuth hizo un esfuerzo para no salir corriendo de la sala del Consejo

Librodot

una vez que la reunión se dio por terminada formalmente. Ya se sentía bastante desolada; mostrar sus sentimientos ante toda la asamblea habría sido la humillación definitiva. Mientras los adeptos iban saliendo de dos en dos, de tres en tres, ella se quedó en su sitio junto a la mesa, evitando las miradas y aparentando que buscaba algo en el bolsito que llevaba a la cintura. Sólo cuando alguien se aclaró la garganta a sus espaldas, nerviosa pero deliberadamente, volvió ella la cabeza y miró.

El rostro de Calvi estaba pálido, a excepción de dos manchas de color rojo en las mejillas. No se atrevía a mirarla directamente a los ojos, pero dijo con voz baja y triste.

—Lo siento, Karuth. Te habría apoyado si hubiera podido, pero... mi conciencia no me lo permitía. No después de... —tragó saliva—, después de que Blis...

Karuth movió la cabeza, despacio.

—Calvi, no me pidas perdón. No es necesario. Seguiste los dictados de tu corazón y lo mismo hice yo. Que no compartamos el mismo punto de vista no significa que haya cambiado nada.

El joven cerró los ojos un instante.

—Quería creerte; de verdad que quería. La idea de que nuestros dioses se hayan vuelto contra nosotros es casi insoportable, ¡y deseo desesperadamente que no sea verdad! Pero tengo que pensar en nuestra gente. He de hacer cuanto esté en mi mano para ayudarlos, es mi deber, mi responsabilidad... —Por fin la miró, lleno de tristeza—. No estoy preparado para esa responsabilidad, Karuth, pero he de asumirla. Habría sido muy fácil negarme a tomar una decisión en un sentido u otro, pero no podía hacer eso. No habría estado bien. Me comprendes, ¿verdad?

—Claro que sí. —Le cogió la mano y se la apretó en un intento de reconfortarlo—. Hiciste lo que creías que era correcto. Sería una hipócrita si te culpara por eso.

—Gracias. —Calvi vio a Tirand que se acercaba y apresuradamente estrechó a su vez la mano de Karuth antes de alejarse—. Es un gran alivio que tú no... no sientas... —Movió la cabeza, soltó su mano y se alejó deprisa.

—Karuth... —Tirand se detuvo a un paso de ella. Se miraron; luego Karuth alzó los hombros, intentando que el gesto pareciera descuidado.

—No tengo nada más que decir, Tirand. Fue una votación justa.

—No quería humillarte. No era mi intención hacerlo.

—Lo sé. No hacías más que seguir las leyes del Círculo, igual que hubiera hecho cualquier otro. —Se esforzó en sonreír, aunque no logró hacerlo de manera muy convincente—. Incluso yo.

—De todos modos...

—De todos modos, no esperaba que la votación fuera tan apabullante en contra mía. Sólo dos votos... Me pregunto por qué votaron a mi favor. Deben de haber tenido algún motivo para querer congraciarse conmigo. Tal vez ambos necesiten cuidados médicos.

—No seas cínica —replicó Tirand amablemente.

—¿Cínica? ¿Yo? —Se rió con amargura y desvió la mirada de Tirand—. Por favor, Tirand. No quiero hablar, y menos contigo. Acepto con elegancia la derrota, y acepto que lamentes verme derrotada, al mismo tiempo que te sientes aliviado al haber ganado al Consejo para tu punto de vista. Dejémoslo así, amigablemente, y digamos que nos entendemos mutuamente.

Tirand movió los pies.

—Cuando tenga lugar el ritual...

—No asistiré —lo interrumpió ella, sabiendo lo que iba a preguntarle—. No podría participar de buena gana, por lo que tan sólo sería un estorbo. —Volvió a mirarlo—. ¿Avisarás antes a la Matriarca?

—Sí. Debo hacerlo. Necesitamos su sanción, igual que la de Calvi, para algo tan serio. De hecho, preferiría traerla aquí. Estará mucho más segura en el Castillo que en Chaun Meridional, si es que consigo convencerla.

—Sería una prudente medida.

Tirand hizo una pausa.

—Puede que no ratifique nuestra decisión. Si eso ocurre, entonces...

—No. Estará de acuerdo contigo; sabes que será así. No intentes ser amable, Tirand. —Una chispa de la rebelión que había llevado a su primera disputa apareció de repente en los ojos de Karuth, aunque ella la disimuló con otra sonrisa—. En estos momentos no parece ser lo más apropiado para ninguno de los dos.

Tirand la vio salir de la sala con elegancia y dignidad. Por un instante pensó en ir tras ella, pero el impulso murió. Suspiró, sujetó con más firmeza los papeles que llevaba bajo el brazo, junto con el bastón de su cargo, y se dirigió lentamente hacia las puertas, detrás de los últimos que abandonaban la sala.

Librodot

CAPITULO 9

A la mañana siguiente, cuatro adeptos abandonaron la Península de la Estrella rumbo al hogar de Jonakar Tan Carrik, Margrave de la Tierra Alta del Oeste. Llevaban cartas personales del Sumo Iniciado y del Alto Margrave; de todas las provincias, la Tierra Alta del Oeste era la que tenía más fuertes lazos con el Círculo, y Tirand sabía que podía confiar en la discreción de Jonakar y contar con su ayuda práctica.

El Margrave leyó los mensajes y no perdió el tiempo. Había pasado su juventud como oficial de alto rango en la milicia, y los hombres de armas de la Tierra Alta del Oeste se contaban entre los mejores. Seis hombres veteranos, dijo Jonakar, acompañarían a los adeptos a Chaun Meridional, suficientes para protegerlos si era necesario, pero no demasiado numerosos como para despertar la curiosidad y dar lugar a especulaciones. Viajarían con la mayor rapidez y discreción posibles y —lo apenaba decirlo, pero en las actuales desgraciadas circunstancias creía que era un buen consejo— deberían asegurarse de que el motivo de su misión no llegara a oídos de sus compañeros Margraves del sur. Podía tratarse de una precaución innecesaria, pero el miedo era un dueño severo, y las provincias meridionales estaban aprendiendo deprisa a temer a Ygorla. Aparte de eso, tan sólo podía darles su bendición y desear con todas sus fuerzas que tuvieran éxito.

Tranquilizados por el consejo de Jonakar y armados en el arsenal del Margrave, los adeptos y su escolta partieron hacia Chaun Meridional. Su viaje hasta la Residencia de la Matriarca fue una carrera contra el tiempo en más de un sentido, porque además del peligro que significaba para la Matriarca la proximidad de Chaun Meridional a la costa, y por lo tanto a la Isla de Verano, también había que tener en cuenta el clima. El invierno comenzaba; las condiciones en las montañas septentrionales empeorarían rápidamente, y las videntes de la Hermandad habían vaticinado una estación dura. Si la nieve obstruía los desfiladeros, el grupo de regreso, con la Matriarca o sin ella, se vería aislado de la Península de la Estrella quizá durante varios meses. Los milicianos demostraron estar a la altura de su reputación, y guiaron al grupo por un camino directo pero poco conocido, atravesando los bosques de Chaun y evitando los caminos transitados y cualquier centro urbano de tamaño mayor que una aldea; los viajeros llegaron a Chaun Meridional sin incidentes y descubrieron, con inmenso alivio, que la Residencia todavía no había sido alcanzada por los problemas.

Shaill Falada escuchó con atención lo que sus inesperados visitantes tenían que decirle, consultó con sus hermanas superioras y tomó una dolorosa pero pragmática decisión. Como señaló enérgicamente la vieja amiga de Karuth, la hermana vidente Fiora, una Matriarca viva en la Península de la Estrella era muchísimo mejor que una Matriarca muerta en Chaun Meridional; y el hecho de que toda la Hermandad no pudiera abandonar sus residencias para marchar al Castillo era algo irrelevante. Además, añadió Fiora sombríamente, si las cosas realmente empeoraban, era bastante probable que la comunicación entre la Península de la Estrella y Chaun Meridional se hiciera imposible, y era impensable que uno de los miembros del triunvirato gobernante quedara aislado de los otros dos. Ella y la hermana Corelm Simik se harían cargo de todo en Chaun Meridional.

Librodot

Shaill debía partir, por el bien de todos.

Al final, aunque su conciencia se resistía, Shaill capituló. El viaje de regreso transcurrió sin incidentes, a excepción del mal tiempo que presagiaba un empeoramiento aún mayor, y por fin, quince días después de su partida, el grupo estuvo de vuelta en el Castillo.

La Matriarca tuvo una emotiva bienvenida. Los adeptos habían realizado rituales constantes —y por lo visto con éxito— para proteger a los viajeros, pero la espera había sido dura y la tensión intensa entre los habitantes del Castillo, sobre todo porque Tirand había ordenado que no se enviaran aves mensajeras por delante del grupo que regresaba, no fueran a ser interceptadas. Pero ahora el alivio ante la llegada de la Matriarca sana y salva era enorme. Incluso Tirand, a quien le costaba exteriorizar sus sentimientos, estaba a punto de llorar, mientras que Calvi dejó de lado cualquier apariencia de cargo y posición y se abrazó llorando a Shaill como si se hubiera tratado de su madre.

Aquella noche, el triunvirato se reunió en conferencia privada en el estudio de Tirand. El propósito principal de la reunión era decidir una estrategia a corto plazo, y en particular qué respuesta debía darse a las amenazas y exigencias de Ygorla. Pero Karuth supuso que Tirand también estaba ansioso por asegurar la aprobación de la Matriarca a la ceremonia por la cual el Círculo renunciaría a su lealtad al Caos y rogaría a Aeoris del Orden que enviara ayuda al mundo mortal. El asentimiento de Shaill era, como Karuth ya había previsto, una conclusión inevitable, porque la Matriarca no osaría cuestionar el juicio del Sumo Iniciado en semejante asunto. Pero Tirand, siendo como era, insistiría en que todo se hiciera según la ley y la costumbre; era su manera de hacer las cosas, y Karuth no podía culparlo por ello.

Había comenzado a llover por la tarde y ahora que había caído la noche y la temperatura descendía rápidamente, la lluvia se convirtió en una gélida y desagradable aguanieve. Karuth no tenía ganas de alejarse de su chimenea, donde ardía alegremente un buen fuego; pero al ir avanzando la noche, fue poniéndose inquieta hasta que sintió que debía hacer algo más constructivo que permanecer sentada en un sillón, jugueteando con su manzón, si no quería volverse loca. Pero ¿qué hacer? Lo último que deseaba era compañía, y en su actual estado de ánimo dudaba que ninguno de sus amigos la aguantara mucho tiempo. Lo que quería realmente —o para ser más exactos, lo que necesitaba— era distraerse de ciertos pensamientos y especulaciones que podían resultar peligrosos si no les ponía freno.

Ya le había dejado bien claro a Tirand que no tomaría parte en la renuncia del Círculo al Caos. Tirand lo había aceptado; todo adepto debía ser libre para elegir en un asunto tan grave. Lo que Tirand no habría aceptado, de haberlo sabido, era el deseo de Karuth, embrionario pero creciente, de hacer algo más que distanciarse de la decisión del Círculo. Con pruebas o sin ellas, no podía creer que Ygorla fuera un peón de Yandros. Había demasiados factores que no encajaban, demasiadas anomalías, y temía que, al dar la espalda al Caos, Tirand no sólo corría el riesgo de despertar la ira de Yandros —que no era poca cosa—, sino también de cerrar la puerta a la única fuente de ayuda que podría ser esencial para su causa. Aunque no podía explicar su razonamiento, pues era una intuición sin lógica que la respaldara, estaba convencida de que, en la lucha contra la hechicera del sur, el Caos podía resultar un aliado más fuerte que el Orden. Pero si no se invocaba a Yandros —¿y quién, en fin de cuentas, podía hacer semejante

Librodot

invocación si el Sumo Iniciado se negaba a hacerla?—, ¿cómo podría intervenir Yandros si, como creía ella, había cumplido su parte del pacto?

Karuth sólo veía una respuesta al dilema, y era una respuesta a la que debía resistirse con toda su voluntad. No podía ir contra el decreto de Tirand. Sería algo totalmente equivocado, una traición de la peor especie de la que su relación como adeptos, por no mencionar como hermano y hermana, nunca se recobraría. Durante los últimos días había oído suficiente acerca de la lealtad como para que el tema le diera náuseas, pero no había forma de negar el duro hecho de que, fueran cuales fuesen sus afinidades con el Caos, ella había jurado años atrás ser fiel, por encima de todo, a su Sumo Iniciado. No podía romper aquel juramento y pensar que podría seguir diciéndose adepta del Círculo. Era impensable. Debía alejar aquella idea de su mente, enterrarla, olvidarla.

Se levantó del sillón y guardó el manzón en su estuche. Pobre y descuidado instrumento; al paso que iba, olvidaría completamente cómo se tocaba si no tenía cuidado. Se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró afuera. En las manchas de luz de las muchas ventanas del Castillo, el aguanieve que caía brillaba con un aspecto acerado; bajo el escaso refugio de la avenida con columnas, una figura encogida se apresuraba, con la cabeza gacha, hacia las puertas principales. El viento helado se coló a través de una rendija en el marco de la ventana y mordió los dedos de Karuth, quien dejó caer la cortina y se dirigió hacia su baúl de ropa para sacar unos recios zapatos y su abrigo con capucha. Una visita a la biblioteca sería el mejor sedante para su intranquilidad. Podía examinar aquellos archivos de antiguos herbolarios que hacía tanto tiempo que quería leer. Mejor aquella tarea, por tediosa que fuera, que seguir dando vueltas a cosas en las que era mejor no pensar.

Se puso los zapatos y el abrigo, garabateó apresuradamente una nota que decía a quien pudiera necesitar sus servicios médicos dónde encontrarla, y abandonó la habitación.

Cuando Karuth llegó, había otras cuatro personas en la biblioteca. Tres estudiantes, dos chicos y una chica, estaban sentados juntos en una de las mesas, aparentemente estudiando para un examen próximo, pero en realidad más interesados en flirtear y en chismorrear, y un adepto anciano que era también un maestro superior de geología y se había llevado su silla a un polvoriento rincón, donde estaba absorto en un nuevo tratado sobre estratos minerales. Los estudiantes se levantaron e inclinaron ante Karuth cuando ésta entró; el anciano adepto alzó la vista, parpadeó con confusión de miope y volvió a enfrascarse en su lectura. Karuth se dirigió a la sección de medicina de la biblioteca, encontró el libro que quería y lo llevó a una mesa bien alejada del trío que susurraba. Comenzó a leer, pero pronto descubrió que era incapaz de concentrarse. Sus ojos captaban las palabras, pero éstas se negaban a permanecer en su memoria; leía un párrafo, y al cabo de unos momentos se daba cuenta de que se había olvidado de lo que decía. Insistió durante unos veinte minutos, luego, con un suspiro de cansancio, se rindió al darse cuenta de que la tarea era superior a ella en su presente estado de ánimo. Quizás otro libro, algo más conocido y menos aburrido. Puso el herbolario de vuelta en su sitio y estaba buscando en las estanterías cuando una voz a sus espaldas dijo quedamente:

—Ah. De manera que no soy el único que piensa poder encontrar una respuesta a nuestro dilema aquí abajo.

Karuth se volvió y vio a Arcoro Raeklen Vir de pie a su lado. Había

Librodot

entrado tan silenciosamente en la biblioteca que no se había percatado de su llegada. Él sonrió, como pidiendo disculpas.

—Lo siento, Karuth, no era mi intención asustarte. Debo admitir que no esperaba encontrar a nadie más aquí en una noche tan horrible. ¿Estamos, por casualidad, en la misma misión?

—¿Misión? —Lo miró confundida—. Lo dudo, Arcoro. Vine a buscar algunos viejos archivos sobre el tema de hierbas medicinales raras. ¡No me imagino que eso pueda interesarte mucho!

Arcoro hizo una mueca graciosa.

—Suena espléndidamente aburrido.

—¡Y lo es, te lo aseguro! —Hizo una pausa—. ¿Qué te trae por aquí? ¿No decías algo acerca de «una respuesta a nuestro dilema»?

—Lo hice, aunque ahora que se me ha pasado el primer entusiasmo por la idea, empieza a parecerme algo muy traído por los pelos. —Cogió a Karuth por el codo y educada pero hábilmente la apartó un poco más de la mesa de los estudiantes. En un tono de voz que sólo ella podía oír, añadió—: Tiene que ver con el Laberinto.

Los ojos de Karuth se abrieron con interés.

—¿El Laberinto? ¿Te refieres... a cómo podría hacerse funcionar?

—Exactamente eso. Estaba sentado en el comedor, dándole un buen tiento a una botella de excelente vino de Han, cuando se me ocurrió que si la usurpadora quisiera lanzar un ataque contra la Península de la Estrella, y es algo que podría hacer por lógica en un futuro no muy lejano, entonces el Laberinto podría resultar una defensa muy eficaz contra ella. La pega es, claro está, que hoy no queda nadie con vida que tenga la más mínima idea de cómo manipularlo. Sabemos lo que hace; poseemos abundantes testimonios escritos que nos lo dicen. Pero cómo pueden activarse sus poderes es algo muy distinto. —Suspiró—. Es extraordinario, ¿no crees?, que algo que era corriente hace menos de tres generaciones pueda haberse perdido y olvidado tan rápidamente.

—Extraordinario e imprudente —asintió Karuth con cierto malhumor.

—Bueno, yo no iría tan lejos. Al fin y al cabo, no tuvimos ninguna necesidad de él durante casi cien años. Pero ahora la situación ha cambiado. Y con toda seguridad deben existir todavía algunos documentos que vuelvan a poner la llave del Laberinto en manos del Círculo.

Karuth dio vueltas a esa idea. Ahora que lo pensaba, la sorprendió que nadie hubiera pensado en el Laberinto hasta ese momento; y era muy propio del sabio y anciano Arcoro ver lo evidente donde todos los demás habían fracasado. Lanzó una mirada especulativa a la biblioteca, preguntándose dónde debería empezar lógicamente la búsqueda de semejantes documentos. No todos los libros del Círculo se conservaban allí. Algunos de los ejemplares más esotéricos se guardaban de manera permanente en el estudio privado del Sumo Iniciado, pero con los años ella había examinado todos aquellos volúmenes y sabía que no había nada relevante en ellos. La fuente más probable, pensó, era la pequeña y abandonada sección de la biblioteca donde una colección de pergaminos, de edad imposible de calcular, había permanecido intacta durante décadas. Si había algo útil que descubrir, aquél, sin duda, sería su escondite.

Había, sin embargo, una advertencia que Arcoro quizá no había tenido en cuenta. Dudó en mencionarla, sobre todo porque los estudiantes seguían estando lo bastante cerca como para que pudieran escuchar algo. Cogida en un dilema, se sintió sorprendida y aliviada cuando de repente, como urgidos

Librodot

por una señal del subconsciente, los tres jóvenes se levantaron y recogieron sus libros. Arcoro miró a uno de los chicos y sonrió.

—¿Ya nos dejáis, Kitto?

—Sí, señor. —El estudiante le devolvió una tímida sonrisa—. Mañana temprano tenemos una clase particular. Buenas noches, señor. Buenas noches, señora.

El sonido de las sillas arrastradas sobre las losas del suelo mientras los tres abandonaban sus asientos le dio a Karuth la oportunidad de hablar con libertad. Se volvió hacia el viejo adepto de nuevo y dijo:

—Hay algo que creo que debo mencionar, Arcoro, antes de que sigas adelante con tus pesquisas. ¿Tienes en cuenta el hecho de que si lo que creemos es cierto, el Laberinto fue creado por Yandros?

Los astutos ojos de Arcoro se encontraron con los suyos.

—Sí. No lo había olvidado.

—Entonces, a la luz de la votación del Consejo...

—Parecería una completa hipocresía rechazar al Caos con una mano mientras que con la otra utilizamos su creación.

—Yo no iba a decir eso.

—¿No? No disimules, Karuth. Perdona que diga esto, pero no soy Tirand y conmigo no tienes que tener tacto: no soy una amenaza.

—Tirand no es...

—No, no, lo sé; no me he expresado bien. Lo que quiero decir es sencillamente que puedes decirme lo que desees sin riesgo a que tenga consecuencias, porque no soy el Sumo Iniciado y no tengo las responsabilidades que tiene él con el resto del Círculo. Si me dices lo que piensas, nadie más se enterará.

Karuth se miró los pies.

—Gracias, Arcoro. En ese caso, seré franca. —Lo miró a los ojos, con un claro desafío en su mirada—. Aparte cuestiones de hipocresía, y prefiero guardarme mis opiniones sobre ese tema, hay un factor que pareces no haber tenido en cuenta y es cómo podría reaccionar el Caos ante cualquier intento de forzar el Laberinto si el Círculo sigue adelante con la propuesta de Tirand. Si yo fuera...

Un pequeño alboroto junto a la escalera la interrumpió. Karuth miró y vio a los estudiantes, agrupados junto a la puerta, riendo al intentar pasar los tres juntos por la estrecha abertura. Irritada por la distracción, esperó a que se fueran y a que sus pasos se perdieran en la escalera de caracol, para luego concentrarse de nuevo en el rostro de Arcoro.

—Iba a decir que si yo fuera Yandros —hizo la señal de los dedos extendidos para demostrar que la afirmación no quería ser presuntuosa—, no miraría con muy buenos ojos lo que podría parecer una aplicación de doble rasero. Y si el Consejo tiene razón en creer que los señores del Caos no tienen escrúpulos a la hora de romper su promesa de no intervención en los asuntos humanos, no me gustaría estar en la piel de quien quiera que intentara devolver a la vida el Laberinto.

Arcoro la contempló unos instantes con expresión indescifrable. Luego soltó una risa corta como echándose algo en cara.

—Karuth, no acertaste en tu vocación —dijo—. Debiste convertirte en abogada, no médica. Me has arrinconado y, lo mire por donde lo mire, no veo la forma de escaparme. —Alzó una mano—. Tenemos dos posibilidades. Una —contó el número con su dedo índice— es que los señores del Caos hayan roto su juramento, como parecen sugerir todas las pruebas, en cuyo caso es

Librodot

muy poco probable que Yandros nos deje manosear sus creaciones sin obstaculizarnos. Y dos —alzó un segundo dedo—, que no hayan roto su juramento, en cuyo caso Yandros, fiel a su antigua promesa, no hará nada para castigarnos por nuestros actos, aunque declaremos anatema al Caos. De manera que, lo miremos como lo miremos, estamos bien atrapados, ¿verdad? Si descubrimos los rituales que harían funcionar el Laberinto y los utilizamos, o bien despertaremos la venganza de los dioses o nos daremos cuenta de que hemos cometido un penoso error al renunciar a nuestra lealtad. —Se mordió los labios—. No es un dilema muy afortunado.

—No —asintió Karuth sombríamente—. No es nada afortunado. —Hizo una pausa; luego su voz mostró mayor excitación—. Arcoro, en la sala del Consejo votaste con Tirand y explicaste tus motivos con argumentos muy sólidos. Pero ¿no querrías reconsiderarlo? ¿No crees que el Consejo corre un riesgo demasiado grande? Si las conclusiones de Tirand son erróneas…

—Espera, Karuth. —El anciano adepto alzó las palmas de las manos como para mantenerla alejada—. Entiendo tus sentimientos, de verdad. Y le he dado muchas vueltas a mi decisión y a si fue correcto votar como lo hice. Querida, hablamos de los posibles riesgos relacionados con investigar el Laberinto, pero ¿qué hay de los otros riesgos que ni siquiera hemos mencionado? ¿Qué pasa, por ejemplo, si Yandros tiene planes de utilizar el Laberinto para sus propios fines, en la certeza de que hemos olvidado cómo canalizar sus propiedades y de que, por lo tanto, nos veremos impotentes para oponernos?

Karuth frunció el entrecejo.

—No veo de qué forma podría usarlo.

—No, porque como el resto de nosotros no sabes con seguridad cuáles son sus propiedades. Sabemos que en los tiempos antiguos se utilizaba para desplazar fraccionalmente las dimensiones físicas del Castillo y desfasadas del resto del mundo, con lo que se obtenía una barrera impenetrable contra los extraños. Una defensa de un valor incalculable, como sabemos ambos, contra la usurpadora si intenta montar un asalto a la Península de la Estrella. Pero ¿y si los dados cayeran en otro sentido? ¿Y si la hechicera descubriera, o alguien le revelara, los poderes del Laberinto y los usara contra nosotros, para aislarnos de cualquier posible ayuda?

—Una vez más, estás suponiendo que Yandros está detrás de cada paso que da.

—Sí, porque no me atrevo a suponer nada más. —Arcoro le cogió la mano y apretó con fuerza sus dedos—. Karuth, por favor, intenta por un instante contemplar la posición del Círculo sin prejuicios. Si ahora no hacemos nada y confiamos en que Yandros ha mantenido su palabra cuando todo parece demostrar lo contrario, puede que estemos siguiendo el juego a un poder que quiere destruirnos y hundir a todo nuestro mundo en la anarquía. Igual que los Margraves, que piensan que es mejor capitular que poner en peligro las vidas de las gentes de cuyo bienestar son responsables, nosotros también debemos intentar hacer lo que es correcto no sólo para el Círculo, sino para todos. El riesgo de confiar en Yandros es demasiado grande. Ahora debemos volvernos hacia Aeoris, sólo hacia Aeoris.

Karuth miró sus manos entrelazadas y, con mucha suavidad, se soltó de la mano de Arcoro. No había esperado hacerlo cambiar de opinión, a pesar del hecho de que creía que él todavía tenía sus dudas acerca de la decisión del Círculo. Pero si él, a su vez, había intentado hacerla cambiar de opinión, había fracasado.

Librodot

Se miraron y ambos vieron la verdad. Arcoro fue el primero en hablar.

—Lo siento, Karuth. Aunque puede que te cueste creerlo, lamento amargamente esta necesidad.

Ella movió la cabeza e hizo un gesto como dando por cerrado el asunto.

—¿Y el Laberinto? —preguntó—. ¿Seguirás todavía esa posibilidad?

—Sí, lo haré. De hecho es imperativo que lo haga. Si ahora el Caos es nuestro enemigo y no nuestro amigo, seremos aún más vulnerables si seguimos viviendo dentro de la influencia del Laberinto sin saber cómo podría manifestarse esa influencia. —Arcoro titubeó—. A pesar de nuestras diferencias, ¿estarías dispuesta a ayudarme?

A punto de darle una negativa educada pero contundente, Karuth reconsideró su punto de vista. ¿Qué importaría? Ella y Arcoro no tenían ninguna disputa personal y, como él había señalado, el Laberinto podía ser potencialmente invaluable para ellos, fuera cual fuese la verdad en sus argumentos encontrados. Además, reflexionó con ironía, al menos sería una distracción más segura que los escritos de especialistas en hierbas muertos hacía mucho tiempo.

Hizo un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Te ayudaré, Arcoro. Puede que no comparta tus creencias, pero no puedo discutir con tu lógica.

Él volvió a cogerle la mano, esta vez brevemente, y le dio unas palmaditas. A Karuth, el gesto le recordó a Carnon Imbro, su predecesor y mentor, y reprimió un pequeño escalofrío mientras se preguntaba qué habría dicho él de haber vivido para presenciar los apuros actuales del Círculo.

Arcoro se volvió y contempló las hileras de estanterías.

—Bien, tenemos una ardua tarea por delante. —Hizo un gesto en dirección al polvoriento rincón donde seguía sentado el anciano maestro de geología, con la cabeza inclinada sobre el libro que sostenía en su regazo—. Parece que el viejo Soric está completamente dormido, por lo que no lo molestaremos removiendo en su chiribitil. ¿Echamos un vistazo a los pergaminos antiguos?

—Me parece un sitio tan bueno como cualquier otro para comenzar.

—De acuerdo. Y, Karuth...

Ella, que estaba ya a medio camino de los estantes, se detuvo y se volvió.

—¿Sí?

—Si encontramos algo..., no pensarás en hacer algo precipitado, ¿verdad? Nada que de alguna manera pudiera... —Hizo un gesto de impotencia, no queriendo o no sabiendo como terminar la frase.

Karuth sonrió con una comprensión cansina y derrotada.

—No, Arcoro —dijo, y supo con una desoladora certeza que lo decía de corazón—. No desafiaré a Tirand y al Consejo, ni haré nada que pueda poner en peligro la resolución del Círculo. Tienes mi solemne promesa.

CAPITULO 10

Durante los dos días que dedicaron a su búsqueda, Karuth y Arcoro no encontraron nada. Si bien habían esperado una decepción, el fracaso resultaba doloroso, sobre todo para Karuth, a medida que el día que tanto temía se acercaba.

El cónclave entre los tres gobernantes la noche de la llegada de la Matriarca había sido, como todos esperaban, una mera formalidad, porque Shaill no dudó en apoyar la decisión del Consejo. Tal y como le dijo a Calvi en privado después de la reunión, creía que una decisión de aquel tipo era asunto sólo del Sumo Iniciado. Al fin y al cabo, Tirand era el avatar de los dioses en el mundo de los mortales, y en un asunto como aquél, los otros miembros del triunvirato debían apoyarlo sin cuestionarlo ni poner impedimentos. Calvi, acosado por la inseguridad y por la conciencia intranquila con respecto a Karuth, aceptó agradecido la firme resolución de la Matriarca e intentó encontrar fuerzas en ella. La decisión había sido tomada; no había más que decir.

Se dispuso que la ceremonia tuviera lugar a medianoche, el cuarto día después de la llegada de Shaill al Castillo. Esa noche, las dos lunas saldrían en conjunción, y los astrólogos del Círculo habían calculado que no habría mejores auspicios hasta pasado el Primer Día de Trimestre de Invierno; demasiado tiempo, según estimaba Tirand, para esperar.

Los adeptos se dedicaron callada pero eficazmente a preparar lo que iba ser el rito más potente que el Castillo había presenciado en casi un siglo, y la tensión fue en aumento a medida que se acercaba la hora crucial. Pero mientras tanto también había planes esotéricos no menos urgentes que debían trazarse, y en una reunión en el salón principal, Tirand expuso ante el Círculo al completo la estrategia que él, Calvi y Shaill habían diseñado en su reunión.

Por el momento, dijo el Sumo Iniciado, no habría un desafío abierto a las aspiraciones de la usurpadora. Los Margraves del sur habían aprendido una amarga lección al intentar equiparar su poder al de Ygorla, y quedaba claro de manera cruel que no había poder militar que pudiera vencer a las fuerzas arcanas que tenía bajo sus órdenes. Se habían enviado mensajes a todas las provincias diciendo que tanto el Alto Margrave como la Matriarca se encontraban a salvo en la Península de la Estrella, pero por ahora Tirand sólo proponía otras dos acciones. La primera era establecer un grupo pequeño pero vital en cada uno de los Margraviatos, compuesto por uno o más de los hechiceros más capacitados del Círculo, una o más de las mejores videntes de la Hermandad y un jefe de milicia que entendiera de tácticas guerreras y que fuera capaz, si se presentara la oportunidad, de organizar el potencial humano de la provincia en una fuerza de combate bien adiestrada. Aquellos Margraves que estaban a punto de jurar fidelidad a Ygorla —o que ya lo habían hecho—, debían ser considerados, según Tirand, como una incógnita; sin embargo, se les enviarían grupos que deberían correr el riesgo de confiar en su verdadera fidelidad en lugar de la que ahora profesaban públicamente. De momento, los grupos no tendrían ningún trabajo. Se limitarían a establecerse, a mantener contacto con la Península de la Estrella por medio de aves mensajeras o cualquier otro medio que resultara prudente, y esperarían.

Librodot

La segunda acción se refería a la reacción del Círculo ante los mensajes recibidos desde la Isla de Verano. Ygorla seguía esperando una respuesta a sus exigencias de capitulación. No la recibiría, ni recibíría ningún comunicado en nombre del Sumo Iniciado, por muchas amenazas que hiciera contra el mundo. Era una dura decisión, y probablemente muy peligrosa, pero el triunvirato había acordado que, pasara lo que pasase, la Península de la Estrella debía resistir a cualquier amenaza. Para las gentes que ahora se inclinaban ante la hechicera, Tirand, Calvi y Shaill eran la única esperanza de salvación, y, si el Castillo caía ante Ygorla, esa esperanza desaparecería. No debía provocársela para que los atacara ahora, decía Tirand. Debían ganar tiempo, maniobrar para que ella no hiciera nada hasta que se pudiera conseguir ayuda del Dominio del Orden, y sólo cuando tuvieran los poderes de Aeoris respaldándolos, el Círculo la desafiaría.

Alimentado por la tensión que ya recorría el Castillo como si de alambres tirantes se tratara, el anuncio del Sumo Iniciado recibió una entusiasta aprobación, y Tirand se vio rodeado de adeptos que se ofrecían como voluntarios para los grupos que se enviarían a cada Margraviato. Los grupos fueron escogidos aquella tarde y, para consternación de Karuth, Arcoro Raeklen Vir fue uno de los elegidos, encargado de liderar el grupo de la provincia de Perspectiva. Karuth lamentó profundamente la partida de Arcoro, porque era uno de los pocos adeptos que al menos tenía cierta simpatía para con sus puntos de vista; pero al ser uno de los magos más capaces del Círculo, era un candidato evidente. Los milicianos, igual que antes, serían proporcionados por Jonakar Tan Carrik, y una cuidadosa selección de hermanas videntes especialmente dotadas, realizada por la Matriarca, incluyó a tres superioras de la Provincia Vacía y a la hermana Mysha, procedente de su propia Residencia en Chaun Meridional. Todas ellas serían recogidas por los adeptos en el camino hacia sus destinos finales.

Los elegidos partirían del Castillo a la mañana siguiente de la gran ceremonia. Cuando amaneció el último día y pasó una mañana fría y deprimente para dar lugar a la tarde, la atmósfera dentro de las murallas del Castillo comenzó a hacerse tensa hasta resultar sofocante. Aquella noche no hubo comida comunal en el gran salón, ni tuvieron lugar las habituales conversaciones y bromas en torno a la enorme chimenea. El antiguo edificio mostraba un silencio opresivo y extraño.

Karuth vio alzarse las dos lunas. Silenciosas y distantes en un cielo negro y ahora despejado de nubes, subieron lentamente, una tras otra, por encima del antiguo baluarte, y su gélida luz borró las estrellas más débiles. Dos objetos extraños, pensó; dos observadores que contemplan la blasfemia de esta noche. Si daba algo de rienda suelta a su imaginación, veía un rostro en la más grande de las dos esferas; un rostro cruel, un rostro enfadado, que mostraba su desprecio ante la locura que estaba a punto de cometerse.

A solas en su dispensario, ahora en silencio e iluminado únicamente por una vela, sintió los tenebrosos comienzos de la náusea. Un poco antes se había obligado a comer un poco; ahora lo lamentaba, y con fría y clínica experiencia buscó un balde y se forzó a vomitar. Aquello alivió su estómago, pero nada hizo por su mente, de manera que cerró el dispensario y se retiró a su habitación.

Cuando oyó los primeros sonidos procedentes de la ventana, ya había bebido una buena cantidad de vino. Debía de ser casi medianoche. Karuth no quería asomarse, pero una especie de fatalismo, que la atraía hacia lo

Librodot

inevitable, la hizo levantarse vacilante del sillón junto al fuego y dirigirse a la ventana. El cristal estaba teñido de vapor condensado; lo frotó con la manga, pero la vista seguía siendo borrosa, por lo que al final abrió la ventana y se asomó.

Lo hizo a tiempo para ver cómo se abrían lentamente las grandes puertas. La luz se desparramó por el patio desierto como la hoja de una espada gigantesca, teñida de amarillo, y se vieron sombras en los escalones. Apareció la procesión.

Tirand abría la marcha, y durante un momento desconcertante, Karuth apenas lo reconoció. Desde su asunción del cargo, no se había puesto nunca ninguna de las túnicas especiales de ceremonia del Sumo Iniciado; y desde luego nunca había llevado una túnica como aquélla. Había algo especialmente inquietante en la visión de su hermano vestido con los ropajes fúnebres de color púrpura y azul zafiro, con el enorme y antiguo espadón, el arma ritual de un centenar de predecesores, colgando de su cintura. Llevaba la cabeza descubierta, y la luz de las lunas se reflejaba en un collar lleno de joyas que le ceñía la garganta y brillaba como fósforo en los hilos metálicos de la capa que le caía sobre los hombros y espalda y barría las baldosas cubiertas de escarcha.

Dos adeptos vestidos con túnicas blancas y portando antorchas ocuparon sus puestos flanqueando a Tirand, y la respiración de Karuth se hizo más agitada cuando vio la capa con más claridad. A la luz de las antorchas, brillaba como oro bruñido, y tuvo la repentina y terrible intuición de que aquélla no era la vestimenta acostumbrada de los Sumos Iniciados en años recientes, sino algo mucho más antiguo. Keridil Toln había llevado aquella capa cuando, junto con la Matriarca y el Alto Margrave cuyos nombres estaban inscritos en la leyenda, había desembarcado en la sagrada roca de la Isla Blanca para abrir el cofre de Aeoris y llamar a los dioses del Orden para que acudieran al mundo a batallar contra el Caos. Desde la época del Cambio, la capa, junto con muchas otras reliquias de los días en que el Caos era anatema para el Círculo, había permanecido reverenciada, pero sin ser utilizada, en los aposentos del Sumo Iniciado, puesto que su simbolismo era redundante en la nueva luz del Equilibrio. Pero ahora el Círculo —Karuth no pudo reírse de la ironía de su inadvertido juego de palabras— había dado una nueva vuelta y comenzaba una nueva era. La púrpura de la muerte y el oro del poder. Muerte de la vieja alianza del Círculo con el Caos; poder que elevaría a los dioses del Orden al pedestal del que habían sido arrojados hacía casi cien años.

Sintió que una furia amarga e impotente crecía en su interior, y deseó abrir más la ventana para dar salida a gritos a su ira, para maldecir a los que estaban en el patio, llamarlos locos y ciegos zoquetes y para echar por tierra toda su pompa y ceremonia. En lugar de eso, con el cuerpo inmóvil y el rostro como una máscara de piedra, siguió contemplando en silencio cómo Tirand y su escolta atravesaban el patio y el resto de la procesión aparecía ante su vista poco a poco. Diecinueve, veinte, veintiuno de los adeptos de mayor rango, todos de blanco, en una doble fila que era como la cola del cometa constituido por Tirand y sus portaantorchas. En medio de ellos, con aspecto pequeño y un tanto perdidos entre tanto blanco, iban primero la Matriarca, con el rostro cubierto por un velo de plata y la cabeza inclinada, y detrás Calvi, vestido de negro en chocante contraste con el claro nimbo de sus cabellos. Por un extraño instante, la aparición de Calvi disparó viejos recuerdos en la mente de Karuth, y tuvo una momentánea imagen mental

Librodot

del retrato, colgado en la gran sala, de Keridil Toln cuando era joven. Era ridículo, no había parecido físico entre ambos. Era sólo el tono del pelo, la configuración de los hombros... pero durante ese inquietante segundo, su imaginación casi le hizo creer que no era Calvi Alacar quien caminaba serenamente detrás de Tirand, sino el fantasma de Keridil.

La procesión atravesó el patio, avanzó por la avenida de columnas hacia la puerta que llevaba a la biblioteca y luego al Salón de Mármol. Por primera vez en aquella época, y quizás en toda la historia documentada —Karuth no lo sabía y dudaba que alguien más pudiera saberlo—, la ley sería rota y otros pies que no fueran los de los adeptos de alto rango pisarían el suelo de mosaico del Salón de Mármol. ¿Qué pensarían Shaill y Calvi, se preguntó, cuando contemplaran por vez primera las siete estatuas, y en particular el rostro esculpido de Yandros? ¿Serían capaces de afrontar aquella mirada extraña, de oscuro humor, o mirarían a otro lado avergonzados?

Las antorchas se alejaban, goteantes, y la procesión ya casi había sido engullida por las sombras. Karuth hizo ademán de apartarse de la ventana, ahora que el impulso que la había hecho flagelarse contemplándolos se había extinguido, dando paso a una sensación de aturdimiento. Pero antes de que cerrara la ventana, algo se movió entre la red de canalones y contrafuertes. Se detuvo... y vio al gato. Estaba sentado en un saliente muy estrecho y había contemplado con atención el patio; pero cuando ella se movió, la miró y la luz lunar se reflejó en las extrañas órbitas de sus ojos. Un pelaje gris acerado con un dibujo de rayas más oscuras se vio en la oscuridad, y Karuth reconoció al animal como uno de los muchos descendientes de la gata blanca que, por sus propios e inescrutables motivos, se había convertido en su amiga hacía algunos años. La gata blanca había muerto, pero este descendiente, en la flor de la edad y con un cuerpo ágil, fuerte y delgado, parecía haber heredado algún instinto especial de su madre que lo hacía interesarse por Karuth. A menudo se había cruzado con él en las cercanías de sus aposentos, en el comedor o en el patio, o merodeando por los pasillos; pero aunque ella se parase para dedicarle una palabra amable o para acariciarle el lomo, nunca lo había animado para establecer una amistad particular. Ahora, sin embargo, algo había cambiado. Al encontrarse sus miradas, Karuth sintió las primeras tentativas de sondeo psíquico en un esfuerzo claro por leer su mente y comunicarse con ella. Entonces, de manera tan inesperada que Karuth dio un respingo, el gato alzó la cabeza y lanzó un largo y lastimero maullido.

—¿Qué ocurre? —Karuth tenía la piel de gallina y se asomó peligrosamente por la ventana, al tiempo que extendía un brazo hacia el gato. Pareció que éste sólo había estado esperando una palabra de ánimo, porque, poniéndose en pie, corrió hacia ella, saltó sobre el alféizar y apretó su cabecita contra la barbilla de Karuth cuando ésta se inclinó sobre él. Con un ronroneo, saltó a la habitación, corrió a la mesa donde ella guardaba sus objetos rituales, y se volvió para mirar a Karuth con un intenso pero indescifrable mensaje en sus verdes ojos.

Karuth lo miró insegura.

—No sirve de nada —le dijo—. No te comprendo. No soy telépata. No puedo comunicarme con los de tu especie.

El gato abrió la boca y volvió a maullar. Era un sonido tan lastimero que Karuth sintió cómo el vello de la base del cuello se le erizaba en respuesta. Se puso en cuclillas y extendió los brazos.

—¡Intenta comprender! Mira en mi mente; sé que puedes hacerlo, ¡sé de

Librodot

lo que son capaces los gatos! —Intentó formar una imagen mental de desconcierto, pero no sabía cómo hacerlo; estaba segura de que no conseguía transmitir su mensaje.

La mirada del gato se hizo más intensa, y un peculiar ronquido grave surgió de su garganta. Entonces, de manera tan súbita que cogió a Karuth completamente desprevenida, una clara imagen se formó en su mente. Vio luces que bailaban en un espacio cerrado, una escalera que descendía, figuras vestidas de blanco pasando por un estrecho túnel...

—Oh, no —volvió a ponerse de pie y se apartó dos pasos del gato, que permanecía inmóvil—. No. ¡No puedes hacer eso!

Otro maullido lastimero, aunque más suave, como si el animal hubiera comprendido su queja pero siguiera decidido a perseverar. En la visión interior de Karuth se movió la imagen de Tirand, borrosa como un fantasma, y luego desapareció.

—¡Para! ¡No quiero verlo!

Volvió bruscamente la cabeza como si dando la espalda al animal pudiera detener los mensajes que le enviaba a la mente. Ante su ojo mental vio una llamarada de plata que supo que era la puerta que daba al Salón de Mármol. Vio que se abría lentamente, vio las sombras de las personas que desfilaban por ella adentrándose en un resplandor de neblinas de tonos pastel, y vio los contornos de las altas y esbeltas columnas como fantasmas en una luz sobrenatural.

—¡No! —Se volvió de nuevo y se enfrentó al gato, que permanecía inmóvil ante ella en actitud de intensa concentración. Sus miradas se encontraron y el gato sostuvo la de Karuth, quien se dio cuenta de que bajo su tranquila apariencia reinaba gran agitación, que estaba intentando pedirle ayuda.

»¿Ayuda? —susurró Karuth—. ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer? ¡Yo no quería esto! Pero no soy el Sumo Iniciado, ¡no puedo revocar la orden que él ha dado! No me muestres más; por favor, no me muestres nada más. ¿No lo entiendes? ¡No puedo pararlo!

El gato continuó mirándola, y por un terrible instante sus verdes ojos adquirieron una calidad casi humana. Karuth sintió que su mente se estremecía violentamente, sintió que se deslizaba hacia un vórtice entre dos mundos y que algo la aguardaba al otro lado. Atenazada por un temor que no podía concebir, se recuperó mediante un tremendo esfuerzo y rompiendo las cadenas del sortilegio que había intentado llevarla a otra dimensión, retrocedió, perdió el equilibrio y cayó al suelo cuan larga era.

Mientras se incorporaba hasta quedar sentada, con la mente aturdida por el trauma, el gato lanzó un triste gemido, corrió hacia la puerta y miró el picaporte, indicando con claridad que quería salir. Karuth, temblando, se puso en pie y atravesó la habitación. Con la mano en el picaporte miró al animal una última vez.

—Lo siento —su voz sonó confusa e insegura—. Lo siento.

Qué idiota era, hablando con un gato. No comprendía, no podía entender el habla humana, y ella no poseía la capacidad para expresarse de otra manera. Abrió la puerta y el gato salió al pasillo a oscuras, silencioso como un fantasma gris. Karuth cerró la puerta rozando levemente la cola del gato; luego apoyó la frente contra la fría y áspera madera y se mordió los labios con tal fuerza que sólo el dolor hizo que recobrara el control y no llegara a hacerse sangre.

No iba a pensar en lo que estaría ocurriendo a estas alturas en el Salón

Librodot

de Mármol. No iba a hacerlo. Se le había mostrado, contra su voluntad, un atisbo de los acontecimientos que se estaban desarrollando; era suficiente. Era medianoche y estaba cansada; exhausta, para ser sincera. Quería dormir. Deseaba, por encima de todo, unas cuantas horas de olvido.

Sobre la mesa estaba la botella de vino de la que había estado bebiendo antes. Su estómago no quería más, pero aun así se sirvió otra copa y la vació, sabiendo que la ayudaría a dormir profundamente, aunque sufriera las consecuencias a la mañana siguiente. Después, temblando un poco a pesar del calor del fuego, se cambió, se puso el camisón y se metió en la cama. La habitación quedó en la penumbra iluminada por el rescoldo del ruego cuando apagó las velas y cerró los ojos.

En el exterior, el patio estaba desierto. Las dos lunas avanzaban lentamente, impasibles, surcando el cielo, y desde el Salón de Mármol, en lo más hondo de los cimientos del Castillo, no se filtraba ningún sonido hasta las negras baldosas del patio. Al cabo de un rato —una hora quizá, quizá menos—, la tranquilidad se vio interrumpida por una forma sombría que avanzaba por los contrafuertes y almenas, arriba en los tejados. La luz de la luna se reflejó un instante en unos ojos brillantes, y el gato gris se deslizó silencioso por la repisa hasta la ventana de Karuth. Miró al interior, intentando ver sin conseguirlo a través de las cortinas echadas; después metió una zarpa en una diminuta rendija de la ventana y empujó con suavidad. Karuth no había cerrado del todo el pestillo y la ventana se abrió lo suficiente para que el gato entrara. Saltó con agilidad al suelo y miró un instante hacia atrás, hacia la noche, sus verdes ojos inescrutables. Luego atravesó la habitación y se acercó a la cama, se sentó cerca de la cabecera con la cola enroscada alrededor de las patas delanteras y miró con fijeza la borrosa silueta del rostro de Karuth que reposaba en la almohada.

Karuth no era una telépata, por lo que al gato no le resultaba fácil alcanzar su mente. Pero un instinto empujaba al animal, un instinto que lo obligaba a perseverar sin importar los obstáculos. Tenía que entregar un mensaje que parecía importante para los de su raza, y la intuición le decía que debía entregárselo a Karuth y a ningún otro ser humano. Siempre se había dicho que los gatos poseían una afinidad con el Caos, aunque hasta dónde llegaba dicha afinidad era algo de lo que nadie se había dado cuenta todavía. Aquel animal, empujado por una voluntad que estaba mucho más allá que sus pequeñas capacidades, reconocía en Karuth a un espíritu afín. Debía llegar a ella. Debía enseñarle. Debía hacerle comprender.

Pasaron los minutos, mientras el gato permanecía sentado inmóvil, mirando con intensa y paciente concentración. Entonces Karuth comenzó a soñar.

Era un sueño extraño y sobrenatural; parecía flotar, sin cuerpo, a unos centímetros del suelo, y se deslizaba por un estrecho pasillo lleno de una luz tenue y gris. Algo de lo que la rodeaba le resultaba familiar, pero no podía reconocerlo, y su visión estaba ligeramente desplazada, como si contemplara la escena a través de un prisma de cristal.

De pronto la luz creció en intensidad, y con la misma rapidez se atenuó, como si sus ojos se hubieran acostumbrado a ella con velocidad sobrenatural. Frente a ella se alzaba una forma rectangular, y se dio cuenta de que estaba flotando frente a la puerta de plata que conducía al Salón de Mármol.

—No —intentó gritar Karuth, pero descubrió que no tenía lengua ni labios con los que dar forma a la palabra. De nuevo se movía, y la puerta se

Librodot

fundió ante ella y también a su alrededor y después detrás. Sintió que una enorme y silenciosa vibración latía en su mente como el latido de un gigantesco corazón, y vio tenues velos de color moverse y brillar en los tonos de una increíble gama.

»¡No quiero entrar! ¡No quiero verlo! —En la cama, su cuerpo se retorció, enredándose en las mantas, pero no se despertó; no podía despertarse, el sueño la tenía atrapada y sus gritos eran mudos—. ¡Dejadme marchar! ¡Por favor, apartadlo, detenedlo!

Siguió avanzando sin poder hacer nada para detenerse. Ahora veía las siete estatuas colosales ante sí, aterradoras en la pulsante niebla de color. También había otras formas, enormes en su perspectiva alterada, que se movían despacio y ominosamente en torno a una silueta solitaria vestida de oscuro con una capa dorada. Supo que estaban cantando, pero no pudo escuchar las palabras de su ritual. La figura central esgrimía una gran espada, con la hoja oscura por la falta de uso, alzada ante su rostro en señal de saludo. El ritual estaba alcanzando su climax...

De repente, un resplandor de luz negra la envió dando tumbos hacia atrás, como una hoja en una galerna. Asustada, vio que una columna oscura había surgido del suelo y ahora flotaba a media altura, girando y temblando como una tromba marina en un mar azotado por la tormenta. Emanaba del círculo de mosaico negro en el suelo que, como se creía, marcaba el centro exacto del Salón de Mármol. Los adeptos que cantaban, parecían no hacerle caso, y Karuth supo con instinto certero y agitado que aquella nueva aparición nada tenía que ver con su ritual, sino que era algo más, destinada sólo a ella.

Intentó gritar otra vez, y otra vez se encontró sin voz. Su mirada se sintió atraída por la columna y no pudo desviar la vista. La forma de la luz oscura cambiaba. Se estaba formando una mano, de dedos largos, delgada y elegante, una mano fantasmal gigantesca y oscura. Se movió en espiral, girando como un espejismo, y le hizo un ademán. Contra su voluntad, Karuth sintió que comenzaba a avanzar hacia ella.

—¡Ah, no! —De alguna parte en lo más hondo de su ser llegó una oleada de voluntad. El terror la alimentó y le dio fuerzas renovadas; su viejo adiestramiento regresó, y sin emitir sonido, pero con todo el poder de que era capaz, gritó a los dedos que giraban y que la atraían de forma inexorable a la resplandeciente oscuridad.

»¡No aceptaré órdenes! ¡Romperé este hechizo! ¡Atrás! ¡Atrás!

En el dormitorio en penumbra, el gato, sintiendo lo que iba a ocurrir, huyó hacia la ventana y en un instante se escurrió por ella y desapareció. Karuth salió bruscamente del sueño, y las mantas retrocedieron como un mar encrespado cuando se sentó en la cama y abrió los ojos.

Durante unos segundos no supo dónde se encontraba. Después llegó el reconocimiento y con intenso alivio se dio cuenta de que había escapado de la visión. Pero el alivio fue breve. De manera tan impresionante como si alguien le hubiera atravesado el cráneo y el cerebro con una daga, hasta el más mínimo detalle de cuanto había visto en su pesadilla regresó a su mente y, desesperada, Karuth se tapó la cara con las manos. Ahora sabía lo que el gato había intentado decirle. Comprendió lo que había visto desde aquella extraña perspectiva felina en el Salón de Mármol, y entendió lo que la criatura había querido que hiciera.

—No podía... —Movió la cabeza, y el cabello suelto se agitó sobre sus hombros—. No podía desafiarlo. ¡No podía! Hice un juramento... ¡Debo

Librodot

cumplirlo!

Alzó la vista como si en cierto modo esperara una respuesta, pero la única respuesta que obtuvo fue el silbido perezoso de un rescoldo en el fuego, destacado contra el silencio de la noche. Karuth agachó la cabeza; sentía deseos de llorar de vergüenza, frustración y tristeza, pero las lágrimas no surgían.

—Perdóname —musitó—. Yandros, perdóname. ¡No puedo hacer nada!

Las dimensiones de la estancia eran simétricas hasta la perfección. Esbeltas columnas blancas, colocadas a intervalos precisos y estéticamente agradables, se alzaban hacia un techo abovedado, y las siete sillas de altos respaldos que constituían los únicos muebles de la cámara ni dominaban ni eran dominadas por la atmósfera de ventilada tranquilidad. Una luz pálida y dorada entraba a través de seis altos ventanales, y, en el extremo más alejado de la estancia, un séptimo ventanal, más grande, compuesto por una miríada de diminutos diamantes de cristal, rompía y esparcía la luz en un arco iris espectral imponente.

Una brisa de aire fresco que recorrió la estancia fue el único heraldo de la llegada de los señores del Orden. Las siete figuras de cabellos blancos y blancas vestiduras se materializaron a la vez y ocuparon sus puestos en silencio, en las siete sillas. Cada uno era idéntico a sus seis hermanos; sólo Aeoris, que los gobernaba a todos, se distinguía por una sencilla diadema de oro que le ceñía la frente.

Era raro que los señores del Orden se reunieran en un sitio; sólo las noticias urgentes o un acontecimiento sonado propiciaban una reunión de los siete. Aeoris no gastó tiempo en preámbulos, sino que, en cuanto los demás se hubieron sentado, comenzó a hablar.

—Hermanos míos —su voz era meliflua—, Tirand Lin ha realizado un ritual de alto nivel por el cual nos suplica que acudamos en ayuda del Círculo para combatir a la hechicera que amenaza al mundo de los mortales. —Hizo una pausa, y sus dorados ojos sin pupilas contemplaron a cada uno de sus compañeros, como si sopesara su reacción ante lo que iba a decir—. Lo que es más, he de deciros que el Círculo ha pronunciado un anatema formal contra Yandros y ha renunciado a su fidelidad al Caos.

Hubo una oleada de murmullos de asombro. Ailind, que de todos era quizás el confidente más próximo a Aeoris, se inclinó hacia adelante.

—¿Han renunciado al Caos?

Aeoris esbozó una tenue sonrisa.

—Sí. Yo también quedé muy sorprendido. No había esperado que nuestros amigos mortales actuaran con tanto énfasis o con tanta prontitud; y este acto nos ofrece una situación muy interesante, por no decir curiosa. Porque mientras que esta autodenominada emperatriz continúa con sus devastaciones enarbolando el estandarte del Caos, Yandros sigue sin dar señales de actuar. Eso nos plantea una pregunta, hermanos. ¿Ha roto el Caos su parte de nuestro trato, o no lo ha hecho?

Otro de los seis señores habló.

—El Círculo parece convencido de que lo ha hecho.

—El Círculo es tan simplón como los demás mortales —le recordó Aeoris—. Creen lo que les dicen sus ojos y sus oídos; de ahí que nos llamen y que rechacen al Caos. No negaré que ello nos reporta una gran ventaja, pero también me preguntó: si Yandros está detrás de esta sublevación, ¿por qué vacila en mostrar su poder de manera más contundente? ¿Por qué sigue

usando una marioneta mortal para hacer con tanta laboriosidad lo que él podría conseguir en cuestión de segundos?

—Quizá —sugirió Ailind— quiere que creamos que la hechicera no es su sierva y que, por lo tanto, el Caos sigue siendo fiel al pacto.

Aeoris negó con la cabeza.

—No lo creo. Yandros sabe muy bien que no nos engañaría con un subterfugio tan obvio. No, hay otra respuesta a este enigma. Algo hay que frena la mano de Yandros. Casi parece que hubiera algún impedimento, algo que lo obliga a contenerse. —Se levantó y dio unos cuantos pasos por la estancia—. Pensad en esto, hermanos. Si esta hechicera humana es el peón del Caos como cree el Círculo, entonces parece poco probable, como ya he señalado, que Yandros no hubiera tomado un papel más directo en el asunto a estas alturas. Por otro lado, si ella no es su avatar, entonces es muy extraño que Yandros no haya hecho nada para acabar con sus actividades.

—¿El juramento? —aventuró Ailind.

—No —Aeoris desechó la idea con el movimiento de una mano—. Si ella hubiera alzado el estandarte del Caos sin la aprobación de éste, Yandros tendría todas las justificaciones para ajustarle las cuentas; ello no constituiría una ruptura de nuestro pacto, y él lo sabe. A menos que... —Dio cinco pasos más y volvió a detenerse—. A menos que se trate de una trampa pensada para que seamos nosotros quienes demos el primer paso.

—Pero desde luego, ahora que el Sumo Iniciado ha solicitado nuestra ayuda, nuestra intervención no representará una ruptura del juramento.

—Cierto. Aunque puede que Yandros no hubiera calculado que Tirand Lin hiciera algo tan apresurado. —Lentamente, con las manos cerradas ante el rostro y una expresión profundamente pensativa, Aeoris regresó a su silla y se sentó nuevamente—. Creo, hermanos, que he decidido lo que haremos. —Los miró uno por uno—. Hace tiempo que sabemos que algo raro ocurre en el reino del Caos, y hemos esperado pacientemente una oportunidad para saber algo más. Creo que nos corresponde ahora mantener esa paciencia, al menos un poco más.

Ailind volvió a hablar.

—Con todos los respetos, hermano, ¿está bien que no hagamos caso de las súplicas del Círculo? Han renunciado al Caos y nos han jurado fidelidad sólo a nosotros. Si ahora les fallamos...

—No les fallaremos, Ailind —el tono de voz de Aeoris tenía un algo de dureza, una advertencia de que no aceptaría discusiones—. Pero seremos prudentes. Tirand Lin esperará que nuestra respuesta venga en forma ritual. —Sonrió, aunque la sonrisa tenía poco de humor—. Algo parecido, quizás, a la forma en que respondimos a la súplica de Keridil Toln hace muchos años. No haremos eso. Ni será inmediata nuestra respuesta. Tenemos la confianza del Círculo; seguirán teniendo fe durante un tiempo antes de comenzar a dudar, y ello nos permitirá ver cómo se desarrollan los acontecimientos y ajustar de acuerdo con ellos nuestra estrategia. No hay necesidad de precipitarse, hermano. Yandros es impulsivo e indisciplinado; veamos quién se cansa antes de esperar. Si el Caos actúa o si el Círculo da muestras de perder valor y de lamentar su súplica, entonces actuaremos. Y, cuando lo hagamos —miró directamente a Ailind— creo que les enviaremos un emisario. Un emisario del corazón mismo de nuestro dominio, para que les muestre, y para que muestre a esa usurpadora advenediza, lo que realmente significa el poder de los dioses.

Librodot

CAPITULO 11

—¡No es suficiente! —Ygorla se acercó a la ventana en lo alto de la torre como si fuera un animal enjaulado, se giró en un movimiento lleno de furia y desanduvo sus pasos—. ¡No es suficiente! Quiero más. ¡Estoy harta de esperar!

Narid-na-Gost, sentado en su lugar acostumbrado junto a la mesilla, donde las sombras eran más densas, observaba su agitación con ojos que brillaban calmos.

—La paciencia nunca fue una de tus virtudes, hija.

Ella se le acercó, con el rostro alterado por la frustración y el rencor.

—Pasé siete interminables años teniendo paciencia, ¡esperando el poder que tú me habías prometido! Ahora tengo el poder, pero ¿qué puedo hacer con él? ¡Usarlo sólo para asustar a unos estúpidos y para practicar aburridos juegos con que pasar el rato! —Giró de nuevo, volvió junto a la ventana y lanzó una mirada furiosa a través del cristal—. Odio este lugar. Es aburrido, sofocante y cada vez me siento más reprimida en él. ¡Más me valdría quizás estar otra vez en la Residencia de la Hermandad, donde me encarcelaron de niña!

—Hay diferencias —dijo el demonio con intenso sarcasmo.

—Oh, sí, hay grandes diferencias; ¡pero sigo sin llorar de alegría ante mi buena fortuna! —Ygorla cerró el puño y golpeó el alféizar de la ventana—. Ahora soy una emperatriz, pero ¿de qué me ha servido? ¡Interminables días de tedio encarcelada en esta miserable isla mientras espero que el mundo despierte a la verdad!

—El mundo está despertando. Cinco Margraves han enviado ya serviles mensajes de sumisión.

—¡Que se pudran los cinco Margraves! ¿Qué son? ¡Nada! Podría destruirlos a todos con una palabra, y lo haría si pensara que con ello me fuera a divertir. ¡Pero no es nada divertido ver el resto del mundo a través de un cristal mientras permanezco sentada en solitario esplendor! —Volvió a girarse y adoptó una dramática postura—. Quiero que me vean todos mis subditos; todos, ¡no sólo el miserable puñado que ha sido traído aquí! ¡Quiero desfilar triunfante entre ellos y deleitarme con su asombro y su terror cuando me miren a los ojos! Quiero oírles gritar mi nombre en las calles, ¡quiero verlos caer de rodillas ante mí, como cae el trigo ante la guadaña! Quiero que los pusilánimes Margraves me besen los pies, quiero que las insípidas mujeres de la Hermandad lloren delante de mí, quiero... — De pronto se controló y volvió a mirar por la ventana—. Ah, maldición, quiero eso y más, ¡más!

Narid-na-Gost contempló su espalda tensa, el temblor en los rizos de cabellos negros, pero no dijo nada. Sabía lo que ella había estado a punto de decir, pero que en el fondo no quería reconocer, aquello que se encontraba en el fondo de su frustración. Cinco Margraves ya la habían reconocido como su emperatriz; los restantes harían lo mismo antes de que pasara mucho tiempo. Huida la Matriarca, la Hermandad estaba cayendo en el desorden; su autoridad y credibilidad oscilaba al borde de la ruina. El mundo estaba al alcance de Ygorla... con excepción de un lugar pequeño pero totalmente esencial.

Al principio, Ygorla había anhelado con placer la guerra de ingenios que

Librodot

tenía planeado llevar a cabo contra la Península de la Estrella. El Círculo prometía ser un adversario más digno que los cobardes Margraves de las provincias, y lo consideró un desafío estimulante. Sin embargo, la novedad de ese desafío se desvaneció rápidamente cuando, cansada del juego, intentó ponerle fin y descubrió que Tirand Lin y los adeptos que lo obedecían seguían negándose a responderle de ninguna manera. Envió demandas, amenazas, ultimátums; no hubo respuesta. Sus mensajeros demonios, que solos habían bastado para aterrorizar las provincias, no provocaron ni la más mínima reacción. Hiciera lo que hiciese, el Círculo, tenazmente, no le hacía caso.

El hecho de que se negara a jugar según sus reglas molestó en un principio a Ygorla. Luego la irritó. Después despertó su furia. Y por fin llegó la última gota cuando, hirviendo de rabia al verse frustrada, intentó utilizar sus poderes para otear a su presa, y el cristal no le mostró más que un vacío incoloro. El Castillo de la Península de la Estrella, y el Círculo dentro de sus murallas, le estaba vedado.

Narid-na-Gost no había esperado menos. Aunque sus poderes fueran ridículos comparados con los suyos o los de su hija, los adeptos eran capaces de esconder al mundo lo que no querían que éste viera, y las peculiares características del Castillo añadían más dificultades. Pero Ygorla se negaba a reconocer que un bastión humano pudiera resistírsele, y el problema de la Península de la Estrella se convirtió rápidamente en una obsesión. Había planeado enfrentarse a Tirand Lin y reírse en sus barbas al despojarlo de su fuerza y de su posición; quería usurpar su lugar, igual que había usurpado el de Blis Hanmen Alacar, y reducir al Círculo al nivel de esclavos aduladores. Narid-na-Gost había visto los métodos que ya empleaba con espectaculares efectos en las provincias: los aterradores ataques sobrenaturales contra todo el que pensara siquiera en desafiarla, la destrucción que sus siervos elementales llevaban a cabo de cosechas y hogares, e incluso de una aldea entera en una ocasión, como castigo y advertencia para quienes querían resistir. Mediante su bola de cristal y sus siervos demoníacos, Ygorla observaba el mundo igual que un halcón observa a un ratón que intenta esconderse desesperadamente; y a medida que los desventurados Margraves iban capitulando uno a uno, ella enviaba «emisarios» que se asentaban en sus Margraviatos para imponer su voluntad sobre un populacho cada vez más atemorizado. Cinco capitales de provincia ya acogían a aquellos avatares sombríos e inhumanos, e incluso había algunas Residencias de la Hermandad que vivían bajo su yugo. Pero la Península de la Estrella mantenía una barrera que Ygorla no conseguía atravesar; y su paciencia se estaba acabando. El Castillo era el trofeo que se le escapaba, y por ello se había convertido en el trofeo que valoraba por encima de todo.

El demonio habló con bastante suavidad:

—Puede que haya mejores métodos para convencer al Sumo Iniciado de que comparta nuestra forma de pensar.

Los ojos de Ygorla relampaguearon.

—¿Mejores métodos? ¿Como tu preciosa precaución, sobre la que nunca dejas de darme sermones? —Con la respiración agitada, miró con furia ciega a los jardines de palacio—. ¿Qué crees que soy, un marica sin valor para defender mis convicciones? ¡No le tengo miedo a Tirand Lin! Lo destrozaré..., destrozaré su mente y su cuerpo y su alma. ¡Aprenderá lo que cuesta resistírseme! ¡No pienses, padre, ni se te ocurra pensar por un instante, que

Librodot

tengo la menor intención de ser prudente!

Narid-na-Gost era perfectamente consciente de que buena parte de su furia iba dirigida contra él, y saberlo lo hizo sonreír para sus adentros. Su hija comenzaba a poner en duda su superioridad. Lo había esperado y en cierto modo le agradaba, porque demostraba que, tal como él creía desde hacía tiempo, no estaba dispuesta a inclinarse ante nadie, y a la larga eso era precisamente lo que él deseaba. Pero Ygorla todavía tenía mucho que aprender, y si su arrogancia crecía en exceso demasiado pronto, quizá tendría que reprimirla de algún modo. Pero por el momento quería ir con cuidado, y sabía cómo aplacarla y calmar sus ataques de ira: le ofrecería un bocado de su mesa, entregado con la misma altivez con que ella alimentaba a sus siervos favoritos, para abrirle el apetito y proporcionarle una nueva diversión con la que jugar y planear.

—Ygorla.

—¿Qué pasa? —Su voz seguía sonando enfurecida.

Él mantuvo el silencio el tiempo justo para despertar un mínimo de curiosidad.

—Te aconsejo precaución por un buen motivo, un motivo que no te he revelado hasta ahora.

Usó un tono de voz que prometía intriga y un secreto para compartir. Ygorla vaciló un instante antes de volverse hacia él, lentamente.

—¿A qué te refieres? —Bajo su irritación se adivinaba un súbito y cauto interés.

Divertido por la rapidez con que mordía el cebo, el demonio le dirigió una sonrisa cómplice.

—Hay algo que deberías saber, algo relacionado con la Península de la Estrella.

—¿Qué? ¿Qué debería saber?

—Algo sobre el mismísimo Castillo —contestó Narid-na-Gost—. Hasta ahora no te había dicho nada porque era irrelevante. Pero a la luz de la tenacidad del Círculo, puede ser una ventaja para ti, una ventaja para los dos, que lo discutamos.

El enfado de Ygorla cedió como si se quitara una capa y la arrojara al suelo. Se acercó presurosa al demonio.

—¿Discutir qué, padre? ¿Se trata de algo que me ayudaría a romper la resistencia de Tirand Lin? ¡Dímelo!

El demonio cambió de postura, encorvó su deforme cuerpo y se inclinó con aire conspiratorio sobre la mesa. Sus manos como garras se cerraron sobre el cofrecillo que contenía la gema del alma robada, y sus ojos pasaron del carmesí al rojo escarlata.

—Hija —dijo con voz ronca—, sabes cuál es mi mayor ambición. Quiero gobernar el reino del Caos, igual que tú estás destinada a gobernar el mundo de los hombres. Hemos hablado muchas veces de esto, desde que te revelé mi plan por vez primera antes de que abandonaras la Isla Blanca. Pero lo que no sabes es que el Castillo de la Península de la Estrella encierra la llave para esa ambición; y ni una sola alma mortal es consciente de la existencia de esa llave.

El rostro de Ygorla demostró avidez.

—¿Cuál es la llave?

—Se encuentra en el tejido mismo del Castillo. Cuando eras una niña, en Chaun Meridional, te obligaron a aprender el catecismo; debes saber que el Castillo no fue construido por los hombres, sino por los mismos Señores

del Caos.

—Eso me contaron, aunque nadie sabe si ello es verdad o no.

—Lo es. La ignorancia de los mortales es algo maravilloso, Ygorla, sobre todo cuando esos mortales dicen ser los agentes de los dioses en el mundo de los humanos, pese a tener una idea poco más que rudimentaria sobre los poderes que han sido puestos a su disposición. —Sonrió con ferocidad, y ella le devolvió una sonrisa parecida.

—Los miembros del Círculo son estúpidos —dijo Ygorla con suave veneno.

—Desde luego que lo son... y mucho más estúpidos de lo que crees. Porque dentro de sus murallas tienen un camino directo que conecta este mundo con el reino de Yandros, e ignoran completamente su existencia.

—¿Un camino? —Ygorla abrió aún más los ojos.

—Sí. Utilizado de la manera adecuada, puede salvar el abismo entre las dimensiones en el tiempo en que un pájaro mueve sus alas. Ahora, como sabes, no puedo regresar al Caos como lo hacía antes, porque Yandros conoce mi perfidia y, aun con la gema del alma como rehén, no me atrevo a correr el riesgo de volver por el camino conocido. Pero si lográramos controlar el Castillo, la situación cambiaría y mucho. Entonces tendría una ruta hacia su reino de la que Yandros nunca sospecharía, porque esa puerta ha permanecido cerrada y olvidada durante tanto tiempo que no me cabe duda de que los señores del Caos, como sus siervos humanos, han olvidado incluso que fue creada.

Ygorla no dijo nada. Sus ojos brillaban resplandecientes y tenía una expresión concentrada; estaba pensando, el demonio lo sabía, rápida e intensamente.

—Si controláramos el Castillo —dijo al fin—, ¿sabrías encontrar ese camino?

—Oh, sí. Sé muchas cosas que mis antiguos amos, en su suficiencia, creyeron que estaban fuera de mi humilde entendimiento. —Alargó el brazo y sus deformes dedos le cogieron la mano—. Ahora, hija, creo que ya sabes por qué siempre aconsejo precaución en nuestros tratos con la Península de la Estrella. Hay mucho más en juego que los mezquinos asuntos de Tirand Lin y su Círculo de débiles y estúpidos seguidores. Hasta el momento no has conseguido nada amenazando al Sumo Iniciado. No, no te atrevas a encolerizarte conmigo: es la verdad y, si eres honesta, lo reconocerás. No has conseguido nada. De manera que tienes que planear una nueva estrategia.

Ella liberó su mano y lanzó una breve risita aguda.

—¿Crees que será así de sencillo?

Los carmesíes ojos de Narid-na-Gost la miraron con ironía.

—¿No lo será para ti? Al fin y al cabo, parece que ahora te consideras invencible.

Ygorla apretó la boca, pero antes de que pudiera contestar, el demonio hizo un gesto brusco que ella conocía bien y la costumbre, arraigada, la hizo guardar silencio.

—Palabras, Ygorla —dijo Narid-na-Gost—. Eso es lo que has usado hasta ahora en tu guerra contra Tirand Lin y sus seguidores. Ha llegado el momento de encontrar un arma mejor. Sabes tan bien como yo que eso es cierto. Piensa, hija. Usa plenamente esos poderes de los que tan orgullosa estás y de los que con tanto descuido presumes ante tu corte. Piensa también, a la luz de lo que te he dicho, en lo que para nosotros significa la rendición del Círculo si consigues vencerlos. —La miró a la cara y supo que

sus palabras habían calado hondo. Sonrió—. Quien controle el Castillo, controlará también la Puerta del Caos. ¡Y ése, hija mía, es un trofeo invaluable!

Aquella noche, la Alta Margravina viuda, Jianna Hanmen Alacar, se quitó la vida.

Por una desgraciada circunstancia, fue Strann quien la encontró. Hubiera querido no obedecer la sugerencia, dulcemente formulada por Ygorla, de ir a buscarla a su habitación cerrada y guardada para acompañarla hasta la sala de audiencias y así complacer a su emperatriz; pero como siempre, comprendió que era mejor no desafiar una orden de Ygorla, por muy amable que hubiera sido la forma de expresarla. Aquella noche, Ygorla estaba de un humor especialmente travieso; eso, en ella, significaba buen humor, pero seguía encerrando peligro para cualquiera que resultara ser el blanco de una de sus bromas. Strann no supo qué le había metido en la cabeza la idea de convocar a Jianna ante la corte; últimamente Ygorla había perdido interés en la pobre mujer, y Strann había tenido la esperanza de que dejaran en paz a Jianna para que sufriera sus penas en soledad. Pero la orden fue dada, y Strann fue el encargado de llevarla a cabo. Seguido de cerca por uno de los omnipresentes guardias demonios, se acercó a la cámara de la viuda y mostró la prenda de Ygorla; se abrió la puerta y entró, preparado para enfrentarse a la mirada de Jianna y para sentir de nuevo el silencioso azote del desprecio que por él sentía.

Colgaba frente a la ventana, ahorcada por una tosca pero efectiva cuerda que había confeccionado con jirones de su propio vestido. Strann se quedó mirándola durante medio minuto quizás, incrédulo, demasiado impresionado para reaccionar, hasta que el centinela, sospechando que algo no iba bien, entró en la habitación. Entonces —luego no recordó los detalles; fue como si algún otro, alguien con valor, alguien con la decisión que él había perdido, hubiera ocupado su lugar en aquellos segundos ciegos— se volvió gritando a los guardias y los azotó, los maldijo, les dio puñetazos hasta que por fin se derrumbó en el suelo del pasillo y vomitó sobre sus manos mientras el mundo bailaba a su alrededor vertiginosamente.

Ygorla no lo castigó por aquel desliz; al contrario: cuando le llevaron la noticia a la sala de audiencias, se limitó a encogerse de hombros y anunció que Strann había hecho lo correcto al castigar a los guardias. No habían cumplido su deber, que era mantener con vida a Jianna. Ella no toleraba los fallos, y los responsables de la muerte de la viuda se unirían a ella en los Siete Infiernos, donde esperaba que aprendieran la locura que había sido su descuido.

Entonces alzó la vista desde su trono y miró a Strann, que estaba de pie y tembloroso ante ella.

—Será mejor que te retires, rata mía —dijo—. Ahora que Jianna ya no está entre nosotros, supongo que deberemos tener una canción para conmemorarla. —Le sonrió—. Puede que resulte más útil muerta que viva, por lo que creo que una canción que avise a terceros para que no imiten su locura sería lo adecuado. Añádele un toque de humor: ya sabes cuanto me gustan las baladas divertidas. Mañana podrás entretenerme con ella.

Strann, cegada la visión por una película roja de rabia reprimida, repuso obsequiosamente:

—Majestad, vuestras órdenes me honran, como siempre. —Ella lo despidió con un gesto de una mano y Strann retrocedió en la sala. Cuando

Librodot

las puertas se cerraron, escuchó la risa de Ygorla.

Fue la risa, pensó más tarde, lo que proporcionó el agente catalítico final. En aquel momento no se paró a analizar sus pensamientos; sólo quería huir lo más lejos posible de su influencia y del recuerdo de lo sucedido. El instinto lo llevó a la puerta lateral y a los jardines de palacio, y, en la sombría penumbra entre la primera luna que surgía y la omnipresente estrella latente del Caos, buscó refugio en el grupo de viejos árboles del jardín.

La noche no era fría —rara vez lo eran tan al sur—, pero Strann temblaba como si de pronto se encontrara desnudo en plena ventisca. Era una reacción, se dijo, nada más. Pasaría con el tiempo; siempre ocurría así. No pienses en ello, decía su conciencia, y desaparecerá.

Pero esta vez no estaba tan seguro de que sucediera así, y mientras permanecía sentado a solas bajo el más grande de los árboles, el viejo e insidioso impulso volvió reptando a su mente. Ya lo había pensado en otras ocasiones, y cada vez lo había desechado como una completa locura. Pero ahora, con el triste fin de Jianna demasiado reciente en su recuerdo, la idea clavó sus garras en él y no soltó la presa.

¿Cuántas veces había suplicado Jianna a los dioses del Orden, pidiendo ayuda antes de que el silencio de éstos la llevara a la desesperación y al suicidio? Strann, y todos los demás en palacio, sabía con qué fervor y asiduidad había rezado Jianna a Aeoris para que entrara en el mundo mortal y acabara con Ygorla; y, con la estrella del Caos flotando sobre la Isla de Verano, era bastante probable que muchos otros por todo el mundo estuvieran suplicando a los dioses del Orden para que los liberaran. Aeoris, sin embargo, parecía no haber oído las súplicas de sus adoradores, o les había vuelto la espalda. De manera que, pensaba Strann, si Aeoris era sordo a las súplicas, ¿qué pasaría con Yandros?

No —le dijo una voz interior por enésima vez—. *Ni se te ocurra pensarlo, ni por un instante. Es demasiado peligroso.*

¿Lo era? Strann miró las ramas y, más allá de ellas, la gran estrella que palpitaba ominosamente sobre el tejado del palacio. Ahora estaba completamente convencido, pensara lo que pensase el resto del mundo, de que Ygorla no era servidora de Yandros. Había repasado los argumentos una y otra vez, y siempre llegaba a la misma conclusión: Ygorla no era amiga del Caos, sino su enemiga. Lo que significaba —«no», repitió la voz con más énfasis, pero Strann no le hizo caso— lo que significaba que Yandros debía de estar tan ansioso como cualquier mortal por verla destruida.

Naturalmente, la idea era del todo ridicula. Él no era un mago; ni siquiera era una persona religiosa. Todo lo que tenía eran unos cuantos trucos antiguos de invocación, reminiscencia de sus días de feria antes de que el Gremio de la Academia de Músicos lo admitiera equivocadamente bajo su manto y lo convirtiera en bardo. Pero algunos de aquellos trucos, lo sabía, eran formas corruptas de auténticos rituales arcanos. Había que reconocerlo: no era la magia de gran ceremonial que practicaba el Círculo, pero era magia al fin y al cabo, y probablemente había sido efectiva en su momento. Si usara uno de aquellos antiguos ritos, quizá con unos cuantos sutiles cambios...

Una vez más, la voz interior le gritó una advertencia, pero esta vez Strann supo que luchaba una batalla sin esperanza. Por mucho tiempo que permaneciera allí debatiendo la lógica y el sentido de aquello, no serviría de nada, porque su mente —o tal vez, más exactamente su corazón— estaba

decidida. No era sólo por Jianna; era lo suficientemente sincero para admitirlo. Era por lo que Jianna había simbolizado en aquellos días tenebrosos: la personificación viva del odio y el desprecio que toda la corte esclavizada sentía hacia él, el adulador que había elegido arrodillarse ante los pies de la usurpadora para lamer sobras de su mano. Hubo una vez, que ahora parecía muy lejana, en que Jianna Hanmen Alacar había amado su música y le había agradecido sus elogios. Él, como pago, la había traicionado, y ella se había ido a la tumba pensando que su traición era cierta. Ahora nunca sabría la verdad, y el saber que su maldición de agonizante pendía sobre su alma, hacía que a Strann se le encogiera el corazón. Tenía escaso orgullo en el sentido corriente de la palabra; con su historial, el orgullo era un lujo que rara vez podía permitirse. Pero había habido un tiempo en que tenía autoestima, y ésta había sido algo preciado para él. El amable Strann, Strann el del corazón alegre; retorcido y oportunista, egoísta quizá, pero nunca había querido hacer daño a nadie y, hasta la llegada de Ygorla, creía que a grandes rasgos había sido fiel a ese principio. Ahora, sin embargo, había traicionado no sólo a Jianna y a todos los demás que habían gustado de él e incluso lo habían admirado, sino que también se había traicionado a sí mismo. Y, por primera vez en toda su vida, Strann estaba amarga, furiosamente enfadado y sin posibilidad de calmarse.

Una suave brisa agitó la copa del árbol; la luz de la luna, salpicada de manchas, recorrió la hierba sobre la que estaba sentado. De pronto sintió la cabeza extrañamente despejada, como si la ira hubiera barrido la confusión de su mente, dejando en su lugar un rayo de luz claro y limpio. Lo haría. Puede que no funcionara, puede que quedara como un estúpido sin remedio, pero lo haría, ahora, aquella misma noche. ¿Qué tenía que perder? Por Jianna. No, se corrigió, sé sincero: por ti mismo; ésa era la verdad, y no servía de nada negarla. Si quería volver a andar con la cabeza alta, por lo menos debía intentarlo.

Se puso en pie, se sacudió los fragmentos de hierba de la ropa y, antes de que le fallara el valor, echó a andar apresuradamente por el jardín, manteniendo siempre los árboles entre el palacio y su camino. Hacía tiempo que había marcado un lugar adecuado, diciéndose entonces que no era más que una especulación: un pequeño trozo de bosque descuidado más allá de los jardines, en la linde de un parque que había sido el coto privado de caza del Alto Margrave. En teoría, el parque estaba prohibido a los siervos de Ygorla, pero la posición de relativa confianza que Strann había alcanzado le permitía una serie de libertades que a otros les estaban vedadas. Además, nadie se atrevía a vagar por los jardines de noche, por miedo a encontrarse con algún sabueso-felino, un miedo que Strann sabía que carecía de fundamento, porque a las criaturas no parecía gustarles el mundo exterior y sólo se aventuraban fuera de los muros de palacio cuando se les daba la orden expresa de hacerlo. El único peligro verdadero, de hecho, era que Ygorla lo mandara llamar y descubriera que no estaba, e incluso aquélla era una situación de la que podría salir bien librado gracias a su labia.

Ahora se levantaba la segunda luna, añadiendo al cielo un toque perlado y sobrenatural mientras Strann cruzaba el laberinto de setos recortados y se dirigía deprisa hacia el bosque, que veía a lo lejos como un montéenlo oscuro e irregular recortado contra el paisaje. Se estaba formando niebla y, envalentonado por la protección que le ofrecía, Strann echó a correr a grandes zancadas. Al acercarse a los árboles, algo se movió delante de él y se detuvo rápidamente, pero no era más que una joven cierva, fantasmal en

Librodot

la niebla, que saltó y se alejó de su presencia intrusa.

Cuando por fin se detuvo en la linde del bosque, estaba jadeando. *Estás perdiendo forma* —pensó—. *Tienes que hacer algo pronto para remediarlo.* Se apoyó en una rama baja mientras recuperaba el aliento, y luego siguió adentrándose entre los matorrales húmedos. El olor cálido y terrenal de vegetación sin trabas lo cosquilleó en las narices, y aspiró apreciativamente. Aquí fuera casi podía olvidar la locura del palacio y de su abominable señora. Casi, pero no del todo.

El cinturón boscoso era estrecho, y en unos minutos Strann emergió al otro lado. Ante él, el viejo parque se perdía en la penumbra, blanquecino por la niebla y con aspecto irreal a la luz de la luna. Un ligero viento de poniente le apartó los cabellos del rostro, y oyó a lo lejos el agudo canto de un ave nocturna. Pero nada se movía, nada se agitaba excepto el límpido susurro de las ramas impulsadas por la brisa. Estaba solo.

A su derecha se alzaban los restos de un antiguo muro —tal vez habían sido los cimientos de una casa de guardia, derrumbada tiempo atrás—, surgiendo de una maraña de hierbas y zarzas. Strann se acercó y allí encontró lo que necesitaba: pequeños fragmentos de piedra y pedernal esparcidos entre la vegetación allí donde el cemento del muro se había deshecho con el paso de los años. Recogió veintiún trozos —siete veces tres— del mismo tamaño más o menos, y se agachó al socaire del muro con los fragmentos en las manos.

¿Recordaría el antiguo método? Se parecía un poco al encantamiento de los echadores de piedras que tanta consternación le había provocado en una ocasión anterior, pero despojado de las supercherías de feria con que había sido rebajado en décadas recientes. Siete piedras dispuestas formando un heptágono, luego tres dibujando un triángulo en el centro. Con cuidado, Strann comenzó a colocar las piedras en un trozo relativamente plano de hierba. El viento había cesado de repente, y el único sonido era el de su respiración, contenida pero no demasiado firme. Quedaban once piedras... Siete, sabía, debía conservarlas encima, para que formaran el nexo entre él y el símbolo dibujado en la hierba. Aquella era la parte que los buhoneros habían corrompido, por miedo a seguir la verdadera magia demasiado de cerca. Strann se metió tres piedras en cada uno de los dos bolsillos de su chaqueta bordada y retuvo la séptima en la mano derecha, mientras sopesaba las cuatro restantes en la izquierda e intentaba recordar. Ah, sí; él debía situarse en el interior del heptágono, a horcajadas sobre las tres piedras centrales, y poner aquellas cuatro en un cuadrado alrededor de sus pies.

Cuando se colocó sobre la figura heptagonal sintió que el estómago le daba vueltas, pero hizo caso omiso de las náuseas; adoptó la postura correcta y se inclinó para colocar las cuatro piedras en su sitio. Después apretó entre las manos la piedra restante —un trozo de pedernal afilado, duro y frío— y contempló la oscuridad neblinosa.

—Yandros. —Su voz se quebró en la segunda sílaba; se aclaró la garganta, controlando el temblor nervioso de su pecho, y realizó un ejercicio de respiración de cantante, antes de volver a intentarlo.

—Yandros... —Mejor; aquella era la voz del bardo, del virtuoso músico. «Aférrate a eso», se dijo Strann. «No dejes que se te escape»—. Yandros, Señor del Caos, Señor de las horas oscuras, Amo de la Estrella de Siete Puntas... —Sudaba copiosamente y sus ojos parecían perder el enfoque, de manera que la visión del parque era borrosa—. Yandros, te invoco y te suplico, en las

horas de la noche y en las sombras de la oscuridad, para que ayudes al mundo en este momento de apuro. Escúchame, oh supremo príncipe del Caos. No soy ni avatar ni hechicero, pero te invoco, invoco a los siete grandes dioses de tu dominio, para que acudáis a mí, de la misma forma que yo he acudido a vosotros, ¡y para que me ayudéis ahora!

De repente, de forma inesperada, una ola de emoción se elevó desde lo más profundo de la psique de Strann, cuando la rabia que había intentado reprimir en el palacio salió a flote sin trabas. Había querido formalizar su ritual con elegantes palabras y frases que comunicaran su súplica de manera ceremonial y ortodoxa, pero súbitamente sus buenas intenciones se vinieron abajo ante sus sentimientos y no pudo frenar aquella marea.

—¡Yandros! —Alzó el rostro al cielo nocturno, donde la primera luna brillaba en su cénit—. ¿No lo entiendes? ¿No sabes lo que esta prostituta asesina nos está haciendo? Envía el caos, envía la venganza, envía truenos y relámpagos ¡y acaba con ella! Tiraniza al mundo en tu nombre, Yandros, ¡y está poniendo al mundo en tu contra! ¿Por qué no nos ayudas? ¿Por qué no la destruyes?

Furioso, desesperado, agitó un puño contra el indiferente cielo. El trozo de pedernal que sostenía cayó, y la chispa y el ruido agudo que hizo al golpear el triángulo de piedras entre sus pies sacaron a Strann de su trance.

—Oh, dioses... —Bajó la vista. El trozo de pedernal había desfigurado el triángulo, y, al mirarlo, la rabia de Strann se derrumbó junto con la oleada de emoción que la había traído, convertida en disgusto consigo mismo. Qué estúpido era; había perdido el control, había dejado que su concentración se viera barrida por sus sentimientos personales, echando a perder el sortilegio. Debería haber realizado ciertos gestos que ahora recordaba, demasiado tarde, y haber pronunciado los títulos adecuados para dirigirse a los dioses y las palabras rituales apropiadas que hubieran terminado y sellado la ceremonia; pero en lugar de eso se había dejado llevar por su pena, su furia y su frustración, y ahora todo lo que había intentado hacer no servía para nada.

¿O sí? Strann entrecerró los ojos y miró la extensión cubierta de niebla del parque. ¿No había visto moverse algo a lo lejos? La esperanza renació, para desvanecerse cuando razonó que, aun cuando su visión nocturna no lo hubiera engañado, lo que había visto no era otra cosa que un venado o algún depredador en su caza silenciosa y solitaria. La idea de que Yandros del Caos hubiera escuchado, y menos aun reaccionado, ante un intento tan torpe y fútil de invocarlo era completamente fatua, y si creía que era posible, entonces es que había perdido totalmente la cabeza. Tendría que volver a empezar. Tenía pocas esperanzas de éxito, pero ahora no podía rendirse. Un intento más, esta vez con rígido dominio de sí mismo. Se dijo con cinismo que al menos tenía el pálido consuelo de haber fracasado por incompetente y no por estúpido.

Se inclinó, y trabajosamente volvió a recoger las piedras, contándolas con cuidado. Faltaba una y, tras buscarla durante dos o tres minutos sin éxito, Strann maldijo y volvió a la pared para buscar otra para sustituirla.

Y se quedó helado.

Un hombre estaba sentado en el mojinete roto de la pared. Era delgado, de miembros largos, vestido con camisa y pantalones negros que le daban el aspecto de un guardabosques o un leñador. A Strann, el corazón le dio un vuelco terrible en el pecho, al darse cuenta de que el extraño se le había acercado en silencio, lo había estado observando... Por lo más sagrado, ¿qué

había visto y escuchado?

Miró entonces al rostro de aquel hombre, y su corazón casi se detuvo.

Cabellos de oro, de un oro antinatural, sobrehumano, caían en una melena suelta sobre sus hombros. Los ojos, estrechos y con forma de felino en un rostro delgado, aquilino y de labios finos, tenían un tono azul violeta; y de pronto cambiaron de color, a verde esmeralda, luego al color del bronce y después al de la plata dura y resplandeciente.

Strann emitió un sonido horrible cuando su lengua pareció hinchársele en la boca amenazando con asfixiarle.

—Uhhhh... oh, dioses....

—Te saludo, Strann, *Narrador de Historias* —dijo Yandros—. Parece que eres el único con la inteligencia y la decisión necesarias para adentrarse donde otros no se han atrevido.

Librodot

CAPITULO 12

A Strann le fallaron las piernas. Se derrumbó en el suelo y se cubrió la cara con ambas manos al tiempo que rezaba para no perder el control y desmayarse.

—Mi señor Yandros... —Su voz era un murmullo tembloroso y vacilante.

Yandros pasó las piernas por el borde del muro y saltó al suelo.

—Parece que te he cogido por sorpresa —comentó con aire divertido—. ¿Tan poca fe tienes en tus capacidades?

—Yo... creí que había fracasado.

—En términos del rito que intentabas realizar, sí que fracasaste. Tu interpretación fue tan lamentable que en circunstancias más felices habría resultado graciosa. Sin embargo, siempre he dado más importancia a los impulsos de los hombres que a sus ceremonias, y tu discurso era más apasionado que cualquier formalidad prescrita y tediosa. Además —Strann sintió cómo el aire se movía al acercarse a él el Señor del Caos, y cerró los ojos con más fuerza— he estado esperando que alguno de los pocos amigos que conservamos se dirigiera a mí directamente, y que con ello se forjara el vínculo entre nuestros mundos.

Strann no respondió; no podía, y transcurridos unos instantes, Yandros suspiró con impaciencia.

—Strann, no te acobardes ante mí. No soy Aeoris del Orden; el comportamiento servil ni me interesa ni me impresiona. Y tu actitud resulta fastidiosa cuando tenemos asuntos urgentes que discutir.

Con un gran esfuerzo, Strann se obligó a abrir los ojos y se atrevió a abrir un tanto la celosía de sus dedos.

—¿Asuntos... urgentes, mi señor? —La idea de que el señor supremo del Caos quisiera discutir algo con él resultaba desconcertante y asombrosa.

Yandros sonrió inexorable.

—Puede que te consideres un avatar inverosímil, Strann, pero recuerda que fue tu súplica la que me permitió entrar en este mundo, sin romper las condiciones del pacto que hicimos en el momento del Cambio. Estoy seguro de que no te sorprenderás al saber que ningún otro agente humano ha invocado al Caos; al contrario, parecen creer que Aeoris y su insulsa prole constituyen la única esperanza de salvación. De manera que, te guste o no, en estos momentos eres el único foco de nuestra atención.

A Strann no le gustó. Por primera vez comenzó a pensar en las implicaciones de lo que había hecho, y se quedó aterrorizado.

—Mi señor —comenzó a decir titubeante—, no soy digno de serviros, no soy...

—Me has llamado.

—Sí, sí... pero...

—¿Deseas desdecirte de tus palabras?

—¡No! Pero...

—Entonces no cometas la estupidez de poner a prueba mi paciencia.

Strann reunió por fin el valor necesario para alzar la cabeza. Yandros estaba de pie, con los brazos cruzados, a dos pasos de distancia. Su expresión era serena, pero sus ojos —otra vez de un color verde esmeralda— despedían una luz gélida.

—Mi señor Yandros —dijo Strann, intentando no tartamudear—, no

Librodot

sería tan estúpido ni tan osado como para decir otra cosa que no fuera la verdad, sobre todo porque no me cabe duda de que os daríais cuenta de cualquier engaño. Pero la verdad es que no veo en qué puedo ser de ayuda al Caos. No soy un mago. Ni siquiera soy..., nunca he sido... un hombre de fuertes convicciones religiosas, aunque siempre he sentido que... bueno, que... —¿Se atrevería a decirlo? Se había acostumbrado a engañar a Ygorla mediante halagos y servilismo; con Yandros eso podía ser un error fatal. Tragó saliva—. Para ser sincero, mi señor, siempre he creído que mis intereses saldrían más beneficiados si servía al Caos y no al Orden.

Yandros se rió con suavidad. En la superficie era un sonido agradable y musical; aún así, a Strann lo hizo estremecerse por dentro.

—Sé cuáles son tus intereses, Strann, y te aseguro que no los sopeso en tu contra.

Aliviado, Strann prosiguió con algo más de confianza.

—Entonces, mi señor, debéis comprender también mi confusión. Creo, y perdonad mi osadía, creo que vuestros deseos y los míos van en el mismo sentido: acabar con el poder de la hechicera Ygorla.

—Más que eso, Strann. Mucho más que eso.

—¿No se trata entonces de un asunto sencillo? Vos sois el Caos. ¿Qué es ella? ¡Nada más que una usurpadora que dice falsamente ser vuestra sierva! Podéis destruirla como..., como... —intentó sonreír.

Yandros se volvió y lo miró directamente a los ojos, y por un instante los suyos se volvieron completamente negros.

—¿Así? —Chasqueó los dedos, y el mundo de Strann se volvió del revés: vio una luna negra en un cielo plateado lleno de aullidos, sintió que un vórtice chirriante se abría bajo sus pies, mientras que el peso entero de la Isla de Verano parecía caer sobre su cabeza sin protección. Aulló de terror, y el mundo volvió a la normalidad: la neblina, la fría luz de la luna, el parque tranquilo. Lejos, en algún lugar sobre el mar, los truenos resonaban tristemente.

Strann llenó de aire los pulmones e intentó que el contenido de su estómago volviera al lugar que le correspondía.

—Como... eso.

Yandros le dio la espalda y se alejó del amparo del muro para contemplar el parque. Un aura extraña y oscura latía en torno a su cuerpo, y sus tonalidades le recordaron de manera inquietante a Strann la estrella de siete puntas que palpitaba sobre el palacio.

—Si fuera tan sencillo —dijo por fin el señor del Caos—, se habría hecho hace mucho tiempo.

Strann frunció el entrecejo.

—No lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Y hay muchas más cosas que ni tú ni ningún otro mortal comprende acerca de este triste asunto. —Yandros miró por encima del hombro y, tras reflexionar durante unos momentos, alzó una mano de finos dedos e hizo señas a Strann.

—Acércate. Pasea conmigo por el linde de este bosque. Tengo que decirte algo. —Sus ojos volvieron a adquirir un color plateado—. Algo que sólo te confiaré a ti de entre todos los mortales. ¿Puedo tener confianza en ti, Strann?

Strann lo miró a los ojos y vio el precio de la traición.

—Aprecio mi alma, señor Yandros —dijo con indecisión—, incluso cuando en los tiempos que corren tengo pocos motivos para valorar nada

más.

Yandros siguió mirándolo durante unos cuantos segundos. Luego, el señor del Caos hizo un gesto breve y descuidado.

—Muy bien. Veo que nos entendemos. Ven.

Echaron a andar siguiendo el perímetro del bosque. Strann se sentía como si estuviera soñando, atrapado en una extraña mezcla de pesadilla y visión fantasmal. Era imposible creer, desde cualquier baremo de lógica, que la alta figura que iba a su lado fuera Yandros del Caos, que un dios hubiera entrado en el mundo de los mortales y que él, un hombre insignificante, fuera depositario de la confianza de aquel dios. Pero la lógica no tenía cabida aquí. La lógica había desaparecido. Locura o no, imposibilidad o no, aquello era la realidad.

—Como suponías acertadamente —dijo Yandros—, la hechicera Ygorla no es nuestra amiga. Nada querríamos más que destruirla; pero, tal y como están las cosas, es algo imposible. —Se volvió para mirar el parque, de manera que Strann no pudo verle el rostro—. Tiene en su poder una joya que por derecho pertenece a nuestros dominios, y si le pasara algo a esa joya, traería el desastre para nosotros. Se trata, ¿sabes?, de la gema del alma de uno de mis hermanos.

Strann aspiró aire de manera sibilante, traumatizado. Yandros lo miró.

—Veo que entiendes lo que eso significa.

Strann asintió y tragó saliva.

—Como todos los niños, yo también estudié el catecismo.

—Entonces no hace falta que te explique la gravedad de este asunto y por qué nos resulta imposible actuar contra Ygorla mientras tenga como rehén la gema.

—¿Podría hacerle daño? —preguntó Strann. El concepto de que alguien mortal, incluso una hechicera tan poderosa como era Ygorla, pudiera causar semejante catástrofe contra los dioses, sencillamente no encajaba en ninguna de sus ideas preconcebidas.

—Oh, sí que podría dañarla. De hecho podría destruirla en menos tiempo del que tú tardas en respirar. Su mentor le ha enseñado concienzudamente.

—¿Su mentor? —Strann se sentía desconcertado.

—Sí. Durante tu estancia en el palacio, ¿no se ha pronunciado nunca ante ti el nombre de Narid-na-Gost?

—No, mi señor. No lo había oído nunca.

Yandros asintió pensativo.

—No me sorprende del todo. Una criatura como ésa sin duda prefiere permanecer escondida en algún rincón alejado donde pueda tejer sus planes sin que lo molesten.

Strann recordó de pronto sus extrañas experiencias cerca del refugio privado de Ygorla y las sospechas que había albergado.

—Hay algo... —dijo dubitativamente—. Una torre, cuyo acceso está estrictamente prohibido a todos los habitantes del palacio. Ygorla tiene en ella sus aposentos privados, pero... —Se detuvo de nuevo.

—¿Pero? —lo urgió Yandros.

Strann le contó lo que había notado, el olor a almizcle y hierro que flotaba en torno a la torre y que a veces impregnaba a la misma Ygorla. Cuando terminó, el Señor del Caos sonrió sin ningún humor.

—«El perfume de los demonios.» Lo has expresado bien, Strann. De manera que ahí se esconde Narid-na-Gost, y sin duda es ahí donde él e

Ygorla han escondido su tesoro robado.

Los ojos de color de avellana se entrecerraron y Strann miró con fijeza un montecillo de hierba tupida, aunque mentalmente estaba viendo algo totalmente distinto.

—Este Narid-na-Gost, ¿es un demonio?

Otro atisbo de sonrisa por parte de Yandros.

—Uno de los nuestros, aunque ahora me avergüence decirlo. —Alargó la mano, cogió un tallo de una rama que colgaba sobre sus cabezas y lo giró para que Strann viera un pequeño insecto que se arrastraba trabajosamente por el envés de una hoja—. Veíamos a Narid-na-Gost de manera similar a como tú ves a esta insignificante criatura, y ése fue el mayor de nuestros errores. —Soltó el tallo y dejó que el insecto siguiera su camino—. Narid-na-Gost tiene una ambición mucho mayor que su posición. Quiere poder, quiere dominio; por encima de todo, envidia con amargura a los dueños de su mundo, porque cree que está tan preparado para gobernar como nosotros. En realidad no está preparado para gobernar nada; es un gusano corrupto y retorcido. Pero tiene en su poder la gema del alma de mi hermano, y eso lo convierte en muy peligroso, puesto que le da poder donde antes sólo tenía deseo. Si consiguiera controlar vuestro mundo o el nuestro, traería incontables desastres sobre todos nosotros.

Un demonio entre los mortales, el mentor de Ygorla... Sí, pensó Strann, a la luz de aquella revelación muchas cosas adquirían un sentido lógico y, también, terrible.

—Entonces, ¿está utilizando a Ygorla como marioneta para cumplir sus ambiciones?

Yandros vio qué camino llevaban sus pensamientos y movió la cabeza.

—No exactamente. Ella es para él mucho más que un mero instrumento. ¿Sabes?, es su hija.

Strann se paró en seco, y su rostro perdió el color.

—¿Qué?

—¿No te habías dado cuenta? —Yandros pareció divertido—. Vamos, Strann, ¿pensabas que era del todo humana?

—Creí... —Pero las palabras no surgieron de la boca de Strann. Claro, claro. Siempre había sabido que ningún mortal podía esgrimir semejante poder; sencillamente, no se había cuestionado cuál podía ser el verdadero origen de Ygorla. Encajaba, todo encajaba. Y lo aterraba.

—Creo —dijo Yandros con tranquilidad, viendo su desánimo— que comienzas a entender lo apurado de nuestra situación.

—Sí... —Los hombros de Strann se hundieron como si quisiera protegerse de una tenebrosa sombra que sentía cernirse sobre él—. Sí, mi señor Yandros, creo que sí. —A regañadientes, con aire desgraciado, miró al dios del Caos a la cara—. Pero sigo sin ver de qué manera puedo ayudaros para impedir que se cumplan los planes de este demonio.

Un lento y reptante sentimiento de pavor comenzó a tomar forma en lo más profundo de Strann mientras aguardaba la respuesta de Yandros. Tenía una terrible premonición de lo que iba a suceder, y no quería tomar parte en ello. No era valiente; no era un héroe. Empezaba a sentirse como si hubiera cavado su propia tumba y estuviera a punto de ser sepultado en ella.

Yandros sonrió, pero a Strann se le encogió el corazón.

—Ah, Strann, sé lo que estás pensando —dijo en voz baja—. Pero debes preguntarte qué temes más: servirme, con todo lo que eso podría significar, o continuar al servicio de la usurpadora. No hay tercera opción.

Librodot

Los felinos e inhumanos ojos resplandecían como hornos apagados pero con núcleos al rojo blanco. Strann sintió un estremecimiento profundo, primitivo, que lo sacudió y supo que no tenía elección.

—¿Qué deseáis de mí, señor Yandros?

Una risa apagada hizo que las hojas cercanas temblaran en sus ramas.

—La verdad, *Narrador de Historias,* no quiero nada que seas incapaz de ofrecerme. Existe una manera de llevar a Ygorla y a su padre a su perdición; y la forma de conseguirlo requerirá tanto de tus habilidades como bardo como de tu capacidad diplomática.

Strann lo miró sorprendido. No había esperado eso.

—La llave de las ambiciones de Narid-na-Gost —prosiguió Yandros— no se encuentra en la Isla de Verano, sino en el Castillo de la Península de la Estrella. El Castillo también es vital para las ansias de su progenie semihumana, porque hasta el momento Tirand Lin se ha negado siquiera a responder a ninguno de los mensajes, amenazas o ultimátums que le ha enviado.

Strann podía creer aquello de Tirand Lin. Se había encontrado en una ocasión con el Sumo Iniciado y le había parecido tieso y arrogante; desde luego no era el tipo de hombre cuyo orgullo le permitiera hacer ni la más mínima concesión al pragmatismo.

—Por una vez, la pomposidad le ha servido de algo a Tirand —comentó Yandros, leyendo con exactitud los pensamientos de Strann—. Tenía otras dos opciones: capitular ante las exigencias de Ygorla o desafiarla a su vez, y cualquiera de esos dos caminos habría sido un suicidio. Al mantener su silencio ha conseguido ganar tiempo; y como resultado, Ygorla se está obsesionando rápidamente con el deseo de conquistar la Península de la Estrella a cualquier precio. En asuntos de orgullo, Tirand Lin no es nada comparado con ella.

Strann no pudo evitar una sonrisa, aunque se viera turbada por recuerdos desagradables. Aquella revelación, pensó, explicaba claramente el caprichoso comportamiento de Ygorla en los últimos días, los cambios de humor súbitos y peligrosos, de la dulzura empalagosa al salvajismo y al vengativo desprecio, mientras que, en medio de todo ello, sus cortesanos luchaban por conservar la vida y la cordura.

—Quiero que Tirand Lin rompa su silencio —declaró Yandros—. Más que eso: quiero que finja capitular ante Ygorla, hasta el punto de que la invite a ir en triunfo al Castillo.

—¡Dioses! —exclamó Strann, para contenerse luego con rapidez—. Perdonadme —Yandros hizo un gesto impaciente—, pero ¿es eso posible?

—Podría ser —repuso Yandros— si un embajador con una mente lo suficientemente perversa actuara de intermediario entre ambas facciones.

Strann sintió de pronto que tenía la boca muy seca.

—¿Yo...?

—¿Quién si no? —La expresión de Yandros se volvió feroz—. Eres el único en la Isla de Verano que ha conseguido ganarse en alguna medida la confianza de la hechicera; y sí, me doy perfecta cuenta de cómo lo hiciste, y eso es otro punto a tu favor.

Strann se sonrojó, y se sintió lo más enfadado que podía atreverse a estar en presencia de Yandros.

—¡Lo he pagado muy caro! Mi conciencia...

—Será mejor que sigas sin hacerle caso —lo interrumpió Yandros con aspereza—. Puede que algún día recobres la libertad para permitirte los

reproches personales; pero hasta que ese día llegue, si es que llega, te aconsejo fervientemente que te olvides de esos conceptos en aras de tu supervivencia. Escucha ahora lo que tengo que decir. Estás en una posición ideal, por no decir única, para convencer a Ygorla de que te envíe a la Península de la Estrella como emisario suyo. No es una criatura demasiado inteligente, a pesar de su poder; estará bien dispuesta a creer que su bardo, su rata mascota —sonrió de manera nada agradable, y Strann desvió la mirada— puede abrirse camino hasta la fortaleza del Círculo y persuadir al Sumo Iniciado de que nada tiene que ganar con su tozudez. Ella no está dispuesta a desafiar a Tirand personalmente, porque no conoce con exactitud la fuerza del poder del Círculo y no quiere, por lo tanto, arriesgarse a un enfrentamiento directo. Tú, sin embargo, eres prescindible, y si cree que podrías convencer al Círculo para que le abra las puertas, te enviará hacia el norte con su bendición. Tu segunda misión será inducir engañosamente a Tirand Lin para que monte la trampa que pondrá a Ygorla y a su progenitor en nuestras manos.

Strann miró a los árboles sin ver. Comenzaba a sentirse mal.

—Habláis, mi señor, como si fuera lo más sencillo del mundo.

—Oh, soy perfectamente consciente de que tu misión no será fácil —reconoció Yandros—. Para empezar, tendrás que afrontar los prejuicios de Tirand. Su fidelidad fundamental siempre ha sido para los señores del Orden; ahora que está convencido de que Ygorla es nuestra aliada, ha roto formalmente los lazos del Círculo con el Caos, y ha realizado una ceremonia para suplicar directamente la ayuda de Aeoris. Si le dices la verdad, no hay garantía alguna de que esté dispuesto a escucharte, y menos todavía a creerte. Y, desde luego, está la complicación añadida de tu propia posición.

Strann alzó bruscamente la cabeza.

—No comprendo.

Yandros se encogió de hombros.

—En algunas partes ya se te conoce como el peón de Ygorla. Hay gente que te ha visto a sus pies, adoptando actitudes afectadas, y que ha llevado al continente la noticia de que Strann, el *Narrador de Historias,* es un traidor. Si esa historia ha llegado a la Península de la Estrella, tu recibimiento en el Castillo distará mucho de ser amistoso. De hecho —añadió descuidadamente— existe la posibilidad de que ni siquiera consigas llegar al Sumo Iniciado con tu mensaje. Pero ése es un riesgo que estamos obligados a afrontar.

—¿Estamos obligados? —repitió Strann, con no poca ironía.

Yandros le lanzó una dura mirada.

—Sí, Strann, nosotros. Te aseguro que esto me gusta tan poco como a ti. Si pudiera elegir, actuaría directamente para despachar a Ygorla y no serían necesarios estos subterfugios ni los peligros que implican. Pero no tengo elección, y tú tampoco. Ambos debemos confiar en que serás capaz de usar tus habilidades particulares para convencer a Tirand de que escuche la verdad y prepare la trampa.

Siguieron andando mientras Strann reflexionaba cuidadosamente. Tenía la sensación de que acababa de recibir un ultimátum; pero ¿era así? Había que reconocer que Yandros había presentado su plan en forma de petición, no como orden directa. ¿Cómo reaccionaría si Strann se mostraba reacio a cooperar?

Se detuvo y, consciente de que aquello podía resultar muy peligroso, dijo:

Librodot

—Podría negarme.

Yandros también se detuvo y se volvió para mirarlo directamente.

—Podrías. —Su expresión era inescrutable.

—Si lo hiciera..., ¿qué haríais?

Otro descuidado encogimiento de hombros.

—Buscar a otro emisario con más coraje del que tú tienes.

Strann sonrió con ironía.

—No me insultáis, señor Yandros. Nunca he negado ser un cobarde.

—Desde luego, eres bastante sincero acerca de tus limitaciones —reconoció Yandros. Luego le devolvió la sonrisa con una curva tan cruel y fría en los labios que Strann retrocedió algunos pasos—. Aunque tus mejores sentimientos dejarán, claro está, de tener ninguna importancia si nos obligas a buscar a nuestros aliados en otra parte.

Strann se sintió de pronto como si tuviera la boca y la garganta llenas de polvo. Retrocedió impulsivamente hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol. Yandros le contemplaba impasible, sin dejar de sonreír.

—El Caos no tiene ningún interés en aquellos que tontean con él sin ningún propósito —declaró—. Puedes mostrar un perverso orgullo en tu cobardía; poco más tienes de lo que estar orgulloso últimamente, de todos modos. Pero no necesitas invocarlo ahora, porque nada tienes que temer de nosotros. Tenemos cosas más importantes que hacer, que obtener una venganza mezquina de insignificantes mortales. Los hechos, Strann, son sencillos: me llamaste y ahora estoy aquí; puedes decidir ayudarme o no, como quieras. Si te niegas, puedes volver a tu precaria vida como mascota de la hechicera y nada más sabrás del Caos. Pero sospecho que podrías vivir, al menos hasta que tu dueña se canse de ti, lo bastante para lamentar tu decisión.

Strann se dio la vuelta, apoyó la frente contra el tronco del árbol y juró por lo bajo. Yandros, sin duda con toda premeditación, había tocado el único punto en carne viva que su ser interior no podía pasar por alto. Si el dios del Caos lo hubiera amenazado, coaccionado, entonces él habría capitulado, pero al mismo tiempo se habría retirado mentalmente al seguro caparazón que había construido a su alrededor, el caparazón que le permitía decir: «Haré esto porque no me queda más remedio, porque es la única forma de protegerme y preservarme. Desgraciado, indefenso Strann, mártir de la mala suerte, arrastrado como una hoja por los vientos del destino». Pero en vez de eso, Yandros le hacía enfrentarse a la desagradable realidad de su posición, lo despojaba de la cómoda mentira autocompasiva que lo había mantenido durante su estancia en la Isla de Verano, y le hacía cerrar el círculo, devolviéndolo a aquella furia emocional y cruda que lo había llevado hasta allí. Solo en medio de la niebla, con la muerte de Jianna escociendo todavía en su corazón y en su conciencia —y sí, también en su amor propio—, la rabia se había apoderado de él y había lanzado a gritos su súplica al Caos.

Amor propio. Aquélla era la clave del asunto. La pena por Jianna no era el verdadero desencadenante, porque la muerte de alguien prácticamente desconocida, por muy desagradable e inútil que fuera, no podía provocar semejante revoltijo de emociones. Era lo que su muerte había significado para él. Al odiarlo, al despreciarlo, Jianna se había llevado su odio a la tumba. ¿Cuántos más maldecían ahora el nombre de Strann el *Narrador de Historias?* Strann el traidor, Strann el paria, Strann el chaquetero llorón y rastrero. Oh, él mismo se había repetido aquellos epítetos una y cien veces, estimulando la amarga hipocresía de su existencia en una orgía de

remordimiento y reprobación. En pocas palabras, la muerte de Jianna había echado abajo la telaraña protectora que había tejido a su alrededor como una araña presumida; pero, pese a las pocas horas transcurridas desde su muerte, ya había comenzado a reconstruirla. Ahora, Yandros la había vuelto a destrozar, y esta vez sin remedio. Por primera vez, Strann se dio cuenta de la verdadera profundidad de su odio hacia Ygorla y lo que ella le había hecho. Lo había deformado, retorcido, había pisoteado su autoestima, y lo peor de todo era que él había hecho la vista gorda, había alzado los brazos rindiéndose y le había permitido asolar su alma para conservar la vida. ¿Qué había dicho Yandros de la cobardía de la que él tanto presumía? «Al fin y al cabo, pocos motivos más tienes para estar orgulloso estos días.» Yandros se equivocaba: ya no tenía nada de lo que sentirse orgulloso. Ni una gracia salvadora, ni un argumento de alivio; ni siquiera, se recordó, un amigo en el mundo que pudiera comprenderlo y perdonar lo que había hecho. Por ese motivo —no por ninguna razón de altos vuelos, ni por un valiente anhelo de convertirse en héroe o salvador, sino por pura furia egoísta— quería ver destruida a Ygorla.

Lentamente, se volvió. Yandros contemplaba el parque, al parecer sin ningún interés en Strann. La segunda luna estaba alta en el cielo, mientras la primera se ponía en el horizonte occidental. La neblina la distorsionaba, dándole el aspecto de un fantasma deforme y extraño que flotaba sobre el distante horizonte arrojando escasa luz.

—Mi señor Yandros... —dijo Strann en voz muy baja.

Yandros se volvió.

—¿Sí, Strann *Narrador de Historias?*

Ya lo sabía. Strann lo vio en sus ojos, que ahora tenían el ígneo color traslúcido de exquisitos ópalos. Bajó la mirada.

—Haré lo que me pedís.

Yandros sonrió apenas.

—Sí. Veo que lo harás.

—O al menos... —Strann se rió, una risa extraña y truncada— lo intentaré. —Volvió a alzar la cabeza y se atrevió a afrontar la inquisitiva mirada de Yandros cuando, por vez primera desde su desgraciado desembarco en la Isla de Verano, recuperó una chispa de su viejo sentido del humor—. Bien moriré intentándolo o bien viviré para escribir la epopeya que contará la gratitud de los dioses hacia un insignificante trovador.

La sonrisa de Yandros adquirió un tinte malicioso.

—Eres atrevido, una cualidad que el Caos sabe apreciar. —Su expresión se hizo más severa—. Tendrás una justa recompensa, Strann. Eso si vives para recoger la cosecha de tu éxito; y eso es algo que ni siquiera yo puedo garantizar. Haremos lo que podamos para facilitarte el camino, pero hemos de poner todo el cuidado en que ningún atisbo de lo que se trama llegue a las narices de Ygorla o de su progenitor. Si eso ocurre... —Se encogió de hombros y dejó a Strann preguntándose acerca de lo que quería decir y de las consecuencias que tendría para él.

Strann asintió.

—Lo sé, señor Yandros. —Era perfectamente consciente de que podía esperar poca ayuda por parte del Caos si el plan salía mal; aparte otras consideraciones, a los ojos de los dioses era un peón y, por lo tanto, prescindible. Pero podía aceptar eso. En cierto sentido era refrescante, porque le prometía la vuelta a algo que se acercaba a la libertad, un bien precioso que casi había olvidado desde que Ygorla había cerrado el collar

Librodot

enjoyado en torno a su cuello.

—Bien. —El señor del Caos lo miró con ojos fríos—. Tengo entendido que los mortales os estrecháis las manos al cerrar un trato. —Extendió su mano izquierda, y Strann la cogió con cierta vacilación. Sintió un intenso calor, seguido por un intenso frío; cuando Yandros le soltó la mano, los dedos le cosquilleaban.

—Está acordado —dijo Yandros—. No hay nada más que hacer por ahora. Ah, sólo una advertencia; te he contado que Tirand Lin ha llevado a cabo un ritual para solicitar la ayuda de Aeoris del Orden. No sé si Aeoris tiene intención de responderle o no; el reino del Orden es un libro cerrado para nosotros, igual que nuestro reino lo es para ellos. Pero tengo la sospecha de que Aeoris entrará en contacto con el Círculo, y eso significa que deberás tomar las máximas precauciones en tus tratos en el Castillo. Los señores del Orden nada saben de nuestras dificultades, pero si llegaran a descubrir que Ygorla tiene en su poder la gema del alma de mi hermano, utilizarían todos los medios a su alcance para arrebatársela antes de que nosotros pudiéramos hacerlo. Eso, como estoy seguro de que sabrás entender, pondría en peligro todo el Equilibrio.

Strann se quedó impresionado.

—Queréis decir que los señores del Orden...

—¿Destruirían la piedra? Oh, sí y con ella a mi hermano. Aeoris no ha olvidado su derrota, y se dará prisa en aprovechar cualquier oportunidad para desplazar el equilibrio a su favor otra vez. No debe enterarse de que estamos en desventaja. —Yandros hizo una pausa—. De hecho, no debe saber nada de mi implicación en este asunto, al menos por ahora. Lo que significa Strann, que, te ocurra lo que te ocurra, no habrá más contacto entre nosotros a partir de este momento. Como ya he dicho, haremos lo que podamos para que tu labor resulte más fácil, pero será poco. No podemos ayudarte directamente; de hecho, estarás solo.

—Lo comprendo, mi señor — repuso Strann—. Y os agradezco que seáis... tan franco conmigo. Me siento muy halagado por vuestra confianza.

Yandros sonrió.

—No es una cuestión de confianza, Strann. Si lo fuera, no te habría contado nada. Sencillamente, he leído en tu corazón y sé hacia qué bando se inclina tu lealtad.

Strann se quedó sorprendido. Nunca había pensado en ser fiel ni al Caos ni al Orden; siempre había sido, al menos conscientemente, demasiado pragmático. Yandros, sin embargo, parecía conocerlo mejor de lo que él mismo se conocía.

—Gracias, señor —repitió. Entonces, de repente, frunció el entrecejo. Yandros se dio cuenta y lo miró inquisitivamente.

—¿Hay algo que te preocupa todavía?

Era una cosa sin importancia, se dijo Strann, pero... Miró a Yandros otra vez y decidió decir lo que pensaba.

—Habéis dicho que pensáis que Aeoris enviará ayuda al Sumo Iniciado. Si es así... ¿por qué no ayudó a Jianna?

—¿A la Alta Margravina? —Una extraña expresión cruzó el rostro del señor del Caos, y sus ojos parecieron reflejar una multitud de colores apagados.

—Sí. Ella... ha muerto hoy. Se ha ahorcado.

—Lo sé.

—Desde que Ygorla asesinó a su marido, el Alto Margrave, ha rezado a

Librodot

Aeoris cada día. Si tan dispuesto está a responder a las plegarias del Sumo Iniciado, ¿por qué no respondió a las suyas?

Yandros exhaló un suspiro.

—No lo sé. Pero sean cuales sean sus motivos para permanecer en silencio, puedes estar seguro de que será un motivo que sirva a sus intereses. Quizá consideró que la súplica de Jianna era demasiado trivial para atenderla.

—Vos no considerasteis trivial mi súplica.

El señor del Caos se encogió de hombros.

—Parecería entonces que tú eres mucho más útil para nosotros que Jianna para Aeoris. —Después, sus ojos se oscurecieron de odio—. Pero si ella hubiera llamado al Caos, habríamos respondido. —Miró a Strann con franqueza—. Siento que no lo hiciera. Pero la elección era suya.

Strann contempló la hierba a sus pies.

—Sí. Supongo que así era.

Una mano delgada se apoyó en su hombro.

—No le des más vueltas, Strann. Ya no puedes ayudar a Jianna, y la autocompasión no te llevará a ningún lado; ya te has sumergido en ella durante bastante tiempo. Es hora de que vuelvas al palacio y comiences a trabajar. Hazlo bien... en beneficio de todos.

La mano se alzó. Strann cerró los ojos.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor Yandros. —Abrió de nuevo los ojos y alzó la mirada—. Pero si vos...

Se quedó a media frase. Estaba solo.

Librodot

CAPITULO 13

Strann no durmió aquella noche. Al regresar a palacio, descubrió con inmenso alivio que nadie había advertido su ausencia, y cuando cerró la puerta de su habitación, pensó haber ganado unas cuantas horas de tranquilidad para reflexionar sobre los acontecimientos de la noche. Sin embargo, era demasiado optimista. A los cinco minutos de su regreso, una luz violeta brilló bajo su puerta, la puerta se puso por un instante al rojo vivo y un elemental, que parecía consistir únicamente en un brazo con una boca sin labios en uno de sus extremos, se materializó flotando en la habitación.

—La mascota de la emperatriz debe comer. La mascota de la emperatriz debe conservar sus energías. —El brazo sin cuerpo terminaba en una mano deforme que llevaba una bandeja; el elemental se deslizó hacia Strann y le acercó la bandeja a la cara—. Si la mascota de la emperatriz conserva sus energías, la emperatriz estará contenta. Si no lo hace, la emperatriz se enfadará.

Strann cogió la bandeja, manteniendo la cabeza apartada.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡lo entiendo! ¡Fuera de mi vista, obscenidad!

El brazo flotó de nuevo en dirección a la puerta y la atravesó. Sólo cuando estuvo convencido de que realmente se había marchado, Strann se atrevió a mirar de nuevo a la habitación; luego dejó la bandeja en el suelo y se desplomó en un cojín junto a ella.

Un ave entera, asada, dulces, una botella del mejor de los vinos de las bodegas de palacio. Junto a la botella, un capullo de rosa, que debía de haber sido blanco o rosa, pero que ahora, mediante hechicería, tenía un color negro resplandeciente y sin mácula. Un regalo de Ygorla; y un enfático recordatorio de la tarea que le había encargado y que, a la luz de los acontecimientos posteriores, él había olvidado por completo.

Strann comió y bebió; pero después, cuando el asco que le provocaba la balada que debía escribir y el trauma retardado de sus experiencias se mezclaron y lo golpearon de lleno, deseó por los catorce dioses haber tenido la fuerza de voluntad de no haber probado bocado. Salió tambaleándose del aseo más cercano con el estómago vacío y retorcido como una serpiente en su interior, y dio un portazo al entrar en su habitación con la pequeña esperanza de que despertaría a quienes pudieran oírlo. Volvió a derrumbarse sobre el montón de cojines y, con fría determinación, cogió su manzón y se concentró en el trabajo que debía llevar a cabo.

Quizás Yandros le hubiera otorgado algún sutil poder aquella noche, porque la balada surgió con facilidad: una pieza cínica y brillante que conseguía alabar a Ygorla ante las cuatro esquinas del mundo, mientras que se burlaba del fin de Jianna Hanmen Alacar, con un transparente remedo de pena. Strann rara vez escribía sus composiciones, prefería tocarlas una y otra vez hasta dejarlas grabadas en su memoria. Pero por una vez hizo una excepción. No quería escuchar la pieza terminada más que una vez; una vez, de hecho, sería más que suficiente. *Ygorla se mostrará encantada* —pensó con amargura—. *Mañana seré, con seguridad, un favorito a sus pies.*

Un favorito... Strann pulsó con suavidad las cuerdas de su manzón, una forma de disculparse con el instrumento por haberlo puesto a hacer algo tan vergonzoso. Emitió una disonancia que él sin pensarlo moduló

Librodot

hasta convertirla en algo más agradable. Un fragmento de melodía entró en su cabeza, y la tocó; parecía llevar de forma natural a otra progresión de acordes...

Un favorito. A los favoritos se les concedían favores. Yandros (ahora estaba demasiado cansado para sentir más que un ligero escalofrío ante la idea de que, tan sólo unas horas antes, había estado frente a frente con el más importante de los dioses del Caos) había hecho un comentario acerca de su habilidad diplomática y le había dicho que la utilizara para conseguir la aprobación de Ygorla a su plan. ¿Qué mejor manera de conseguirlo que escribir una nueva balada, una balada calculada para elevar su monstruoso ego a tales alturas que caería de lleno en su trampa? Los discursos elegantes podrían no bastar para convencerla; pero una canción épica era un poderoso cebo.

Aquellos acordes, pensó, tocados despacio y con algo más de énfasis, podrían constituir la majestuosa obertura de una historia capaz de rivalizar con la epopeya *Equilibrio.* Resultaba irónico utilizar una composición acerca de los dioses del Caos como base para aquello, pero sospechaba que Yandros sabría apreciar la ironía.

Comenzaba a sentirse mejor. Tenía hambre otra vez, pero eso estaba bien: el hambre haría que su concentración fuera más intensa. Strann se puso en una postura más cómoda, se inclinó sobre su manzón y comenzó a trabajar.

Fue descubierto poco después de mediodía por un mayordomo —un hombrecillo despreciable atraído por el doble estímulo del terror de Ygorla y la envidia del puesto de Strann como mascota— que acudió por propia voluntad para descubrir por qué la rata no había hecho todavía su aparición diaria en la sala de la corte y con la esperanza de descubrir alguna traición nimia. Encontró a Strann dormido y roncando ligeramente, con el mástil del manzón todavía entre los dedos y el manuscrito de su nueva balada esparcido en el suelo ante él. El mayordomo se acercó con cautela y se inclinó para mirar el pergamino. Luego alargó los dedos con cuidado para recoger una de las páginas.

El suave ronquido cesó. Cogido *in fraganti,* el mayordomo se puso colorado al ver que los ojos de color avellana de Strann lo miraban con frialdad.

Se enderezó apresuradamente, mientras se sacudía la túnica bordada y miraba hacia otro lado.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó con un tono de voz demasiado agudo para transmitir autoridad—. Casi es mediodía. Su majestad está impacientándose.

Strann se tapó un bostezo con la mano.

—Puede que a su majestad le divierta saber que sólo he dormido una hora —respondió con acritud.

El mayordomo de larga nariz lo miró.

—Si la canción que encargó no está lista...

—Seré yo quien sufra las consecuencias y no tú.

Strann se puso en pie con un movimiento ajustado, al tiempo que contenía un gesto de dolor cuando uno de los músculos de su espalda protestó.

—Si la emperatriz se encuentra en la sala de audiencias, puedes decirle que me presentaré ante ella en diez minutos. Eso si tienes el valor de dirigirle la palabra.

Librodot

El mayordomo abrió la boca para responder, pero al ver la mirada de Strann lo pensó mejor. Nunca antes había visto aquel brillo en la mirada de la rata. Había algo nuevo y cortante, como si alguien más, alguien extraño hubiera entrado en la mente de Strann y ahora mirase hacia fuera con frialdad, tras la máscara de los iris de color avellana.

Se dio la vuelta.

—Será mejor que no pierdas el tiempo —dijo con aspereza.

Strann vio la puerta cerrarse y maldijo la falta de cerradura o cualquier otro medio para asegurarse la intimidad al menos en sus propios aposentos. Luego relajó los hombros, se llevó las palmas de las manos a los ojos y apretó en un esfuerzo por combatir el cansancio. No había querido dormirse, pero su cuerpo acabó rebelándose contra su cerebro y venció. Ahora se sentía peor que si hubiera permanecido despierto, como el despojo de un naufragio arrojado a una playa de las Grandes Llanuras Orientales. Debía reanimarse, arreglarse para presentarse ante Ygorla, o desharía el potencial bien de su balada aun antes de que la escuchara.

Un cuenco y un aguamanil reposaban en una mesilla en un rincón de la habitación, con un espejo encima de ellos. El agua del aguamanil era de ayer y estaba fría, pero no importaba: serviría. A Ygorla le divertía permitir que conservara su navaja —o bien suponía que no la usaría para cortar sus propias venas o el gaznate de otra persona, o bien esas cosas le daban lo mismo—, y Strann se puso ante el espejo y comenzó a hacer espuma en un plato junto a la jofaina, con el jabón oleoso y demasiado perfumado. Se puso la espuma en la cara, y de repente se detuvo cuando, en un instante de desconcierto, le pareció mirar a los ojos de un extraño reflejado en la pulida superficie del espejo. Luego la ilusión se desvaneció y sacudió la cabeza. No era nada —no podía ser— que tuviera que ver con la noche anterior. No quería pensar en la noche pasada; de hecho estaba decidido a no pensar en ello en absoluto por miedo a que si lo hacía, perdería del todo su cordura. *Mantén la calma, acepta los hechos necesarios,* y *actúa de acuerdo con el plan que ha sido trazado. Eso es lo único importante. Lo demás es mejor dejarlo estar.*

Volvió a contemplar su reflejo, sin darse cuenta de que sus ojos parecían tener un tono helado antinatural, y comenzó a afeitarse.

Tras la esbelta figura de Ygorla, los colores del gran respaldo curvo del trono cambiaron desde el rojizo al verde y oro, hasta adquirir un tono de agradable y brillante azul. Con languidez, Ygorla estiró un pie calzado con zapatilla; después se llevó una mano al pecho y se sacó un broche que llevaba en su corpiño. Esbozó una dulce y arrebatadora sonrisa, y arrojó el broche a Strann, quien tuvo la prestancia de cogerlo al vuelo.

—Majestad —dijo Strann—, vos me honráis en demasía.

La sonrisa de Ygorla se convirtió en morritos, como si le estuviera lanzando un beso.

—Rata mía, sería grosera si no demostrara cuándo estoy satisfecha. No es más que una pequeña recompensa por tus habilidades —sus ojos se posaron con malicia en el pequeño grupo de cortesanos con tiesa expresión situados a un lado del trono— y por tu lealtad. De verdad, estoy emocionada.

Strann soltó un largo pero silencioso suspiro de alivio. Había caminado sobre el filo de una navaja durante la última media hora, desde que había llegado a la sala para encontrar a la reina —la emperatriz, se corrigió con rapidez y precaución— aburrida e impaciente y, por tanto, buscando la más

mínima oportunidad de mostrarse malévola. Él interpretó el papel de penitente indigno; aguantando cinco minutos de sarcasmo mordaz y amenazas apenas veladas, consiguió transformar su representación con unos cuantos chistes autodespreciativos de bufón, que por fin lograron arrancar de Ygorla una sonrisita helada pero todavía peligrosa, y por último la engatusó para que escuchara la canción que había encargado para conmemorar el fallecimiento de Jianna. Entonces, para disgusto de sus compañeros de esclavitud, la cantó poniendo todo su saber en la interpretación, e Ygorla se mostró satisfecha, muy satisfecha. El broche que con tanto descuido le había arrojado tenía un diamante del tamaño de la uña de su pulgar; sólo con esa piedra podría haber comprado la taberna de Koord en Shu-Nhadek. Y lo que era más importante, indicaba que quizá no habría mejor momento para poner su plan en marcha.

Se puso en pie, se acercó al trono y haciendo una profunda reverencia ante ella, se atrevió a cogerle la mano.

—Señora —dijo en una voz modulada de manera tan íntima que sólo ella pudo escucharlo—, os ruego perdonéis mi atrevimiento, pero... si mi humilde ofrenda os ha agradado, entonces me atrevo a esperar que todavía os guste más otra balada nueva.

—¿Otra? —Ygorla lo miró con fijeza a través de sus largas pestañas.

—Sí, majestad. Todavía no está acabada, pero soy lo bastante atrevido para creer que conseguirá complaceros en cierta medida. Sin embargo... —sus ojos indicaron expresivamente a los demás presentes en la sala—, me pregunto si, con vuestra venia, pudiera quedar reservada sólo para vuestros oídos.

Los ojos de Ygorla brillaron interesados.

—¿Por qué, rata? Si es una composición tan excelente, quiero que toda mi corte la escuche.

Strann volvió a hacer una reverencia.

—Majestad, sois demasiado amable conmigo. Pero yo..., bueno, había esperado con ansia que pudierais hacerme el honor de guiarme en mi obra. Como he dicho, la pieza todavía está inacabada; y si al menos pudiera saber cómo deseáis que sea narrada la historia, entonces se convertiría de una composición musical respetable en una verdadera epopeya.

La atracción era irresistible para el ego de Ygorla. Hizo una pausa durante unos instantes, fingiendo que consideraba la propuesta de Strann.

—Muy bien —respondió al cabo—. Estoy de generoso humor. Podrás disponer de algunos minutos de mi tiempo. —Alzó la cabeza y chasqueó imperiosamente los dedos en dirección al grupo de cortesanos—. Fuera.

No hizo falta que lo dijera una segunda vez. Cuando salieron, varias sombras negras surgieron de debajo del trono de Ygorla y se deslizaron tras ellos como agua oscura que recorriera el pulido suelo. Los demonios guardianes estaban ausentes; no había figuras inhumanas colgando o trepando entre las altas columnas. Ygorla volvió a arrellanarse en el gran asiento del trono y dijo:

—¿Bien?

—Majestad... —Strann alzó su manzón y se colocó con una rodilla doblada a sus pies. Era una postura incómoda, pero el efecto era más importante que la comodidad—. Deseo contar la historia de una Emperatriz. Una dama de belleza incomparable y también de incomparable poder. Una mujer sin igual que se dignó poner su mano sobre el mundo y que hace que toda la belleza del mundo parezca triste ante su resplandor.

Librodot

Las cejas de Ygorla se arquearon ligeramente, pero más en un gesto divertido que irritado.

—Sigue.

—Deseo, dulce majestad, escribir para vos una epopeya que no tendrá parangón comparada con cualquiera de las piezas compuestas por los mejores bardos en nuestra historia. No será una balada, porque las baladas tienen limitaciones y dichas limitaciones os harían una tremenda injusticia. —Suave, pero persuasivamente, comenzó a tocar la melodía introductoria que había compuesto durante la noche—. Tengo en mente componer una cantata, una elegía, un grandioso y magnífico himno de alabanza. *«Mide bien el tiempo»* —pensó—; *«ahora, un cambio a los acordes solemnes...»*

La luz brilló en los ojos de Ygorla y, por encima de la repentina potencia de la música, la voz de Strann se escuchó rica y clara:

—Pero ¿qué es un himno de alabanza si no hay una historia que narrar? Una historia que inspire asombro, que inspire temor, que inspire reverencia; la historia de la gloriosa y total conquista del mundo por la emperatriz Ygorla.

Dejó que sus últimas palabras se fundieran con un armónico del manzón, y antes de que Ygorla pudiera reaccionar o incluso aclarar sus pensamientos, se lanzó a tocar la pieza que había compuesto, la canción de obertura de su supuesta epopeya. Para ser más expeditivo, había plagiado sin rubor fragmentos del primer movimiento de *Equilibrio;* así se había ahorrado mucho tiempo, y estaba dispuesto a correr el riesgo de que Ygorla, quien no mostraba ningún interés en los temas artísticos a menos que estuvieran directamente relacionados con su persona, conociera la obra maestra original.

Tenía que admitir, pensó mientras tocaba y cantaba, que al menos musicalmente aquélla era una pieza espléndida. El contenido lírico era harina de otro costal, pero es que las palabras tenían un propósito totalmente distinto; y no pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a surtir el efecto deseado. Poco a poco, la postura de Ygorla cambió de un simulacro de tolerancia fría a la tensión reprimida del interés genuino y ansioso. Se inclinó hacia adelante, con los pies doblados bajo el cuerpo y la barbilla apoyada en un puño, y los colores del trono comenzaron a agitarse pasando por un arco iris de brillantes sombras mientras bebía el salmo de Strann. Los primeros versos de la canción poco más hacían que cantar su belleza, su poder, su disposición para gobernar como emperatriz, amada y temida en igual medida por un populacho asombrado y agradecido; desde luego no era el más sutil de los inicios, pero tuvo el efecto deseado de captar la atención de Ygorla por completo y hacerla muy receptiva a la sugerencia que Strann había deslizado en el último verso, en forma de severa advertencia para cualquier hombre vivo que osara cometer la locura de no reconocerla como su verdadera e incuestionable reina. El verso era, de hecho, un guante arrojado a los pies de los vacilantes, y aunque Strann había puesto especial cuidado en no mencionarlos por el nombre, su blanco evidente era el Círculo y en particular su líder, Tirand Lin.

La pieza terminaba en una coda que, en las manos de una orquesta completa de músicos, se convertiría en una ostentosa fanfarria. Estaba concebida para dejar al oyente ávido, en el umbral del siguiente movimiento, todavía no escrito, atrapado por la promesa hábilmente insinuada de la derrota y humillación de los enemigos de Ygorla; y funcionó. Strann lo vio en su expresión, mientras se desvanecían las últimas notas, y en los repentinos

Librodot

y violentos cambios de color en el trono a sus espaldas.

—Ahh... —La palabra era un suave suspiro con una potente corriente subterránea de veneno; Ygorla se alzó del trono y comenzó a pasear lentamente por el estrado, mientras Strann la observaba con atención, con las pestañas bajadas—. Si él supiera..., si al menos lo supiera...

Strann sabía muy bien a quién se refería, y sabía que había dado en el blanco. Yandros estaba en lo cierto; el empecinamiento de Tirand Lin empezaba ciertamente a obsesionarla, y había mordido el anzuelo como un lucio hambriento. Ygorla se paró súbitamente y se volvió hacia él.

—Pide una recompensa, rata —dijo imperiosamente—. Lo que desees, será tuyo. Has capturado con exactitud, con total exactitud, lo que yo deseaba, ¡y más! ¡Has dicho la verdad! —Sus ojos adquirieron una expresión ausente, se hicieron brillantes y duros como un par de piedras preciosas—. Tan sólo lamento que el Sumo... que los escasos locos ignorantes que todavía se niegan a reconocer mi superioridad, no se encuentren humillados ante mí en esta sala ahora para escuchar la verdad con sus propios oídos. Porque tus palabras les abrirían los ojos y les harían entender que no pueden resistir, lo quieran o no. —Entonces, de repente, su mirada se concentró en el rostro de Strann—. Eres un bardo entre bardos y tienes una lengua que es oro puro. Aprecio el oro; sé valorarlo. De manera que dime: ¿qué deseas, rata mía de la lengua de oro? ¿Qué recompensa deseas recibir por tus servicios?

—Señora —repuso Strann con tono reverente—, vuestro elogio es recompensa suficiente. No pido nada más; aunque comparto vuestro pesar ante el hecho de que esos pocos ciegos y recalcitrantes a los que os referís no estén aquí para presenciar y aprender de mi saga. Si eso pudiera conseguirse, me sentiría completamente realizado y el propósito último de mi obra se habría conseguido.

Ygorla frunció el entrecejo.

—Así sería —asintió, irritada de repente, porque no había deseado profundizar en aquel aspecto de su dilema personal—. Pero creo que te sobreestimas si piensas, aunque sólo sea por un instante, que tú podrías conseguir semejante cosa.

—Naturalmente, majestad. —Strann inclinó la cabeza, mostrando un humilde asentimiento—. Pero me atrevo a suponer que podría sugerir la manera en que vos podríais conseguirlo.

Hubo un tenso silencio. Ygorla permaneció inmóvil, mirándole. Luego, en un tono de voz mucho más amenazador, dijo:

—Explica qué quieres decir.

Aquél era el momento que Strann había estado esperando, el momento de jugar su carta oculta.

—Señora —respondió, con gran precaución—, en las Grandes Llanuras Orientales, los pescadores tienen un proverbio...

—¿Pescadores? —saltó ella, interrumpiéndolo—. ¿Qué tienen que ver con esto los pescadores?

—Mucho, señora, si se da un nuevo sentido a su máxima. Dicen: «La marea no se levantará para mí; por lo tanto, yo debo levantarme para la marea».

Ygorla lo miró inexpresiva, y los colores del trono comenzaron a adquirir tonalidades peligrosamente oscuras.

—Estás diciendo tonterías, Strann. ¡No te atrevas a tontear conmigo!

Strann respiró hondo. Había temido esto, temido la combinación de

Librodot

ignorancia e impaciencia que con tanta facilidad podía alterar su frágil equilibrio en aquella cuerda tendida y arrojarlo al desastre. Tenía que volver a disponerla a su favor, antes de que su mal genio venciera a su curiosidad.

—Majestad —dijo, con un tono suplicante en su voz—, si todavía estáis dispuesta a concederme una recompensa, entonces os suplico que sea lo siguiente: permitidme hablar con libertad ante vos ahora. Puede que me gane vuestro desprecio por mi crasa locura, incluso puede que despierte vuestra ira con mi atrevimiento. Pero creo, ferviente y profundamente, que lo que tengo que decir puede ser de algún valor para vos. —Alzó los ojos y afrontó su mirada con franqueza—. En mis más preciados sueños no podría desear nada más.

Durante unos peligrosos momentos, el futuro de todo su plan pendió de un hilo. Ygorla tenía el entrecejo fruncido, dividida entre la irritación y el efecto de la descarada dádiva a su vanidad. Los colores del trono cambiaban con tal rapidez que era imposible interpretarlos; lo único que podía hacer Strann era rezar en silencio para que Yandros no hubiera cometido un fatal error en su juicio.

Por fin, la voz de Ygorla rompió el silencio.

—Puedes hablar.

Un estremecimiento, un hormigueo de calor seguido de violento frío, sacudió el cuerpo entero de Strann, inundándolo de alivio. Con la suavidad necesaria para expresar una gratitud sumisa, dijo:

—Mi emperatriz, no pretendo poseer conocimientos especiales, pero creo —*con cuidado ahora, Strann, con cuidado*— que hay un hombre en particular cuya obstinación demuestra un grado de locura desconocido hasta la fecha en alguien de su situación. Me refiero a Tirand Lin, del Círculo.

Debía de haber puesto el grado justo de desprecio en su voz, porque Ygorla lo animó a continuar.

—El Sumo Iniciado, como todavía gusta hacerse llamar, vive en la falsa creencia de que tiene el poder para negarse a reconocer a su emperatriz por derecho. Está claro que, si lo desearais, podríais desengañarlo en menos tiempo del que tarda un hombre en pestañear; pero como sois compasiva, además de sabia, preferís que la capitulación del Círculo sea… voluntaria.

Una tenue sonrisa se dibujo en las comisuras de los labios de Ygorla.

—Eres astuto. Continúa.

Hasta el momento la cosa iba bien.

—Sin embargo, yo no he sido bendecido con la magnanimidad de mi reina —dijo Strann—. Lo confieso, majestad: la resistencia de Tirand Lin me enfurece. Me enfurece en tal medida que daría mucho por verlo humillado por el insulto que se ha atrevido a haceros con su silencio. —La miró a los ojos—. Si pudiera ayudaros a conseguir eso, mi señora, me recrearía en su caída, la saborearía.

Aquello sorprendió a Ygorla. Pero antes de que pudiera preguntarle por sus motivos, Strann prosiguió:

—Vuelvo ahora al proverbio de los pescadores. La marea no obedece las órdenes de los hombres; por lo tanto, para conseguir los fines deseados, los hombres deben adaptarse a la costumbre de la marea. —Sonrió con aire conspirador—. En otras palabras, majestad, si el Sumo Iniciado no parece dispuesto a abandonar la Península de la Estrella y acudir a vos, entonces quizá vos deberíais ir a él y sacarlo de allí por la fuerza.

Strann pudo darse cuenta enseguida de que la idea, a pesar de haberla

presentado en un estado tan embrionario, agradaba a Ygorla.

—Sacarlo por la fuerza... —repitió ella pensativa, y comenzó de nuevo a pasearse—. Igual que se saca a un caracol de su concha para exponer la carne suave y vulnerable que esconde... Rata, ¡creo que eres un roedor de una inteligencia fuera de lo común, y en más de un aspecto! —Entonces su expresión cambió—. Pero ¿cuál es la mejor manera de hacerlo?, ésa es la cuestión. Me divertiría, oh, cuánto me divertiría marchar hacia la Península de la Estrella y llegar ante el umbral de Tirand Lin con una fanfarria de trompetas para anunciar mi presencia y mi intención. —De nuevo sus ojos mostraron un brillo ávido y distante, mientras la imaginación se adueñaba de su ser—. Viajaría por las provincias, demostrando a todos mi verdadero poder. Me verían a mí, no meramente a mis siervos. Sería festejada, reverenciada, adorada; ¡ah, eso sería magnífico! —De pronto, el entusiasmo se convirtió en amargo gesto—. Pero hasta que Tirand Lin no esté dispuesto a recibirme rindiendo los honores debidos a su emperatriz, no condescenderé a dar ese paso. Él debe ceder ante mí. No tengo intención de tolerar su arrogancia. —Giró sobre sus talones para mirar a Strann y añadió con aire desafiante—: ¿Tienes una respuesta para eso, pequeño roedor?

Strann sonrió.

—Sí, majestad, creo que la tengo. Porque, aunque es bien evidente que no os corresponde a vos dar el primer paso, un embajador cuidadosamente elegido podría adelantarse a vos y preparar el camino para vuestra triunfal conquista. Un embajador podría conmover a Tirand Lin, allí donde han fracasado otras estrategias; siempre y cuando, claro está, tuviera las armas adecuadas a su alcance. —Su mano izquierda se movió por el mástil del manzón y rasgó las cuerdas con suavidad—. Armas sencillas, mi emperatriz, pero efectivas, porque llevarían a cabo el ataque desde un lugar inesperado. Unas cuantas palabras bien escogidas; una historia bien pergeñada e igualmente contada de manera inteligente, que engañara al oído y desconcertara la mente... —Una sonrisa cómplice apareció en sus labios—. Tan sólo una mínima cantidad de carácter taimado, majestad. Lo suficiente para hacer cambiar de opinión al Sumo Iniciado y desviar sus desprevenidos pies del camino que ha escogido —y movió los dedos para repetir, lenta y enfáticamente, la fanfarria de obertura de su epopeya.

Ygorla lo miró durante un tiempo inquietantemente largo. Luego sus ojos comenzaron a brillar, hasta que parecieron soles gemelos de zafiro.

—Una mínima cantidad de carácter taimado... —repitió con aire pensativo; sus labios se entreabrieron y esbozaron una sonrisa parecida a la de Strann—. Oh, rata mía, ¡eres tan astuto como tu apodo indica! —Sus hombros se estremecieron; echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risa salvaje y satisfecha—. Mi embajador, armado con un poder que el Círculo jamás podría pensar en prevenir: ¡el poder de un bardo! —Lanzó un hondo suspiro; luego dio la vuelta, se dirigió al trono y se arrojó sobre el montón de cojines—. ¡Un bardo que puede inventar un cuento que servirá de cebo a mi caña y atrapará al pez escurridizo! ¡Strann, eres el más astuto de mis siervos! —Se inclinó hacia adelante—. ¡Utiliza tu lengua de oro para entregarme a Tirand Lin, y te recompensaré con tu peso en oro!

Strann hizo una reverencia.

—Majestad, ¡declaro mi indignidad! Si fracasara...

—No fracasarás —Ygorla lo miró con fijeza—. Tendrás éxito. Deseo tener el placer de enseñar a Tirand Lin el error de su comportamiento, y tú conseguirás darme ese placer. Mi pequeña mascota roedora llegará

Librodot

mordisqueando ante las puertas del Castillo, y roerá las defensas del Círculo hasta que el camino esté despejado para su dueña. Ésas son mis órdenes, y obedecerás. Debes tener éxito, rata mía. ¿He hablado con claridad?

Strann volvió a hacer una reverencia.

—Señora, lo habéis hecho.

—Entonces creo que nos entendemos perfectamente. Ahora —Ygorla juntó las manos— procedamos a resolver la cuestión de cómo debe hacerse. No veo ninguna razón para perder el tiempo, de manera que me dedicaré inmediatamente a planear mi estrategia. Mi primer acto, creo, consistirá en enviar un nuevo mensajero a la Península de la Estrella. —Alzó un brazo, chasqueó los dedos, y su voz resonó áspera en la sala—. ¡Siervos!

Se produjo un oscuro resplandor en el aire junto a una de las columnas, y tres elementales se materializaron. Uno —la cabeza de felino sin cuerpo— ya lo había visto Strann en una ocasión; el segundo era una llama animada de color verde y plateado; el tercero... Strann desvió rápidamente la mirada, sintiendo que su estómago daba un vuelco.

Ygorla se dirigió a aquellos seres:

—Quiero que vengan inmediatamente cuatro escribas. Y decid a mis mayordomos que traigan vino fresco y más comida. —Lanzó una mirada a la bandeja de plata que tenía a su lado, la cogió y la arrojó al otro lado de la sala—. Decidles que exijo algo más placentero para mi paladar que esta inmundicia insípida, ¡o haré que mi próxima comida se sirva sobre un mantel hecho con sus pellejos! —Los elementales se alejaron, y ella se volvió de nuevo hacia Strann—. No te necesito más por el momento, rata mía, de manera que puedes regresar a tus aposentos y continuar componiendo. —Sonrió—. Cuando haya completado mis planes, y decidido el día y la forma de tu partida, volveré a verte. Te lo aseguro, no tendrás que esperar mucho tiempo.

Strann se levantó. Se sentía mareado, con una mezcla de emociones que no encajaban bien juntas, y la principal de todas era el alivio asombrado al ver que el plan —por lo menos hasta el momento— funcionara tan bien, sumado al miedo creciente ante la idea de lo que podía estar esperándole. Reprimió aquellos sentimientos antes de que pudieran ser demasiado intensos, y volvió a hacer una reverencia, esta vez con un grandilocuente gesto de despedida.

—Contaré los instantes, majestad, hasta volver a disfrutar del honor de ser llamado ante vuestra presencia.

Incluso Ygorla podría haber desconfiado de una hipérbole tan descarada, pero no estaba prestándole atención. Su caprichosa mente ya se había concentrado en una nueva área de interés, y se limitó a despedir a Strann con un imperioso gesto de la mano. Strann se marchó, intentando ahogar el incómodo golpear de su corazón dentro del pecho. En el pasillo, al otro lado de las puertas de doble hoja, se tropezó con el primero de la camarilla de escribas de Ygorla, que se apresuraba en dirección a la sala de audiencias.

Los pasos del escriba se hicieron más indecisos cuando vio a Strann.

—¿Acabas de ver a la emperatriz? —Su voz sonó atiplada debido al nerviosismo, y su mirada escudriñó atentamente el rostro de Strann.

—Sí.

—¿Está...?, quiero decir, ¿sabes qué quiere?

Strann no cedió.

—Pregúntaselo a ella —contestó con un encogimiento de hombros, y se

Librodot

alejó en dirección a su habitación. Ahora sólo quería una cosa, y estaba decidido a que nada le impediría tenerla: dormir. Tiempo para olvidar a Ygorla, para olvidar a Yandros, para olvidar lo que el futuro podría depararle. Sencillamente, tiempo para hundirse en un bienaventurado olvido hasta que el mundo volviera a imponerse ante él. En aquel momento no le quedaban energías para pedir nada más.

Ygorla contempló a su mensajero elevarse hacia el cielo desde el tejado del torreón y dar una vuelta sobre el palacio como si de un saludo se tratara, antes de que su negra silueta se alejara a toda velocidad en dirección norte. Cuando por fin ni siquiera su visión aumentada mediante la magia fue capaz de detectar la silueta de sus alas, cada vez más pequeña, se apartó de la ventana con un hondo suspiro de satisfacción.

—Está hecho. —La puesta de sol y la estrella pulsante se combinaban para ofrecer una luz carmesí que entraba por el cristal; la luz se derramaba alrededor de sus pies como sangre recién derramada—. Al amanecer, Tirand recibirá mi carta, y Strann partirá después, con la marea de la mañana. —Sonrió, y su rostro adquirió una expresión espectral en la penumbra—. Un excelente día de trabajo, padre, ¿no estás de acuerdo?

Narid-na-Gost, en su acostumbrado rincón sombrío, encogió sus deformes hombros en un gesto ligeramente malhumorado.

—Desde luego, hija mía, has actuado con bastante rapidez.

—¿Me culpas por ello? ¿Por qué habría de perder más tiempo?

Los ojos del demonio brillaron con calor.

—Como quieras; aunque sigo sin ver por qué tienes la necesidad de ser tan apresurada. Y en cuanto a tu elección del embajador... —Escupió deliberadamente en el suelo y una llama ardió brevemente en el borde de una de las lujosas alfombras—. Un cobarde egoísta y afectado que se pasa los días adulándote en busca de recompensas. ¿De verdad piensas que puedes confiar en semejante criatura para que lleve a cabo tus órdenes?

Ygorla sonrió con desdén.

—Ah, pero tú no conoces a Strann como lo conozco yo, padre. Puede que sea un estúpido, pero posee un raro y especial talento para la persuasión.

—Eso he observado —replicó Narid-na-Gost con acidez.

Ella se echó a reír.

—¡No me ha engañado ni por un solo instante! Pero sí que engañará a Tirand Lin, sobre todo cuando escuche la historia que Strann tiene que contarle.

Se sentía especialmente orgullosa de aquella parte de su estrategia. Se le había ocurrido de pronto, mientras dictaba laboriosamente la carta que quería enviar a la Península de la Estrella, y sus gritos de risa satisfecha habían hecho que los escribas se encogieran de miedo y que media corte acudiera corriendo a la sala de audiencias para ver qué pasaba. Cogió los pergaminos de los escribas y los hizo trizas, para luego ponerse inmediatamente a concebir una nueva misiva. Una misiva en la que insinuaba que su emisario, que ya estaría de camino hacia el norte, no acudía para exigir juramento de obediencia, sino para parlamentar con el Círculo en nombre de su emperatriz. ¿Cuál era la frase que había sugerido uno de sus mansos sabios aterrorizados? «Para abrir negociaciones que llevaran a la mutua comprensión y al beneficio para ambos», eso era. No deseaba ser la enemiga del Círculo; en lugar de eso tendía la mano para la

Librodot

amistad y la cooperación, y añadía unas cuantas palabras bien escogidas de elogio hacia Tirand Lin. Aquella primera salva garantizaría, estaba segura, que las puertas del Castillo se abrieran ante Strann; y una vez que estuviera dentro de la fortaleza del Círculo, el resto de su tarea sería sencillo. El Sumo Iniciado sentiría curiosidad ante el aparente cambio de ánimo de Ygorla; y la confesión de Strann —arrancada a pesar de sus quejas, claro está, y en el más grande de los secretos— de que lo que se contaba acerca del poder de Ygorla era exagerado, y que no sería adversaria para las magias combinadas del Círculo, proporcionaría la chispa que haría saltar el fuego. Proclamando su verdadera lealtad al viejo triunvirato, Strann convencería al Sumo Iniciado para que tendiera una trampa a Ygorla, invitándola a acudir como huésped de honor a la Península de la Estrella; y cuando las puertas del Castillo se abrieran de par en par ante ella, saborearía el triunfo de su conquista definitiva. Farol y contrafarol. Sí, pensó con entusiasmo, era todo muy sencillo.

El hecho de que Narid-na-Gost no hubiera dado su completa aprobación al plan era irritante, aunque no demasiado. Últimamente, cada vez le importaba menos su opinión, fuera buena o mala; tenía suficiente poder por sí misma y casi no lo necesitaba, y sospechaba que él estaba de mal humor porque lo sabía tan bien como ella. Estaba bien; sería interesante averiguar si era capaz de mantener su resentimiento cuando ella consiguiera el control del Castillo y le ofreciera la llave a su preciada Puerta del Caos. Aquélla sería una historia bien distinta, y hasta entonces estaba dispuesta a esperar y a no hacer caso de su malhumor.

Por su parte, Narid-na-Gost se mostraba íntimamente muy divertido. Lo cierto es que poco podía objetar al plan de su hija; de hecho, como ella parecía haber decidido olvidar, él mismo le había aconsejado, en primer lugar, que encontrara una nueva táctica para vencer la resistencia del Círculo, y aquel plan merecía unos cuantos elogios. Pero el único defecto era la elección del emisario. El demonio no podía negar los talentos de Strann, pero aquellos mismos talentos podían convertirle en un siervo poco de fiar. Si podía mentir de forma convincente a Tirand Lin, ¿quién podía garantizar que no mentiría igualmente a Ygorla? Y aunque Narid-na-Gost era de la opinión que era mejor dejar que su hija aprendiera por sí misma algunas duras lecciones, no por ello tenía la intención de permitir que algo pusiera en peligro sus propios planes.

—No pongo en cuestión ni por un instante las habilidades del juglar, Ygorla —dijo, con un tono de voz deliberadamente despreocupado—. Me limito a observar que no hay manera de garantizar su lealtad de forma absoluta.

Ella le lanzó una mirada brillante y felina.

—Claro que no la hay. ¿Crees que no he pensado en ello y que no he tomado mis precauciones?

Aquello sorprendió al demonio. Ygorla sonrió.

—He dispuesto una pequeña ceremonia de despedida para Strann —explicó ella—. Cuando haya finalizado y se embarque rumbo al continente, su lealtad hacia mí estará asegurada fuera de toda duda. Porque le habré arrebatado algo que él aprecia por encima de todo, y sólo yo tendré el poder de devolvérselo. Nada, te lo prometo, lo convencerá de arriesgarse a perder eso traicionando mi confianza. Su lealtad hacia mí será absoluta.

El demonio enarcó una ceja en un gesto inquisitivo.

—Me intrigas, hija. ¿Qué es eso que tu mascota valora en tal medida?

Librodot

La sonrisa de Ygorla se volvió dulce como la miel.
—Su música —dijo.

Librodot

CAPITULO 14

—No tiene sentido. —Tirand Lin contempló el rollo de pergamino del mensaje como si un intenso escrutinio pudiera revelar algún significado oculto en las palabras de la misiva. Empezaba a amanecer y no había dormido lo suficiente; sentía la mente atontada y todavía no estaba bastante despierto para pensar con claridad—. Parece una contradicción total con todos los mensajes anteriores. —Miró a sus dos compañeros—. Sinceramente, no sé qué opinar.

La Matriarca, cogiendo con las manos heladas una jarra de hidromiel caliente, sacudió la cabeza dando a entender que lo comprendía, y Sen Briaray Olvit contempló el fuego, que llevaba encendido poco tiempo para proporcionar un calor apreciable.

—De una cosa podemos estar seguros —dijo en tono sombrío el adepto superior—, y es que aquí hay más de lo que parece. Un giro completo como éste, ¿de enemistad implacable a ofrecimientos de amistad eterna? Es como una conversión en el lecho de muerte ¡e igual de convincente!

—Estoy de acuerdo —coincidió la Matriarca—. Aunque debo decir que, por lo que sabemos de la hechicera, este nuevo complot parece rotundamente fuera de lugar. Nunca hubiera dicho de ella que fuera una mujer dotada de sutileza, ni siquiera a este nivel infantil.

Por fin, Tirand apartó la vista del pergamino.

—Recuerda, Shaill, que a estas alturas debe de tener una corte llena de sicofantes, todos ansiosos por ayudarla y aconsejarla. Cualquiera con la inteligencia suficiente para conservar la vida ante sus rapacidades tendrá también la inteligencia suficiente para ayudarla a planear nuevas estrategias. Creo que tras este nuevo desarrollo de los acontecimientos debemos buscar otras manos y otras mentes. —Golpeó la carta con el dorso de la mano—. No dice quién es su embajador. Me pregunto si será alguien a quien conozcamos.

—Lo dudo —replicó Sen—. A menos que sea una completa estúpida, no habrá confiado a un antiguo amigo del Círculo una misión de esta naturaleza. No, pienso que ante nuestras puertas se presentará un desconocido. Incluso es posible que no sea humano.

La Matriarca lo miró con intensidad.

—¿Eso crees?

—Sólo digo que es posible. No sabemos qué tipo de siervos tiene a su alrededor, ni qué poderes poseen éstos. Si al menos lo supiéramos, sería mucho más fácil decidir si abrimos las puertas a ese enviado o le damos con ellas en las narices. Por mi parte, preferiría abrirlas —añadió Sen con firmeza. Tirand asintió; conocía a Sen y no esperaba menos de él. Hubo una breve pausa, y después el anciano adepto dijo—: Sin embargo, ojalá... —Las palabras se perdieron, y miró inquieto al Sumo Iniciado.

—¿Ojalá qué?

Sen suspiró.

—De acuerdo, lo he pensado, de manera que será mejor decirlo. Ojalá hubiéramos recibido alguna respuesta desde el reino del Orden. Estaba convencido, todos lo estábamos, de que Aeoris respondería a nuestros ruegos; pero desde que tuvo lugar el ritual, no ha sucedido nada, ni el más mínimo movimiento en el éter. —Vaciló, consciente de la mirada fija de la

Librodot

Matriarca y de la tensión de Tirand; luego decidió que, ya que había preparado el lazo, bien podía colgarse con él—. Puedes maldecirme por blasfemo si quieres, Tirand, ¡pero empiezo a preguntarme si los dioses están realmente dispuestos a ayudarnos!

Tanto Sen como Shaill esperaban una reacción enfadada del Sumo Iniciado, pero ésta no llegó. El problema estribaba, pensó Tirand, en que Sen no era el primer adepto superior que expresaba una duda creciente acerca de la disposición de los señores del Orden a acudir en ayuda del Círculo. Incluso él había sentido las gélidas caricias de la incertidumbre cuando bajaba la guardia, por mucho que combatiera aquella sensación, consciente de que él más que nadie debía conservar la fe, y se sintió aterrorizado ante la idea de lo que podía suponer su pérdida. Había repasado los argumentos una y otra vez en su mente, diciéndose que la sabiduría de Aeoris era mayor que la de cualquier mortal y que el dios actuaría cuándo y cómo lo estimara conveniente. Pero siempre, subyacente a sus esfuerzos por tranquilizarse a sí mismo y a los demás, estaba una cuestión para la que no podía hallar respuesta racional. Si el Caos había roto su pacto —y aquella creencia era la piedra angular en la decisión del Círculo de cortar los vínculos de lealtad—, los señores del Orden tenían libertad para intervenir si se los invocaba. Entonces ¿por qué, por qué no lo habían hecho?

—Lo siento, Tirand —dijo Sen—. He hablado fuera de lugar.

—No, no. —Con un esfuerzo, el Sumo Iniciado consiguió esbozar una sonrisa, aunque sus ojos no la reflejaron—. Dices lo que sientes. Yo, sin embargo —se armó de valor para decir la verdad a medias—, no comparto tus dudas. Aeoris responderá cuando nuestros apuros sean realmente grandes. Estoy seguro de eso. Quizá —añadió, intentando colocar una nota alegre en su voz— deberíamos encontrar alivio en su silencio, porque significa que todavía no corremos verdadero peligro.

De inmediato se arrepintió de haberlo dicho, se arrepintió de pasar por un estúpido; porque aunque sus compañeros asintieron y sonrieron mostrando su acuerdo, se dio cuenta de que sencillamente le seguían la corriente. La incertidumbre se estaba apoderando del Círculo, y a menos que se frenara rápidamente, pronto se desbordaría. Pero ¿cómo frenarla? Aquél era su dilema, y no encontraba la respuesta.

Tirand se giró de manera que Sen y Shaill no pudieran verle la cara, envolvió el mensaje y lo metió en una bolsa que descansaba sobre el escritorio.

—Creo que por el momento no hay nada más que hacer —declaró en un tono que cortó eficazmente cualquier posible opinión en otro sentido—. Mostraremos esta carta al Consejo de Adeptos en nuestra reunión de esta noche y discutiremos cuál es la respuesta apropiada. A menos que viaje a lomos de un demonio alado, el enviado de la hechicera no llegará aquí antes de la primera luna nueva, sobre todo en esta época del año; de manera que tendremos tiempo de sobra para deliberar sobre nuestra decisión. —Alzó la mirada—. Si no hay nada más…

Sen se marchó musitando una despedida; la Matriarca hizo ademán de salir tras él, pero se detuvo en la puerta del estudio. Sus ojos contemplaron a Tirand con intensidad durante unos instantes.

—Estás trabajando demasiado, Tirand —dijo al cabo—. Sé que es inevitable en estos momentos, pero hay límites incluso para tu resistencia. No harás ningún servicio al Círculo si los rebasas.

Tirand se miró las manos.

Librodot

—Lo sé, Shaill. Pero no parece haber horas suficientes en el día para que se haga todo, especialmente ahora que Arcoro y los otros no están. —Se dio cuenta de que parecía hablar en tono autocompasivo y añadió—: No te preocupes por mí. Puedo afrontarlo. Creo que en cierta medida incluso lo disfruto.

Shaill pareció escéptica.

—¿Igual que yo disfruto cuando me coge un chaparrón sin abrigo? No seas tonto, Tirand. Sigue mi consejo y habla con Karuth; ¡estoy segura de que te recetará algo que al menos te garantice una buena noche de sueño de vez en cuando!

—Puede que lo haga —Tirand sonrió tristemente, sabiendo, como creía que también lo sabía la Matriarca, que no haría tal cosa.

—Y desayuna algo —dijo ella con firmeza—. Creo mucho en el desayuno. Te espero en el comedor.

Salió y dejó a Tirand a solas con sus tristes pensamientos.

La simetría y serenidad de un jardín bien cuidado eran fuente de gran placer para Aeoris. Él y Ailind caminaban sobre el césped perfectamente liso, entre limpios macizos de flores que ningún jardinero humano podría imaginar ni en sus sueños más delirantes, mientras que en el aire, sobre sus cabezas, flotaban diminutas formas elementales con alas que eran como transparentes joyas.

Pero en aquel momento, el acostumbrado placer que el jardín proporcionaba a Aeoris se veía frenado por otras consideraciones más urgentes. Apenas advertía la presencia de los elementales, o de las flores, o la perfección del césped, o el fresco brillo del cielo dorado surcado por un arco iris. Su mirada estaba fija en la neblina a media distancia y su mente concentrada en otro mundo.

—Tú ya dijiste —señaló Ailind— que con el tiempo los asaltarían las dudas.

Aeoris encogió sus estrechos hombros.

—Sí, lo hice. Pero ha ocurrido más pronto de lo que me hubiera gustado.

—Los mortales son volubles en el mejor de los casos; es una de sus limitaciones más irritantes —dijo Ailind, y añadió con un tono venenoso—: También tienen mala memoria. Todavía duele pensar, ¿no es cierto?, que hace apenas tres generaciones su fe en nosotros era absoluta.

—Es cierto. De todas maneras, nada podemos hacer para alterar eso; al menos todavía no. —Una tenue sonrisa se dibujó en las comisuras de la boca de Aeoris—. Creo que es el momento de que nos inclinemos ante las circunstancias, Ailind, y que respondamos a la súplica del Sumo Iniciado. Sobre todo ahora que parece que Yandros ha salido de su letargo.

Ailind se detuvo para sacudir con suavidad de la manga a uno de los elementales que revoloteaban.

—Es una pena que no pudiéramos descubrir por qué hizo esa breve visita al mundo de los mortales.

—Sí. Me habría gustado averiguar más. Sin embargo, al menos confirma que algo está ocurriendo en el Caos, y por ahora es toda la información que necesitamos. —Aeoris dejó de andar y se encaró con su hermano—. Supongo que estás preparado.

—Oh, sí. ¿Has decidido cuál es la mejor manera de hacerlo?

—Creo que sí. He escogido una manera que llamará el mínimo la

atención, pero que será lo bastante inusual como para impresionar al Círculo.

Ailind hizo una reverencia formal.

—Entonces, hermano, estoy a tu disposición.

—Bien. —Aeoris contempló el cielo, y su sonrisa se hizo más amplia—. Muy bien. Sugiero que comencemos sin más dilaciones.

Strann no quería una ceremonia de despedida, pero Ygorla lo había decretado así y él nada podía hacer. Todavía estaba recobrándose de la impresión de su anuncio de que zarparía aquella misma mañana, tan sólo un día después de que todo el plan se hubiera discutido por vez primera. Al principio le resultó imposible creer que Ygorla hubiera hecho sus preparativos con tal rapidez; pero cuando lo asimiló y conoció todos los detalles de sus planes, comenzó a preocuparse de verdad.

Viajaría a lo grande, con una completa escolta armada que lo acompañaría en su desfile por las provincias. Ygorla quería que su enviado fuera visto y reconocido por lo que era, y sólo lo mejor, dijo, serviría. Strann temía el viaje, y no era la menor razón el saber que le daría tiempo de sobra para especular acerca del recibimiento que podrían depararle en el Castillo, sobre todo si los informes de su avance llegaban a la Península de la Estrella antes que él. En días más felices habría confiado en que, aun cuando el Sumo Iniciado no lo acogiera bajo su techo —Strann no le había caído nada bien en su único y breve encuentro—, al menos podría contar con una amiga entre los adeptos, la hermana de Tirand, Karuth. Pero ahora había pocas probabilidades de que ni siquiera Karuth lo mirara con otra cosa que no fuera odio. Strann el chaquetero. Strann el traidor. Lo pensaría, al igual que lo pensaban todos los demás, en cuanto lo viera.

Deseó no haberse ofrecido nunca a ayudar a Yandros. Conciencia o no, seguro que hubiera sido mejor permanecer en la Isla de Verano, lejos del resto del mundo, y seguir interpretando el papel de mascota aduladora de Ygorla. Habría aprendido a tolerarse, y al menos la abyecta esclavitud de su vida habría tenido compensaciones. Era demasiado tarde para cambiar de opinión; habría tenido que enfrentarse a la ira de Ygorla, por no decir a la de Yandros, y no sabía qué panorama era peor. Pero Strann deseaba de todo corazón que hubiera sido posible hacer retroceder el tiempo, enfrentarse una vez más al dios del Caos y decir: «Lo siento, mi señor, pero no».

Mientras le abrían paso a la sala de audiencias la mañana de su partida, seguía intentando no dar más vueltas a sus remordimientos. El día era limpio y luminoso; la marea cambiaría dentro de una hora, y la nave negra de Ygorla lo aguardaba en el puerto de la Isla de Verano, con su séquito y equipaje ya a bordo. Debía afrontar una última entrevista y entonces, quisiera o no, se pondría en camino.

Las puertas de la sala fueron abiertas ante él por los centinelas sin rostro que montaban guardia permanentemente. Strann cruzó el umbral... y se detuvo.

Le habían hecho creer que toda la corte estaría presente para algún tipo de ceremonia sin sentido, pero Ygorla estaba sola en la sala. No estaba sentada en su gran trono, sino que había bajado del estrado y se encontraba de pie sobre una alfombra púrpura que cubría todo el suelo, observándolo.

—Strann... —Había algo extraño en su sonrisa, algo que hizo sonar una alarma en la psique de Strann—. ¿Ya estás listo para embarcarte?

Bajo los dobleces de seda de sus espléndidos ropajes —ropas ridiculas,

llamativas y extravagantes—, Strann sintió que su piel empezaba a sudar, aunque no sabía por qué. Hizo una reverencia.

—Estoy preparado, majestad.

—Bien. Acércate entonces, ratita mía, y despidámonos.

Alargó un brazo con los dedos extendidos, y la inquietud de Strann de pronto se convirtió en terror. Algo iba mal... «Dioses —pensó—, ¿lo ha adivinado? ¿Ha descubierto mi engaño?» No se movió, e Ygorla frunció los labios.

—Strann, ¿no me has oído? Acércate. Te lo ordeno.

Sus piernas se movieron por sí solas y le acercaron a ella, ignoraba si por miedo a desobedecerla o por algún sortilegio que hubiera realizado Ygorla. Cuando se detuvo, a un paso de ella, temblaba de la cabeza a los pies.

Los ojos de Ygorla, azules, fríos y distantes como un cielo despejado en invierno, lo contemplaron durante medio minuto quizá.

—¿Sabes lo que debes hacer? —dijo al cabo—. ¿Recuerdas todo?

Strann tenía la garganta seca y hablar le resultó de repente difícil. Por fin lo consiguió.

—Todo, majestad.

—Eso está bien. Pero hay un pequeño detalle que hemos pasado por alto, y que debemos aclarar antes de tu partida. Es la cuestión de tu honradez.

Strann se puso pálido. La sonrisa de Ygorla se hizo aún más dulce.

—Claro que confío sin reservas en mi querida rata mascota. Sé lo fiel que es; sé cuánto me quiere y me adora, y desde luego no se me ocurriría insultarlo poniendo en duda su fidelidad ni por un instante. Pero de todos modos, como estoy segura de que comprenderás, querido Strann, no puedo permitirme correr ni el más mínimo riesgo. De manera que te quitaré una pequeña prenda, algo que yo pueda retener hasta el feliz día en que nos volvamos a encontrar para disfrutar de mi triunfo definitivo.

El rostro de Strann no mostraba ningún color.

—Majestad, yo..., yo no entiendo...

—No, pero lo harás. Dame tu mano, Strann. Estrechemos las manos para cerrar el trato.

En un acto reflejo, antes de que pudiera detenerse, Strann extendió su mano derecha. Ygorla la estrechó con la suya... y de pronto su apretón se convirtió en presa. Él gritó e intentó soltarse, pero no consiguió moverse; ella lo tenía agarrado por la muñeca con fuerza sobrehumana, y cuando comenzó a apretar, Strann sintió que sus huesos comenzaban a ceder.

—Ahora —dijo Ygorla con increíble dulzura, mientras Strann la oía a través de una atormentada impresión de dolor—, mi prenda...

Alzó la mano que tenía libre y de las yemas de sus dedos surgió fuego, que arrojó una luz rojo sangre sobre la sala. La luz se hizo más brillante a medida que las llamas aumentaban su calor, pasando por el naranja y el amarillo hasta alcanzar un blanco deslumbrante que abrasó los ojos llenos de lágrimas de Strann. Despacio, y con terrible y deliberado propósito, Ygorla acercó su mano ardiente a la de Strann y la cogió; una ola de lacerante dolor recorrió todo su brazo cuando la mano prendió y comenzó a arder. Strann aulló, debatiéndose; sus pies resbalaban, rascando el suelo, intentando escapar con todas sus fuerzas, pero Ygorla no cedió, en tanto él gritaba súplicas enloquecidas y sin palabras y su mano ennegrecía, se carbonizaba, se fundía...

Librodot

De repente, las llamas se extinguieron e Ygorla lo soltó. Strann cayó al suelo con un fuerte impacto, los sentidos anegados por el dolor y la conmoción, mientras que su conciencia se deslizaba por un negro túnel hacia el olvido. Ygorla se quedó mirándolo; él no podía verla, pero era consciente de su presencia. Ella permaneció de pie ante su cuerpo que se retorcía, y se sacudió con descuido unas cuantas motas de ceniza que quedaban en sus palmas intactas. Y justo antes de desmayarse, Strann escuchó las últimas y frías palabras que le dirigió.

—Ahora tengo tu música, mi querida rata, y la guardaré como garantía. Mi poder ha destruido tu mano; sólo mi poder puede restaurarla. Recuerda eso, mi pequeño embajador. Recuérdalo mientras recorres tu camino ¡y no te atrevas a fallarme!

A una orden de su emperatriz, unos criados curaron la mano de Strann y cubrieron sus destrozados dedos con un guantelete púrpura bordado con el sello personal de Ygorla, para que nadie los viera. La negra nave zarpó con la marea, y cuando Strann recobró la conciencia, se encontró solo en un camarote y con la Isla de Verano perdida ya de vista a popa.

Al principio creyó que lo había soñado. Pero, cuando vio el guantelete, se lo quitó y vio lo que había debajo, algo en su interior se marchitó y se volvió tan negro como la carne de su mano. Ya no sentía dolor físico —Ygorla se había ocupado de eso—, pero no había magia que pudiera frenar la agonía mental que padecía. Durante mucho tiempo Strann permaneció sentado contemplando los restos de sus dedos. Oh, qué lista había sido. Había adivinado sin error la cosa que él valoraba por encima de todas, incluso más que su vida, porque ¿de qué serviría su vida si ya no podía tocar? Ella lo había sabido, y para asegurarse su lealtad le había arrebatado la música, y sólo ella podía devolvérsela. Sí, había sido lista, muy lista.

Y había cometido un error muy grave...

Strann no odiaba con facilidad. Había aprendido a odiar a Ygorla, y por buenos motivos, pero había sido una emoción cocida a fuego lento. Pero ahora, por primera vez, descubría que el odio tenía otra dimensión completamente distinta. Una dimensión tan dura y fría como el granito, donde la venganza no era únicamente un deseo, sino un imperativo, y donde nada más —ni la vida, ni la muerte, ni la salvación de su alma— importaba.

Por fin alzó la vista. El camarote tenía un único y diminuto ojo de buey, con el cristal estregado de sal y casi opaco, pero que le permitía atisbar el movimiento del agua verde gris que golpeaba la quilla del barco. En cubierta, la tripulación —sí, ya había visto qué clase de seres tripulaban la flota de Ygorla— estaría realizando sus silenciosas faenas; sin duda, en otro camarote las criaturas que constituían su escolta estarían durmiendo, de la manera sobrenatural en que lo hacían las de su clase hasta que se las necesitaba. Lentamente, dedo por dedo, Strann volvió a cubrir con el guantelete su mano retorcida y carbonizada, y pensó en el largo viaje que tenía por delante. Esta vez no fue con turbación, sino con una determinación que en otras circunstancias habría resultado incluso agradable. No lamentaba su decisión, ahora no. Aquello era el pasado. Y allí se encontraba la raíz del error de Ygorla, que había logrado aquello que él nunca habría conseguido por sí solo: acabar con su temor y colocar en su lugar el poder del odio.

Se recostó en el camastro, con la mano descansando cuidadosamente sobre el pecho, los ojos de color avellana fríos e inexpresivos, y se tranquilizó esperando la arribada a tierra.

Librodot

CAPITULO 15

La fuerza del viento había aumentado desde media mañana, y cuando el breve día invernal comenzó a menguar, la Península de la Estrella se encontraba soportando el peso de una galerna septentrional con todas las de la ley. El viento ululaba entre las piedras del antiguo Castillo y rugía en cada una de las chimeneas del lado del mar. Los fuegos humeaban asfixiantes en los pisos superiores, obligando a sus ocupantes a apagar las llamas en sus hogares y retirarse al comedor, donde un sistema de cubiertas protegía el fuego en el gigantesco hogar. A media tarde llegaron la lluvia y el granizo procedentes del mar, en oleadas cegadoras empujadas por el viento, trayendo consigo un atardecer artificial y plomizo, con lo que los criados olvidaron toda pretensión de que entrara la luz diurna y se apresuraron a correr las cortinas de la sala para protegerse de los elementos.

Calvi Alacar se despertó de un sueño intranquilo y se encontró con que su dormitorio estaba lleno de humo y el fuego a punto de extinguirse por los chorros de siseante lluvia que la galena arrojaba chimenea abajo. El cuarto estaba tan en penumbra que pensó por un momento que debía ser de noche y se incorporó con un susto culpable. Sólo había tenido la intención de descansar una hora más o menos, después de la comida del mediodía, como le había sugerido Karuth. Había tantas cosas que hacer... ¿Qué pensarían de él Tirand y la Matriarca? Entonces vio el reloj sobre la mesilla de noche, escuchó el golpeteo del granizo contra su ventana y se dio cuenta de que, a pesar de las apariencias, era mucho más temprano de lo que se temía.

Sacó las piernas de la cama y se puso en pie. El dormitorio estaba tan lleno de humo como el bar de una taberna a media noche. Durante unos instantes venteó con los brazos de manera ineficaz la gris neblina; luego, a su pesar, abrió la ventana, apartando la cabeza cuando la lluvia se coló dentro y el granizo le golpeó el rostro. Dioses, ¡vaya día! Nunca se había acostumbrado a los inviernos septentrionales y nunca lo haría; en ocasiones como ésta echaba de menos la Isla de Verano y el cálido clima del sur...

Aquel pensamiento imprevisto expulsó los últimos restos de somnolencia con una brusca sacudida, al recordar que la Isla de Verano ya no era su hogar y que quizá no lo volvería a ser nunca. Temblando con algo más que frío, intentó distraerse contemplando los elementos desencadenados. No es que hubiera mucho que ver desde aquella ala del Castillo, salvo el interminable océano, y ésa era una vista desalentadora en aquellos momentos. Un cielo plomizo, un mar plomizo, lluvia, viento y...

Calvi se quedó rígido cuando, a lo lejos —o al menos eso le pareció, pues era imposible estar seguro con el borroso telón de fondo de la tormenta—, vio surgir del mar y hacia el cielo un brillante punto de luz, que trazó un arco y se apagó. Nacido en una isla, Calvi supo inmediatamente lo que debía de ser aquella luz, aunque iba contra toda lógica. Una bengala de socorro; señal de que, un barco estaba en apuros.

Se apartó de la ventana y corrió hasta un pesado cofre con cantoneras de metal que estaba contra una pared. Alzó la tapa y rebuscó entre la colección de pequeños efectos personales que contenía hasta sacar un catalejo pulido que su padre le había regalado hacía muchos años. De vuelta junto a la ventana, se llevó el catalejo al ojo y lo enfocó hacia el mar, pero al cabo de unos instantes se dio cuenta de que había sido demasiado

Librodot

optimista. La lluvia lo convertía todo en un telón gris sin rasgos; ni siquiera podía distinguir el océano del cielo, mucho menos enfocar el punto desde el que había partido la bengala. Frustrado, bajó de nuevo el catalejo y atisbo frenéticamente en la tormenta. ¿Era aquello, un contorno más pálido en medio del caos de las olas y de la lluvia que caía a cantaros, el brillo de una vela? No, eran imaginaciones suyas; nadie podía tener tan buena vista... Entonces, de repente, una segunda bengala se elevó en medio de la galerna y Calvi, presa de excitación, se mordió fuerte y dolorosamente el labio inferior. ¡Era un barco! En dirección nornoroeste, quizás a media milla de la costa. Dioses, no tenía ninguna probabilidad; sería arrastrado hacia las rocas...

Cogió de nuevo el catalejo, y precipitándose fuera de la habitación, corrió por el pasillo en dirección a la escalera principal. Cuando comenzaba a bajar los escalones, saltándolos de tres en tres, dos personas salieron al vestíbulo de abajo desde una puerta lateral y vio que, de forma providencial, una de ellas era Karuth.

—¡Karuth! —El grito de Calvi sonó agudo por la nerviosa urgencia—. ¡Karuth, hay un barco cerca de la costa! ¡Está en apuros!

Karuth se paró en seco.

—¿Qué? Calvi, ¿estás seguro?

—Está lanzando bengalas de socorro; las vi desde mi ventana.

—¡Yandros! —La imprecación no era muy apropiada en aquellos días, pero era difícil olvidar los viejos hábitos. Karuth se volvió apresuradamente a la joven que la acompañaba—. Liss, busca a Sanquar, rápido, y dile que se reúna aquí conmigo. Yo iré a buscar a Tirand. Calvi, será mejor que avises a Reyni, es el mayordomo jefe que está de servicio en estos momentos.

Agradecido por poder hacer algo más positivo que ser el mero portador de noticias desgraciadas, Calvi salió disparado en dirección al comedor, mientras que Karuth corría hacia el estudio de Tirand. En cuestión de minutos, un grupo de gente, con el Sumo Iniciado en el centro, convergía junto a las puertas principales. Se enviaron vigías a los baluartes, uno con el catalejo de Calvi, y Tirand y el mayordomo Reyni comenzaron a dar órdenes para poner en marcha una completa operación de rescate.

Calvi sabía que muchos de los adeptos y criados estaban entrenados para aquellas raras pero siempre posibles emergencias; una necesidad vital, porque aquella era una costa peligrosa, y el Castillo era el único asentamiento humano entre la bahía de Fanaan, al oeste, y los lejanos centros mineros de la Provincia Vacía, al este. Nunca había presenciado un rescate y menos aún participado directamente en uno, lo que hizo que se apoderara de él la peculiar y vertiginosa mezcla de miedo y excitación mientras se unía al grupo de socorro. Algunos criados corrían para colocar linternas en las ventanas del Castillo que miraban al norte, en tanto que, en los baluartes, otros luchaban contra los elementos en un esfuerzo por alimentar y encender las grandes hogueras de aviso que, aunque no habían sido usadas durante años, se mantenían siempre dispuestas. Karuth desapareció, pero regresó pronto, vestida con fuertes pantalones de piel y un abrigo también de piel con cinto; se trajeron más abrigos y pares de botas, incluyendo los de Calvi, quien, mientras metía los brazos en las mangas, escuchó con atención la rápida andanada de instrucciones.

—Bajaremos por la escalera. Es más lento, pero en estas condiciones es demasiado peligroso montar las poleas para bajar con cables por el macizo. Hay cuerdas y otros aparejos almacenados en la última bodega delante de la escalera, pero habrá que ir a buscar luces en los almacenes superiores.

Librodot

Coged linternas, nada de antorchas; no aguantan encendidas ni un momento en la galerna. Manteneos en el equipo que se os asigne y obedeced a los jefes sin rechistar y de forma inmediata. Y vigilad vuestra propia seguridad: ¡ya tenemos bastante como para encima guardar luto por héroes ahogados! ¿Hay alguien que no tenga claro lo que debe hacer? —Nadie habló—. Bien. ¡Entonces no perdamos más tiempo!

Tirand y la mitad de la gente reunida se dirigieron inmediatamente a la escalinata interior que llevaba a las enormes bodegas del Castillo, mientras Calvi y sus compañeros del grupo de Reyni se encaminaban a los almacenes a buscar linternas. Los siguientes minutos pasaron volando en la mente de Calvi; con tres linternas en una mano y tambaleándose bajo el peso de un montón de mantas —una ocurrencia adicional de Reyni— bajó corriendo con los demás la escalera y avanzó por desconocidos pasillos a oscuras. Cuando por fin se reunieron con el grupo de Tirand, no tenía ni idea de dónde se encontraba. Tirand y sus acompañantes iban cargados con rollos de pesadas cuerdas; algunos llevaban hachas, arreos, enormes escarpias de hierro que podían clavarse en la roca para formar montantes para una cuerda salvavidas; un hombre sostenía un lanzador con forma de ballesta y un montón de bengalas de señales de fósforo. Calvi entrevió otra vez a Karuth, que llevaba un acotillo en una mano y su bolsa de medicinas en la otra; a su lado estaba Sanquar con un montón de cuerdas y escarpias. Se encendieron apresuradamente las linternas, y cuando su luz acabó con la penumbra de las bodegas, el grupo se dirigió hacia la estrecha puerta que se encontraba al final del pasillo. El pulso de Calvi se aceleró cuando la puerta se abrió para revelar un vertiginoso y oscuro pozo de escalera, pero no tuvo tiempo de sentir el miedo claustrofóbico porque, llevado en el grupo de gente que se apresuraba, tuvo que agacharse para cruzar la puerta y se encontró en la escalera.

Las escaleras que subían por las cuatro torres del Castillo eran ya bastante impresionantes, pero no eran nada comparado con aquello. La escalera bajaba en espiral por el macizo mismo, excavada hacía un montón inimaginable de años a través de centenares de metros de roca viva, para ir a parar a una de las cavernas en la playa de guijarros, al pie del macizo. Calvi nunca se había atrevido a efectuar aquel descenso. Algunos estudiantes y unos cuantos de los adeptos más jóvenes solían ir a nadar en los meses de verano, pero él nunca había conseguido hacerse a la idea de bajar por allí, sabiendo que millones de toneladas de roca estaban sobre su cabeza. Ahora, aquel miedo informe lo inundó con un vértigo repentino, haciéndolo vacilar y casi perder el equilibrio. Una mano lo cogió desde atrás para tranquilizarlo y una voz que no reconoció le dijo algo confortante. Calvi inhaló profundamente el aire rancio y húmedo y siguió avanzando con decisión.

Los socorristas prosiguieron su rápido descenso, hasta que de pronto la atmósfera se hizo más fría y les llegó el sabor a sal y sintieron la primera bofetada del viento. Unos instantes después, la vanguardia del grupo llegó al final de la escalera y, cuando salieron de la cueva, la galerna los golpeó en una ululante embestida. Luchando contra el viento, con las ropas aleteando de forma enloquecedora y el cabello revuelto mientras alzaba un brazo para protegerse del granizo, Tirand gritó ordenes con voz estentórea mientras los demás, tropezando y dando tumbos, salían a la intemperie. A menos de veinte metros, el mar era un torbellino agitado y rugiente, con olas como montañas que avanzaban cual caballos desbocados, chocando en asesinas contracorrientes y golpeando la playa con un continuo y explosivo estruendo

Librodot

que ahogaba el ulular del viento. Hipnotizado momentáneamente por lo grandioso y terrorífico de todo aquello, Calvi se quedó contemplando la escena con la boca abierta, pensando que aquel intento de rescate resultaría vano, porque no había embarcación que pudiera sobrevivir a aquello. Debía de haberse hundido, no podía seguir allí afuera...

Saltó con violencia y, perdido el equilibrio por un momento, casi fue derribado por la galerna cuando, sin previo aviso, una deslumbrante luz blanca cobró vida a tan sólo unos metros de donde se encontraba. Recuperó el equilibrio, escuchó el crujir y chasquear del lanzabengalas y vio una estrella diminuta y brillante de fósforo ardiente que surcó el cielo y se alejó hacia el mar. El viento la atrapó y la desvió de su curso; se apagó y se lanzó una segunda señal, mientras en la ladera de guijarros, peligrosamente cerca de las olas, algunos hombres intentaban descubrir una bengala de respuesta del barco en apuros. Durante unos momentos no se vio nada y entonces...

—¡Allí! —aulló una voz, cuando del mar enfurecido surgió una estrella de respuesta.

Tirand, con el cabello empapado, hizo bocina con las manos, cubriéndose el rostro chorreante y mordido por la sal, y gritó al grupo principal que se refugiaba junto al acantilado.

—¡Debe de estar cerca! Separaos con esas linternas; ¡marcad los límites de la playa!

Le llegó otro grito desde la playa.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

Surgiendo entre las agitadas tinieblas, apareció una vela blanca. El barco —no, no era un barco, advirtió horrorizado Calvi, sino poco más que un bote con un único y frágil mástil— estaba a menos de treinta metros de la orilla, zarandeado por las enormes olas, empujado directamente contra una línea de rocas que se adentraban en el mar desde el pie del macizo. Desapareció por un momento cuando una ola enorme se alzó de improviso y lo ocultó de la vista; en la orilla, los observadores retrocedieron en busca de refugio al romper la ola donde ellos habían estado y, cuando la resaca retrocedió, el bote volvió a aparecer, con el costado orientado hacia las rocas y camino del desastre.

—¡Cuerdas! —gritó Tirand con toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones—. Todos, ¡moveos!

Por un instante terrible, mientras todos los socorristas corrían a obedecer al Sumo Iniciado, Calvi vio el perfil de un hombre en la embarcación que se agitaba indefensa. Luchaba con la botavara, en un último y desesperado intento de controlar los jirones de la vela, y Calvi, de forma involuntaria, gritó:

—¡No, no! ¡No hay nada que hacer..., sálvate!

Fue un gesto inútil, porque su grito resultó inaudible en medio de los ensordecedores ruidos de la galerna y el mar; de pronto recuperó la razón, como si una de las olas que rompían lo hubiera alcanzado de pleno, y retrocedió por la playa para sumar sus fuerzas a las de sus compañeros que tiraban frenéticamente de las cuerdas. La escarpia de hierro ya estaba colocada y un adepto con la constitución de un herrero manejaba el acotillo de Karuth, hundiendo el metal en la roca con una fuerza que hacía temblar el suelo bajo sus pies. Se desenrollaron cuerdas y se sujetaron; entonces, incluso por encima del ruido de la tormenta, Calvi escuchó el terrible crujido del bote al chocar contra las rocas. Aunque sabía que iba a ocurrir, no pudo evitar gritar de horror; otros compañeros también gritaron y varios hombres

Librodot

se acercaron a la orilla, sin hacer caso de los gritos de advertencia de Reyni para que no arriesgaran la vida.

—¡Calvi! —Unas manos le lanzaron un cabo de cuerda y casi sin saber qué hacía, él también echó a correr hacia la playa, tendiendo al mismo tiempo la cuerda. Un hombre alto, un criado pensó, se apresuró a ir a su encuentro, cogió el extremo de la cuerda y comenzó a hacerlo girar por encima de su cabeza antes de arrojarlo en dirección a las rocas. Pero la galerna se apoderó de la cuerda en el aire y se la arrojó de vuelta; un segundo intento fue igualmente inútil. Calvi se volvió hacia el acantilado y gritó desesperado.

—¡Tirand, no sirve de nada! ¡El viento es demasiado fuerte!

Hubo gran agitación junto al puntal, y enseguida un joven adepto de pelo negro se les acercó corriendo. Antes de que el joven llegara a su altura, Calvi tuvo tiempo de observar que iba descalzo y que había cambiado su pesado abrigo por un arnés.

—Ata esto, ¡y, por Aeoris, asegúrate de que esté bien sujeto! —Los ojos del adepto mostraban una mezcla de miedo y determinación. Calvi, con los dedos entumecidos por el frío y la humedad, ató la cuerda al arnés con un resistente nudo de marinero. Otros se les habían unido, y ahora Tirand tenía el catalejo de Calvi y oteaba las rocas con ansiedad.

—¡Lo veo! A este lado del arrecife; todavía resiste, ¡pero no podrá aguantar más de un minuto! —Varias manos cogieron la cuerda, y el adepto con el arnés corrió hacia el mar y, tras dudar un instante, se lanzó a las agitadas aguas. Una ola rompió sobre su cabeza en un revoltijo de espuma; pronto reapareció, nadando con energía en dirección al arrecife.

Tirand se volvió para gritar instrucciones a quienes habían ocupado posiciones a lo largo de la cuerda salvavidas.

—Soltad cuerda despacio; ¡no tenséis tanto! Si veis que empieza a ser arrastrado, ¡gritad!

Calvi intentó ver en medio del granizo y la espuma, ladeando la cabeza cada pocos segundos para sacudir el agua de su cabello y ojos, mientras trataba de no perder de vista al nadador a través de los cegadores velos de la lluvia. No veía al solitario marinero, pero Tirand y varios más sí, y no cesaban de dar gritos de ánimo al adepto. Entonces, de improviso, Calvi atisbo el mástil roto, con trozos de vela blanca, que se alzó contra el perfil oscuro de las rocas, y momentos después los hurras lucharon con el rugido del mar cuando el adepto levantó un brazo y señaló hacia la orilla.

—¡Lo tiene! —Las manos de Tirand apretaron con tal fuerza la cuerda que sus nudillos se pusieron blancos—. Todos juntos, ¡tirad!

Clavaron los talones en los guijarros y tiraron de la cuerda. Echando un vistazo por encima del hombro, Calvi vio una docena de personas junto a la cuerda además de él y de Tirand, entre los que se encontraban Reyni, Karuth, Sanquar y el poderoso adepto que había clavado el puntal. Ahora luchaban contra la corriente y necesitaban todas sus fuerzas para vencer el poder del mar; comenzaron un rítmico canto para tirar al unísono, y Calvi balanceó el cuerpo al son poniendo todo su peso en cada tirón. El cabo le quemaba las manos desnudas, despellejándolo al retorcerse y sacudirse, pero apenas lo notó; lo único importante era traer a la orilla al adepto y su carga sanos y salvos. Ahora veía la oscura cabeza del nadador, y junto a ella otra que parecía de un blanco deslumbrante en contraste. Cada vez estaban más cerca, más cerca; de pronto se encontraron debatiéndose en los bajíos, y Calvi soltó la cuerda y corrió playa abajo, con otras tres personas, para

Librodot

sacar al adepto y su carga del mar.

El adepto cayó de rodillas sobre los guijarros, se dobló y escupió agua. Sanquar corrió a atenderlo y cubrió su tembloroso cuerpo con una manta, mientras Calvi y Tirand alzaban al marinero inconsciente y lo llevaban playa arriba. Karuth corrió a su encuentro y los guió hasta la boca de la caverna, donde quedaron a resguardo por fin de la lluvia, aunque no del viento, y depositaron al hombre boca abajo pero con la cabeza girada a un lado.

—Está vivo, pero no respira —Karuth se arrodilló deprisa junto al marinero y le apretó con gesto experto la caja torácica. De su boca surgió agua de mar, y Karuth comenzó a realizar los movimientos firmes y concentrados de la respiración artificial. Calvi, cansado y aturdido después del esfuerzo tirando del cabo, contempló al hombre con curiosidad y un ligero desconcierto. Era un desconocido, de cabellos blancos pero con un rostro paradójicamente joven. No llevaba más que una sencilla camisa de lino y pantalones; había sido una locura con un tiempo semejante, pensó Calvi perplejo. ¿De dónde podía haber venido? ¿Y quién podría ser, en nombre de los dioses?

Tirand, al ponerle una mano sobre el brazo, lo sacó de su aturdida ensoñación.

—No hay nada que podamos hacer por él de momento. Preparémonos para subir; no quiero que nadie permanezca aquí más de lo necesario.

Calvi asintió sin decir nada y lo siguió hasta las fauces de la galerna. Los siguientes minutos —podían haber sido diez, veinte, no sabría decirlo— transcurrieron como una pesadilla agitada pero ligeramente irreal, mientras los socorristas gastaban la poca energía que les quedaba en recoger el equipo y subir de vuelta al Castillo. El adepto que se había lanzado al mar ya se había adelantado junto a Sanquar; poco después, Karuth anunció que el extranjero rescatado volvía a respirar, aunque seguía inconsciente, y por fin, con alivio, dejaron atrás la playa gris y batida por la tormenta.

De vuelta al calor y al refugio, el contraste de la tranquila atmósfera del Castillo con el estrépito de los elementos hizo que a los socorristas que regresaban les zumbaran los oídos. Tirand y Calvi llevaron al marinero inconsciente a la enfermería de Karuth. Pasada la emergencia y en la habitación bien iluminada, Calvi tuvo tiempo de examinar con más detenimiento el aspecto del desconocido y, aunque no pudo explicárselo, algo en aquel hombre lo inquietó. Se alegró cuando Karuth hizo que él y Tirand salieran de la habitación, y en el pasillo no pudo reprimir un estremecimiento.

Tirand, que lo advirtió, dijo:

—¿Te encuentras bien, Calvi?

—Sí..., sí, gracias. Es sólo... una reacción, creo. —Se esforzó en sonreír y esperó que fuera convincente—. Y el frío.

Tirand le dio una palmada en el hombro.

—Todos estaremos más calientes con ropa seca y sentados junto al fuego en el salón principal. Vamos, ya hemos hecho bastante por hoy.

Karuth se quitó las ropas húmedas y se puso una túnica amplia con cinto, se secó brevemente el cabello y volvió al lecho donde descansaba el marinero desconocido, que ahora respiraba con tranquilidad, pero no daba muestras de recuperar el conocimiento. Mirándolo, se preguntó primero qué clase de locura podía haber guiado a cualquiera para zarpar en un bote en medio de una galerna septentrional de invierno, y segundo, quién podría ser y de dónde vendría. Habría apostado cualquier cosa a que no era un

Librodot

habitante de la Tierra Alta del Oeste; y aunque los cabellos claros eran característicos de la Provincia Vacía y de las Grandes Llanuras Orientales, tenía la complexión demasiado ligera y era demasiado alto para ser nativo de alguna de aquellas dos provincias. Además, aquel cabello... Era verdadera e inconfundiblemente blanco, a pesar de que no parecía ser mayor que ella. Si no hubiera sido por el pigmento normal de su rostro, pensó, podría haber sido tomado por albino. De hecho, era un enigma.

Se dirigió a la alacena, la abrió y sacó una selección de hierbas para preparar una infusión reconstituyente para cuando despertara su paciente. Estaba pesando raíz en polvo cuando algo en su psique disparó bruscamente una señal de alarma. Se giró, y la impresión le arrebató la fuerza de los dedos, cayendo la botella que sostenían.

Una resplandeciente aura dorada había surgido alrededor del cuerpo yacente del desconocido. Karuth la miró con ojos desorbitados y la boca abierta. Entonces, tranquilamente y en silencio, como un durmiente que saliera de un sueño agradable, el hombre abrió los ojos.

Karuth se llevó una mano a la boca para no dar un grito cuando vio que dos orbes dorados, sin pupila ni iris, centraban la mirada en el techo. El hombre se volvió, y ella sintió que un enorme poder inundaba toda la habitación. Entonces la extraordinaria mirada se clavó en ella y el desconocido se incorporó y sentó en el lecho.

—Karuth Piadar. —Era una afirmación, no una pregunta; la conocía, y, a pesar de todo su adiestramiento de adepto, Karuth sintió que la abandonaban las fuerzas.

—¿Quién sois? —siseó las palabras entre dientes apretados. El desconocido esbozó una sonrisa extrañamente remota, apartó las mantas que lo cubrían y se levantó.

—¿Es que ya no te arrodillas delante de tus dioses, Karuth Piadar? —dijo con exquisita amabilidad.

La boca de Karuth sufrió un violento espasmo; entonces, bruscamente, giró sobre sí misma, cogió el picaporte de la puerta y la abrió. Un iniciado de primer rango, un chico de unos quince años, iba por el pasillo hacia el comedor; chocó con él y le agarró el brazo.

—¡Ve a buscar al Sumo Iniciado! En nombre de todos los dioses, ¡corre!

Perplejo, pero reaccionando por instinto ante su autoridad, el chico salió corriendo. Por pura casualidad, encontró a Tirand al final del pasillo, y su mensaje, dado a trompicones, hizo que el Sumo Iniciado llegara a todo correr. Vio a Karuth ante la puerta y exclamó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

No fue capaz de responderle, sólo pudo hacer un gesto hacia el interior de la habitación. Tirand pasó junto a ella... y se paró en seco cuando vio la figura junto al lecho.

—¿Qué...? —La pregunta no acabó de salir de su boca, porque su cerebro había detectado el aura, los ojos. La figura volvió a sonreír, esta vez con algo más de calor.

—Sumo Iniciado, ruego que me disculpéis por la forma poco ortodoxa en que he llegado aquí, pero creímos que era imperativo que no se despertaran sospechas funestas. Nos invocasteis, y hemos respondido. —Extendió una mano en un grácil gesto—. Soy Ailind, hermano de Aeoris.

Tirand comenzó a temblar mientras la mirada dorada se clavaba en sus ojos. Entonces, al tiempo que la verdad también se hacía evidente para Karuth, dobló una rodilla e inclinó la cabeza con reverencia. Con la voz

ahogada por la impresión, la alegría y el asombro, susurró:

—Mi señor..., ¡sois mil veces bienvenido!

Librodot

CAPITULO 16

Tirand esperó a que se acallaran los pocos murmullos aislados y que la sala del Consejo quedara en silencio. Entonces se puso en pie.

—Compañeros adeptos y amigos, ya conocéis todos los detalles del más reciente mensaje de la usurpadora. En circunstancias normales pediría ahora a los miembros del Consejo que ofrecieran sus propuestas para la posible respuesta del Círculo, antes de tomar una decisión definitiva. Sin embargo, las circunstancias actuales no son normales, y además nos encontramos con la situación sin precedentes de albergar al Alto Margrave y a la Matriarca dentro de nuestros muros. —Hizo gestos sucesivos en dirección a Calvi y a Shaill, quienes lo flanqueaban en el estrado—. Ya hemos acordado que mientras dure esta emergencia la autoridad del Consejo de Adeptos será sustituida por la del triunvirato; pero ahora propongo llevar las cosas un poco más lejos. —Tirand hizo una pausa—. Creo, y estoy seguro de que todos estaréis de acuerdo conmigo, que hasta nuevo aviso sería mejor para nuestros intereses eliminar nuestra tradición de debate y discusión y permitir que la autoridad del triunvirato sea absoluta, sin que tenga que consultar al Consejo.

Los adeptos reunidos lo miraron consternados y en silencio. Sólo Karuth y otros dos miembros clavaron la vista en el suelo, con expresiones inmóviles; para ellos aquel anuncio no era ninguna sorpresa. Por fin, un consejero de pelo oscuro y edad mediana se puso en pie.

—Tirand... —La expresión del adepto era grave—. Nos has cogido un poco por sorpresa. Estoy de acuerdo en que las circunstancias no tienen precedente, pero con el mayor de los respetos al Alto Margrave y a la Matriarca, esta sugerencia es drástica. ¿De verdad crees necesario ir tan lejos?

Tirand sostuvo su mirada sin vacilar.

—Sí. Creo que lo es.

Shaill y Calvi se miraban las manos. El adepto abrió la boca para discutir más, pero se detuvo cuando vio la expresión del Sumo Iniciado. El rostro de Tirand era la imagen misma de la resolución y la determinación; era algo ya familiar, pero había algo más, algo nuevo, una inexorabilidad fría como el hielo que nadie había visto antes en él.

El Sumo Iniciado contempló durante algunos instantes más al adepto que titubeaba, y después centró su mirada en la sala entera.

—Me doy cuenta de que esta decisión puede parecer súbita e inesperada, pero os aseguro que ha sido tomada después de muchas reflexiones y cavilaciones. —Miró otra vez al adepto disidente y esta vez su mirada fue gélida—. Nada más hay que decir. El asunto está decidido y es, como ya he dicho, por nuestro bien.

El adepto se sentó lentamente, y no surgió ninguna otra voz de protesta. La simple cortesía impedía ya cualquier discusión, estando sentados Calvi y la Matriarca junto a Tirand, pero el silencio del Consejo era algo más que una cuestión de protocolo. Pocos podrían haberlo expresado en palabras, y menos aún haberlo comprendido, pero algo en los modales de Tirand había acabado con cualquier posibilidad de disentir. Sencillamente, no podían discutir con él; y no sabían por qué.

Tirand esperó hasta que quedó patente para todos que no habría más

Librodot

discusiones, y luego volvió a sentarse detrás de la mesa. Ante él tenía un papel con notas; tras mirar brevemente lo que había escrito, alzó la cabeza para contemplar de nuevo la sala.

—Sé que todos coincidiréis en que el tiempo es esencial, así que iré directo al grano. Hemos discutido sobre la última muestra de insolencia de la usurpadora y hemos decidido una estrategia.

«La última muestra de insolencia de la usurpadora...» Karuth vio a un adepto ya mayor que estaba sentado cerca de ella fruncir el entrecejo ante la forma de expresarse del Sumo Iniciado, y adivinó la razón. Aquel no era el Tirand Lin que el Consejo conocía tan bien. Aquel hombre, muy seguro de sí mismo, casi arrogante, era un desconocido, y el adepto que tenía al lado no era el único que lo advertía y se sentía inquieto por ello. Ya le habían dirigido una o dos miradas especulativas, y pocas dudas tenía de que algunos de sus compañeros iniciados no perderían el tiempo en sondearla en busca de información, en la suposición de que ella debía conocer mejor que nadie a su hermano y que tendría alguna idea de qué se ocultaba tras aquel cambio repentino y sorprendente en Tirand.

Karuth tenía algo más que una idea: sabía la verdad con la misma seguridad y certeza que cualquiera de los miembros del pequeño grupo que, reunido en el estudio de Tirand, había jurado guardar el secreto, un rato antes de la reunión. No había querido hacer aquel juramento, pero las circunstancias la habían obligado. Ahora en contra de su voluntad, no tenía más remedio que cumplirlo.

Tirand continuó su discurso.

—La decisión del triunvirato —dijo— es la siguiente: no responderemos al mensaje de la hechicera, pero esperaremos la llegada de su embajador y nos prepararemos para ella. Hemos recibido informes de que ahora se encuentra en la provincia de Han, y suponiendo que el tiempo no empeore, debería alcanzar la Península de la Estrella en diez o doce días. Cuando llegue, le abriremos las puertas.

Como Karuth había supuesto, se produjo una agitación ante aquella declaración. Uno de los consejeros, olvidando que la Matriarca estaba presente, blasfemó asombrado; otro susurró por lo bajo y Karuth llegó a oír sus palabras: «¡Esto es una locura!». Lo comprendía, porque sabía que si se les hubiera permitido discutir el asunto, el Consejo no habría aprobado el plan de Tirand, sino que lo habría vetado porque implicaba un riesgo demasiado grande. No sabían cuál era la naturaleza del embajador, qué poderes podría tener, ni siquiera si era humano. Y creían —no podían hacer otra cosa, pues nadie les había dicho lo contrario— que sólo dispondrían de las capacidades mágicas, pero siempre limitadas, del Círculo para combatir cualquier amenaza que supusiera el enviado.

Los murmullos aumentaban y, a pesar de la prohibición de Tirand, varios consejeros se levantaron para indicar la urgente necesidad de tomar la palabra. Karuth aprovechó la ocasión para abandonar su asiento y, sin que nadie lo advirtiera, excepto los que se hallaban más cerca, salió de la sala. No parecía tener sentido permanecer allí sólo para escuchar discusiones cuyo resultado era ya conocido. Sabía cómo Tirand se opondría a las protestas, y sabía que se impondría de manera inevitable. Aunque la vasta mayoría lo ignoraba, la voluntad de su Sumo Iniciado estaba ahora reforzada por un poder que el Consejo sencillamente no podía vencer ni discutir. Nada tenía que ver con el triunvirato; aquello no era más que una cortina de humo, un espejismo para desviar la atención de la verdad que se

Librodot

ocultaba a todos, menos a los escogidos de confianza. Tras aquella nueva fachada, la realidad era el ser que se había presentado de forma tan inesperada e impresionante ante ellos: Ailind, señor del reino del Orden.

Cerró la puerta con cuidado y se desvió del pasillo principal por uno secundario que llevaba a las cocinas. No tenía hambre, pero sabía que debía comer para mantenerse sana, y así, no queriendo verse acompañada en el comedor, decidió recoger unos cuantos bocados en una bandeja y llevarlos a sus habitaciones. Sanquar estaba de guardia en la enfermería; no la echarían de menos. Y desde luego no quería que la encontraran en ningún lugar público cuando terminara la reunión y los adeptos salieran de la sala del Consejo con demasiadas preguntas acuciantes sin responder.

Delante, el pasillo cruzaba un corredor más ancho y cuando Karuth llegó a la intersección, sus pasos se hicieron más lentos y vacilantes. A su derecha quedaba el ala este del Castillo y los apartamentos principales para los huéspedes, y era fácil imaginar que incluso a aquella distancia sentía la nueva presencia allí, la sentía como un dolor febril en los huesos. Eran imaginaciones, naturalmente; se habían tomado precauciones para que ninguna corriente psíquica soterrada saliera de los confines de aquella zona. Pero aun así...

Algo se movió a la altura de sus ojos, y Karuth dio un respingo asustada. Entonces, en la penumbra adonde no llegaba la iluminación de las antorchas de la pared para disolver las sombras, los vio. Cuatro..., no, cinco de los gatos de la colonia del Castillo. Uno —el que la había asustado, estaba en el alféizar de una ventana estrecha y sin luz, otro en un nicho, tres sentados o agazapados en el suelo de piedra. Parecían centinelas o vigilantes en un rito fúnebre. Cuando Karuth los miró, uno de ellos le devolvió la mirada y ella reconoció al animal delgado y gris que la había visitado en su habitación la noche en que el Círculo había renunciado a su lealtad al Caos.

El animal bufó suavemente. El sonido no era una agresión, sino más bien una advertencia, un aviso para que fuera tan silenciosa y discreta como los gatos. Karuth se puso en cuclillas y extendió una mano. El gato olisqueó brevemente sus dedos, y le hizo cosquillas con sus bigotes; luego desvió la mirada y adoptó de nuevo su postura vigilante.

—No —dijo Karuth en voz baja—. A vosotros tampoco os gusta lo que sucede, ¿verdad, pequeños? Y no os gusta él. —Volvió a enderezarse, se alejó del corredor y de los animales inmóviles y silenciosos, y siguió andando con una fría sensación en la boca del estómago. Los gatos, pensó, eran jueces más fiables que cualquier humano, porque sus peculiares y agudos sentidos penetraban en niveles psíquicos que la mente humana no podía siquiera discernir. Sabían que había una presencia nueva y poderosa en el Castillo; sabían dónde se encontraba y cuál era su naturaleza. Sus pequeños espíritus caprichosos y su amor por la noche hacían que tuvieran una afinidad natural con el Caos, y la llegada de uno de los archienemigos del Caos los había alterado mucho. Karuth tenía la profunda impresión de que toda la colonia de gatos del Castillo había aborrecido de manera instantánea y enfática a Ailind del Orden. Y por mucho que lo intentara, no podía dejar de estar de acuerdo con ellos.

Había luchado para no dejar que sus pensamientos siguieran ese camino, pero era imposible no hacer caso de sus impulsos profundos. Tirand habría dicho que era una blasfemia, y tendría razón sin duda; pero por mucho que se la condenara o se intentaran esgrimir sencillos argumentos lógicos, Karuth no podía cambiar de opinión. Había algo en Ailind, un aire de

superioridad arrogante que bordeaba casi con la presunción, que le ponía los pelos de punta. «¿Es que ya no te arrodillas ante tus dioses, Karuth Piadar?»: aquello ardía en sus recuerdos con la misma ferocidad con que prendía una astilla seca. Nada de «He venido a ayudaros», nada de «Vuestras plegarias han sido escuchadas»; sólo una reprimenda por su falta de reverencia. El problema era que Karuth no sentía reverencia alguna. Quizás era una estúpida y una hipócrita; al fin y al cabo, ¿no era una arrogancia superlativa el que ella se sintiera enfadada y despreciada por aquella primera y breve confrontación? Ailind era un señor del Orden, hermano del propio Aeoris. Su estatua se encontraba con las de sus iguales en el Salón de Mármol, honrada y adorada; no era un ser elemental, sino uno de los catorce dioses. Un dios, se recordó Karuth. Un dios.

Pero había algo más. Su mente retrocedió a la reunión que había tenido lugar en el ala este, dos horas después del rescate en el mar. Siete personas estaban presentes: Ailind, el triunvirato de Tirand, Calvi y Shaill y tres adeptos superiores —ella, Sen Briaray Olvit y un anciano filósofo que era uno de los consejeros de mayor confianza del Sumo Iniciado—. Karuth había tenido la impresión de que se le permitía participar únicamente porque las circunstancias obligaban a Ailind; había estado presente cuando él reveló su identidad, por lo que no había más remedio que incluirla. Pero aparte de aquel reducido núcleo, el dios había declarado con énfasis que nadie más debía conocer su presencia en el mundo de los mortales, para lo cual había alterado su apariencia: el aura desapareció y los ojos ya no eran las esferas doradas sin pupilas que tanto habían impresionado a Karuth. Ahora parecía totalmente humano, aunque con un extraño tono ámbar marrón en la piel y un algo de sobrenatural. No quería ceremonias ni pompas; ocuparía uno de los cuartos corrientes de huéspedes y no se le harían preparativos especiales. Para todos los que no estaban presentes en aquella habitación seguiría siendo sencillamente un marinero rescatado de un naufragio, que disfrutaba de la hospitalidad del Castillo hasta que se hubiera recuperado plenamente de su terrible prueba.

Sen, con un tono de voz de asombrado respeto que a Karuth le pareció incongruente con su forma de ser, le había preguntado si podría decirles la razón de aquella decisión. Mantener semejante secreto, señaló, no sería fácil, y además quedaba la cuestión de mantener la moral del Círculo. ¿No sería mejor si los otros adeptos se enteraban de que sus plegarias habían sido escuchadas? Karuth recordó las palabras exactas de la respuesta de Ailind, y el tono en que las había dicho, como si hubieran quedado grabadas en su mente: «Entiendo tu punto de vista, Sen, pero mi orden sigue vigente. Cuantos menos conozcan mi presencia aquí, mejor serán servidos nuestros fines. No veo razón para que la moral de tus compañeros adeptos vacile si su fe en los dioses es tan genuina como ellos mismos dicen que es».

Entonces, aquella declaración había irritado a Karuth y volvió a irritarla ahora. Comprendía y aceptaba la necesidad de asegurarse de que ningún atisbo de la identidad de Ailind llegara a oídos del enviado de la usurpadora cuando llegara, pero el aguijón que encerraban las últimas palabras del dios la había dejado parada, porque implicaban que aquello también era una prueba deliberada de la fidelidad del Círculo. Los señores del Orden esperaban que todos los del Castillo, a excepción de aquel pequeño grupo, mantuvieran una confianza incuestionable en ellos, pero sin el alivio de saber que sus plegarias habían sido escuchadas. Aquello le pareció a Karuth frío, calculador y... sí, usaría de nuevo la palabra, arrogante. ¿De verdad

Librodot

sentían los dioses tal desprecio por sus adoradores?, se preguntó con amargura. ¿Era realmente más importante poner a prueba la lealtad de los adeptos que unirse a ellos para defender al mundo contra la amenaza que suponía Ygorla? No podía ser, no podía ser que Aeoris y sus hermanos fueran tan mezquinos.

Advirtió de pronto que se acercaba a su destino y, con un esfuerzo, sustituyó sus sombrías especulaciones por asuntos más mundanos. Delante de ella, el pasillo terminaba en una corta escalera; Karuth bajó por ella y entró en la cocina. Como siempre, la gran cámara abovedada estaba caliente, húmeda, llena de humo y vapor y con una febril actividad. Buscó a uno de los cocineros, ordenó que le prepararan una bandeja y esperó mientras lo hacían, intentando no llamar la atención de nadie. Sus modales debían de haber indicado su estado de ánimo, porque vio con alivio que nadie se le acercaba, y unos minutos después salió de la cocina con la bandeja repleta y cubierta en las manos.

Para su tranquilidad, llegó a sus habitaciones sin cruzarse con ningún otro adepto. Cerró la puerta y echó el cerrojo; luego comenzó a encender velas antes de acercarse a la ventana. La tormenta se había alejado antes, aquella misma noche, llevándose la lluvia y el granizo, y ahora la noche era fría y nubosa, pero tranquila. Karuth echó las cortinas, volvió a donde había dejado la bandeja y apartó el mantelillo que la cubría. Había una apetitosa selección de los mejores manjares del cocinero; con aire desganado, casi ausente, cogió una pata de ave asada, dio un mordisco y volvió a dejarla. No tenía hambre, no podía ni ver la comida, por muy buena que fuera. Había una botella de vino en la mesilla de noche; llenó una copa y la vació de un trago, la llenó otra vez y, dirigiéndose con ella hacia la chimenea, se sentó en un sillón a contemplar las llamas.

Karuth se dio cuenta de que se sentía desesperadamente sola. No, más que eso; se sentía aislada, no por voluntad propia, sino por circunstancias que escapaban a su control. En los primeros días intranquilos tras su primera pelea con Tirand, su posición en el Círculo había pendido de un hilo. Recientemente, aquel equilibrio había vuelto a alterarse un poco en su favor a medida que el tiempo suavizaba las peores heridas y que la ruptura mostraba los primeros síntomas de arreglo; pero en las escasas horas desde la llegada de Ailind, todo había cambiado. De pronto volvía a ser la disidente, la oveja descarriada del rebaño, la única cuyos puntos de vista no concordaban con los de la mayoría; y de repente eso adquiría una importancia que antes no había tenido.

Ya había experimentado el desprecio que Ailind sentía hacia ella. Éste había dejado bien claro que sabía lo que le dictaba su corazón, del mismo modo que dejó bien claro que no toleraría ningún intento de desobediencia por su parte. Y Tirand... Karuth había visto en su mirada lo que sentía: duda y desaprobación mezcladas con miedo, tanto por ella como por él mismo, y debajo de todo un hosco resentimiento que, sin la temperancia de los lazos de toda una vida y del parentesco, podría haber rozado el odio. Lo mismo podía decir de los otros; en la reunión, sus compañeros adeptos no le habían dirigido directamente la palabra ni una sola vez, y había advertido que, en varias ocasiones, la Matriarca la contemplaba de reojo con una mezcla de compasión y vergüenza a partes iguales. Incluso Calvi, a quien tenía por uno de sus mejores amigos, había permanecido sentado, evitando su mirada deliberadamente, con los hombros encogidos en gesto culpable mientras miraba hacia otro lado.

Librodot

«Bien —pensó—, que así sea.» Se habían entregado por completo a Ailind, y no podía echarles la culpa por eso. Pero ella no disimularía, no caería en el perjurio para ganar su favor. Además, ¿de qué habría servido? Podía ocultar la verdad a otros mortales, pero no podía ocultarla ante un dios. Siempre y cuando obedeciera los dictados de Ailind y se inclinara ante su voluntad, no sufriría nada peor que los aguijonazos de su desprecio, y la verdad es que eso no le importaba.

Miró su copa, vio que casi estaba vacía y se levantó para llenarla de nuevo. Esta vez se llevó la botella hasta el sillón y la dejó junto al fuego; el vino era fuerte y ya comenzaba a sentir sus efectos, pero se sentía demasiado deprimida para que le importara si estaba ebria o no. El problema, pensó, era que no quería someterse a la voluntad de Ailind. No por un orgullo iluso, sino porque la vieja duda seguía corroyéndole las entrañas: la sensación de que el Círculo había cometido un error fundamental y terrible. No podía creer que el Caos hubiera roto su pacto. No lo creía. Deseaba —volvió a beber, vaciando la copa por tercera vez—, deseaba que el Equilibrio, el Equilibrio del catecismo de su infancia, el Equilibrio que era la base de todo el poder y ritual del Círculo, se restaurara antes de que fuera demasiado tarde.

Vertió más vino en su copa, pero esta vez con mano temblorosa, y gran parte del vino cayó sobre su falda. ¿Qué habría pensado de ella Ailind si la hubiera visto así?, se preguntó, y le entraron ganas de reír mientras bebía un buen trago. Ailind, Tirand, Calvi y Shaill, y todos sus estudiantes, y todos los adeptos de rango inferior que eran lo bastante estúpidos —o lo habían sido en el pasado— como para respetarla, ¿qué habrían pensado si la hubieran visto sentada a solas, bebiendo con resolución hasta quedar aturdida? Sin duda... dioses, parecía que tuviera la cabeza llena de plumas..., sin duda se habrían dicho unos a otros sabiamente que aquello era de esperar en alguien que se había dejado engañar por las maquinaciones del Caos. Caos, los renegados, los traidores, los...

—Ohhh... —Con un golpe seco, Karuth dejó la copa casi vacía en el suelo y se levantó. La habitación le parecía irreal, las perspectivas distorsionadas; se dirigió con paso vacilante hacia la ventana, la abrió de par en par y aspiró a grandes bocanadas el aire frío de la noche. Qué estúpida era, qué estúpida. Todo eran palabras osadas, pero ningún acto; viento y meadas, para citar la vulgaridad preferida de su viejo maestro, Carnon Imbro. Fueran cuales fuesen sus sentimientos privados, no se saltaría las normas. Una vez había tenido la oportunidad de hacerlo y la había desperdiciado, y ahora era demasiado tarde. Obedecería a su Sumo Iniciado, obedecería a Ailind, haría todo lo que se esperaba de ella o lo que se le exigiera. Al fin y al cabo, ¿quién era ella para juzgar lo que estaba bien o lo que estaba mal? Nada más que una adepto corriente, sin importancia, prescindible, y tener otro tipo de expectativas era sostener una opinión peligrosamente falsa de sí misma. Los señores del Orden habían respondido a la súplica del Círculo, y uno de ellos se encontraba aquí, en el Castillo. La ayuda que tan desesperadamente necesitaban les había llegado. ¿No era eso lo que ella, con la misma fuerza que cualquier otro adepto, había deseado? ¿Y no debería sentirse agradecida porque ahora contaban con un poderoso aliado en la guerra contra Ygorla? Los dioses habían enviado a uno de los suyos al mundo de los mortales para destruir a la hechicera, y Karuth debería alegrarse, en lugar de estar sentada de mal humor, borracha y hecha una quejica porque no eran los dioses que ella habría invocado.

Librodot

El aire frío le despejó la cabeza un tanto, pero también la dejó helada hasta el tuétano. Cerró la ventana y regresó al centro de la habitación, frotándose la parte superior de los brazos; cogió de nuevo la copa y la vació, más como gesto de desafío que por otro motivo. Pero ¿desafío a quién? ¿A Ailind? No; si eso hubiera sido cierto, habría salido de la habitación y se habría dirigido hacia el ala este, donde sin duda él estaba urdiendo sus planes —de los que hasta el momento había dicho sorprendentemente poco— y le habría dicho que no iba a bailar al son que él tocara. Pero no lo haría, porque por mucho que quisiera creer otra cosa, le temía tanto como le temían Tirand, Calvi y Shaill. Si estaba desafiando a alguien o algo, reconoció Karuth con tristeza, era a su propia conciencia, por cobardía.

Cogió la botella de vino y vio que estaba vacía. Sin saber si mostrarse aliviada o decepcionada, colocó la botella y la copa junto a la comida que no había tocado y, cubriéndolo todo con el mantelillo, lo quitó de en medio para que por la mañana un criado se lo llevara. Sentía los párpados pesados y todavía veía la habitación con la distorsionada perspectiva de la embriaguez; lo único razonable, al menos eso parecía, era cerrar la mente a aquel terrible día y esperar que la mañana trajera alguna mejora.

Sintiéndose demasiado cansada y desanimada para hacer sus preparativos acostumbrados, se limitó a apagar el fuego antes de quitarse la túnica y meterse en la cama en ropa interior. La habitación daba vueltas más allá de sus párpados cerrados, pero al cabo de un rato el cansancio se impuso a sus vacilantes sentidos y se quedó dormida.

Aquella noche soñó que Calvi llamaba a su puerta para que atendiera una emergencia médica. Ella corría por los pasillos desiertos del Castillo en pos de la silueta extrañamente fantasmal de Calvi, sin poder alcanzarla, hasta llegar a la enfermería, donde el cadáver de la madre de Ygorla Morys, muerta hacía mucho tiempo, se incorporaba de un lecho manchado de sangre y abría los ojos para revelar dos esferas de bronce sólido y resplandeciente y decía con la voz de Tirand: «¿Es que ya no te arrodillas delante de tus dioses, Karuth Piadar?» Junto al cadáver se encontraba Carnon Imbro, quien le apuntaba con el dedo y le decía que repitiera los nombres de los antipiréticos por orden de potencia o que entregara la vida..., entregara la vida..., entregara la vida. Karuth huía de la enfermería y corría por interminables pasillos a oscuras hasta que muy lejos, por un largo corredor que se ondulaba y que cada vez se hacía más estrecho, veía un resplandor de luz que le indicaba que casi había llegado al Salón de Mármol; y allí, ante la puerta de plata, se encontraba el viejo Sumo Iniciado de cuando era niña, Keridil Toln, que le sonreía y le hacía gestos de que se acercara. Una voz gritaba en su mente: *No, no es Keridil; es otro, alguien malvado,* y ella intentaba detener su carrera, pero sus pies seguían moviéndose. El dedo continuaba haciéndole el gesto de que se acercara, y una sombra negra y mortífera salía de los pies de Keridil y se iba extendiendo por el suelo en dirección a ella.

Y al mismo tiempo, como un enloquecido contrapunto musical, una voz sin cuerpo pero terriblemente familiar, aunque no podía decir a quién pertenecía, se reía de ella..., se reía de ella..., se reía de ella.

Librodot

CAPITULO 17

La primera nevada intensa del invierno comenzó nueve días después. Las nubes se habían ido amontonando en el norte, luego se acercaron lentamente desde el mar, y en la tarde del octavo día los fuertes vientos costeros amainaron y la atmósfera adquirió una extraña calma. Al anochecer, el cielo encapotado era casi incoloro, a excepción de una ligera franja de tenue color entre púrpura y rosado, y poco después de medianoche comenzó la lenta y silenciosa nevada.

Por la mañana, la Península de la Estrella se había transformado. Los picos de los acantilados estaban cubiertos de nieve, que contrastaba de manera chocante con las paredes verticales de roca negra y con el mar gris plomizo, y las montañas de la Tierra Alta del Oeste, al sur del macizo del Castillo, eran fantasmas blancos e indefinidos, entrevistos a través de los velos de la nieve. La Matriarca, que se despertó antes incluso que los criados del Castillo, rompió la costra de hielo del lavamanos de su habitación, contempló luego el amanecer descolorido y desolado a través de su ventana enmarcada en escarcha y sonrió con ironía para sus adentros. A menos que el enviado del usurpador tuviera alas, no llegaría ahora al Castillo ninguna procesión. Una vez que comenzaban las nevadas, los desfiladeros se volvían intransitables en cuestión de horas, y sólo un loco intentaría atravesarlos. Con un sentido innato de la caridad, incluso para con los enemigos, esperó que el embajador no hubiera cometido el error de intentar correr más que la meteorología sólo para verse atrapado en los desfiladeros. No deseaba a nadie semejante suerte.

Ocupada en sus preparativos para el día que empezaba, no vio la pequeña turbulencia en el aire, el aleteo de alas blancas insustanciales que, procedente de las montañas, atravesó el puente de piedra que unía el macizo del Castillo con el continente. Pero otros ojos sí lo vieron, y cuando el elemental del aire pasó por encima de la muralla exterior y descendió al patio desierto, una figura salió de las puertas principales y bajó los escalones para ir a su encuentro.

Insensible al frío, Ailind sólo vestía una fina camisa de seda y pantalones, y la nieve que caía no lo tocaba. Alzó un brazo en gesto imperativo, y el elemental voló hasta su mano y emitió una dulce nota cantarína; Ailind asintió y dijo en voz baja:

—Lo has hecho bien, pequeño siervo. Puedes irte —y un arco iris de colores brilló brevemente en el aire a su alrededor cuando la criatura desapareció.

Se volvió y contempló el Castillo. En la ventana del estudio de Tirand se veía una luz. Perfecto; si el Sumo Iniciado ya estaba levantado, no sería necesario despertar la curiosidad enviando un criado para que lo sacara de la cama. Ailind subió con rapidez los escalones, atravesó la sala principal y llegó ante la puerta de Tirand. No llamó, sino que alzó el picaporte y entró, cogiendo por sorpresa a Tirand, que estaba agachado junto al hogar intentando que el recalcitrante fuego prendiera.

Tirand se incorporó, recuperó rápidamente la compostura e hizo una reverencia.

—Buenos días, mi señor. —Estuvo a punto de añadir: «Espero que hayáis dormido bien», pero recordó que Ailind no dormía.

Librodot

—Sumo Iniciado —Ailind cerró la puerta y no malgastó el tiempo en preámbulos—, será mejor que dispongáis la bienvenida. El enviado de la hechicera estará ante las puertas del Castillo dentro de dos horas.

Tirand se quedó mirándolo sorprendido.

—¿Hoy? Pero ¡si la nieve debe de haber cerrado los pasos de las montañas!

—Quizá para una caravana humana. Pero el elemental que envié para vigilar me ha informado que nuestro visitante no viaja por medios tan ortodoxos. —El señor del Orden paseó la vista por la habitación—. Dile a tu mayordomo que vaya en busca del Alto Margrave y la Matriarca. Quiero hablar brevemente con ellos antes de que avises a los adeptos superiores.

—Mi mayordomo está en la cama con un resfriado invernal, mi señor; por eso me veo obligado a encender la chimenea personalmente. Yo mismo iré en busca de Calvi y de Shaill, si tenéis a bien esperarme.

—Sí, sí, pero no pierdas el tiempo.

Tirand volvió a hacer una reverencia y salió apresuradamente. Cuando la puerta se cerró, Ailind contempló la habitación, que mostraba señales de desorden, y luego la chimenea y el renuente fuego que amenazaba con apagarse. Sus ojos, de un dorado con tonos pardos, se entrecerraron ligeramente y el combustible de la chimenea cobró vida; se alzaron las llamas y volaron chispas chimenea arriba. El dios atravesó la habitación hasta el sillón de Tirand; con gesto quisquilloso pasó la mano para quitar una fina película de polvo, y se sentó a esperar.

Strann sabía que su primera visión de la Península de la Estrella y de la fortaleza del Círculo debería haber sido una experiencia pasmosa; pero mientras permanecía a lomos de su montura y, a través de la nieve que caía arremolinada, contemplaba la majestuosa vista que se extendía a los pies de las montañas, no sintió nada más que un dolor frío y apagado en el alma. Después de todo lo que había tenido que pasar durante aquel viaje, ni siquiera aquello tenía el poder de emocionarlo.

La criatura sobre la que montaba se movió inquieta, y Strann la sujetó con un tirón innecesariamente brusco de las riendas. Había llegado a odiarla, y ni siquiera era capaz de mirarla, a menos que las circunstancias lo obligaran a ello. Habría preferido montar cualquier rocín asmático de lomo hundido, pero de carne y hueso, aunque se hubiera desplomado con él en el desfiladero y le hubiera ocasionado la muerte, antes que estar encadenado a aquel monstruo incansable, creado por Ygorla, para el que ningún obstáculo material parecía ser impedimento. Y en cuanto a sus acompañantes... Su boca dibujó una sonrisa sin ninguna alegría ante lo inapropiado de la palabra. Demonios, elementales; no sabía lo que eran y apenas les había dirigido la palabra, ni ellos a él, desde que habían desembarcado de la negra nave en el puerto de Shu-Nhadek ante la horrorizada mirada de sus habitantes.

Sin pensarlo, intentó apretar la mano derecha protegida por el guantelete púrpura, antes de recordar que los nervios habían sido cortados y estaban muertos, y que ya no podía controlar los muñones en que se habían convertido sus dedos. Los recuerdos se iban agolpando en su memoria como una jauría de terribles sabuesos que se acercara a su presa, recuerdos de cosas que había visto y cosas que había oído y que había sentido a medida que el grupo avanzaba a través de las provincias en dirección norte: aldeas donde elementales deformes patrullaban las calles de día y se alimentaban de los incautos cuando caía la noche; pueblos donde la milicia había

Librodot

desaparecido de la noche a la mañana y donde los siervos de Ygorla tiranizaban al populacho aterrorizado; toques de queda, devastación, destrucción, salvajismo... Y él había cabalgado en silencio, en medio de todo aquello, mientras su escolta abría el camino igual que un campesino segaría el maíz. Un desfile triunfal del embajador de la emperatriz y su monstruosa escolta personal: ¿cuántos cientos, cuantos miles de rostros angustiados y tensos habían contemplado a Strann *el Chaquetero,* sir Rata, mientras pasaba con altivez? Y no había podido decir nada, hacer nada, ni para ayudarlos ni para disculparse. Lo único que tenía era aquella rabia que ardía en su interior, la rabia que no podía desfogarse, pero que nunca lo abandonaba.

Sus compañeros aguardaban. Sintió el calor de sus miradas en la espalda, mientras su montura seguía agitándose nerviosa. La nieve caía copiosa e incesante en el aire sin viento, empapando su capa y su capucha, que se le pegaban pesadamente al cuerpo.

Ante él se alzaba su meta, el Castillo, negro e impresionante, sin ninguna muestra de actividad, a excepción de los pocos hilillos de humo que subían en medio de la nevada. Quizás aquellas grandes puertas nunca se abriesen para dejarlo entrar o, si lo hacían, tal vez las cruzara para encontrarse con la punta de una espada que acabara con su vida sin mediar palabra. Pero en aquel momento, cansado, helado y asqueado hasta lo más hondo del alma, a Strann no le importaba. Fuera cual fuese el destino que le aguardara en la Península de la Estrella, al menos sería limpio.

Dio un golpecito con la mano izquierda intacta y sintió el grácil movimiento de los anormales músculos, al que ahora ya se había acostumbrado, cuando su montura comenzó a descender por la suave pendiente. La escolta lo siguió en silencio, sin dejar huellas en la nieve. Llegaron a los mojones gemelos de piedras que señalaban el paso al puente de roca, y de nuevo se pararon. Seguía sin verse reacción alguna en el Castillo. Strann sacó los pies de los estribos y desmontó. Echó a un lado las riendas, lanzó un duro aviso a su montura para que no lo siguiera, y se acercó al borde del precipicio.

Podía saltar, caer con los copos de nieve, y en cuestión de segundos todo acabaría para siempre. Yandros no podía cogerlo en el aire antes de que se estrellara contra el mar y las rocas allá abajo, y entonces Ygorla y sus legiones, y todos los demonios y dioses de aquel dominio y de cualquier otro, podrían hacer lo que quisieran, que a él ya le daría lo mismo. Pero la idea no era más que una bravata; Strann sabía que no daría semejante paso desde aquel vertiginoso borde, de la misma manera que no se cortaría el gaznate. El suicidio requería una determinación mayor de la que él poseía; y, además, todavía no había alcanzado ese punto extremo en que sólo se desea la muerte.

Pero sí quería librarse de sus cadenas. Se apartó del precipicio y se encaró con su escolta, entrecerró los ojos para que no lo molestara la nieve que se arremolinaba ante su rostro y se esforzó en mirarlos directamente.

—Volved —ordenó, poniendo toda la autoridad de que fue capaz en su tono de voz, al tiempo que señalaba hacia el sur—. Vuestro papel en esto ha terminado, y ahora debo continuar solo. Regresad junto a..., junto a vuestra emperatriz e informadle que he alcanzado mi destino sano y salvo.

El jefe de la escolta tenía ojos blancos y huecos, pero no nariz ni boca; uno de sus compañeros, sin labios ni dientes pero capaz de emitir sonidos, respondió por él con voz inexpresiva.

Librodot

—No tenemos tal orden de la emperatriz. Sin una orden, debemos permanecer.

—¡Yo os estoy dando la orden! —Strann alzó su mano destrozada, mostrando el símbolo de Ygorla bordado en el guante que llevaba puesto—. ¿Qué es esto, el sello de vuestra emperatriz o el garabato de un niño? Soy su enviado, y os lo ordeno en su nombre. Vuestra presencia aquí podría poner en peligro mi misión, y si eso sucediera, tendríais que enfrentaros a la ira de la emperatriz. ¿Es eso lo que queréis? No, ya pensaba que no. ¡Volved a la Isla Blanca!

Vacilaron, pero Strann los había calibrado bien. No eran verdaderamente inteligentes; habían sido creados sólo para obedecer, y sin directrices claras de la propia Ygorla —y la amenaza añadida de provocar su disgusto—, se vieron obligados por fin a obedecer la orden de Strann. Éste esperó mientras, con enloquecedora lentitud, descargaban su equipaje y lo depositaban a su lado; luego Strann repitió con aspereza la orden y los observó dar la vuelta y alejarse, llevándose con ellos a su montura. Cuando las estribaciones de las montañas los hubieron ocultado de su vista, Strann volvió a mirar al Castillo. No hizo caso de las bolsas que sus guardias habían depositado con tanto cuidado a sus pies. No quería ni las sedas ni los lazos de Ygorla; no quería nada que lo mancillara con su influencia; y de haber sido mejor el tiempo, habría estado tentado de quitarse las ropas que llevaba para dirigirse desnudo a las puertas del Castillo. La única cosa que deseaba, su manzón, no estaba allí. Ella se lo había quedado, naturalmente. Aunque de poco podía servirle ahora...

Se arrebujó en la capa, se ciñó en torno al rostro la capucha y avanzó por el puente de piedra. Era más ancho de lo que parecía, pero tuvo mucho cuidado de no mirar por el borde al mar que rugía a decenas —quizás incluso a cientos— de metros por debajo mientras echaba a andar hacia el macizo. El Castillo se fue haciendo más grande, y observó sus cuatro torres, que dominaban el cielo por encima de la impresionante muralla negra. No se veía ningún movimiento, ninguna señal de que su presencia hubiera sido advertida. Tal vez, pensó Strann, el Círculo no tenía intenciones de perder el tiempo parlamentando y sería derribado por una certera flecha mientras avanzaba hacia la explanada de hierba. O quizá lo fuera mediante algo más contundente: un único rayo de energía para que Ygorla recibiera el mensaje rotundo de que su emisario no era bien recibido. No sabía cuáles eran los poderes del Círculo, ni si eran capaces de hacer algo así, pero el corazón le latía acelerado y apretó el paso, sintiéndose vulnerable y bastante asustado.

No llegó ninguna flecha ni ningún rayo de energía. Alcanzó el final del puente y allí, a menos de treinta metros, se alzaban las puertas del Castillo. Strann se detuvo para recuperar el aliento, pero sólo un instante. Por paradójico que pareciera, sabía que se sentiría más seguro al abrigo de aquellas enormes murallas y, por lo tanto, fuera del alcance de cualquier arquero que pudiera estar escondido en los baluartes.

Se acercó a la impresionante fachada; y cuando estaba a veinte pasos de ella, oyó el profundo crujido de la madera sobre la piedra y las puertas comenzaron a abrirse. Strann se paró; a pesar del intenso frío, el sudor empezó a perlarle el rostro, mientras iba apareciendo a la vista un oscuro arco. No distinguía nada en sus sombras y aunque alcanzaba a vislumbrar el patio justo más allá del arco, la nieve que caía borraba los detalles. *Yandros* —pensó con desesperación Strann—, *si puedes oírme y ayudarme, te lo suplico: ¡hazlo ahora!*

Librodot

Avanzó. Diez pasos, quince, veinte; ya estaba pasando bajo el arco, y todavía no había ningún desafío, ninguna amenaza, nada. Ahora veía el patio con más claridad; cubierto de nieve y con una fuente seca profusamente adornada en el centro, parecía estar totalmente vacío. Strann aminoró el paso al llegar al otro extremo del arco. No le apetecía salir, tenía miedo a mostrarse; pero ¿de qué tenía miedo? Allí no había nadie. Sólo el patio vacío, hileras de ventanas sin luz y, más allá de la fuente silenciosa, un corto tramo de escalones anchos que llevaban a unas puertas de doble hoja, cerradas y presumiblemente atrancadas.

Strann no había esperado aquello. En el mejor de los casos había supuesto una cautelosa hostilidad; en el peor, la agresión sin contemplaciones, pero para, aquello no había hecho ningún preparativo. Alguien, pensó mientras apretaba los dientes que amenazaban con empezar a castañetear, estaba jugando con él. Muy bien, se uniría al juego. Pasaría junto a la fuente, subiría los escalones y llamaría a las puertas atrancadas y gritaría hasta que no tuvieran más remedio que hacerle caso.

Impulsado por una súbita subida de adrenalina que le dio una osada seguridad en sí mismo, atravesó el patio, dejó atrás la fuente y se acercó a los escalones. Por los Siete Infiernos, no había hecho aquel monstruoso viaje sólo para...

El pensamiento se cortó en seco; las puertas de doble hoja se abrieron de par en par, y Strann dio un salto sobresaltado. Se vio luz cuando siete hombres con antorchas salieron del interior, y detrás de ellos apareció una docena más, cada uno de ellos con la insignia de adepto del Círculo y blandiendo una espada. Se desplegaron, formando un arco amenazador en lo alto de la escalera; los portaantorchas flanqueaban la puerta, y sus teas ardían con extraña firmeza a pesar de la nieve que caía. Luego, otras tres figuras salieron del Castillo y se detuvieron en el umbral. La luz parpadeante de las antorchas arrojó sus sombras sobre la nieve, y una voz que Strann reconoció y que resonó firmemente entre los altos muros dijo:

—¡Acércate e identifícate!

Strann no se movió, no dijo nada. No era capaz: sólo podía mirar, con el corazón angustiosamente encogido y convertido en una piedra en su pecho, al trío que se enfrentaba a él en lo alto de la escalera.

Los conocía a todos, y en sus peores pesadillas jamás había llegado a imaginar que se enfrentaría a una terrible prueba de oprobio como aquélla. Shaill Falada, la Matriarca, que en tiempos había sido su mecenas; pero vestida ahora con traje ceremonial, imponente y severa. Calvi Alacar... Oh, dioses, el hermano menor del asesinado Blis, ahora Alto Margrave por derecho, convertido de joven despreocupado en hombre iracundo con ojos que miraban desafiantes y helados. Y entre ellos, sin más indicio de su rango que una sencilla insignia en el hombro derecho y una fina diadema de bronce en la frente, el Sumo Iniciado, Tirand Lin. No era el invitado a una boda que había conocido en la Isla de Verano, ni siquiera era el hermano de Karuth que mostraba su desaprobación ante el trovador oportunista, sino alguien con el rostro pétreo, implacable, que ostentaba un aura de inmenso y peligroso poder.

A Strann le falló su habilidad de bardo, el discurso que tenía pensado se borró de su mente. En algún lugar, una voz interior le gritaba, le decía que no fuera estúpido; aquello era una charada, una demostración para intimidar a alguien que creían que era el siervo fiel de Ygorla, y lo único que tenía que hacer era contárselo, explicarles...

Librodot

—Estamos esperando, enviado. —La voz de Tirand se abrió paso entre el tumulto mental de Strann. Aferrado a la capucha de su capa, desesperado porque no vieran todavía su cara, por fin recuperó el control del habla.

—Sumo Iniciado... —Vio que la Matriarca fruncía el entrecejo sorprendida, y comprendió que había reconocido su voz, aunque todavía no supiera exactamente a quién pertenecía. Dioses, no podía endulzar aquello con buenas palabras; no había tiempo, no funcionaría, no era capaz...

Yandros, ayúdame, pensó Strann por segunda vez y se deshizo de toda precaución.

—Sumo Iniciado —dijo—, no soy la marioneta de la usurpadora, por mucho que las apariencias digan lo contrario. Me envió aquí para que os hiciera creer que desea pactar con el Círculo; pero en lugar de eso he venido para pedir vuestra protección, ¡y vuestra ayuda para destruirla! Señor, debéis creerme.

La voz de la Matriarca lo interrumpió.

—Quítate la capucha —ordenó con brusquedad—. Déjanos ver qué clase de criatura eres.

Strann vaciló un instante; luego, dándose cuenta de que no podía retrasar más aquello, se descubrió el rostro echando atrás la capucha. La Matriarca exhaló aire sorprendida, y la expresión de Tirand se transformó en hielo.

—Te conozco..., he visto tu cara en algún otro sitio antes...

Shaill le cogió el brazo.

—¡Es Strann! ¡Strann, el *Narrador de Historias*! ¿No te acuerdas, Tirand, en la boda de Blis?

—Dioses..., tienes razón. Es él... o una imitación muy hábil.

Strann sintió que le ardían las mejillas.

—No soy ningún simulacro, Sumo Iniciado, ni ningún demonio. Soy tan humano como cualquiera de los que están aquí presentes.

El labio de Tirand se curvó.

—Nos encargaremos de averiguar qué hay de cierto en eso.

Tras él, apenas como una sombra más oscura entre las sombras del interior, alguien se movió. Strann atisbo por un momento una cabellera pálida, pero entonces se vio distraído cuando el Sumo Iniciado le apuntó con un dedo y pronunció cinco ásperas sílabas. Un impacto de calor atravesó a Strann, que tuvo que morderse la lengua para no gritar. La sensación desapareció al cabo de un instante, y mientras permanecía aturdido por sus secuelas, Tirand asintió.

—Muy bien. —Miró a los adeptos armados que flanqueaban las puertas—. Parece ser que es humano después de todo. Atadlo y hacedlo entrar.

Dos fornidos espadachines dejaron el grupo y bajaron corriendo los escalones hasta Strann. Cuando le cogieron los brazos y comenzaron a empujarlo hacia las puertas, éste protestó irritado.

—Maldita sea, soltadme... ¡No ofreceré resistencia! ¡Ni siquiera voy armado! ¡Podéis comprobarlo!

Los adeptos no le hicieron caso, y cuando Tirand y sus acompañantes volvieron a entrar en el Castillo, fueron tras ellos, empujando a Strann entre ambos. El gran salón de la entrada estaba sin iluminar, en penumbra, y para su disgusto, Strann vio que se había reunido allí mucha más gente. Caras desconocidas, duras y hostiles, que lo miraban con silenciosa curiosidad a la que se añadía una buena dosis de desprecio. Cuando lo

hicieron detenerse en medio del suelo de baldosas de piedra, creyó saber en cierta medida cómo debía de sentirse un condenado cuando lo conducían a la horca o al lugar de lapidación en la plaza del mercado.

Uno de sus captores sacó una cuerda corta y comenzó a atarle las muñecas a la espalda. Strann abrió la boca para quejarse, pero lo pensó mejor; por ahora, un consentimiento pasivo sería la opción más segura. Se preguntó tristemente si Karuth Piadar se encontraría entre la multitud que lo observaba; pero aunque miró los rostros a su alrededor, no vio señales de ella y no supo si sentirse desanimado o agradecido. Hubo un rostro, sin embargo, que sí le llamó la atención, por motivos que no pudo concretar: un hombre con el pelo blanco, con un rostro paradójicamente joven y ojos que en la tenue luz parecían casi de bronce. Su mirada era intensa, de una firmeza desconcertante, y con un estremecimiento intuitivo, Strann desvió rápidamente los ojos hacia otra parte.

El Sumo Iniciado se volvió. Escudriñó a Strann con un único vistazo que fue más elocuente que cualquier palabra de condena y dijo a los dos adeptos:

—Por el momento, encerradlo en una de las bodegas, hasta que hayamos decidido qué hacer con él.

—¡No! —gritó Strann— ¡Sumo Iniciado, no lo entendéis! Tengo urgentes noticias...

—¿De esa maligna bruja que es vuestra señora? Sus edictos no nos interesan.

—¡No de Ygorla! Estoy intentando deciros que no soy su siervo. Soy tan enemigo suyo como lo sois vos, ¡aunque ella no lo sabe!

—Si de verdad esperas que creamos eso —replicó Tirand con desprecio—, debes de estar tan loco como ella.

Strann apretó los dientes en un esfuerzo porque su voz no sonara alterada.

—No estoy loco, señor, y no soy una marioneta de la usurpadora. —Se volvió para apelar a la Matriarca—. Señora, me conocéis bastante bien. ¿Tengo madera de traidor?

Shaill le devolvió la mirada.

—No lo sé, Strann —repuso con un tono de voz frío y distante—. Los hombres pueden ser empujados por todo tipo de motivaciones, y tú siempre fuiste un oportunista.

Strann se quedó boquiabierto, pero antes de que pudiera hablar, Tirand intervino.

—Shaill, no ganaremos nada viéndonos arrastrados a una discusión con basura como ésta. No estamos haciendo más que perder un tiempo que podría dedicarse a mejores cosas. —Volvió a dirigirse a los captores de Strann—. Llevadlo a las bodegas como he ordenado.

Horrorizado tanto por la respuesta de Shaill como por el ciego prejuicio de Tirand, Strann hizo un último intento desesperado de convencerlo.

—Sumo Iniciado..., por favor, ¡tan sólo escuchadme! Dadme la oportunidad de explicarme, de decir lo que tengo que decir.

—Más tarde tendrás la oportunidad de hablar, cuando seas interrogado —contestó Tirand como quitando importancia al asunto—. Hasta entonces, más te vale que frenes tu lengua.

—Pero ¡esto no puede esperar! —Dioses, pensó Strann, ¿es que nada haría ceder a aquel hombre tan tieso? Por lo que sabía, podían olvidarse de él y dejar que se pudriera en las bodegas del Castillo. ¡Debía conseguir que el

Librodot

Sumo Iniciado lo escuchara!

Tirand le dirigió una sonrisa bastante desagradable.

—Tendrá que esperar, amigo mío. —Antes de que Strann pudiera decir nada más, se volvió y se alejó, seguido de cerca por la Matriarca y el Alto Margrave. La multitud que observaba les abrió paso, y desaparecieron mientras los dos guardianes de Strann tiraban de él en dirección contraria.

Strann no podía hacer nada. Estiró el cuello hacia atrás mientras los adeptos lo sacaban de la sala para conducirlo por un estrecho corredor, pero Tirand ya estaba fuera del alcance de su voz y, además, era evidente que cualquier otra súplica sería tan inútil como la primera. Cerró brevemente los ojos, reprimiendo la mezcla de furia, frustración y culpa que sentía ante su fracaso. No tenía sentido despotricar, pues con ello no conseguiría nada. Debía esperar el momento propicio, esperar, pensar. Tenía que haber una salida a aquella apurada situación.

Delante de ellos, el corredor se veía cruzado por un arco, más allá del cual ascendía al piso superior una de las muchas escaleras de caracol secundarias del Castillo. Cuando atravesaban el arco, se oyeron pasos en la escalera y aparecieron dos mujeres en la última revuelta de ésta. Strann miró instintivamente en aquella dirección, y vio una cabellera castaña trenzada, unos ojos grises, un rostro conocido...

—¡Dama Karuth!

Karuth se había perdido el tumulto de la llegada del emisario, porque la mujer embarazada de un adepto de tercer grado había escogido aquella mañana para dar a luz, y el parto se había presentado difícil, por lo que había requerido su atención personal. Ahora todo estaba bien; la madre y el niño se encontraban perfectamente, y ella y la comadrona principal del Castillo iban camino del comedor para tomar un tardío pero bien merecido desayuno. Sorprendida por una voz que recordaba en parte y que con tanta urgencia pronunciaba su nombre, alzó la vista... y se detuvo tan en seco que la comadrona a duras penas evitó chocar con ella y hacerle caer rodando los últimos escalones.

—¿Strann?

Strann tragó saliva. Se daba perfecta cuenta, aunque fuera irrelevante, del terrible aspecto que debía de tener ante ella, mojado, sucio y con las manos atadas a la espalda como si fuera un campesino felón, y sintió que sus mejillas enrojecían de vergüenza cuando se encontró con su asombrada mirada. Karuth permaneció inmóvil un instante; luego se recuperó y se volvió furiosa hacia los dos adeptos.

—En nombre de todo lo que es sagrado, ¿qué está pasando?

Los hombres quedaron visiblemente intimidados ante la agresividad de su tono de voz. Ambos eran iniciados inferiores, y el grado de Karuth los impresionaba. Uno recuperó la suficiente confianza en sí mismo para hacer una reverencia y decir:

—Éste es el emisario de la usurpadora, señora. El Sumo Iniciado nos ordenó que lo encerráramos en una de las bodegas.

—¿Que hizo qué? ¿No sabéis cómo se llama este hombre? ¿No sabéis quién es?

El adepto pareció desconcertado.

—No, señora; tan sólo que es el embajador de...

—¡Claro que no es el embajador de la usurpadora! —La voz de Karuth se impuso a la del adepto, interrumpiéndolo—. Éste es Strann; uno de nuestros bardos más famosos, ¡y Maestro de mi mismo Gremio de Músicos!

Librodot

—Pero, señora, él es el emisario —insistió en vano el adepto—. Él mismo lo reconoce.

Karuth se quedó mirando a Strann, de repente confundida.

—Strann, ¿a qué se refieren? ¡Debe tratarse de un error!

Strann respiró hondo.

—No es ningún error, dama Karuth. La hechicera me envió aquí como embajador suyo, pero eso no es más que el principio de una larga y desagradable historia. —Miró de reojo a sus captores—. Intenté explicárselo al Sumo Iniciado, pero no estaba de humor para escuchar.

La boca de Karuth hizo un gesto mohíno.

—Entiendo. —Detrás de ella, la comadrona escuchaba absorta e interesada; Karuth se volvió y le dijo con amabilidad pero con firmeza—: Ve al comedor sin mí, Shuanye. Puede que me retrase un tanto. —A regañadientes la mujer los dejó, y mientras se perdía de vista, Karuth volvió a concentrarse en los adeptos—. Soltadlo —ordenó.

La miraron consternados.

—Señora, el Sumo Iniciado ordenó...

—Por los dioses, hombre, ¿es que eres completamente estúpido? Está empapado y tiembla como un perro en medio de una tormenta. ¡Si lo lleváis a los sótanos en este estado, es probable que mañana a estas horas esté muerto! Como médico del Castillo no permitiré tan bárbara indiferencia con respecto a su salud. Cortad sus ataduras. Yo me haré cargo de él. ¡Y si el Sumo Iniciado tiene algo que decir, que hable conmigo!

Con cierta timidez, los adeptos cedieron. Karuth los observó con severidad mientras cortaban las cuerdas que sujetaban las muñecas de Strann; luego los despidió, impidiéndoles cualquier otra protesta que hubieran querido hacer con una terrible mirada de advertencia. Cuando se alejaron apresuradamente, por fin se dirigió a Strann.

—Sospecho —dijo con cierta ironía— que tienes una larga historia que contar. Pero lo primero es encontrarte una muda de ropa y una bebida caliente y reconstituyente. Ven conmigo.

Echó a andar por el corredor, pero Strann se quedó atrás. El tono de voz de Karuth lo inquietaba; parecía distante, cautelosa, casi hostil. No había esperado aquello y dijo en tono vacilante:

—Dama Karuth...

Karuth se volvió.

—¿Qué pasa? —Sí, estaba en lo cierto: no confiaba en él; lo vio reflejado en sus ojos y le dolió, le dolió sobremanera.

—¿No creeréis que soy un traidor? —dijo en vano—. No vos. Desde luego, no podéis creer que...

Ella vaciló. Todavía no se había recuperado totalmente de la impresión de verlo allí en el Castillo y de enterarse del motivo de su presencia, y los sentimientos que aquel encuentro inesperado habían despertado en ella eran contradictorios e inciertos.

—No lo sé, Strann —reconoció al cabo—. Rezo y espero que no lo seas, pero no puedo estar segura. —Un músculo se disparó de forma espasmódica en su mandíbula—. Ordené que te soltaran porque es mi deber de médico proteger tu salud y... supongo que también en recuerdo de los viejos tiempos. Pero no des por sentado que esté de tu parte. Por lo que sé, podría estar cometiendo el mayor error de mi vida.

Siguió andando y dejó que Strann la siguiera.

Librodot

CAPITULO 18

Sanquar alzó la vista cuando Karuth entró en la enfermería, y sonrió.

—¿Ya se ha terminado?

—Sí, y el niño nació bien, gracias sean dadas. Pero tengo un nuevo paciente que atender. —Karuth se apartó y dejó que su ayudante viera a Strann, que estaba detrás de ella.

Si el aspecto desaliñado del recién llegado sorprendió a Sanquar, éste lo disimuló bien, puesto que se limitó a hacer una pequeña reverencia formal. Karuth atravesó la habitación e hizo señas a Strann de que la siguiera.

—Lo primero es darle una muda de ropa. Ambos tenéis la misma altura y constitución parecida; ¿podrías prestarle algo que le vaya bien?

—Claro. —Sanquar volvió a mirar a Strann de arriba abajo, esta vez con curiosidad más franca—. Iré a mis habitaciones a ver qué puedo encontrar.

Dejó la habitación, y Karuth se dirigió al más grande de los armarios de la enfermería. Estaba de espaldas a Strann, y éste advirtió que tenía los hombros tensos. La observó con inquietud. Quería contarle su historia, pero no sabía por dónde empezar. Cualquier enfoque que se le ocurría, parecía demasiado insincero y con probabilidades de aumentar su desconfianza en vez de disminuirla; por una vez, sus habilidades de bardo no le servían de nada.

Karuth sacó un montón de toallas del armario y cerró la puerta con un golpe que hizo que Strann diera un respingo.

—Ven aquí y siéntate —dijo con brusquedad, cruzando la habitación hasta el hogar donde ardía del fuego—. Las pondré a calentar y cuando vuelva Sanquar podrás quitarte esas ropas mojadas. —En silencio hizo lo que ella decía, y Karuth se acercó a una mesa junto a la ventana—. Te daré una copa de vino con unas gotas de reconstituyente.

—Gracias —repuso Strann con voz apagada, y se quedó mirando las llamas. Se sentía desnudo. Había cedido ante el desprecio de Tirand, se había encogido ante la hostilidad de la Matriarca, pero su enemistad era lo menos que podía haber esperado de ellos. Con Karuth supuso que sería distinto, y la condena implícita en su voz y en su actitud era como un pico de hierro clavado en su alma. Ante cualquier otra persona podría haber disimulado o aparentado para ganar su comprensión, y confiado en sus poderes de engaño para convencerla. Pero no podía intentar semejante método con ella. La respetaba demasiado, y aquello no hacía sino aumentar su vergüenza.

Ella volvió y le ofreció una copa llena a rebosar. Sin pensar, Strann intentó cogerla con su mano derecha enguantada y cuando recordó, la cogió apresuradamente con la izquierda.

—Gracias —dijo de nuevo, y bebió sin ganas.

Karuth lo miró, y de pronto su carácter abierto y los viejos recuerdos de su feliz encuentro anterior salieron a la superficie, rompiendo las barreras de la sospecha y el recelo.

—¡Oh, Strann, apenas puedo creer que te vea en semejante estado! —Se agachó ante él y, como una madre ante un niño triste y desaliñado, le desató el cierre de la capa y lo ayudó a quitársela—. Estás delgado, estás pálido, tienes mal aspecto... ¿Cuándo comiste por última vez?

Él se encogió de hombros, en un gesto incómodo; no había tenido

Librodot

mucho estómago para tomar alimentos durante su viaje.

—No estoy seguro. Ayer por la mañana, creo.

—Entonces eso hay que arreglarlo.

—No. —Habló con mayor brusquedad de lo que deseaba, e hizo un gesto pidiendo disculpas—. Gracias, pero no tengo hambre.

El instinto profesional de Karuth le dijo que allí había bastante más de lo que a primera vista parecía.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Cogió la capa y la dobló—. Quítate las botas y los guantes. Deben de estar empapados; al menos puedes secarte las manos y los pies mientras esperamos a Sanquar.

Strann dejó la copa de vino y con una mano se quitó las botas. Ella las recogió.

—Las pondré a secar. Y los guantes, si me los das.

—No —contestó Strann con timidez—. No, ya está bien; me los dejaré puestos un poco más. Todavía tengo las manos frías.

—¡No me extraña si las tienes cubiertas con esos guantes empapados! —Karuth se interrumpió al ver su expresión—. Strann, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada. —Un sudor helado bañaba el rostro y el torso de Strann. No quería que ella descubriera la verdad, no quería que sus ojos lo vieran—. Estoy bien.

De pronto, Karuth extendió el brazo y le cogió la mano izquierda. Él se puso muy tenso, y Karuth lo miró con fijeza.

—¿Qué es lo que va mal? —le preguntó.

Strann se dispuso a dar una negativa más, pero se dio cuenta de que no tenía sentido. Ella ya sospechaba algo; no se le había escapado su error con la copa de vino o el hecho de que sólo había empleado una mano para quitarse las botas. Lo había mantenido oculto ante el mundo, con la esperanza de que al hacerlo también se lo ocultaría a sí mismo y no tendría que afrontar lo que para él significaba; pero ahora que se encontraba en el Castillo, eso no podía seguir así. Sencillamente, no era factible.

—Muy bien —dijo en voz baja, soltando su mano suavemente de la de Karuth. Se sacó el guantelete de la mano izquierda con los dientes. Karuth frunció el entrecejo.

—¿Qué le pasa a tus...?

Strann se quitó el guante derecho. Hubo un momento de silencio.

—¡Yandros...! —Karuth se levantó y, llevándose a la boca un puño apretado, se dio la vuelta. Su pecho subía y bajaba alteradamente; luego volvió a mirar a Strann.

—¿Quién lo hizo? —Su tono de voz era furioso.

—Ygorla. —Strann cogió la copa y bebió un buen trago—. Es su seguro contra cualquier idea que yo pudiera abrigar de serle desleal.

—Pero tu música... —Las palabras se atascaron en la garganta de Karuth, que no pudo terminar la frase.

—Por favor —dijo él—, no me lo recuerdes. Lo sé.

Ella recobró la compostura con dificultad.

—¿Cómo te lo hizo?

—Con fuego —explicó Strann—. Claro que no con un fuego natural. Eso habría sido demasiado sencillo; las torturas sencillas no la divierten demasiado. —Giró la muñeca, observando el feo destrozo con frío distanciamiento—. Supongo que he de dar las gracias porque ya no me duela. Al menos, físicamente.

Librodot

Ella se inclinó hacia él con rapidez.

—Déjame que la examine. Podría ser que...

—No. —Él retiró el destrozado muñón antes de que pudiera terminar—. No tiene sentido, mi dama; ningún médico mortal podría curar este daño.

—No puedes estar seguro.

—Oh, sí. Ella misma me dijo que era la única con el poder de curarlo, y por una vez le creo. —Alzó la vista, y la mano que sostenía la copa temblaba ligeramente—. No creo que ni vos ni el Sumo Iniciado ni nadie del Círculo tenga alguna idea de hasta dónde llega el poder de Ygorla,

Karuth bajó la mirada.

—Hemos visto algo, pero nada parecido a esto. —Entonces, de pronto, centró la atención de nuevo en su rostro, con los ojos ardiendo de ira—. Strann, ¿cómo llegaste a meterte en semejante lío, por los catorce dioses? No puedo creer que seas un traidor, no importa lo que haya dicho antes, pero estar al servició de la usurpadora, como embajador suyo, después de lo que te ha hecho... ¡No lo comprendo!

Strann suspiró. Irónicamente, la mano destrozada había conseguido lo que nunca habrían podido lograr las palabras. La visión de la mano había vencido la hostilidad de Karuth, y ahora tenía esa oportunidad esencial de contar su historia a alguien que la comprendiera. Pocas dudas tenía de que podía convencerla de su sinceridad, pensó con amargura. Al menos, Ygorla había hecho eso por él.

—Es una historia larga y aburrida —dijo—. Por el momento diré que tuve que elegir simplemente entre morir rápida y desagradablemente o engatusar a su corte y ganar su favor. Pero os diré una cosa: no es sólo una amenaza para el mundo de los mortales, sino también para los dominios de los dioses. Y especialmente para el dominio del Caos.

—¿Para el Caos? —Karuth se quedó parada— ¿Qué quieres decir?

Strann tomó aliento. Ya había perdido bastante tiempo desde su llegada; tenía que explicarse con concisión, pero con exactitud; y ella tendría que hacer, a su vez, que su hermano escuchara. Con inmenso alivio se dio cuenta de que el vino que había bebido comenzaba a expulsar el aturdimiento que el frío y la tristeza le habían causado. Tenía la cabeza más despejada, la mente más alerta y la urgencia de la situación adquiría relieve una vez más.

—Karuth —dijo, dejando de lado el título formal por primera vez—, la usurpadora cree que usaré mis habilidades de bardo y de diplomático para convencer al Círculo de que le abra las puertas. Pero no soy su fiel servidor, ni su esclavo, ni su rata mascota, como le gusta llamarme. Tengo un propósito distinto..., un mensaje que entregar. —La miró con dureza—. De Yandros.

—¿Qué?

—Sé que cuesta creerlo. A veces casi no consigo creerlo yo mismo, pero te juro por lo poco sagrado que queda en este mundo que es la verdad. He estado tan cerca de Yandros como de ti sentada aquí ahora, y he hablado con él. Soy su embajador, no el embajador de Ygorla.

Las manos de Karuth comenzaron a temblar.

—Strann, no entiendo esto. ¿Cómo entró Yandros en contacto contigo?

Strann sonrió sin ninguna alegría.

—Esto te costará aún más aceptarlo. Realicé un ritual, de manera muy inepta, para pedirle ayuda, y me respondió.

Karuth soltó un juramento por lo bajo, se puso en pie y echó a andar

Librodot

por la habitación.

—¿Respondió...? ¿Se presentó ante ti, así sin más?

—Sí.

Ella reprimió un sonido extraño que tanto podría haber sido un gruñido como una carcajada; luego, de repente, se serenó y volvió a encararse con Strann.

—Pero esta hechicera también es sierva de Yandros, ¿no es verdad? Nos han contado que la Estrella de Siete Puntas flota sobre el palacio de la Isla de Verano, y sabemos que se hace llamar «Hija del Caos».

—Si es fiel a Yandros, entonces yo soy Sumo Iniciado —replicó Strann con rencor—. Puede que haya nacido del Caos, pero no obedece a sus dioses.

—¿Nacida del Caos? ¿Qué quieres decir?

Strann se sorprendió.

—Sólo es semihumana; su padre es un demonio del Caos. ¿No lo sabías?

—No —repuso Karuth en voz baja. Ailind no había dicho nada de eso...—. No, no lo sabíamos.

—Yandros me contó que se llama Narid-na-Gost. Es una entidad menor, pero para los baremos humanos tiene un enorme poder. Huyó del dominio del Caos y se refugió con su hija en nuestro mundo y es su mano, no la de Yandros, la que está detrás de su subida al poder.

Karuth lo miró mientras comprendía todo. Claro, claro, tenía sentido... Todas las antiguas adivinanzas: el misterio en torno a la concepción de Ygorla, la muerte repentina de su madre y la extraña intuición de Keridil Toln respecto a la niña, y luego el terrible asesinato de su tía abuela, la vieja Matriarca, y la desaparición de Ygorla, al parecer sin dejar rastro. La mano invisible de un progenitor demoníaco. Todo encajaba.

—¿Quieres decir —dijo con voz tensa— que los señores del Caos no han roto el pacto que hicieron en el momento del Equilibrio?

Strann recordó las duras palabras de Yandros acerca de la lealtad del Círculo, su advertencia de que Tirand Lin creía que los señores del Caos habían roto su secular promesa. Ahora comprendió qué había empujado al Sumo Iniciado a cometer semejante error.

—El Caos no nos ha traicionado —contestó—. Fueron ellos los traicionados por Ygorla y por su progenitor cuando tomaron el poder en nombre del Caos. Yandros quiere que ambos sean destruidos y desea la ayuda del Círculo para tender una trampa en la que caigan. Ése es el mensaje que me encargó comunicar a tu hermano. —Se inclinó hacia adelante, y su tono de voz se volvió quedo y urgente—. Pero hay más, una complicación peligrosa. Cuando Narid-na-Gost...

La puerta se abrió. Al instante, Strann guardó silencio, y Karuth se puso en pie apresuradamente mientras Sanquar, que llevaba un montón de ropa, entraba en la enfermería.

—He encontrado esto —dijo Sanquar—. No son mis mejores prendas, pero al menos están calientes. —Al parecer sin advertir la tensión que flotaba en la habitación, se volvió hacia Strann con una sonrisa amable—. Si necesita algo más, por favor... —Su voz se apagó y su expresión se transformó en consternación cuando vio la mano de Strann.

Strann lo miró.

—No es bonito, ¿verdad? Y lamento decirlo, no es curable ni siquiera para las conocidas capacidades del Castillo.

Sanquar no apartó la vista de la mano.

—¿Cómo ocurrió?

—Una desagradable mezcla de hechicería y espíritu vengativo —Estaba claro que Strann no quería hablar más del tema, y Karuth tocó el brazo de Sanquar.

—Después conocerás toda la historia, Sanquar, pero creo que por ahora no es un tema que Strann desee discutir. —Parecía extrañamente distante; no era ella misma, y por un momento su voz denotó cierta inseguridad, antes de que recuperase de nuevo el dominio de sí misma—. Strann necesitará que lo ayudes a cambiarse de ropa —prosiguió—. He puesto toallas a calentar. Asegúrate de que está totalmente seco antes de vestirse, o lo tendremos con fiebre esta misma noche. Avísame cuando hayáis acabado. Esperaré fuera. —Dirigió a Strann una intranquila mirada que Sanquar no pudo ni empezar a interpretar y salió de la habitación.

Al encontrarse a solas en el pasillo desierto, Karuth cerró con fuerza los ojos y apoyó su espalda contra la pared.

—Oh, dioses —murmuró en voz tan baja que las palabras a duras penas resultaron audibles incluso paradla—, ¿qué hemos hecho…?

Tenía el pulso acelerado y sentía que el estómago se le encogía, mientras que la cabeza le daba vueltas con aquella nueva revelación. Si Strann decía la verdad —y si Yandros no lo había engañado—, su convicción de que el Caos había mantenido su juramento se veía confirmada. Saberlo era un triste alivio; el daño ya estaba hecho y los lazos rotos. Pero no podía quedarse sin hacer nada, esta vez no.

Tenía que hablar con Tirand. Era vital que lo hiciera cambiar de parecer y que concediera una audiencia a Strann; y Karuth creía que ella era la única que podía convencerlo. A diferencia de Strann, podía acercarse a Tirand y hablar con él sin cortapisas, y creía…, no, se corrigió con escrupulosa franqueza, esperaba que el antiguo lazo que los unía no estuviera dañado hasta tal punto por las recientes hostilidades que no quisiera escucharla. Una vez que lo hiciera, seguro que no podría hacer caso omiso de las noticias que Strann traía al Castillo. Como mínimo tendría que escuchar lo que tenía que decir.

Miró la puerta cerrada de la enfermería, luego el pasillo. Aquel era un juego con apuestas peligrosamente altas, porque ni siquiera sabía si se podía creer en la palabra de Strann; y aunque deseaba desesperadamente confiar en él, también era lo bastante inteligente para reconocer que sus sentimientos estaban muy influidos por lo que ella deseaba que fuera la verdad. Pero no podía detenerse a reflexionar sobre eso. Le había fallado a Yandros una vez; no correría el riesgo de volver a fallarle.

Karuth echó a andar con paso vivo por el pasillo. Sólo había recorrido unos metros cuando vio la enjuta figura, de cabellos grises, de Kern, el mayordomo jefe que también era el secretario personal de Tirand, que avanzaba en su dirección.

—¡Kern! —lo llamó—. Estoy buscando a mi hermano. ¿Sabes dónde está?

Kern hizo una reverencia.

—Creo que está en el comedor, señora, o al menos allí estaba hace diez minutos.

—Gracias —Karuth se alejó corriendo por el pasillo. Las grandes puertas de doble hoja estaban entreabiertas, y del interior llegaban sonidos apagados de voces y el entrechocar de platos, ahora que los que desayunaban tarde se mezclaban con quienes acudían temprano a tomar la

Librodot

comida más ligera del mediodía. Tirand estaba cerca del fuego y afortunadamente sin compañía. Karuth se dirigió hacia él, pasando con prisa entre las mesas alineadas.

Él se levantó cortésmente cuando la vio, pero su expresión era precavida. Karuth no perdió el tiempo con rodeos, sino que se sentó sin esperar a que la invitaran y se inclinó hacia él.

—Tirand, tengo que hablar contigo. Es urgente.

—¿Qué ocurre? —Su mirada dejaba entrever problemas, pero ella no hizo caso de la señal.

—Es acerca del enviado de la usurpadora.

—Ah. —Él habló antes de que Karuth pudiera proseguir—. Karuth, creo que no servirá de nada lo que vas a decir. Sé muy bien quién es, y eso no significa ninguna diferencia. Es un traidor, es su siervo. Ella le paga y le otorga su confianza, y no voy a hacer concesiones…

—Por los dioses, Tirand, ¡escúchame por favor y no saques conclusiones precipitadas! —lo interrumpió ella—. Esto nada tiene que ver con la identidad de Strann; es mucho más importante. —Le cogió las manos y las apretó con fuerza—. Por favor, tan sólo escucha lo que tengo que decirte. Strann está en mi enfermería. Intercepté a sus guardias cuando lo llevaban a las bodegas; y no, no estoy dispuesta a discutir esto contigo, porque soy médico y mi deber es poner el bienestar por delante de cualquier otra consideración. Tiene un mensaje vital para el Círculo. Un mensaje que no es de Ygorla, sino de Yandros.

Tirand se quedó mirándola.

—¿De Yandros?

Ella asintió.

—Yandros acudió a él. Strann lo invocó suplicando ayuda, y él respondió. Tirand, dice que Ygorla es tan amiga del Caos como nuestra y que Yandros quiere verla destruida, y…

—Espera un minuto. —Tirand se soltó las manos y apoyó las palmas en los brazos de madera de su sillón—. ¿Dice que Yandros se le apareció y le encargó llevar un mensaje del Caos al Círculo?

—Sí.

—¿Y tú le crees? —Su tono de voz era de total incredulidad.

Karuth le sostuvo la mirada.

—No he dicho eso, Tirand. La verdad es que no sé si creerle, del mismo modo que no lo sabes tú. Pero lo que estoy diciendo es que deberíamos escuchar toda su historia.

Tirand hizo un irritado gesto de desprecio.

—¿Escuchar un montón de mentiras urdidas por la hechicera y sus aduladores siervos por orden del Caos? ¿Por quién me tomas?

Reprimiendo con fuerza la dura respuesta que le venía a la mente, Karuth insistió con toda la persuasión de que era capaz.

—Sé que parece sospechoso, para decirlo de manera suave; pero ¿qué perdemos con escucharlo? Como mínimo, obtendremos algo de información, y eso es algo que nos hace mucha falta. No te estoy pidiendo que confíes en Strann; ninguno de nosotros dos es tan ingenuo. Sólo te pido que lo escuches.

Los ojos de Tirand denotaban desconfianza.

—¿Te ha convencido él para que me lo pidas?

—No. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Lo dejé con Sanquar para que lo ayudara a cambiarse de ropa. —Frunció el entrecejo—. No puede hacerlo

Librodot

solo. Ygorla le ha destruido la mano derecha.

—¿Destruido...?

—La ha quemado hasta tal punto que no hay médico humano que pueda curarla. —Lo miró a los ojos otra vez—. Eso es lo que hace que me pregunte si no estará diciendo la verdad.

—No me cabe ninguna duda de que nuestro amigo Strann es consciente de eso —replicó Tirand con acritud.

—Lo sé, lo sé. Podría ser un truco para ganarse nuestra simpatía. Pero lo dudo, Tirand. La música es lo más importante en la vida de Strann. No creo que la sacrificara voluntariamente por ningún motivo.

Los labios de Tirand se curvaron con escepticismo, pero no dijo nada más. Karuth se dio cuenta de que todavía estaba indeciso y añadió en voz baja:

—Tirand, sé lo que debes de estar pensando. Pero no intento demostrar nada. No intento afirmar que he tenido razón desde el principio y que tú has estado equivocado, ni estoy tomando partido por Strann debido a un sentimiento de desquite.

Él sonrió, cansina y débilmente.

—¿Tan baja opinión tienes de mí?

Ella se ruborizó.

—Claro que no.

—De todos modos, crees que tengo injustos prejuicios, ¿verdad? Bueno, es cierto, Karuth. Tengo prejuicios. Desconfío de este enviado, desconfío de su supuesto mensaje y, sobre todo, desconfío del Caos y de cualquier cosa que tengan que decirle a él o a nosotros. Creo tener buenos motivos para esa desconfianza; pero al mismo tiempo mis prejuicios no me hacen ciego ante el sentido común. —Se puso en pie bruscamente—. ¿Está en la enfermería?

Ella también se levantó, aunque más despacio.

—¿Estás dispuesto a escucharlo?

—Sí. Como has dicho, no perderé nada escuchando lo que tenga que decirme, sea verdad o no.

Karuth asintió.

—Gracias.

Tirand volvió a sonreír. No era una sonrisa cariñosa, pero Karuth creyó ver, aunque no estaba segura, que al menos tenía un toque de humor amargo.

—No malgastes tu gratitud conmigo. Sólo tengo dos motivos y los dos son egoístas: prudencia y pura curiosidad.

No se hablaron mientras salían del comedor ni en el camino a la enfermería. Karuth hubiera llamado a la puerta, pero Tirand simplemente alzó el cierre y entró. Sanquar, que estaba ordenando una de las mesas de Karuth, saludó al Sumo Iniciado con cierta sorpresa, y Strann, vestido ahora con las ropas de Sanquar, miró a Tirand con nerviosismo cargado de cautela.

Tirand hizo un gesto seco a Sanquar y habló directamente a Strann.

—Tengo entendido que tienes algo que decirme.

—Sí. —Strann se levantó despacio. Al hacerlo, Tirand vio su mano derecha y quedó visiblemente impresionado, pero no dijo nada—. Intenté explicarlo cuando llegué, pero...

—Lo poco que me ha contado mi hermana cambia la situación —interrumpió Tirand y señaló la puerta—. Ven conmigo a mi estudio, por favor.

Librodot

Strann intercambió con Karuth una fugaz mirada; ella asintió brevemente y Strann se encogió de hombros.

—Como deseéis, Sumo Iniciado.

Salió detrás de Tirand. Sanquar, desconcertado y lleno de curiosidad, consiguió captar la atención de Karuth cuando iba a salir tras ellos y le dirigió una expresiva mirada interrogante.

—Te lo explicaré luego —le dijo—. Si puedo...

Salió deprisa detrás de los dos hombres.

En su estudio, la cortesía natural de Tirand se impuso a su desconfianza y disgusto, y ofreció a Strann un sillón cómodo y una copa de vino antes de sentarse él detrás de su escritorio.

—Bien —sus marrones ojos miraron desafiantes a Strann—. Karuth me ha dicho que traes un mensaje de Yandros para el Círculo.

Strann miró a Karuth, quien se había sentado cerca de la ventana, pero ella no le ofreció ninguna ayuda. Parecía abstenerse deliberadamente de lo que sucedía, por lo que Strann centró su atención en Tirand otra vez.

—Es verdad, Sumo Iniciado.

—Cuesta creerlo.

Strann sonrió débilmente.

—Lo mismo me ocurrió a mí.

—No creo que sea el momento de ligerezas —apuntó Tirand, sin devolverle la sonrisa—. Será mejor que me cuentes toda la historia; incluyendo cómo es que pareces haberte convertido en un siervo de confianza en la corte de la usurpadora.

La expresión de Strann se tornó seria. Sabía que aquélla era la prueba, el momento en que debía echar mano de todas sus habilidades de bardo y usarlas al máximo. No debía sentirse intimidado, no debía permitir que la duda o la inseguridad lo traicionaran. Aspiró y, cuando estaba a punto de pronunciar las primeras palabras, se abrió la puerta.

Strann advirtió la expresión sorprendida de Tirand, la consternación de Karuth, cuando ambos se levantaron apresuradamente. Miró por encima del hombro, y un rápido escalofrío le recorrió el cuerpo al reconocer al hombre del cabello blanco y los ojos extraños que había visto en el salón de entrada a su llegada. El recién llegado examinó breve pero detenidamente a Strann y luego miró a Tirand.

—Tengo entendido que este hombre debe contarnos una historia —dijo en tono amable pero autoritario—. Con vuestro permiso, Sumo Iniciado, me gustaría escuchar qué tiene que decir.

Tirand vio el gesto sutil, oculto a Strann, que le advertía que no debía revelar la identidad de Ailind. Refrenó su impulso de hacer una reverencia y se limitó a decir:

—Claro. Por favor, quedaos con nosotros.

Ailind dirigió un frío gesto a Karuth y se sentó junto al fuego, desde donde podía observar el rostro de Strann. Tirand se sentía incómodo, pero intentó disimularlo de la mejor manera posible; se echó hacia atrás en su asiento y le hizo un gesto a Strann para que comenzara.

Strann miró una vez más al desconocido de ojos desconcertantes y decidió no hacer caso de su presencia. Sospechó que aquel hombre probablemente era uno de los confidentes del Sumo Iniciado y que su aparición estaba arreglada de antemano. Muy bien, no iba a dejar que un truco como aquél lo desconcertara.

Entrecerró los ojos y comenzó a contar su historia. Les habló del viaje

Librodot

del *Pescador de Nubes* a la Isla de Verano y del terrible destino de su tripulación y sus pasajeros; de cómo él había renunciado a todo orgullo y dignidad para congraciarse con Ygorla y convertirse en su mascota cortesana; y les contó la larga lista de ultrajes que finalmente lo había llevado a invocar a Yandros pidiendo ayuda. No intentó salir bien librado en todo aquel relato, sino que admitió que el único motivo detrás de todo lo que había hecho era conservar la vida al precio que fuera. Sus inquisidores escucharon, sin interrumpirlo ni una sola vez, hasta que, con la voz repentinamente quebrada, Strann les contó que la Alta Margravina, tras orar sin cesar pero sin resultados a Aeoris para que intercediera y la ayudara, se había suicidado. Al escuchar aquello, Tirand palideció.

—¿Jianna está muerta?

—¿No lo sabíais?

—No. No, nosotros... Oh, dioses...

Strann apartó la mirada del afligido rostro del Sumo Iniciado.

—Lo siento, señor. No me di cuenta, o habría intentado daros la noticia de manera más apropiada. —Hizo una mueca—. Me sorprende que Ygorla no os haya enviado un mensaje triunfante el mismo día en que ocurrió.

—No —contestó Tirand con tirantez—. Por una vez, no lo hizo. —Se quedó mirando el escritorio—. ¿Es que nadie pudo hacer nada para salvarla?

Strann sintió la tentación de responder: «Sólo Aeoris», pero, conociendo las inclinaciones de Tirand, contuvo la lengua. Por fin, Tirand alzó de nuevo la mirada.

—Cuando sea oportuno, guardaremos luto por Jianna como es debido —dijo con una voz inexpresiva—. Por ahora, creo que es mejor que prosigas con tu historia. —Miró a Strann—. Dices que fue su muerte lo que finalmente te empujó a invocar al Caos pidiendo ayuda...

Strann asintió y siguió contando su historia. Puso especial cuidado en no omitir ni el más mínimo detalle de la historia de su encuentro con Yandros. Contó el mensaje del señor del Caos al Círculo, y su revelación acerca del origen demoníaco del poder de Ygorla, debido a su progenitor, Narid-na-Gost. A medida que iba narrando la historia, se iba dando cuenta de lo incompleto que era su conocimiento acerca de lo sucedido, puesto que Tirand comenzó a interrumpirlo con frecuentes preguntas y, las más de las veces, Strann no podía ofrecerle una respuesta. Pero acabó por contar todo lo que sabía —excepto una cosa— y al concluir, el silencio se apoderó de la habitación. El Sumo Iniciado se miraba las manos, que tenía entrelazadas sobre el escritorio. Karuth lo observaba intranquila, y la expresión de Ailind era impasible. Strann esperó y por fin Tirand levantó el rostro.

—Nos has contado una buena historia, amigo mío. Ahora debo preguntarme si hay en ella una sola palabra que sea cierta.

—Es cierto todo, Sumo Iniciado.

—Eso dices. Pero, claro está, no puedes demostrarlo, ¿verdad? Puede ser que hayas inventado toda la historia, con la connivencia de tu ama reina bruja o sin ella. O por otro lado, tal vez sea una conspiración del Caos con el propósito de engañarnos, y seguramente a ti también, y hacernos creer que no han roto el pacto del Equilibrio. Eso nos da tres posibilidades, y no me ofreces ninguna prueba o evidencia que pruebe o niegue cualquiera de ellas.

—Puedo negar la primera, señor —repuso Strann.

—¿Puedes? —Tirand no disimuló su escepticismo.

—Eso creo. Al menos creo que puedo convenceros de que mi afirmación de que he hablado con Yandros no es una invención. Creo que ya debéis

haberos dado cuenta de que, a pesar de su poder, Ygorla no puede contemplar este Castillo, por lo que no sabe nada de lo que aquí ocurre. No obstante, yo sé que, a instancias vuestras, el Círculo realizó hace poco un rito en el que renunció formalmente a su lealtad hacia el Caos. —Hizo una pausa—. Fuera de estas murallas, sólo los dioses conocen ese hecho.

Oyó a Karuth lanzar un hondo suspiro, pero Tirand movió la cabeza.

—No basta, Strann. Hay todo tipo de maneras y caminos por los que podría conseguirse esa información; incluyendo la posibilidad de que lo hayas oído decir desde que llegaste aquí.

Karuth hizo ademán de protestar.

—Tirand, eso no es justo... —pero antes de que pudiera decir nada más, Ailind habló por primera vez.

—Creo, Sumo Iniciado, que quizá no deberíamos rechazar esa afirmación de una manera tan ligera —dijo—. Por mi parte —intercambió con Tirand una mirada que Strann advirtió, pero no pudo interpretar— me inclino a pensar que, al menos en ese caso, nuestro amigo dice la verdad.

A Strann lo sorprendió encontrar apoyo en aquel hombre, y se sorprendió aún más cuando Tirand no discutió, sino que se limitó a hacer un gesto de asentimiento. Ailind sonrió y prosiguió.

—Sin embargo, nos queda todavía el enigma de los motivos de Yandros, y ésa es otra cuestión. Nada hemos escuchado que nos convenza sin lugar a dudas de que la usurpadora no es una sierva del Caos; de hecho, todas las apariencias apuntan de manera inequívoca a que sí lo es. Si Yandros desea verla muerta, como dice, entonces ¿por qué no la destruye a ella y a su padre demonio con sus propias manos? Desde luego, para él no habría nada más sencillo.

Strann le lanzó una mirada triste. Sabía la respuesta a aquella pregunta, pero también recordaba con claridad la advertencia de Yandros. Si el Círculo ya no era leal al Caos, ¿cómo reaccionaría ante las noticias de que Yandros y sus hermanos eran víctimas de un chantaje por parte de Ygorla? Disimuló y dijo con incomodidad:

—Hay que tener en cuenta el pacto...

—Ah, no —lo interumpió Ailind, sonriendo con frialdad—. Creo que debes de haber sido un mal estudiante si tan poco conocimiento tienes del catecismo. El Orden y el Caos juraron no intervenir en los asuntos humanos y, al menos en su origen, este asunto no concierne a los mortales. Si, como dices, Narid-na-Gost es un demonio del Caos y la hechicera Ygorla es su hija, entonces ambos deben su origen al Caos. Por lo tanto, ¿por qué no se deshace de ellos el Caos, como haría con cualquier otro de su dominio?

Tres pares de ojos se clavaron en el rostro de Strann, y éste compremdió que, con riesgo o sin él, debía decirles la verdad. No podía inventar una respuesta que sonara verosímil; no había ninguna que lograra convencerlos.

Señor Yandros —pensó—, *perdonadme, pero no creo que haya otra salida.* En voz alta dijo:

—El Caos nada puede hacer contra Ygorla y su padre. No se atreven. Narid-na-Gost tiene en su poder la gema del alma de uno de los siete dioses.

Tirand lo miró.

—¿Tiene qué?

—La gema del alma de...

—¿Gema del alma? —repitió Tirand, incrédulo—. ¿Pretendes decirme que se limitó a arrancársela a su legítimo dueño y...?

—Esperad, Sumo Iniciado. —Ailind alzó una mano e hizo callar a Tirand—. No estemos tan prestos a ponerlo todo en duda.

De nuevo intercambiaron miradas; de nuevo Strann no supo decir qué significaban aquellas miradas. Entonces, Ailind se encaró con él.

—Dinos todo lo que sabes de esto, Strann.

Ahora que lo había soltado, nada ganaría con evasivas, de forma que Strann contó la historia del robo de la joya perpetrado por Narid-na-Gost y cómo el Caos no se atrevía a hacer nada contra él y su hija por miedo a que destruyeran la joya y con ella a su legítimo dueño. Cuando terminó, nadie dijo nada durante un rato. Después, Ailind se puso en pie.

—Sumo Iniciado, desearía hablar con vos en privado, por favor.

Se retiraron al otro extremo de la habitación, y Ailind le dijo a Tirand algo al oído. Strann no pudo oír lo que le decía ni tampoco pudo hacerlo Karuth, a juzgar por su expresión, pero cuando acabaron, Tirand se dirigió a la cuerda de campana que colgaba junto a la chimenea y tiró de ella. Un minuto después el mayordomo Kern se presentó respondiendo a la llamada.

—Kern —Tirand señaló a Strann—, querrás hacer el favor de acompañar a nuestro invitado al piso superior y buscarle una habitación adecuada. —De manera que sólo lo viera el mayordomo, hizo un movimiento con la mano que imitaba al gesto de cerrar con llave y Kern, que lo entendió, asintió.

—Sí, Sumo Iniciado. —Hizo una ligera reverencia ante Strann—. Si quiere acompañarme, señor...

Strann vaciló, pero sólo fue un instante antes de que la lógica le dijera que era poco probable que sus anfitriones le guardaran alguna sorpresa desagradable a aquellas alturas. Si el Sumo Iniciado hubiera decidido que el mundo sería un lugar más seguro sin Strann, el *Narrador de Historias,* podía ordenar su ejecución sumaria sin tener que recurrir a subterfugios. Tranquilizado en cierta medida, Strann hizo una reverencia ante el grupo y salió tras Kern. La última imagen que se llevó de la habitación fue la de Karuth, con la cabeza vuelta para no verlo y la espalda rígida y tensa, que miraba por la ventana. Luego la puerta se cerró y la ocultó de su vista antes de que pudiera preguntarse por qué, de repente, ella no podía mirarlo a la cara.

Librodot

CAPITULO 19

Durante breves instantes, una vez que Strann y el mayordomo hubieron salido, nadie se movió. Karuth seguía mirando por la ventana, y Tirand, levantado, contemplaba sus pies. Sólo Ailind parecía impasible mientras esperaba que alguien rompiera el silencio.

Por fin, Tirand habló. Su actitud era deferente y su tono de voz no demasiado firme.

—Mi señor —le dijo a Ailind—, no sé qué pensar.

Ailind sonrió distante.

—No debéis preocuparos, Sumo Iniciado. Nuestro buen amigo el trovador no ha dicho nada más que la verdad.

Sorprendido, Tirand parpadeó, y la sonrisa de Ailind se convirtió en una suave carcajada.

—Mi buen Tirand, ¿es que piensas que no soy capaz de leer su corazón con la misma facilidad con que tú miras por la ventana? No es un traidor. Puede que sea un cobarde y un egoísta, pero es tan enemigo de la usurpadora como cualquiera de los adeptos del Círculo. Por desgracia, su lealtad no es tan favorable a nuestra causa, porque, aunque dice reverenciar al Orden, su fidelidad natural es para con el Caos.

—Y por eso invocó a Yandros —acotó Tirand.

—Precisamente. —Ailind cogió uno de los útiles de la chimenea y lo estudió con detenimiento—. Eso podría situarlo en una posición de desventaja.

Karuth se volvió inesperada y bruscamente, apartándose de la ventana.

—¿En desventaja, mi señor? —dijo con aspereza—. No comprendo. ¿No tiene Strann el mismo derecho que cualquiera de nosotros a entregar su lealtad a quien desee?

Tirand giró sobre los talones, horrorizado al escuchar su tono desafiante y dispuesto a reprenderla, pero Ailind se lo impidió.

—Desde luego, tiene ese derecho —replicó secamente—. Pero ahora el Círculo ha decidido seguir otro camino, y quienes son amigos de Yandros no son amigos míos. —Su voz adquirió un tono siniestro—. Harías bien en recordar eso, adepto Karuth.

Karuth se quedó mirándolo un instante; luego la intuición disparó una señal de alarma en su cabeza, y se volvió con rapidez hacia Tirand.

—¿Qué piensas hacer con Strann? ¿Adonde lo ha llevado Kern?

Su hermano le devolvió una mirada iracunda.

—Escuchaste tú misma mi orden. Strann recibirá el mismo trato que recibe cualquier huésped. La única diferencia es que la puerta de su habitación estará cerrada con llave hasta que el señor Ailind decida su suerte.

—¿Su suerte? —Se sintió espantada—. ¿Qué suerte? ¿Qué delito ha cometido? —Presa de una repentina furia, se encaró con Ailind olvidando su naturaleza y su poder—. ¡Acabáis de decir que no es un traidor y que todo lo que ha dicho es cierto! ¿Castigáis a los hombres por ser sinceros?

—¡Karuth! —Tirand se adelantó, la cogió por el brazo y la llevó a un lado—. ¿Cómo osas hablar al señor Ailind en ese tono? Pide perdón enseguida o...

—¿O qué? —Se soltó—. ¿Qué harás, Tirand? ¿Me castigarás?

Librodot

Declararás anatema sobre mí, ¿o le pedirás a tu dios que lo haga por ti? ¿Hasta ahí has llegado desde que abandonaste los principios del Equilibrio?

—Adepto Karuth.

La voz de Ailind los dejó helados. Muy despacio, Karuth se volvió para mirarlo y, al hacerlo, su coraje se desvaneció de pronto. La ira la había hecho ser temeraria, y en el calor de su indignación se había olvidado de que Ailind no era un mortal más con quien pudiera discutir como con cualquiera de sus compañeros adeptos. Ahora, al ver su rostro, recordó quién era de forma tan impactante que sintió un escalofrío de terror ciego que le sacudía el cuerpo, mientras sus pulmones y estómago parecían encogerse hasta sentir que una enorme mano invisible los aplastaba y los convertía en nada. Un aura fría y blanca ardía alrededor de la silueta del señor del Orden, y sus ojos habían perdido toda semblanza de humanidad, convertidos de nuevo en dos orbes dorados abrasadores.

—Ven aquí, Karuth —dijo con voz suave—. Ven aquí ante mí.

No tenía elección. Su poder la abrumaba y, aun sin aquella compulsión, su violento miedo la hubiera obligado a obedecer. Temblando, dio un paso hacia él, otro, otro más y se detuvo rígida como si estuviera atrapada entre paredes de hielo, mientras él la contemplaba. Ailind no dio ningún atisbo de qué veía en su rostro o en su mente; arrojó su miedo a un lado con despreocupación, desechó su odio como si ni siquiera mereciera su desprecio y le habló en un tono que produjo escalofríos a Tirand.

—Pareces haber olvidado, hija mía, que han ocurrido muchos cambios dentro de estos muros en los últimos días. Puedes aferrarte todavía al aprecio que sientes por los habitantes del Caos, pero ahora estás sola entre tus iguales. Ahora el Círculo sirve al Orden; y aunque puedes decidir desafiar a tu Sumo Iniciado, te advierto que si me desafías a mí, te atendrás a las consecuencias. ¿Lo comprendes?

El rostro de Karuth estaba blanco.

—Sí... —susurró con voz casi inaudible.

—Entonces diré lo que tengo que decir una sola vez, y espero que prestes atención. A partir de este momento no tendrás ninguna información acerca de las decisiones que tome el triunvirato bajo mi mando. Seguirás con tus deberes como médico, pero como adepto no tendrás ninguna función que realizar. No tomarás parte en las actividades del Círculo, y no practicarás la magia ni con otros ni a solas. Y lo que es más importante, no repetirás ni una palabra de lo que has oído entre estas cuatro paredes a nadie. —Extendió el brazo, y un largo dedo alzó la barbilla de Karuth, que se vio obligada a mirarlo a los ojos—. No cometas la estupidez de tomar a la ligera mi advertencia, Karuth Piadar. Sé lo que hay en tu corazón, pero no permitiré desobediencias. Sencillamente, se te tolera. Recuerda eso y todo irá bien; olvídalo, y sabrás que los del Orden no miramos con buenos ojos a quienes nos llevan la contraria. —La soltó, y bruscamente sus ojos volvieron a adquirir apariencia humana—. Ahora deseo hablar con tu hermano a solas, de manera que puedes dejarnos y regresar a tu trabajo.

Karuth dio un paso atrás, temblando y con el rostro del enfermizo color del papel viejo. No quiso ni mirar a Tirand; dio la vuelta sin decir palabra y se dirigió con la poca dignidad de que fue capaz a la puerta. Cuando puso la mano en el picaporte, Ailind añadió:

—Te aconsejo fervorosamente que reflexiones acerca de tu actitud futura, Karuth. En los días venideros, la lealtad al Caos puede que no sea un recurso sabio o prudente para ningún mortal.

Karuth miró por encima del hombro; su rostro era una máscara inexpresiva. Salió del estudio dando un portazo.

Ailind miró la puerta cerrada durante algunos instantes hasta que supo que Karuth ya no se encontraba en las cercanías; entonces se volvió hacia Tirand. El Sumo Iniciado estaba junto a la chimenea, con un brazo apoyado en la repisa. Parecía no querer mirar lo que lo rodeaba y, cuando por fin lo hizo, en su rostro se advertía una mezcla de miedo, inseguridad y sentimiento de culpa.

—No te preocupes, Tirand —dijo Ailind, con cierta amabilidad—. Puede que tú y tu hermana tengáis la misma sangre, pero soy perfectamente consciente de que no pensáis de igual manera.

Tirand lo miró con expresión infeliz. Aunque lo irritaba la presunción de Karuth, sentía, sin embargo, que la censura del señor del Orden había sido de una dureza innecesaria. No se atrevería a decirlo; al fin y al cabo, Ailind era uno de sus dioses y su sabiduría no podía ponerse en duda. Pero ¿no habría sido suficiente una reprimenda? Apartar tajantemente a Karuth de todas las actividades del Círculo y a la vez prohibirle adorar abiertamente a quien deseara, le parecía..., bueno, no diría injusto, porque Ailind nunca podría serlo, pero...

—¿Algo drástico? —La voz de Ailind lo sobresaltó bruscamente, y comprendió, consternado, que le había leído el pensamiento con toda claridad. No pudo responder, y Ailind se acercó con pasos lentos a la ventana.

—Sumo Iniciado, tu disposición a ver lo mejor en los demás te honra, pero también te traiciona, porque no te hace ser realista. Tu hermana es y será fiel al Caos: se negó a abandonar su fidelidad cuando todas las pruebas apuntaban a que el Caos había roto su pacto; y ahora que las pruebas parecen ser falsas, se considera la campeona del Caos. No queremos eso, Tirand. Es importante para nuestra causa, incluso diría que vital, que cualquier idea que Karuth, o cualquier otro, tenga de invocar al Caos pidiendo ayuda sea aplastada antes de que dé fruto.

Tirand se quedó perplejo.

—Lo siento, mi señor, pero no entiendo —confesó—. Si el Caos comparte nuestro deseo de liberar al mundo de la usurpadora...

—No estoy hablando de la usurpadora —lo interrumpió Ailind, encarándose con él—. Su destrucción será un asunto trivial. Estoy hablando de algo totalmente distinto. —Miró a Tirand con dureza, de una manera que hizo que el Sumo Iniciado se amedrentara. Mantuvo aquella mirada durante medio minuto quizá, y luego se relajó, satisfecho al parecer, con lo que había descubierto.

—Sí —dijo—. Veo que puede confiarse en ti, y eso está bien, porque te necesitaremos dentro de poco. Lo que estoy a punto de decir, Sumo Iniciado, no debe ser repetido a nadie más. Ni al Alto Margrave, ni a la Matriarca ni a ninguno de tus adeptos superiores. ¿Entendido?

Tirand estaba ahora completamente desconcertado. Hizo un gesto de asentimiento.

—Entendido, mi señor.

—Bien. Veamos: aunque, como ya he dicho, el mensajero de Yandros nos ha contado la verdad, eso plantea la nueva pregunta de si puede o no confiarse en la palabra de Yandros. Mis hermanos y yo conocemos desde hace mucho tiempo a nuestros contrarios del Caos; son retorcidos, impredecibles y malévolos. Y la historia que Yandros ha contado a su siervo

Librodot

puede ser una mentira con algún propósito secundario y tenebroso. Sin embargo, en este caso me inclino a pensar que por una vez nuestro viejo enemigo no nos está engañando. —Miró por la ventana en dirección al patio, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa lobuna—. En cuyo caso, Yandros no se mostrará satisfecho cuando descubra que su mensajero, sin darse cuenta, nos ha proporcionado un arma tremendamente valiosa.

Tirand frunció el entrecejo.

—¿Un arma?

—Efectivamente. Ahora sabemos por qué los señores del Caos no han actuado contra la hechicera Ygorla y su padre. Están sometidos a chantaje.

—La gema del alma —dijo Tirand—. Sí..., pero ¿serían capaces de destruirla, mi señor? ¿Es posible semejante cosa?

—Oh, es posible. Aunque si Yandros y sus hermanos fueron tan estúpidos de utilizar vehículos tan frágiles, deberían haber previsto ese peligro y tomado medidas para evitarlo. —Ailind sonrió apenas—. Nosotros, los del Orden, jamás seríamos tan descuidados. Pero puede que la pérdida del Caos se convierta en nuestra ganancia, si conseguimos utilizar las grandiosas ambiciones de la hechicera para nuestros propósitos.

Tirand se sentía horrorizado.

—Señor Ailind, ¿no querréis significar que tenéis intención de negociar con Ygorla?

—¿Negociar con ella? —Ailind enarcó sus pálidas cejas—. Efectivamente, Sumo Iniciado, eso es exactamente lo que pienso hacer. O, más bien, lo que quiero que hagas tú. —Su sonrisa, que no había desaparecido, se hizo depredadora y peligrosa—. Cobraremos, como creo que dicen vuestros cazadores, dos pájaros con una sola flecha. Provocaremos la caída de Ygorla y de su demonio progenitor, y al mismo tiempo daremos un golpe contra el Caos del que nunca se recobrará.

Se apartó de la ventana y cruzó la habitación con pasos lentos. Tirand lo observó. Creía empezar a comprender el armazón del plan de Ailind, y esa comprensión lo sumió en un aturdido silencio. Por fin, Ailind dejó de pasear y lo miró de nuevo. Cuando habló, su voz había perdido el tono de dureza y sonaba casi amable.

—Dime, Tirand, en tus más íntimos pensamientos ¿no has imaginado a veces que te gustaría ver reinstauradas las viejas maneras? Creo que, desde que renunciaste formalmente al Caos, te has sentido como si te hubieran quitado un peso de tus hombros, una carga que te obligaba a ir contra los dictados de tu corazón, inclinándote ante los principios del Equilibrio, ¿no es así? ¿No te sientes más feliz, y tu alma más apaciguada, ahora que puedes adorar abiertamente sólo al Orden?

Tirand no pudo responder, porque las palabras de Ailind habían despertado el espectro de una terrible guerra mental que acosaba sus sueños desde la noche del ritual: la guerra entre el desgarrador tirón de su conciencia y las oscuras corrientes soterradas, y no menos poderosas, de su deseo. El catecismo que había aprendido de niño le decía que el Equilibrio había sido logrado a un precio alto y amargo, y durante ochenta años ese tesoro había sido guardado con diligencia, primero por Keridil Toln, y después por el padre de Tirand, Chiro, antes de que él a su vez heredara el noble papel. No podía traicionar la confianza que se había depositado sobre sus hombros. Aun así, pensó, ¿no se había inclinado Keridil ante el Cambio sólo porque no tenía otra elección? Keridil nunca había querido al Caos; había ofrecido a Yandros la debida reverencia en sus palabras y rituales

Librodot

pero, hasta el final de su larga vida, su alma había permanecido fiel al Orden.

—Éramos los únicos dioses de vuestros antepasados —prosiguió Ailind en voz baja—. Hace falta algo más que un único siglo para borrar semejante herencia, y algo más que una orden por parte de alguien como Yandros para que cambien los corazones de los hombres. El Equilibrio es una farsa; nunca fue elección nuestra, sino que nos fue impuesto por el capricho del Caos cuando nos derrotaron en aquella gran batalla. Nos gustaría ver su final, Tirand. Nos gustaría ver restauradas las viejas costumbres y que el Caos fuera desterrado de nuevo a un lugar desde donde no pueda amenazar la paz y la armonía de las que disfrutaba este mundo bajo el gobierno del Orden. Y gracias a lo que hemos descubierto hoy, tenemos los medios de conseguirlo.

Tirand estaba temblando. Ahora comprendía, y le costó mucho encontrar su voz.

—Queréis destruir la gema del alma del señor del Caos.

—Sí. Destruir la piedra y con ella a su dueño. Alterar, sin posible remedio, el Equilibrio que nos ha impedido volver a ocupar nuestro lugar por derecho como regentes del mundo mortal. Somos siete, pero los señores del Caos serán seis y, por lo tanto, su poder quedará roto para siempre. El Orden triunfará y la usurpadora, que debe al Caos su existencia, será nuestro instrumento en el triunfo.

Mientras hablaba, Ailind observaba con sumo cuidado a Tirand, pero el Sumo Iniciado permaneció inmóvil, al parecer incapaz de responder. De pronto, Ailind estiró un brazo y apoyó una mano en el hombro de Tirand, y se dio cuenta de que éste tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder asustado.

—No desvíes la mirada, Sumo Iniciado —dijo—. Conozco lo que hay en tu mente, incluso mejor que tú mismo. No importa las costumbres que te hayan enseñado: tu esencia más íntima conoce la verdad, aunque hasta este momento no te habías atrevido a admitirla. No te culpamos por ello, amigo mío..., pero ha llegado el momento de que la franqueza ocupe el lugar del autoengaño. Mírame.

Tirand lo hizo. Los ojos del dios brillaron como estrellas gemelas en su cráneo, estrellas que de pronto se convirtieron en soles. La habitación se llenó de luz y, durante un instante vertiginoso y glorioso, las conocidas paredes parecieron desvanecerse y Tirand se encontró en un jardín de esbeltos árboles y césped perfecto con flores de todos los colores. Desde el aire le llegaban trémulas armonías, la brisa traía perfumes embriagadores y, más allá del muro blanco que cercaba el jardín, se veía un paisaje colosal e impresionante de colinas de un color tostado, que se extendían bajo un cielo azul sin nubes. Entonces, con un estremecimiento, la imagen desapareció y se vio otra vez ante Ailind, en su despacho, dentro del Castillo en medio del invierno, escuchando el sordo crujir del fuego en la chimenea.

Ailind habló con suavidad.

—Paz, Tirand Lin. Eso es lo que nuestro dominio puede ofrecer a vuestro mundo. Paz y armonía para siempre, sin que la mancha del Caos aceche vuestros sueños.

Tirand movió la boca con violencia, como un mudo que intentara decir algo. Pero no podía encontrar las palabras. Aquél era su dios, aquel era el ser a quien su alma y su corazón debían fidelidad. Ya no podía seguir aparentando que era de otra manera.

Se cubrió el rostro con ambas manos y dobló una rodilla, con la cabeza

Librodot

muy inclinada.

—Levántate, amigo mío. —Un calor, como el calor del sol de verano, inundó a Tirand cuando Ailind puso ligeramente una mano sobre su coronilla. Despacio, con inseguridad, el Sumo Iniciado volvió a ponerse en pie, y cuando osó mirar al dios a la cara, vio que Ailind sonreía.

—Ahora nos entendemos, Tirand. Serás nuestro fiel servidor, eso creo.

—Sí... —La voz de Tirand tembló y, con un gran esfuerzo, consiguió controlarla—. Por vuestra divina gracia, mi señor, rezo para serlo.

Había cinco gatos junto a la puerta de Strann. Karuth sintió el ligero contacto de sus sondeos telepáticos aun antes de verlos, y sintió, también, la ansiosa súplica que proyectaron sobre ella cuando reconocieron el esquema de su mente. Dobló la esquina del pasillo tenuemente iluminado, y sus pasos se hicieron indecisos cuando vio lo que le aguardaba.

El criado que montaba guardia ante la puerta intentaba atraer a los gatos y llamar su atención, pero éstos no le hacían ningún caso. Se mantenían alejados y lo miraban con acerada frialdad, moviendo las colas para expresar su irritación. Al escuchar los pasos de Karuth, el criado, que estaba agachado intentando atraer a uno de los gatos, miró y se enderezó con presteza.

Karuth hizo un breve gesto a modo de saludo.

—¿Es ésta la habitación que se le ha dado al emisario de la Isla de Verano?

—Sí, señora. Pero...

—Abre la puerta, por favor. Tengo que hablar con nuestro invitado.

El hombre se puso muy colorado.

—Lo siento, señora, pero no puedo hacerlo.

Karuth intentó esbozar una sonrisa agradable.

—Creo que sabes quién soy. Por favor, abre la puerta.

El criado tragó saliva con esfuerzo.

—Lo siento, dama Karuth, pero el Sumo Iniciado dio órdenes concretas de que no se dejara entrar a nadie en esta habitación. Ni siquiera a vos, señora. De hecho... —Se interrumpió apresuradamente, y Karuth entrecerró los ojos.

—De hecho, especialmente a mí. ¿Es eso lo que ibas a decir?

El hombre no respondió a su acida pregunta, pero su rubor, aún más intenso, fue la confirmación que Karuth necesitaba. No dijo nada más; hizo un gesto seco como dando por cerrado el tema, giró sobre sí misma y se alejó. Mientras lo hacía, sintió el desánimo de los gatos; querían que estableciera contacto con Strann y les había fallado. Bueno, no podía evitar su desilusión. Había querido poner a prueba las intenciones de Tirand —o, más exactamente, las de Ailind—, y sus temores se veían confirmados. Strann era un prisionero y a ella se le prohibía hablar con él.

Sintió la conocida sensación de la furia que crecía una vez más en su interior, pero esta vez dirigida sobre todo contra sí misma. Había sido una estúpida al desafiar a Ailind, porque ahora que estaba avisado de la profundidad de sus sentimientos y, por lo tanto, de su potencial como elemento perturbador, la vigilaría igual que un halcón vigila a un conejo, y a la menor provocación se vengaría. Karuth no podía aparentar que no lo temía. La advertencia que le había hecho, en el sentido de que sabía lo que había en su corazón, había sido como una estocada; al intentar ver a Strann, había corrido un riesgo calculado desafiándolo, pero no se atrevía a poner

Librodot

más a prueba su tolerancia.

Aun así, tenía que hacer algo. La impresión inicial de las revelaciones de Strann había pasado a segundo término en su mente ante preocupaciones más inmediatas, pero ahora comenzaba a arraigar y las implicaciones eran aterradoras. El Caos impotente por la traición de uno de los de su especie; parecía imposible, más allá de toda lógica, pero el propio Ailind había confirmado que Strann decía la verdad. Karuth había visto la expresión de los ojos de Ailind mientras Strann les comunicaba las nuevas, y se había dado cuenta de que para él eran tan sorprendentes como para ella y para Tirand. También advirtió el brillo de puro gozo que vino a continuación, y aunque no podía estar segura de lo que entrañaba, la había dejado helada. Strann, con total inocencia, había revelado la debilidad del Caos a su más poderoso y mortal enemigo, y Karuth no conseguía creer que Ailind y, a través de él Aeoris, no intentara utilizar la información obtenida para ganar ventaja y perjudicar al Caos.

La cuestión más urgente ahora era si Yandros estaba enterado del terrible e involuntario error cometido por Strann. Nadie sabía con seguridad hasta qué punto los dioses eran capaces de observar el mundo de los mortales, y era posible que incluso ahora los señores del Caos no hubieran advertido la presencia de Ailind en el Castillo. En ese caso, era vital que recibieran aviso de lo que sucedía, y deprisa. Pero ¿cómo conseguir eso? Puede que Strann tuviera todavía un tenue nexo con Yandros, pero todavía no se había dado cuenta de que algo andaba mal; cosa que dejaba a una sola persona en el Castillo que tuviera la capacidad y la voluntad de establecer contacto con el Caos.

Un sudor frío cubrió el rostro y el cuerpo de Karuth cuando pensó en que semejante responsabilidad recaía sobre sus hombros, y apretó el paso, ansiosa por llegar a la intimidad de sus aposentos. Al llegar a la puerta, manoseó torpemente la cerradura; por fin consiguió hacer girar la llave y entró en la habitación. Cerró la puerta con llave antes de avanzar lentamente hasta el centro de la habitación, donde se quedó inmóvil, con las manos apretadas contra las mejillas, mientras su mente trabajaba febrilmente.

Ailind le había prohibido expresamente realizar cualquier operación mágica, pero ¿se enteraría necesariamente si lo desobedecía? Era poderoso, inmensamente poderoso, pero ¿era omnipotente? No lo creía, porque si lo fuera, Ygorla y su padre demonio no serían ya más que un recuerdo desagradable y sus almas estarían agostándose y aullando en los Siete Infiernos. Era probable, sólo probable, que si hacía lo que debía hacerse, con rapidez y a solas, tendría una oportunidad de que Ailind no se diera cuenta y no pudiera intervenir a tiempo de impedir que su mensaje llegara al Caos.

Karuth sabía que correría un peligro tremendo, pero reprimió la idea y con ella su miedo. No podía pensar en su seguridad. Hasta ahora había elegido la opción de los cobardes, y lamentaba amargamente los resultados. Eso debía cambiar. Por el bien de su cordura, debía cambiar.

Alzó la cabeza y contempló la habitación. El fuego se había apagado y con el breve día a punto de acabar, la luz se iba convirtiendo rápidamente en una ominosa penumbra uniforme. Junto a la ventana, tras la cual seguía cayendo la nieve, se encontraba su mesa de trabajo, y sobre ella la caja de madera labrada que contenía sus instrumentos arcanos personales, que rara vez había empleado durante los últimos años. Sin pensarlo más, para que no la abandonara el valor, Karuth se acercó a la mesa, con la intención de sacudir la película de polvo y alzar la tapa de la caja... pero se detuvo. No

Librodot

había tiempo para ceremonias; y, además, existía el gran peligro de que un ritual completo alertara a Ailind de sus actividades antes de que consiguiera nada. Debía dejar de lado todas las formalidades y confiar sólo en sus poderes innatos.

Corrió las cortinas, cerrando el paso a la poca luz que había, y regresó al centro de la habitación. Se quitó los zapatos y, siguiendo un impulso, desató su túnica de lana y se la quitó, con lo que quedó vestida únicamente con una fina camisa. Cerró los ojos e imaginó mentalmente que en el suelo, a sus pies, surgía una llama de fuego azul verdoso, que se iba extendiendo en una curva sinuosa hasta cerrar un círculo completo a su alrededor. Era difícil mantener la imagen —hacía mucho tiempo que no trabajaba de aquella manera, y era bastante fácil olvidar el truco—, pero se concentró con toda su voluntad y despacio, muy despacio, las frías llamas se fueron haciendo cada vez más altas. Pudo oír, muy lejano, el crujir intermitente de energías desencadenadas, y sus fosas nasales se llenaron con un olor limpio, penetrante, como una mezcla de escarcha y salmuera. Se le puso la piel de gallina en los brazos cuando el fuego sobrenatural le heló la piel; las llamas alcanzaron la misma altura que ella, un muro resplandeciente de colores traslúcidos que brillaban a su alrededor. En algún lugar del laberinto de abrigados recovecos del tejado, sobre su cabeza, un gato maulló un desafío a un rival, pero el sonido ni siquiera se registró en la mente de Karuth. Había establecido el primer nexo con otras dimensiones, otros mundos, y el poder estaba cuajando en su interior. Estaba preparada.

Tomó aliento para pronunciar en voz baja las primeras palabras de su invocación al Caos; y, sin previo aviso, la puerta se abrió de golpe y una colosal ráfaga de aire caliente arrasó la habitación. El fuego frío se desintegró con un ruido que atravesó chirriante todo el espectro sonoro hasta que Karuth gritó de dolor y su conciencia fue arrancada del mundo astral y arrojada con violencia de vuelta a la realidad física. Sus pies fueron barridos por lo que parecía ser una mano gigantesca, y se vio arrojada a través de la habitación hasta chocar contra su cama con tremendo impacto.

Aturdida, mareada de la impresión, Karuth se aferró a las colgaduras de la cama para sostenerse, y alzó la cabeza de manera vacilante. Le dolía tremendamente el cráneo en el lugar en que había golpeado el armazón de madera, tenía el brazo derecho arañado y dolido, si no algo peor, y las plantas de los pies le quemaban. Desde el pasillo, la luz se derramó por la puerta abierta en forma de rayo brillante y perfilado, y recortada en la luz vio una silueta. El oro brilló brevemente, el oro de unos ojos inhumanos, sobrenaturales, y la voz de Ailind llegó suavemente a través de la niebla que parecía envolver su cerebro.

—Un aviso, Karuth Piadar. No habrá otro.

Se alejó y, sin mano que la moviera, la puerta se cerró.

Karuth tardó mucho tiempo en moverse. Una mano se aferraba a la colgadura de la cama, apretando y soltando convulsivamente, y tenía el rostro apretado contra su edredón acolchado como si entre sus pliegues pudiera enterrarse y ocultarse del mundo. Por fin, sin embargo, encontró las fuerzas para levantarse y descansar el cuerpo sobre el colchón. Pasaron otros diez minutos antes de que sus manos dejaran de temblar lo suficiente para permitirle sentarse y encender una vela; y a su luz, con severo método en un esfuerzo por mantener sus pensamientos a raya, examinó el daño que había sufrido. No tenía el brazo roto, como había temido al principio; tan sólo muy contusionado. La parte posterior del cráneo le dolía cuando la

Librodot

tocaba y tendría un tremendo dolor de cabeza más adelante, pero seguramente nada peor. Y los pies... No, aunque le dolían las plantas como si hubiera caminado descalza sobre unas brasas, la piel ni siquiera parecía enrojecida.

Se tumbó de espaldas y permaneció así, contemplando el dosel. Su rostro parecía de piedra, los ojos vacíos de toda expresión. No podía dar salida de ninguna manera a los sentimientos que en silencio gritaban en su interior —la tristeza, la rabia, la vergüenza— ni al miedo que tenía sus garras clavadas tan hondo en su alma que creía que nunca soltaría la presa. No quedaba nada. Nada.

Karuth alargó el brazo y apagó la vela, y la habitación quedó a oscuras. Al cabo de un rato cerró los ojos, y las lágrimas se secaron en sus mejillas a la vez que, exhausta y con una desesperada necesidad de encontrar un refugio en el que esconderse y lamer sus heridas, se hundía en un sueño intranquilo.

—Como puedes ver, nuestro secreto ha sido descubierto. —Yandros caminaba despacio por un saliente increíblemente estrecho que daba a un cañón por el cual el fuego discurría como un río. Sus ojos, en aquel momento de un negro purpúreo, se centraron en Tarod, que caminaba unos pasos por detrás de él—. Más me hubiera valido no confiar un mensaje tan vital a un mortal.

—Strann no tiene la culpa —opinó Tarod—. No podía hacerlo mejor. Además, ¿qué otra opción te quedaba?

Yandros suspiró con irritación, consciente de que su hermano tenía razón, pero resintiéndose de las circunstancias que daban peso a su argumento.

—Debí haber seguido tu primer consejo, mandar a los Siete Infiernos el pacto y haber actuado antes de que Aeoris y los de su prole pudieran tomarnos ventaja. Ahora es demasiado tarde; dado que el Círculo ha roto formalmente sus lazos con nosotros, no tenemos justificación para intervenir como la hubiéramos tenido antes. El Orden nos lleva la delantera, Tarod. Se le ha solicitado, con toda la pompa y ceremonia que puede reunir el Círculo, que intervenga en los asuntos de los mortales. A nosotros no se nos ha pedido. Y con Ailind cómodamente instalado en el Castillo, tirando de los hilos de Tirand Lin, hay menos posibilidades que para un perro de los Siete Infiernos de que alguien nos invoque ahora y con ello se nos abra el camino.

Siguieron andando. Muy por encima de ellos, arrojando sus sombras sobre el río de fuego, seis enormes prismas flotaban en el cielo negro y sin estrellas del Caos, girando y latiendo con su propia luz incandescente. Tarod los miró pensativo y dijo:

—Queda todavía Karuth Piadar.

Yandros se volvió. Bajo la radiación de los colores siempre cambiantes de los prismas, su rostro era demoníaco.

—¿Todavía? Lo intentó una vez, y Ailind se interpuso antes de que pudiera conseguir nada. Si vuelve a intentarlo, la destruirá y ella lo sabe. Puede que nos sea leal, Tarod, pero los mortales tienen sus limitaciones, y no puedo considerar seriamente que esté dispuesta a sacrificar su vida por nuestra causa. La verdad es que sería estúpida si lo hiciera.

—A menos —señaló Tarod— que contara con la protección del Salón de Mármol.

Yandros se detuvo. Sus ojos se volvieron de un azul vivido y se

Librodot

entrecerraron hasta convertirse en rendijas que miraban a su hermano.

—¿El Salón de Mármol? ¡Claro! Nuestra creación, y un lugar donde los señores del Orden no pueden llevar su influencia. Sí, había pasado por alto el Salón de Mármol.

—Y tiene otra propiedad que puede resultarnos valiosa.

—Así es, así es —asintió Yandros con expresión pensativa—. Ten en cuenta que no será un asunto sencillo para Karuth acceder al Salón. Tirand Lin tiene la llave, y difícilmente querrá ponerla en manos de su hermana, sea en el caso que fuere. Tendremos que hacer otros arreglos para ella. Y luego está la cuestión de cómo podremos hacerle conocer nuestros deseos. Cualquier acción directa alertaría a Ailind de nuestro interés, y en estos momentos es algo que desde luego no queremos.

—¿Los gatos del Castillo? —sugirió Tarod.

—No lo creo. Son fieles servidores, lo reconozco, pero su capacidad de comunicación con los humanos es poco fiable, en el mejor de los casos. No..., no, tengo una idea más segura. Creo que el mismo Strann podría hacer algo más por nosotros. Tenemos todavía un nexo con él, aunque tenue, y hay una manera segura de llevar nuestro mensaje a Karuth sin que se despierten sospechas donde no queremos. —Yandros sonrió—. No le gustará la experiencia, pero no puede evitarse. Podría enseñarle que la indiscreción trae escasas recompensas, y al mismo tiempo le daría la oportunidad de redimirse.

—Y, si tu estrategia tiene éxito —dijo Tarod—, ¿qué le pedirás a Karuth Piadar?

La sonrisa de su hermano se hizo más amplia, hasta adquirir una expresión feroz.

—Una tarea muy sencilla y pequeña. En un pasado lejano era algo común para nosotros; pero ahora que se les ha dado a los humanos las riendas de su propio destino, debemos tener un servidor humano que voluntariamente haga girar la llave y abra el portal. —Miró al cielo, a los enormes prismas que giraban despacio, latiendo como corazones sobrenaturales de cristal, muy por encima de sus cabezas—. Por primera vez en muchos siglos, creo que ha llegado la hora de reactivar el más poderoso de nuestros antiguos nexos entre este dominio y el mundo mortal. Tengo intención de abrir la Puerta del Caos, Tarod. Y pienso utilizarla.

Librodot

CAPITULO 20

Ailind levantó la vista del pergamino que tenía sobre la mesa y sonrió a Tirand.

—Sí —dijo—. Está bien.

El Sumo Iniciado le devolvió la sonrisa sin demasiado entusiasmo. Parecía que Ailind había olvidado, o bien no le importaba, el hecho de que los mortales, a diferencia de los dioses, necesitaban descansar, y el trabajo de toda la noche había dejado a Tirand agotado hasta los huesos, con la cabeza aturdida por la falta de sueño. Con movimientos entumecidos mojó la pluma en el tintero que tenía al lado y se inclinó sobre el pergamino una última vez. La mano le tembló ligeramente al firmar con su nombre y título; luego selló la carta con el anillo de su cargo. No necesitaba leer de nuevo el mensaje, porque tenía la sensación de que cada palabra había quedado grabada de manera indeleble en su cerebro. El saludo formal con sus elegantes cumplidos, el elocuente reconocimiento del tono conciliador del mensaje de Ygorla y la comunicación de la disposición del Círculo a responder de igual manera, y por último una invitación para que la emperatriz visitara la Península de la Estrella, acompañada de una delicada pero inconfundible insinuación de que el Círculo era ante todo pragmático y que vería con buenos ojos la posibilidad de una alianza en lugar de nuevos enfrentamientos.

Creía que Ygorla mordería el anzuelo. Strann le había dicho que su deseo de atravesar triunfalmente las puertas del Castillo rondaba casi la obsesión. Tirand no se fiaba de la palabra de Strann, y menos aún de los caprichos de una mujer demente; pero Ailind le había asegurado que la estratagema daría el resultado deseado, y eso era suficiente. Estaba hecho, estaban preparados, y Tirand estaba satisfecho.

Ailind lo estaba esperando. La carta debía ser enviada con las primeras luces del alba, para lo que faltaba menos de una hora. Todo lo que quedaba por hacer era despertar al halconero Handray y darle instrucciones para que preparase a su ave más veloz para el viaje. Tirand atravesó la habitación para abrir la puerta y, al hacerlo, la luz de las velas se reflejó por un instante en la insignia de oro que el Sumo Iniciado llevaba en el hombro derecho; no era la insignia normal que habían llevado todos los adeptos del Círculo durante los últimos ochenta años, sino un broche más antiguo que mostraba un emblema también más antiguo. Nadie lo había tocado durante su vida ni durante la de su padre, pero la noche anterior Ailind le había concedido el permiso para llevarlo. El doble círculo seccionado por un relámpago, el antiguo símbolo del dominio único del Orden y la misma insignia que, mucho tiempo atrás, había sido la preciada posesión de Keridil Toln.

El Sumo Iniciado abrió la puerta, hizo una profunda reverencia para dejar pasar a Ailind, y juntos salieron al pasillo a oscuras, en dirección a las puertas principales.

Desde una discreta grieta, el gato gris los vio alejarse. Aunque la presencia del señor del Orden lo había disuadido de intentar colarse en el estudio, había mantenido la guardia durante toda la noche, intentando averiguar algo de lo que ocurría al otro lado de la puerta. Sin embargo, las imágenes que había captado de la mente de Tirand eran vagas e

Librodot

inconcluyentes, por lo que, muy a su pesar, el gato reconoció que no había averiguado nada que satisficiera su curiosidad. En circunstancias normales habría perdido interés en los asuntos del Sumo Iniciado y habría dedicado su atención a alguna actividad más absorbente; pero una imperiosa necesidad difícil de concretar, de la que ni siquiera era consciente, seguía despierta en lo más profundo de su mente, y cuando por fin salió de su escondrijo, no se limitó a alejarse, sino que se dirigió con determinación a otra parte del Castillo desde donde podría salir al exterior sin esperar al amanecer y a que los adormilados criados humanos abrieran las puertas.

La nieve había cesado de caer en algún momento durante la noche, y el gato salió a un patio silencioso, blanco y fantasmal. La nieve brillaba con un débil color nacarado al reflejar el cielo encapotado, y un frío intenso pesaba como una losa sobre el mundo. Al gato no le gustaba la nieve, por lo que se abrió camino con meticulosidad por la vía más corta hasta una repisa de ventana y desde allí a la red de saledizos y canalones que eran el reino indiscutible de los de su raza. Sabía por instinto dónde y cómo encontrar la habitación que buscaba, y corrió con ligereza por el laberinto, trepando cada vez más alto hasta llegar a una ventana en particular, entre las muchas que se abrían en el piso superior del Castillo.

El gato ignoraba que un poder mayor que la simple buena suerte jugaba su papel en aquella misión. Lo único que sabía era que alguien se había dejado la ventana sin cerrar y, como resultado, en los batientes se había abierto una rendija lo bastante ancha para que una zarpa pasara y empujara con suavidad hasta dejar la ventana abierta. En el interior había rejas, pero no eran un obstáculo para aquel cuerpo pequeño, delgado y ágil, y la criatura las atravesó y saltó en silencio al suelo de la habitación. Tras esperar unos segundos, inmóvil, a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad más profunda del interior, buscó el perfil de la cama y de su ocupante. No necesitó estudiar al hombre que dormía para saber que era a quien buscaba, y una intuición le dijo qué debía hacer.

El rostro de Strann era un óvalo más claro en el marco oscuro de su enmarañada cabellera. No había imaginado que le resultara posible dormir en su desgraciada situación, pero el agotamiento total había acabado por vencer todas las cargas combinadas del miedo, la preocupación y la inseguridad, y estaba profundamente inconsciente, más allá incluso del mundo de los sueños. Tan sólo el sonido suave y regular de su respiración y el ligero subir y bajar de la ropa de cama denotaban algunas señales de vida.

El gato saltó sobre la colcha y se quedó mirándolo durante unos instantes. Después caminó con mucho cuidado hasta la almohada y acercó su rostro al de Strann hasta que sus narices casi se tocaron. Cerró los ojos y espiró uniformemente una larga exhalación directamente a las fosas nasales de Strann. Éste murmuró algo en sueños, y su mano intacta se cerró y se abrió bajo las mantas como si intentara agarrar o sujetar algo. Con cuidado para no despertarlo, el gato retrocedió, se dio la vuelta, saltó al suelo y, sin más alteración que la que habría causado un céfiro, volvió a cruzar la ventana y salió a la noche.

Era mucha la gente que sucumbía a los resfriados invernales, de manera que cuando los guardianes de Strann informaron que su preso mostraba los primeros síntomas de fiebre, Sanquar se limitó a añadir otro nombre a la larga lista de enfermos que debían ser atendidos y no le dio mayor importancia.

Librodot

Karuth llegó tarde a la enfermería y, tras una rápida y aguda mirada a su rostro tenso, su piel pálida y de aspecto enfermizo y los ojos ojerosos, Sanquar le dijo con firmeza que él se encargaría de realizar las visitas matutinas. Karuth no discutió, lo que aumentó las sospechas de su ayudante de que sería una de las próximas víctimas de la fiebre, y Sanquar se pasó las siguientes tres horas haciendo la ronda, tomando el pulso y administrando antipiréticos y reconstituyentes. En una mañana como aquélla, Strann era sencillamente un paciente más. Sanquar confirmó que, en efecto, tenía los primeros síntomas de fiebre; le administró un preparado de hierbas diluido en una copa de vino, observó cómo se lo tomaba y, tras dar una suave reprimenda a los guardianes por haberse dejado abierta la ventana con un tiempo tan inclemente, se marchó a atender a su siguiente paciente. Cuando se cerró la puerta y giró la llave, Strann se hundió en la almohada y contempló los postes de la cama. Tenía la sensación de que debía conocer al hombre que acababa de visitarlo; un tenue recuerdo le decía que se habían visto con anterioridad, pero ahora no lograba recordar dónde o cuándo o en qué circunstancias. Estaba seguro de que uno de los guardianes había dicho que el hombre —¿Yandros?; no, desde luego ése no era su nombre— era un médico. ¿Para qué necesitaba un médico? ¿Algo iba mal en su mente, o era en su cuerpo? Hacía unos minutos había intentado levantarse, pero parecía que las fuerzas habían abandonado sus piernas. Estúpido vago. El día estaba ya casi en su mitad y tenía tantas cosas que hacer...

De repente, los postes de la cama parecieron moverse por propia voluntad, acercándose y haciéndose borrosos, y Strann cerró los ojos para evitar aquel efecto desconcertante. Antes —sí, debía de haber sido antes, pues recordaba que acababa de amanecer— se había acercado a la ventana y había visto un halcón mensajero con un rollo de pergamino atado a su pata que abandonaba el patio; un ave hermosa, con un plumaje de colores cálidos que resaltaba contra la interminable monocromía que la nieve había impuesto al mundo. Se había preguntado adonde iría y si llegaría sano y salvo a su destino, y justo cuando ese pensamiento cruzaba su mente, algo le había sucedido, algo que hizo que los guardianes entraran corriendo. Sí, ahora lo recordaba: sus piernas se habían doblado, y los guardianes lo encontraron sentado en el suelo, temblando como si tuviera fiebre intermitente. Creyeron que era eso, la fiebre, pero Strann sabía que no; sabía qué lo había derribado, qué había visto en aquella misma habitación y que tanto lo había impresionado. Había sido el halcón... no, un halcón que no era el mensajero, porque tenía la cabeza de un gato gris y le maullaba sonora y urgentemente. Intentó decírselo a los guardianes, pero se limitaron a recogerlo y llevarlo de vuelta a la cama; entonces volvió a dormirse, y después vino el médico.

Ojalá recordara dónde había visto antes a aquel médico. El problema era que, a menos que pudiera recordarlo, no sabría si podía confiar o no su mensaje a aquel hombre, y era esencial que el mensaje llegara a los oídos adecuados. No al Sumo Iniciado, quien de ningún modo lo escucharía, pues era demasiado pomposo y terco; Strann había intentado hablar antes con él, pero se había limitado a darle la espalda para comenzar a tocar el dueto de la epopeya *Equilibrio* con su hermana. Su hermana. ¿Cómo se llamaba? Vamos, la conocía bien, ¿no era verdad? Muy bien. Muy bien. Sonrió para sus adentros con lascivia, pero la sonrisa se cortó cuando recordó que el nombre de la hermana del Sumo Iniciado no era Kiszi, ni tampoco Yya.

Librodot

¿Cyllan? ¡No! Dioses, ¡Cyllan no! Comenzó a sudar. ¿Por qué le daba miedo aquel nombre? Era sólo un nombre, otro nombre de una chica bonita o una mujer encantadora, o...

Se sintió mareado. Poco bien le haría eso; no había comido nada desde... la provincia de Han ¿o desde la de Perspectiva? Su escolta no paraba de tentarlo con bocados exquisitos, pero sabía qué pretendían y no caería en la trampa. ¿Comerse su propia mano? Nunca. Nunca. Estaba orgulloso de su mano, porque contenía el secreto de su música.

De pronto, al tener aquel pensamiento se incorporó en el lecho. ¿Dónde estaba su manzón? Se lo habrían quitado mientras dormía, porque seguro que lo había dejado allí, a los pies de la cama, donde pudiera verlo al despertar. Arrojando a un lado las mantas, Strann se arrastró al extremo de la cama. Por un instante, casi vio el manzón, medio escondido entre las mantas caídas; pero cuando fue a cogerlo, desapareció y él quedó tendido boca abajo sobre la colcha.

A su espalda una voz dijo:

—Strann.

Se volvió de un salto. Alguien yacía en la cama, en el sitio que él ocupaba unos instantes antes. Una cabellera rubia resplandecía en la luz fría y apagada de la mañana, y en un rostro de huesos finos, los ojos estrechos cambiaban de color, del plata al verde, al ámbar, al escarlata, al negro. Una mano delgada le hizo un gesto y en el corazón de la figura comenzó a palpitar una luz, con ritmo lento, hipnótico, pulsante. Luz..., una estrella de siete puntas... y la voz, musical y meliflua, pero con un tono oculto malévolo, dijo:

—Escúchame, Strann. Escucha y recuerda...

Strann comenzó a gritar.

Sanquar cerró la puerta y se volvió al más veterano de los dos guardianes.

—Broen, no conozco ni me importan los motivos de la orden del Sumo Iniciado. Te estoy diciendo que ésta es una emergencia médica ¡y que es necesaria la presencia de la médico adepto Karuth! Ese hombre delira; maldición, está desvariando. No se trata de una fiebre corriente; es algo que sobrepasa mi experiencia y mi capacidad e insisto en llamar a mi superior. ¡No sabemos si se trata del comienzo de una nueva epidemia! Ahora, por favor, haz lo que te pido ¡y que vayan enseguida a buscar a Karuth!

Alarmado por tanto estrépito en alguien normalmente tan callado como era Sanquar, Broen cedió y fueron a buscar a Karuth. Llegó, con bastante mejor aspecto que el que tenía antes y, desechando con amabilidad las disculpas de Sanquar por molestarla y sus solícitas preguntas acerca de su salud, entró en la habitación de Strann.

—¡Dioses! —Echó un vistazo desde el umbral a la figura de pálido rostro que yacía en la cama y cruzó la habitación en tres zancadas. Sanquar, igualmente horrorizado, la siguió.

—Por Aeoris, Karuth, ¿qué le ha ocurrido? ¡No estaba tan mal cuando te mandé recado! Deliraba y sudaba como si la fiebre hubiera alcanzado una crisis, pero esto... —Señaló el rostro de Strann—. Mira esas manchas en la cara. ¡Hace diez minutos no estaban!

Karuth le lanzó una mirada alarmada; luego cogió la mano izquierda yerta de Strann y le tomó el pulso.

—Apenas lo noto. ¡Trae la redoma de reavivación de mi bolsa, rápido!

Sanquar obedeció. Karuth desenroscó el tapón de la redoma, separó los blanquecinos labios de Strann y dejó que tres gotas del líquido cayeran sobre su lengua. Ambos médicos observaron con atención, mientras Karuth contaba los segundos en silencio. Había llegado a ciento nueve cuando el cuerpo de Strann sufrió una convulsa sacudida y de su garganta surgió un sonido ahogado.

Karuth exhaló un suspiro de alivio e hizo un gesto a Sanquar.

—Ha funcionado. Incorpóralo, es posible que se ahogue con su propia saliva. Prepararé un calmante, y después lo examinaremos con más detenimiento.

Estaba dosificando una tintura de hierbas en una copa, cuando Sanquar habló con un tono extraño de voz:

—Karuth..., esas manchas... están desapareciendo.

—¿Qué? —Se giró y ella misma vio el fenómeno—. ¡Dioses!

—Nunca vi nada igual —confesó Sanquar mientras ella se acercaba de nuevo a la cama—. Karuth, ¿qué es esta fiebre?

—No lo sé, pero espero que no se extienda. —Karuth dejó la copa y alzó uno de los párpados de Strann. El ojo estaba tan inyectado de sangre que el blanco era casi carmesí, pero como había observado Sanquar, las manchas purpúreas de la piel del rostro de Strann estaban desapareciendo a ojos vistas.

De repente, los párpados de Strann se movieron. Karuth retiró la mano con celeridad, y con un esfuerzo, Strann abrió los ojos sin ayuda y le dirigió a ella —o a algo— una sonrisa estúpida.

—Un gato. —dijo con voz arrastrada—. Un gato, y tenía alas. Te lo dije, pero no querías escucharme.

—¡Strann! —Karuth le cogió la mano buena e intentó que el contacto físico persuadiera a su confuso entendimiento de forjar un lazo con la realidad—. Strann, soy Karuth. Karuth. ¿Me entiendes?

—Karuth. —Pero no hacía más que repetir el nombre; para él no significaba nada.

—Strann, escúchame. Estás enfermo, con fiebre, y necesitas...

—Oh, no, no, no. —Movió la cabeza rápidamente de un lado a otro—. No, no estoy enfermo. Me maullaba, ¿sabes?; pero entonces no entendí qué quería decirme. Ahora lo sé. Ahora lo sé, porque me lo dijo. Él estaba aquí, tumbado, y él era yo y yo era él, sólo durante un momento... —Una risita aguda cortó las palabras—. Él era yo y yo era él. Nunca pensé que viviría para contar esa historia.

Karuth lanzó un suspiro. No diría nada comprensible hasta que pasara el delirio; lo único que podía hacer era terminar de preparar la infusión e intentar convencerlo de que se la tomara. Cogió de nuevo la copa y se inclinó sobre la cama.

—Karuth.

La mirada de Strann se había centrado en ella con total intensidad, y los ojos que miraban desde su rostro no eran humanos.

—Oh, dioses... —musitó ella.

Sanquar alzó la cabeza. No había visto nada.

—¿Qué ocurre?

—Karuth.

No era la voz de Strann. Nunca antes había escuchado aquella voz, pero la intuición surgió de lo más profundo de su subconsciente y le reveló, sin lugar a dudas, qué le sucedía a Strann.

Librodot

—Sanquar, sal de la habitación —dijo con brusquedad.

—¿Qué? Karuth, ¿estás...?

—Vete —lo urgió, moderando el tono de voz con gran esfuerzo, y se volvió para mirarlo—. Por favor, no discutas conmigo, Sanquar; sé lo que hago. Espera fuera, y no dejes que nadie más entre sin mi permiso.

Él movió la cabeza.

—Lo que tú digas. Pero si necesitas ayuda...

—Te llamaré, lo prometo. —Miró por encima del hombro hasta que Sanquar salió de la habitación y cerró la puerta; luego se agachó junto a la cama y volvió a coger la mano de Strann—. ¡Strann! —susurró con premura—. Strann, ¿qué es lo que quieres decirme?

Strann había cerrado nuevamente los ojos y respiraba de un modo regular. Parecía estar dormido, y Karuth no supo qué hacer. Despertarlo podía ser peligroso si sus sospechas resultaban fundadas, pero al mismo tiempo no se atrevía a dejar pasar mucho tiempo, pues la preocupación de Sanquar y las sospechas de los guardianes podrían hacerlos regresar a la habitación desobedeciendo sus órdenes.

De pronto, los dedos de Strann se movieron entre sus manos. Sorprendida, le miró la mano y luego otra vez el rostro; y vio los ojos inhumanos, cambiando de color a cada momento, que la miraban con calma.

—Mi señor Yandros... —A duras penas consiguió articular las palabras; sentía la garganta contraída, y todo el cuerpo comenzó a temblarle.

—Cuidado, Karuth. —La serena voz era como plata fundida, hermosa, pero inquietante—. No es bueno pronunciar mi nombre en voz alta entre estos muros.

Karuth apretó los dientes.

—Perdonadme, por favor.

—No, no; tu descuido me halaga —dijo la voz con cierto tono de diversión—. Pero te hablaré con rapidez y una sola vez, no vaya a ser que nuestro mutuo amigo se percate de que no todo es como él cree que debería ser. —Los ojos de Strann cambiaron a color plateado—. Es indispensable que vayas al Salón de Mármol. No necesitarás la llave, pues de eso nos ocuparemos nosotros, pero debes encontrar la manera de llegar hasta allí sin alertar a nadie acerca de tus intenciones. Ailind vigila, y conocerá tus pensamientos si no pones el máximo cuidado. Sin embargo, una vez que llegues al Salón, nada tendrás que temer de él; en ese lugar estarás fuera del alcance de su influencia. Debes realizar cierto rito, una ceremonia sencilla que no se ha usado y que ha permanecido olvidada durante siglos. Todavía existe el documento que la recoge, y lo encontrarás entre los manuscritos más antiguos de la biblioteca. Busca el *Parlamento de la Vía.* Ésa será nuestra aprobación. ¿Me comprendes, Karuth?

Asintió.

—Os... comprendo, mi señor.

—Bien. Entonces abandonaré a este mensajero y lo dejaré una vez más bajo tu cuidado —una pausa; luego la voz suave e implacable añadió—: No me falles esta vez, Karuth. No creo que haya otra oportunidad para que te redimas.

Algo parecido a la sombra de un ala gigantesca pasó por la habitación. Durante un par de segundos, la visión de Karuth quedó oscurecida; luego sus ojos se despejaron y, parpadeando, enfocó la vista una vez más en la cama. Strann la miraba. Su piel estaba en perfectas condiciones, el sudor

había desaparecido y sus ojos de color avellana miraban con cierto desconcierto.

—¿Karuth? —Hasta su voz tenía el acostumbrado tono de barítono ligero, sin el menor rastro de ronquera—. ¿Qué haces aquí? Me dijeron que no se me permitía tener visitas.

—Strann... —La transformación había tenido lugar con tal rapidez que la había dejado temblando y aturdida. Sabía que lo que había visto y oído no era una ilusión, pero el veloz y traumático regreso a la normalidad la había dejado desorientada, y apenas podía dar crédito a que aquello hubiera sucedido realmente. El instinto se hizo cargo, y puso una mano en la frente de Strann con aire profesional. Estaba fría—. Pero si estabas...

—¿Dormido? Debo de haberlo estado. Lo siento, no era manera de recibirte. —Se incorporó y se sentó en la cama—. ¡Hay luz afuera! ¿Qué hora es?

—¡Túmbate! —dijo ella, empujándolo otra vez contra las almohadas—. ¡Estabas enfermo! —Vio la incomprensión en su rostro—. ¿No lo recuerdas? Delirabas. Sanquar me llamó porque nunca había visto una fiebre tan violenta. Y entonces... —Karuth titubeó, y se preguntó hasta qué punto se atrevería a ser sincera; luego decidió quedarse en un término medio. Se sentó en la cama—. Escucha, Strann. Me hablaste en medio de tu delirio febril, me diste un mensaje. ¿Lo recuerdas?

Él reflexionó y meneó la cabeza.

—No, no recuerdo nada de eso. Ni siquiera un sueño... —De repente, entrecerró los ojos—. ¿Qué dije?

—No puedo decírtelo. Si no lo recuerdas, es más seguro que el asunto quede tal y como está por el momento.

Debería haber sabido que Strann no era ningún idiota, porque volvió a sentarse, esta vez sin hacer caso de su intento de impedirlo.

—Karuth, ¿tiene algo que ver con Yandros?

—Sssh. —Le tocó los labios con un dedo rápidamente, haciéndolo callar antes de que dijera nada más—. No pronuncies su nombre, ¡o nos pondrás a los dos en peligro!

Él le cogió la mano y, cuando ella quiso soltarse, no la dejó.

—Dime qué quieres decir.

Karuth miró por encima del hombro. La puerta seguía cerrada. La paciencia de Sanquar todavía no se había agotado. Volviéndose, tomó una decisión. No podía mentirle a Strann. Estaba tan implicado en aquello como ella, aunque fuera en contra de su voluntad, y ella no tenía derecho a pretender que las cosas fueran de otra manera. Por el bien de ambos, tenía que saber, al menos, una parte de la verdad.

Se inclinó hacia adelante.

—Strann, no puedo explicártelo todo, pero te diré cuanto puedo revelar sin poner nuestras vidas en peligro. No —le indicó cuando él, impresionado, intentó hablar—, no me interrumpas; sólo escucha. Strann, estás prisionero, y mi condición es poco mejor que la tuya. Los señores del Orden han enviado aquí a un emisario, y mi hermano está completamente bajo su dominio. El Orden conoce tu mensaje.

El rostro de Strann perdió el poco color que había recuperado cuando se dio cuenta de lo que eso significaba.

—El adepto de cabellos blancos...

—No es un adepto.

—Oh, dioses... —Su mano intacta se cerró en un puño—. Si me hubiera

Librodot

dado cuenta, si hubiera sabido...

—No tuve tiempo de avisarte, y ahora no me atrevo a entrar en detalles. —De nuevo, Karuth miró nerviosa por encima del hombro—. No sé lo que Tirand y el emisario querrán hacer con esa información, y, aunque lo supiera, no podría decirlo en voz alta, porque desconfían de mí y me vigilan, e ignoro con cuánta proximidad lo hacen. Strann, es imperativo que hagas lo que voy a pedirte sin preguntar ni discutir. No puedo correr el riesgo de decirte por qué, pero creo que eres lo bastante inteligente para averiguarlo tú solo.

Strann entrecerró los ojos.

—¿Esto tiene que ver con lo que dije en el momento de mi ataque febril?

Ella asintió.

Strann dejó escapar el aire entre los dientes.

—Entiendo. Bien, al menos parece que me ha dado una segunda oportunidad. ¿Qué quieres que haga?

Karuth agradeció en silencio su rápida y aguda inteligencia.

—Dos cosas. Primero, actúa como un hombre que se recupera lentamente de una enfermedad extraña, violenta, pero breve. Tu fiebre no era natural. Te fue inducida como medio de ponernos en contacto, pero es esencial que nadie más sospeche que era otra cosa que una genuina enfermedad. Segundo, guarda silencio. No recuerdas nada, no sabes nada, no digas nada a nadie. Limítate a ser un viajero cansado y perplejo que ha cumplido su deber y que ahora aguarda pasivamente el destino que el Sumo Iniciado decrete para él.

El labio de Strann se dobló.

—Eso no dista mucho de ser la verdad.

—Por el momento, sí. Pero puede que las cosas cambien en los próximos días. Rezo porque así sea.

—¿Ésa es tu labor?

—No me preguntes, Strann.

Él asintió.

—Muy bien, comprendo. Haré lo que me pides. —Un fantasma de su antiguo ingenio regresó y añadió—: Al menos será un buen ejercicio para mí. Puedes confiar en mi discreción... y en mi talento de actor.

Karuth cerró los ojos brevemente.

—Gracias.

Él tenía su mano cogida todavía; Karuth hizo ademán de levantarse, pero Strann no la soltó.

—Karuth...

Ella lo miró. Lenta pero deliberadamente se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos.

—Ten cuidado. No corras riesgos innecesarios... y no sólo por tu propio bien.

Ella permaneció sentada, inmóvil, creyendo entender lo que él quería decir, pero no permitiéndose estar totalmente segura de ello.

—No lo haré —contestó al fin.

—¿Puedo contar con eso?

Ella se soltó la mano. Le cosquilleaba ligeramente.

—Sí, puedes —repuso. Entonces, bruscamente, la otra Karuth, la máscara, el rostro público volvió a imponerse y se puso de pie—. Voy a darte un fuerte sedativo. Estarás inconsciente durante algunas horas, lo que hará que tu rápida recuperación resulte más convincente. A partir de ahora,

Librodot

Sanquar cuidará de ti; yo no podré volver. Al menos hasta que... —No terminó la frase.

Strann sonrió.

—No hace falta que digas nada más, dama Karuth. Me pondré en manos de Sanquar, y seré un enfermo modélico, aunque inusualmente callado.

Ella preparó el sedativo y permaneció de pie mientras Strann, haciendo una mueca al probarlo, se lo bebía. Después cogió la copa vacía y se dirigió hacia la puerta. Cuando su mano tocó el picaporte, Strann la llamó.

—Karuth.

—¿Sí? —Se volvió a mirarlo.

—Que nuestros dioses te acompañen.

La sonrisa de Karuth fue vacilante pero cálida.

—Que nos acompañen a los dos, Strann

Librodot

CAPITULO 21

—Sospecho —dijo Sanquar— que debe haber sido una reacción provocada por los rigores del viaje. El método de su cuerpo, si quieres, de decirle que ya tenía bastante.

—Sí —repuso Karuth con tono distraído. Estaba sentada a la mesa de la enfermería, revisando su inventario; cuando Sanquar la miró, sólo pudo verle la nuca. Lo intentó otra vez.

—O quizás es algo que contrajo en la Isla de Verano, que permaneció latente hasta que el agotamiento y la debilidad lo hicieron vulnerable. Sólo los dioses saben qué tipo de fiebres son endémicas del sur, sobre todo desde que la hechicera usurpó el trono.

Si hubiera estado prestando algo más que la mínima atención, Karuth podría haberle preguntado en qué manera las devastaciones de Ygorla podían provocar un incremento de las fiebres virulentas; pero, tal como estaba, sólo dijo:

—Es posible —y siguió revisando su lista.

Sanquar se rindió. Había muchas preguntas que deseaba hacerle, en especial concernientes a la manera en que había logrado una remisión tan rápida y extraordinaria de la fiebre de Strann, pero parecía que deberían esperar. Desilusionado pero flemático, cogió su bolsa de médico.

—Todavía tengo que atender a unos cuantos pacientes que guardan cama, de manera que iré a verlos ahora si no me necesitas aquí.

Esta vez ella alzó por fin la vista, aunque Sanquar tuvo la desconcertante impresión de que sólo advertía su presencia a medias.

—¿Qué? No, está bien, Sanquar. Es una buena idea. —Volvió a mirar a otra parte y Sanquar, encogiéndose de hombros, se fue.

A solas en la enfermería, Karuth intentó concentrarse de nuevo en el inventario que tenía delante, pero al cabo de unos minutos se dio cuenta de que la tarea que con tanta determinación se había impuesto era imposible. No podía mantener la atención fija en asuntos mundanos, no mientras las palabras susurradas por Yandros resonaban de manera incesante en su cerebro, sin darle respiro. «*El Parlamento de la Vía...*» Aquella frase no la dejaba en paz, y por vigésima vez sintió que un miedo, muy próximo al pánico, crecía en su interior mientras intentaba de nuevo, y de nuevo fracasaba, reprimir aquella idea y ponerla fuera de su alcance. Debía encontrar una distracción. Si Ailind podía ver en su mente con la claridad que había dado a entender, tan sólo sería necesario un segundo de descuido en el momento equivocado para echarlo todo a perder y para ponerse a sí misma en peligro mortal.

Miró el rectángulo de la ventana. Se acercaba el anochecer, y el patio, todavía nevado pero con la nieve surcada ahora por las huellas de muchos pies que se entrecruzaban, tenía un aspecto húmedo y tristemente opresivo. Karuth encendió dos lámparas y corrió las cortinas; luego se dirigió a la puerta y se asomó al pasillo. Aquel pasillo era uno de los caminos principales hacia el comedor, y ya había unos cuantos adeptos y estudiantes que se dirigían hacia aquella sala para disfrutar de la cena. Cerró de nuevo la puerta, pensando con rapidez, y tomó una decisión. Cada hora —de hecho cada instante— que se retrasara y disimulara, aumentaría el riesgo tanto para ella como para la realización de la tarea que le había impuesto Yandros.

Librodot

No podía abrigar la esperanza de ocultarle a Ailind durante mucho tiempo lo que sabía, y no habría momento más apropiado para su misión que aquella hora del anochecer, cuando la mayor parte de sus iguales se reunían para cenar y el resto del Castillo estaba casi desierto. Debía hacer acopio de valor y actuar ahora. Mañana podría ser demasiado tarde.

Cogió su chal de detrás de la puerta y se cubrió con él la cabeza y los hombros. A la escasa luz del pasillo, vestida como iba con una túnica gris corriente, lo más probable es que cualquiera que la viera pasara de largo sin dedicarle más atención; y, en efecto, llegó a las puertas que daban el patio sin que nadie la saludara. Los escalones del patio estaban resbaladizos, y bajo el pórtico la nieve se había fundido y se había vuelto a congelar al caer la noche, formando una capa de hielo. Karuth avanzó resbalando precariamente sobre el hielo hasta alcanzar la puerta de la biblioteca, se agachó para pasar por su bajo dintel y comenzó a descender lentamente en la oscuridad.

Cuando estaba alcanzando el final de la escalera de caracol, advirtió con consternación que no sólo se veía luz abajo, sino que también se oían voces apagadas. Había rezado para encontrar la biblioteca vacía a aquella hora de la noche, pero aunque los dioses del Caos estuvieran de su parte, la suerte a secas no lo estaba. Karuth bajó los últimos peldaños, abrió la puerta y entró. Había cinco personas en la cámara abovedada e iluminada por antorchas; los conocía a todos, pero ninguno era un amigo en especial, por lo que un breve movimiento de cabeza y una sonrisa fue saludo suficiente. Por mor de la prudencia, Karuth se dirigió a las estanterías de libros sobre medicina y extrajo un pesado compendio, que se puso bajo el brazo antes de dirigirse a la esquina llena de telarañas donde se almacenaban los manuscritos y pergaminos más antiguos. Mientras contemplaba las polvorientas hileras, fue presa del desánimo. Aquellos antiguos documentos no estaban catalogados; sencillamente, habían sido amontonados donde cupieran y no estaban ordenados en ninguna secuencia lógica. Como mínimo tardaría días en encontrar lo que estaba buscando.

Desalentada, intentó recordar las horas que había pasado con Arcoro Raeklen Vir, antes de que éste dejara el Castillo, buscando una clave para el secreto todavía no descifrado del Laberinto. No recordaba que durante aquella investigación hubieran encontrado ninguna mención del *Parlamento de la Vía;* claro está que si entonces se hubiera tropezado con la frase, podría haberla desechado por irrelevante. Parecía, pues, que debía comenzar de nuevo la laboriosa tarea, esta vez con mucha más urgencia.

—¿Investigando los métodos de nuestros antepasados, Karuth?

Se giró al escuchar la voz y vio a una mujer de mediana edad y cabellos claros, una maestra adepto que se llamaba Silve Rayna Cotal y que la miraba con curioso interés. Karuth sintió cómo la tensión subía en su interior y esperó que al menos su aspecto exterior siguiera aparentando calma.

—Sí —respondió—. Me sorprende con qué frecuencia los documentos más antiguos contienen información que estudiosos posteriores desecharon o consideraron demasiado trivial para incluirla en sus trabajos.

—Sobre todo en el asunto de fiebres raras, ¿eh? —Silve sonrió—. Tengo entendido que obraste un pequeño milagro hoy con uno de tus pacientes.

Parte de la tensión de Karuth cedió cuando se dio cuenta de cuál era el motivo de interés de Silve. Le devolvió la sonrisa.

—Yo no lo llamaría un milagro, Silve, sino pura suerte; eso estaría

Librodot

mucho más cerca de la verdad.

—¿Y el hombre se está recobrando?

—Rápidamente, me alegra decirlo. No creo que los demás tengamos nada que temer. He llegado a la conclusión de que se trataba de un caso fuera de lo corriente pero aislado y que la etapa infecciosa debe de haber ocurrido en algún momento anterior a su llegada al Castillo.

—Ah. —Silve pareció aliviada—. Son buenas noticias. Bueno, tengo que irme. Mi estómago me dice que casi es la hora de cenar.

Karuth le dirigió una sonrisa de despedida y volvió a mirar las estanterías, mientras Silve se dirigía hacia la puerta. *Cálmate* —se dijo terminantemente, intentando aminorar el incómodo palpitar de su corazón—. *Nada tienes que temer. Silve no sospechó de ningún engaño, y nadie más lo hará. Sigue con la búsqueda ¡y deja de pensar que tu secreto brilla a tu alrededor como una aureola!*

A pesar de las firmes promesas que se hizo, se sintió aliviada de todos modos cuando, uno a uno, los demás ocupantes de la biblioteca fueron saliendo hasta que por fin se quedó sola. En cuanto la puerta se cerró detrás del último visitante tardío, dejó a un lado el libro de medicina y comenzó a rebuscar entre los manuscritos con apremiante energía. ¡Había tantos! Registros de nacimientos y muertes y matrimonios, listas de diezmos procedentes de las provincias, disputas legales, informes acerca de los progresos de estudiantes... Sólo uno de cada tres documentos parecía contener referencias a los ritos del Círculo o a prácticas de magia, lo que a la vez la sorprendió y la preocupó. ¿Podría haberse perdido alguno de los viejos documentos o incluso haber sido destruido deliberadamente, quizás en la época del cambio? Si era así, su búsqueda podría ser totalmente inútil. ¿Y qué haría entonces?

Estaba sentada junto a una de las largas mesas, hojeando su tercera pila de mohosos pergaminos cuando escuchó un crujido en la puerta. Apresuradamente abrió el libro de medicina que seguía teniendo al lado para mantener las apariencias y alzó la vista.

Calvi Alacar estaba en el umbral. Durante un momento la miró con inseguridad; luego aventuró una sonrisa vacilante.

—Hola, Karuth. Creí que todo el mundo estaba en el comedor.

El corazón de Karuth latió dolorosamente en su pecho. Aparte de Ailind y Tirand, Calvi era la persona que menos ganas tenía de ver en aquel momento.

—Yo... —Dioses, se estaba poniendo colorada, lo notaba—. Tengo que hacer algo de investigación. —Indicó el libro de texto—. Es más fácil concentrarme cuando no hay nadie más que me distraiga.

Calvi pasó por alto la burda insinuación y siguió mirándola, de manera extraña, pensó ella; ¿o es que su nerviosismo la llevaba a imaginar demonios inexistentes? Entonces él cogió una silla y se sentó al otro lado de la mesa.

—Vine aquí porque también yo quería estar un rato a solas —explicó—. Pero ahora, yo... bueno, me alegra verte. —Soltó una risita burlándose de sí mismo—. Eres una de las pocas personas que no me hacen reverencias ni me llaman Alto Margrave a todas horas mientras intentan ocultar su convencimiento de que no estoy hecho para mi cargo.

Su mirada se paseaba por la mesa, y con cuidado Karuth tapó el pergamino con el libro abierto para asegurarse de que no fuera a leerlo.

—Ten cuidado, Calvi. Empiezas a parecer un cínico.

—¿Sí? No creo ser un cínico, de verdad. Sólo estoy... confundido. —

Frunció el entrecejo—. Muy confuso. —Hizo una larga pausa y luego, de pronto, la miró de nuevo, esta vez con dolorosa franqueza—. Karuth, me alegro de haberte encontrado aquí. Desde ayer quería hablar contigo, pero no ha habido ocasión.

La expresión de Karuth siguió siendo de no tomar partido.

—¿Sobre algún asunto médico?

—No. —Pareció sorprendido y un poco dolido—. No, nada de eso. Es acerca de Strann.

—¿Strann? —*Cuidado,* dijo una voz interior.

—Sí. A propósito, he oído que se está recuperando de la fiebre. Me alegro. Me gustó cuando nos encontramos por primera vez... en la boda de Blis. —Tragó saliva—. Y creo que ahí está el problema. Quiero decir que es tan difícil dejar de apreciar a alguien, ¿no crees? No importa lo que pueda haber hecho; uno no puede cambiar totalmente su punto de vista sin dar como mínimo una segunda oportunidad. Por eso tengo que preguntar, tengo que saber. Karuth... ¿Strann es un traidor?

Karuth suspiró con cansancio, preguntándose qué travieso duendecillo había hecho que Calvi eligiera el peor momento para plantear aquella cuestión. No quería hablar de Strann. No quería pensar en Strann, no allí, no ahora. Era demasiado peligroso.

Intentó distanciarse sin que el rechazo fuera demasiado evidente.

—¿Qué te hace pensar que yo puedo responder a semejante pregunta, Calvi? —repuso—. No poseo conocimientos especiales y no soy una hechicera.

—Pero conoces a Strann.

—Poco mejor que tú. No puede decirse que seamos viejos amigos. Pareces haber olvidado que sólo me encontré con él una vez antes de que llegara aquí. —Su tono, sin quererlo, era duro. Calvi se ruborizó y miró hacia otro lado.

—No quería suponer. Pensaba...

Ella lo interrumpió.

—Por favor, ésta no es la ocasión ni el lugar para hablar de Strann y de lo que podría o no podría ser. —Debía sacárselo de encima, pensó. No quería herirlo con un brusco rechazo, pero tampoco podía permitirse el lujo de pensar en sus sentimientos íntimos en aquel momento—. Calvi, no quiero ser desagradable contigo, pero tengo trabajo que hacer y necesito concentrarme en ello y no distraerme con preguntas y especulaciones. No puedo decirte nada sobre Strann. Si necesitas alguien con quien hablar, estaré encantada de pasar un rato contigo mañana, si eso te ayuda. Pero ahora necesito estar a solas. Lo siento.

La silla de Calvi rascó ásperamente el suelo de piedra cuando la echó para atrás.

—No —dijo con voz distante y débil—, soy yo quien lo siente. No me había dado cuenta. Pensé que quizá... Bueno, no importa. —Se puso de pie—. Perdóname. Te dejaré en paz.

La miró con sus azules ojos, y Karuth supo que esperaba que ella se ablandara. Antes había sido susceptible con frecuencia a su encanto, pero esta vez se limitó a decir:

—Te veré mañana. Tal vez entonces esté de mejor humor.

Él inclinó la cabeza ante la tácita disculpa y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió para mirarla.

—¿Algo va mal, Karuth? ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Librodot

Karuth no cedió.

—No pasa nada. Buenas noches, Calvi.

Él vaciló como si fuera a decir algo más, pero lo pensó mejor.

—Buenas noches —dijo con abatimiento, y sus pasos se perdieron en la escalera.

Karuth encontró el pergamino diez minutos después. Estaba entre un paquete de manuscritos descoloridos y casi ilegibles en el estante más bajo, y cuando descifró las primeras palabras, escritas en una caligrafía elegante pero arcaica, el estómago le dio un vuelco de excitación.

Con mucho cuidado, porque el pergamino era peligrosamente frágil, quitó una capa de polvo de su superficie y se inclinó más sobre la mesa. El polvo la hizo estornudar, y cuando comenzó a leer, descubrió que había fragmentos en los que la escritura apenas era descifrable, pues la gramática era extraña y el texto contenía muchas palabras y frases que habían caído en desuso hacía mucho tiempo. Aquel documento debía de tener siglos de antigüedad; el ritual no seguía ninguna de las formas tradicionales, sino que era completamente extraño en todos sus detalles, y Karuth empezó a darse cuenta de hasta qué punto las prácticas del Círculo —y quizá mucho más que las prácticas— debían de haber cambiado desde el día en que aquel antiguo sortilegio había sido transcrito al pergamino.

Al fin levantó la vista. Su mirada se centró en una de las antorchas de la pared más lejana, pero no la vio. El rito era tan sencillo... No requería purificación ceremonial, ni invocación de los guardianes elementales, ni estado de trance. Un niño novicio podría realizarlo sin pensarlo dos veces y lo completaría en cuestión de minutos. Pero en cuanto a qué resultaría, el manuscrito no daba la más mínima pista. Tan sólo el nombre que los antiguos hechiceros le habían dado —el *Parlamento de la Vía*— insinuaba apenas cuál podría ser la naturaleza del sortilegio, y la insinuación no le decía nada a Karuth. Un misterio, un enigma. Gritar en la oscuridad.

Pero ¿se atrevería a dar ese grito, sabiendo que podía tener respuesta? El *Parlamento de la Vía* daría a los señores del Caos, o al menos eso le habían hecho creer, la oportunidad de acceder al Castillo; y si entraban en el mundo de los mortales, se enfrentarían inevitable e inmediatamente con Ailind del Orden. ¿Cuáles podrían ser las consecuencias? Imposible suponerlo y casi igual de difícil imaginarlo. Por lo que sabía, lo que estaba dispuesta a hacer podía significar el desastre para todos. Ailind debía de tener, sin duda, su plan para derrotar a la usurpadora; ¿cuál sería el resultado de la repentina intervención del Caos en su plan?

Karuth volvió a mirar el pergamino. La verdad es que no podía predecir nada con exactitud. Hiciera lo que hiciese, ya fuera realizar el rito o volver a esconder el pergamino e intentar olvidar que jamás lo hubiera visto, estaría jugando al azar. Y, fuera cual fuese el camino elegido, las apuestas eran altas. Pensó en la sobrenatural manifestación de Yandros en el dormitorio de Strann. Recordaba su voz, la voz por la que sentía una afinidad instintiva. Luego pensó en Ailind, y recordó su dura advertencia cuando había realizado a solas su fracasado intento de invocar al Caos, y el estómago se le encogió en una arcada. No importaba cuáles fueran sus planes ni cuál el precio de su interferencia: no podía aceptar que las draconianas medidas de Ailind fueran correctas ni para el Círculo en su actual crisis ni —lo que era más importante— para el futuro. Debía seguir su instinto, y éste le decía a gritos que actuara. Debía arrojar los dados y rezar porque su tirada trajera el bien

Librodot

y no el mal.

Cuando se levantó de la silla y se dirigió hacia la pequeña puerta que daba al Salón de Mármol, sintió las piernas como si estuvieran hechas de madera reseca y agrietada. El crujido del picaporte le pareció un ruido ensordecedor; cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, luego tragó saliva y comenzó a descender por el estrecho y serpenteante pasillo. Pronto la familiar fosforescencia tenue apareció ante ella, enseñándole el camino y haciéndose más brillante a medida que avanzaba, hasta que el pasillo dio una última curva y la puerta de plata que conducía al Salón quedó delante de ella.

En cuanto la vio, Karuth se paró sorprendida. La puerta no desprendía su usual resplandor fantasmal, sino que parecía estar envuelta en fuego; fuego de plata, un brillo frío y cegador que inundaba el pasillo. Aturdida, Karuth adelantó una mano con los dedos desplegados para taparse el rostro y evitar que sus ojos se dañaran con la claridad. La luz chisporroteó en el aire a su alrededor y formó dibujos extraños y chispeantes sobre su piel, y de pronto recordó la pesadilla que había tenido, en la que permanecía indefensa en aquel mismo lugar mientras el viejo Sumo Iniciado, Keridil Toln, le hacía señas desde la puerta de plata y una sombra maligna y alargada avanzaba por el suelo para atraparla.

Furiosamente, dominó sus nervios y se recordó que aquello no era un sueño y que tenía pleno control de sus actos. Aspiró hondo, con la mano todavía protegiéndole el rostro, y sin hacer caso de su desbocado pulso, comenzó a avanzar una vez más…

Un terrorífico estallido de lívida blancura surgió de la puerta y, durante una fracción de segundo, la imagen de una estrella de siete puntas abrasó el cerebro de Karuth. Retrocedió, gritando de terror, y cuando chocó contra la pared, la brillante luz se desvaneció, dejando sólo una iluminación grisácea y tenue que se filtró por el pasillo. Jadeando, Karuth se enderezó con movimientos vacilantes, mientras sus ojos parpadeaban luchando por ajustarse al violento cambio.

Y el silencio se vio roto por un débil pero enfático chasquido.

Miró la puerta de plata y vio que se estaba abriendo, moviéndose sobre sus silenciosos goznes y mostrando el Salón de Mármol al otro lado. La niebla, surcada por espectrales colores en tonos pastel, flotaba como agua en lento movimiento, y a través de ella las hileras de altas columnas se alzaban oníricas y remotas. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, empujada por una mezcla inconsciente de instinto y deseo, Karuth avanzó lentamente hacia la puerta y se quedó vacilando en el umbral, mientras sus sentidos psíquicos calibraban la atmósfera. El Salón de Mármol estaba sereno y en silencio. Parecía un lugar seguro, un refugio donde podría esconderse y donde ningún poder la alcanzaría contra su voluntad. Entró. Al cruzar el suelo de mosaico, sus pies hicieron un ruido apagado y la niebla la envolvió como si fuera una capa extraña y resplandeciente. Pasó la primera hilera de columnas, luego la segunda, mientras seguía con la vista el dibujo del mosaico, buscando el círculo negro del que se decía —aunque nadie lo había sabido con certeza en aquel lugar de dimensiones peculiares— que señalaba el centro exacto del Salón. Allí estaba, una zona oscura como la boca abierta de un profundo pozo en el suelo delante de ella, incongruente entre los dibujos de sutiles colores que lo rodeaban. Karuth se acercó deprisa y, parándose en su borde, lo contempló. Sabía que ahora debía reunir el valor para romper un tabú que existía desde hacía muchas

Librodot

generaciones, porque el *Parlamento de la Vía* debía ser pronunciado dentro del círculo negro, donde ningún adepto se había atrevido a colocarse desde hacía siglos. Karuth no sabía cómo había surgido el tabú ni por qué, y alejó de su mente todas las especulaciones acerca de su posible origen. No era momento de perder el tiempo. Había aprendido de memoria el ritual, había alcanzado la seguridad del Salón de Mármol, y Yandros le había dicho que aquí estaba fuera del alcance de la influencia de los señores del Orden. Ahora nadie podía detenerla. El rito debía realizarse.

Comenzó a respirar lentamente y con regularidad, tal y como le habían enseñado de novicia, tranquilizando la mente y dejando que se relajaran los músculos del cuerpo. Después, cuando el ejercicio empezó a hacer efecto, alzó la cabeza y miró más allá del círculo negro, al lugar donde se alzaban sobre sus pedestales los siete colosos que representaban a los dioses del Caos y el Orden, enormes y fantasmales en medio de la niebla. Karuth contempló durante unos momentos las figuras esculpidas, cada una espalda con espalda con su contrario del reino opuesto. Yandros y Aeoris; Aeoris severo, Yandros que sonreía con un toque de tenebroso humor. Y los hermanos menores, cuyos nombres eran desconocidos... con una excepción. Se preguntó cuál sería la estatua de Ailind. A diferencia de los señores del Caos, los rostros de los dioses del Orden eran todos iguales hasta en el más mínimo detalle, y cualquiera de las seis máscaras de piedra, de serena expresión, pero sin sonrisa, podía representar al ser que había venido al Castillo. Bien, pensó Karuth con una mínima sonrisa, ahora carecía de importancia. Ya no tenía que temer nada ni de Ailind ni de ninguno de sus hermanos.

Su mente estaba tranquila, el cuerpo flexible y relajado. Dejando a un lado los últimos jirones de su vieja duda y del miedo, se preparó para entrar en el círculo negro.

Y, a su espalda, una voz que denotaba alarma exclamó:

—¡Karuth! ¿Qué estás haciendo?

Karuth se volvió rápidamente. A través de la agitada niebla se le acercaba Calvi. Lo cogió del brazo cuando llegó a su lado, clavándole con fuerza las uñas. La impresión y la ira dieron a su voz un tono furioso.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡No puedes entrar en el Salón de Mármol sin el permiso del Círculo!

Calvi se soltó con un brusco movimiento.

—¡Y tú tampoco! —replicó—. Lo sé. Tirand me lo dijo. —Sus azules ojos la miraban duramente, y tenía las mejillas arreboladas—. Quiero saber qué estás haciendo, Karuth. ¡Dímelo!

—No es asunto tuyo —contestó ella en tono sibilante—. Vete, Calvi, no intentes interferir en esto. ¡Déjame en paz!

—¡No lo haré! Karuth, escúchame. No intento interferir; sólo quiero ayudarte. Planeas algo, ¿verdad? Algo que va en contra de las órdenes de Tirand. Intentas desafiar al señor Ailind...

—¡Maldito sea Ailind! —Las despectivas palabras salieron involuntariamente de su boca, pero a Karuth le importaba un comino la prudencia.

—¡No puedes decir eso! —Calvi le cogió los brazos y la sacudió con ansiedad— Te lo ruego, Karuth, ¡por tu propio bien, no seas estúpida! No puedes desobedecer a un dios. No está bien; ¡es una blasfemia! ¡Pones en peligro tu vida!

Ella lo miró con ojos cargados de peligro.

Librodot

—Suéltame, Calvi. No te lo diré dos veces.

Él la soltó, pero no retrocedió.

—Ven conmigo, Karuth —insistió—. Salgamos de aquí. Sea lo que fuere, no puede traernos más que daño. Y eso no es lo que deseas, ¿verdad?

Era tan ingenuo, pensó Karuth, tan cargado de buenas intenciones y tan genuinamente preocupado por ella... Deseaba golpearlo, arañarle las mejillas y marcarle el rostro, aplastar su ciega fe en Ailind, en Tirand, en el Círculo y en todo lo que representaban. Con un gran esfuerzo logró reprimir esos deseos y con ello el impulso de desafiar la lógica, contarle todo y reírse delante de su horrorizado rostro.

—Calvi —dijo, con voz que le temblaba por el esfuerzo de no perder los estribos—, el porqué de mi presencia aquí y lo que pretendo hacer es sólo asunto mío y de nadie más. Ni tuyo, ni de Tirand y, desde luego, tampoco de Ailind. Te lo diré una vez más: vete. No te metas en asuntos que no puedes comprender ni de lejos.

—Oh, sí que comprendo. Y no me das miedo, Karuth. Puede que seas una hechicera y una adepto de alto rango, pero también has sido mi buena amiga durante demasiados años para que ahora uno de los dos eche todo eso a rodar. Te lo pido otra vez: ¿no quieres salir conmigo de este lugar y olvidar incluso que esto ha ocurrido antes de que sea demasiado tarde?

El rostro de Karuth parecía de granito, y Calvi se dio cuenta de que si hubiera tenido el poder para hacerlo, lo habría fulminado allí mismo.

—No —contestó ella—. No lo haré.

Él retrocedió.

—Entonces debo ir a buscar a Tirand. Lo siento, Karuth... pero no me dejas otra opción. —Y dándose la vuelta, echó a correr en dirección a la puerta de plata.

—¡Calvi, no!

Karuth intentó agarrarlo, pero se le escapó; gritó de nuevo su nombre y salió tras él. Tenía que detenerlo; si escapaba, si daba la alarma, ¡todo estaría perdido!

—¡Calvi! —No podía alcanzarlo; era demasiado rápido, demasiado ligero... Ya casi había llegado a la puerta y en unos momentos la atravesaría y estaría fuera. Su voz se alzó con furia casi histérica—. ¡No, Calvi, maldito seas, vuelve!

Calvi se precipitó hacia la puerta. Estaba a cinco pasos, tres, uno...

Y con un estruendo como si una montaña se viniera abajo, la puerta se cerró ante sus narices.

—¡No! —Calvi cogió el pomo, tiró de él, lo giró, golpeó con el puño la lisa superficie de la puerta—. ¡No! ¡Abre! Que Ailind me ayude, que Aeoris me ayude, ¡abrid!

Karuth se paró a diez pasos de él.

—No se abrirá, Calvi —dijo, comprendiendo lo ocurrido—. No puedes hacer nada.

Él se dio la vuelta. El color había desaparecido de su rostro y parecía enfermo.

—Tú hiciste eso... Karuth, en el nombre de los dioses, por favor..., abre la puerta, déjame salir. ¡No nos pongas a todos en peligro!

Karuth le sonrió, una sonrisa extraña, maliciosa. Evitado el peligro, su furia había desaparecido. Sentía que Calvi tuviera que ser testigo involuntario de lo que estaba a punto de hacer, pero la cosa no tenía remedio. Él se lo había buscado.

—Yo no cerré la puerta —repuso con suavidad—. Algo más tiene el control de este lugar, algo mucho más poderoso que nada que pueda invocar un simple adepto del Círculo. Pero ese poder sabe que yo no podía dejarte ir en busca de Tirand, y desde luego tampoco de Ailind. Lo siento, Calvi, pero debes quedarte aquí y llegar al final de esto conmigo. Ninguno de los dos tiene opción en este asunto ahora.

Calvi la miró. Nunca había visto así a Karuth y supo intuitivamente que nada podía hacer para que cediera o para que no llevara a cabo sus propósitos. Podía ser físicamente más fuerte que ella —aunque eso era algo que nunca había sido puesto a prueba—, pero fuera lo que fuese lo que ahora la poseía, era algo que no podía combatirse con medios físicos. Estaba atrapado. Indefenso.

Karuth le dio la espalda y echó a andar lenta y decididamente hacia el mosaico negro. Calvi se cubrió la cara con las manos y susurró:

—¡Aeoris, ayúdame! ¡Aeoris, ayúdanos a todos!

Librodot

CAPITULO 22

—Escuchadme, oh príncipes. Escuchadme, creadores y contendientes, Señores de la Vida y de la Muerte, Señores del Aire y de la Tierra y del Fuego y del Agua y del Tiempo y del Espacio. Soy parte vuestra, pero no lo soy; soy carne, pero también soy espíritu; y hablo con la sanción otorgada a las legiones que antes que yo han estado en este lugar y han caminado antes que yo por este camino.

El suelo temblaba bajo sus pies. Si era ilusión o realidad, Karuth no lo sabía, y había perdido toda capacidad para preocuparse. A su alrededor, las neblinas del Salón de Mármol giraban como una niebla que surgiera del mar, y sus suaves colores se iban oscureciendo ominosamente hasta adquirir tonalidades infernales de púrpura, de verde y de gris. Su mente volaba; con la débil chispa que todavía brillaba en el mundo de la realidad física supo que en algún lugar, junto a las grandes estatuas, Calvi permanecía encogido y lleno de terror. Pero Calvi no era nada, ya no importaba. El rito se había apoderado de ella y estaba inmersa en él.

—Me presento ante vosotros en este lugar, y camino hacia vosotros por esta vía. —Su voz resonó en el Salón de Mármol, y la neblina cantó con un centenar de ecos sobrenaturales—. El camino es largo, pero el camino es antiguo y es la vía de poder. He sido elegida y estoy dispuesta. Con los pies que son mi carne piso entre las dimensiones, y pronunciaré la Vía. Con la mano que es mi carne cruzaré el abismo, y pronunciaré la Vía. Con los ojos que son las ventanas de mi alma miro desde un mundo al otro, y pronunciaré la Vía.

Sintió un enorme latido rítmico, como si un gigantesco corazón palpitara bajo los cimientos del Castillo, y todo su cuerpo comenzó a estremecerse. Cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza; la cabellera suelta cayó como agua oscura hasta su cintura, y su voz tronó poderosa y extasiada.

—¡Se rompen las cerraduras del tiempo y las rejas del espacio quedan reducidas a cenizas! Venid, creadores; ¡caminaré junto a vosotros por la Vía, os alcanzaré en la Vía y os contemplaré en la Vía! ¡Igual que fue en los días anteriores a mí, así volverá a ser! Escuchadme..., escuchadme, ¡y que el sello se rompa!

Aspiró con un sonido que fue como el silbido de un centenar de serpientes; entonces, con terrible control, terrible calma, extendió los brazos, la mirada perdida en el infinito. En un tono tan bajo que las palabras apenas resultaron audibles, pronunció las palabras finales del rito:

—Digo la Vía. Y la Vía está abierta.

Se escuchó un sonido que iba más allá del sonido. Surgió de lo más profundo de su alma, y atravesó arrasador su psique y su conciencia como un monstruoso martillazo. En algún lugar, en otra dimensión, Karuth lanzó un grito de dolor, sorpresa y triunfo a la vez, y bajo sus pies el círculo negro se abrió a un vórtice de vacío total. Un rayo de luz negra surgió a través del vórtice, un rayo de energía pura rugiente que estalló en el Salón de Mármol mientras el poder chisporroteaba en sus arterias y casi le paraba el corazón. Sintió que caía, hundiéndose en un universo de relámpagos y estrellas que giraban; el vórtice se aproximaba a ella, abriéndose más y más...

De pronto se encontró de pie en el centro del círculo negro; a su

Librodot

alrededor, el Salón de Mármol permanecía silencioso y tranquilo.

Karuth parpadeó. Fue un movimiento involuntario. La escena que tenía ante sí desapareció por un instante y luego regresó. La tenue neblina, las columñas, las imponentes estatuas; nada había cambiado. Todo era normal.

Se vio sacudida por un gran escalofrío. ¿Qué había sucedido? ¿Qué había hecho? Recordó... Pero no, el recuerdo se había perdido como si una mano sobrenatural hubiera pasado por su mente, borrándolo. Entonces pensó en Calvi y dirigió una rápida mirada a las estatuas. Allí estaba, agachado junto al pedestal central con las figuras gemelas de Yandros y Aeoris que descollaban sobre su cabeza. Sus miradas se encontraron. Él parecía un poco desconcertado.

—Calvi... —Encontrar su voz fue una extraña experiencia; era casi como si hubiera olvidado el habla y tuviera que hacer un esfuerzo consciente para volver a hablar—. ¿Qué ha ocurrido?

La piel en torno a los ojos de Calvi se tensó, y él movió la cabeza.

—No ha pasado nada, Karuth.

—Pero el ritual...

—Escuché las palabras. Te observé. Pero no pasó nada.

Se mordió el puño cerrado. ¿No habría cometido un terrible error? El ritual era muy sencillo; ¿quizás en ello estribaba el error? Tal vez había pasado por alto algún detalle pequeño pero esencial...

El sonido de los pasos de Calvi en el suelo de mármol hizo que alzara de nuevo la vista, y vio que él se le acercaba lenta y cautelosamente. Parecía tranquilo, pero en sus ojos había una expresión precavida, la expresión de un hombre que intenta acercarse a un animal desconocido, impredecible y posiblemente peligroso. Se detuvo en el borde del círculo y habló con tono lisonjero.

—Karuth, creo que deberíamos irnos. Si la puerta se abre ahora, creo que deberíamos salir de este lugar. —Vaciló; luego alargó el brazo y tocó el de Karuth con una mano titubeante—. No sé que estabas intentando hacer, pero creo que los dos debemos estar de acuerdo en que..., bueno, que no resultó como tú esperabas. Lo siento por ti, pero también me alegro. ¿Vendrás conmigo?

Karuth salió del círculo. Se sentía mareada, como si no hubiera dormido durante dos días o más. No tenía fuerza ni energía, y reconoció de pronto que quería marcharse, porque, si no lo hacía, la desilusión y la desesperación saldrían a flote en cualquier momento y no podría soportarlo.

—Sí —respondió con débil voz—. Te acompañaré.

Calvi exhaló un largo suspiro de alivio.

—No diré nada —afirmó—. Nadie tiene por qué saberlo. Confía en mí, Karuth.

Ella abrió la boca para intentar darle las gracias, aunque fuera con derrotismo y tristeza, pero se detuvo cuando vio que la expresión de Calvi cambiaba.

—Calvi, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que pasa?

Él no respondió. Movía la boca en silencio y tenía los ojos fijos, casi desorbitados, en algún punto detrás de Karuth. Ella se volvió.

Por encima del círculo del suelo de mosaico se había materializado un haz de oscura radiación. En él bailaban partículas resplandecientes, que subían hacia el techo como agua que discurriera a una velocidad imposible, y Karuth sintió que una fuerza increíble tiraba de su mente, empujándola hacia el haz.

Librodot

—¡Karuth, no lo hagas! —Calvi la sujetó cuando intentó acudir a la llamada de la luz negra. Karuth luchó, pero él no la soltó, y la arrastró hacia atrás, y así forcejearon en silencio. Entonces, de pronto, Karuth se llevó las dos manos a la cabeza y gritó. Se oyó un ruido —más tarde, Calvi fue incapaz de describirlo; sólo pudo decir que parecía el estruendo rugiente y agobiante de las enormes cadenas que controlaban la puerta principal del Castillo, pero mil veces más ominoso— y por un instante la imagen de una gran puerta negra se vislumbró dentro del haz de luz. Luego tanto la puerta como la luz desaparecieron.

Se escuchó un agudo crujido procedente de la más alejada de las estatuas.

—¡Aeoris! —Calvi dio un salto hacia atrás, soltó a Karuth e instintivamente hizo ante su rostro el gesto de los dioses, con los dedos separados. Karuth permaneció totalmente inmóvil. Sus ojos intentaban distinguir algo entre la niebla, intentaban verificar si la advertencia que su sexto sentido le había enviado era cierta o un espejismo enloquecedor y extraño...

La niebla tembló y la oscuridad enturbió la silueta de la estatua, oscureciéndola. Cuando se despejó, alguien estaba junto a su pedestal. Unos ojos de felino, que brillaban como esmeraldas, contemplaron a los dos seres humanos cogidos de la mano, que lo miraban con perpleja incredulidad; y en un marco de cabellos negros rizados y despeinados, unos labios delgados en un rostro aquilino sonrieron. Una mano de largos dedos se estiró en un gesto lleno de elegancia, y una voz impregnada de poder dijo:

—Saludos, Karuth. El Caos está en deuda contigo.

Karuth no podía hablar. Calvi la tenía cogida de la mano con tal fuerza que los dedos comenzaban a dormírsele, y cuando trató de soltarse, sólo consiguió que apretara más fuerte. La figura de cabellos negros, vestida de negro, giró la cabeza para contemplar al joven y la sonrisa apareció de nuevo.

—Nada hay que temer, Alto Margrave. No tengo ningún motivo para desear haceros daño.

Calvi soltó a Karuth bruscamente y retrocedió con rapidez un par de pasos. Con voz temblorosa, consiguió decir:

—¿Qui... quién sois vos?

—Mi nombre es Tarod.

Karuth sintió que el corazón se le encogía. Calvi no podía saberlo, y para el caso tampoco podían saberlo la mayoría de los adeptos del Círculo, pero ella había escuchado aquel nombre antes. Más de veinte años antes había sido pronunciado por un hombre agonizante en una silenciosa habitación; de todos los que habían sido testigos de las últimas palabras de Keridil Toln, sólo ella y Tirand quedaban con vida, y nunca habían hablado de lo que oyeron.

Por fin recuperó el habla.

—Entonces vos... —Tragó saliva— Vos sois el que...

Los brillantes ojos de Tarod se concentraron en su rostro; y aunque puede que estuviera engañándose, Karuth creyó ver una tenue aprobación en lo más hondo de su mirada.

—¿Así que hay quien todavía se acuerda? —dijo Tarod—. Sí, soy el hermano de Yandros, el que se encarnó en forma humana antes del tiempo del Cambio.

Calvi emitió un sonido ahogado e involuntario, y el color desapareció de

Librodot

sus mejillas.

—¡Oh, no! —exclamó—. No... Karuth... Karuth, ¿qué has hecho? —Se volvió hacia ella en frenética súplica—. ¡Hazlo regresar! Los lazos con el Caos se han roto; no puedes desobedecer al Círculo, no puedes desobedecer al señor Ailind...

—¿Ailind? —El tono de voz de Tarod cambió, y la repentina malevolencia en su voz dejó la frase de Calvi a medio terminar. Despacio, casi con descuido, Tarod comenzó a andar hacia él. Los ojos de Calvi se desorbitaron de miedo e intentó retroceder nuevamente, pero el señor del Caos hizo un pequeño gesto con una mano y el joven se quedó tieso, incapaz de moverse.

—Alto Margrave —dijo Tarod—, creo que hay uno o dos malentendidos que tú y yo debemos aclarar antes de que digas más tonterías. Ailind, o el señor Ailind, si así te gusta llamarlo, no tiene ningún poder sobre mí, y menos poder del que quiere creer que tiene sobre vosotros. Por mucho que desee que sea de otra manera, los principios del Equilibrio que nosotros los del Caos impusimos hace cien años no pueden ser derribados por el capricho de un diosecillo arrogante o —miró con fijeza a Karuth— para encajar con los prejuicios de los seguidores de ese diosecillo. Así como el Sumo Iniciado decidió abrir el camino a los señores del Orden cuando el Círculo estaba en apuros, Karuth ha decidido tomar el camino opuesto e invocar al Caos.

Calvi no podía moverse, pero sí hablar. Con más valor del que Karuth hubiera supuesto en él, tartamudeó:

—Pero ella no tiene derecho...

—Al contrario, tiene todo el derecho. Como adepto de alto nivel del Círculo, cuenta con la sanción de los dioses.

Aquello hizo callar a Calvi; y por el terror muy real que comenzaba a asomar en su mirada, Karuth supo que sólo ahora, tras su bravata, empezaba a darse cuenta de con qué clase de ser estaba tratando.

Tarod se paró ante el joven y le miró. Calvi cerró los ojos.

—Eres joven e inexperto, Calvi —dijo Tarod con bastante suavidad—, pero no creo que seas estúpido. Desde luego no eres tan estúpido como para enredarte en un asunto que sólo concierne al Círculo y a sus dioses. ¿Te juzgo mal?

La mandíbula de Calvi temblaba, pero todavía se resistía a acobardarse del todo.

—Tengo una responsabilidad... —respondió con los labios apretados.

—Para con los habitantes de este mundo mortal, que ven en ti a su gobernante seglar. Pero no para con Tirand Lin, ni el Círculo, ni con los señores del Orden. Ahora —tocó levemente la frente de Calvi con una mano—, sal de este Salón. Nada tienes que hacer aquí y deseo hablar con Karuth a solas. —Sus verdes ojos se entrecerraron cuando Calvi pareció estar a punto de protestar—. No pongas a prueba mi paciencia, mi joven amigo, o tendré que enseñarte la verdadera naturaleza de mi poder.

Una vez más, Tarod movió ligeramente los dedos. Calvi se quedó con la boca abierta y su rostro adquirió un color fantasmal; sus ojos, a punto de salirse de las órbitas, miraron a través de la oscura figura de Tarod y más allá, centrándose en algo invisible para Karuth.

—No... —Su voz sonó penetrante e incoherente, mientras le caía la saliva por las comisuras de la boca—. ¡No, por favor, eso no, por favor, no...!

Tarod pestañeó, y Calvi giró sobre sí mismo, como si una mano enorme

Librodot

e invisible le hubiera soltado un tremendo bofetón. Procedente del otro lado del Salón se oyó un débil sonido, y la puerta de plata se abrió.

—Déjanos —ordenó Tarod en voz baja.

Calvi emitió un sonido que parecía un sollozo de locura y huyó. Karuth, al verlo marchar y al escuchar la puerta cerrarse tras él, sintió una confusa mezcla de emociones. Seguía enfadada con Calvi porque, por muy buenas que fueran sus intenciones, había querido meterse en sus asuntos, y su ira se veía alimentada por el convencimiento de lo cerca que había estado de echar a perder aquello por lo que Karuth tanto había arriesgado. Pero al mismo tiempo lo compadecía. No sabía, ni quería saber, qué visión le había mostrado Tarod en aquel momento; pero ahora, al mirar de reojo el impasible rostro del señor del Caos, quien también observaba la partida de Calvi, sintió un estremecimiento helado en su interior al comprender que sólo su aterrorizada rendición le había evitado al joven algo mucho peor.

De pronto, Tarod volvió la cabeza.

—No te preocupes por él, Karuth. No sufrirá un daño duradero.

Ella se puso pálida y Tarod se rió.

—Y no temas: no estoy leyendo cada pensamiento perdido que pasa por tu cabeza. Aunque Ailind quisiera hacerte creer otra cosa, no tenemos, ni desearíamos tener, una visión interior tan extrema de las mentes humanas. Pero somos tan capaces como cualquier persona de ver lo evidente, y tu cariño por el joven Alto Margrave es muy transparente.

Ella siguió mirando la puerta de plata.

—Si fuera a buscar a mi hermano...

—No lo hará. Correrá a refugiarse en su habitación y permanecerá en ella un buen rato. Tiene demasiado miedo de volver a molestarme, y está demasiado confundido respecto a lo que verdaderamente piensa o cree. Además, aun cuando fuera a contarle chismes a Tirand, nada conseguiría, porque estará dando la alarma demasiado tarde. —Sonrió—. Te damos las gracias por ello, Karuth. Has demostrado gran valor, y ésa es una cualidad que el Caos aprecia.

Karuth bajó por fin la mirada y contempló el suelo. Resultaba difícil creer que no estaba soñando, que no iba a despertarse de un momento a otro para encontrarse en su cama en el frío oscuro de la madrugada. Conversar con un dios... Pero ni siquiera era eso, porque ya había pasado antes por aquella amarga experiencia. No, era el mismo Tarod quien la desorientaba. Era tan distinto de Ailind del Orden... Le hablaba como si fuera una igual, incluso una amiga. Y a pesar de lo que le había hecho a Calvi, la pequeña demostración de poder que debería haberla aterrorizado, no le daba miedo en la forma en que lo hacía Ailind. Entonces recordó lo que Strann había dicho de su encuentro con Yandros y se preguntó si no era ésa la clave. ¿No sería que los señores del Caos, como indicaba su nombre, obtenían un perverso placer en invertir todas las convenciones y expectativas de los humanos y, por lo tanto, aquello era ni más ni menos que lo que podría haber esperado?

Incapaz de responder a la pregunta, dijo en voz baja:

—Gracias, mi señor. Pero si he de ser sincera, debo confesar que ni siquiera sé qué he hecho.

La suave y delicada risa de Tarod agitó resonancias en la niebla.

—No, supongo que no lo sabes —contestó—. El Castillo tiene muchas propiedades que los adeptos han olvidado o que nunca descubrieron, y el ritual que usaste esta noche para abrir el camino es uno entre la legión de

Librodot

sortilegios que el Círculo desconoce, aunque fueron algo corriente entre los hechiceros del lejano pasado. —Le dio la espalda y comenzó a andar hacia el mosaico negro—. Te diré lo que has hecho esta noche, Karuth. Abriste la puerta de un antiguo camino en desuso entre vuestro mundo y el dominio del Caos. Es una senda muy antigua, anterior a cualquier hito en vuestra historia, porque fue forjada con estos mismos cimientos cuando se creó este Castillo hace miles de años. El Salón de Mármol se construyó a su alrededor como portal, y aunque hay muchos otros caminos por los que podemos viajar entre nuestro mundo y el vuestro, éste es, de lejos, el más potente. Lo llamamos la Puerta del Caos.

—La Puerta del Caos... —Las palabras resonaron en el Salón de forma extraña cuando Karuth las repitió pensativa—. Nunca oí nada parecido, mi señor.

—No, ni lo ha oído ningún mortal desde hace generaciones. Durante muchos siglos utilizamos la Puerta, hasta que fue cerrada. Cómo y por qué sucedió eso es asunto que no te incumbe, pero el camino fue sellado y se arregló el asunto de manera que el sello sólo pudiera ser roto por nuestros siervos mortales y no por nosotros. —Torció los labios un poco—. Sin embargo, el tiempo suele hacer que se pierda la memoria humana, y no pasó mucho tiempo antes de que nuestros siervos olvidaran no sólo el sortilegio que abría la puerta otra vez, sino incluso que existía tal camino. Ahora, no obstante, la has sacado de su letargo y al hacerlo has colocado en nuestras manos un arma antigua y valiosa. —Giró sobre los talones y la miró—. Un arma que necesitamos utilizar con urgencia.

—¿Contra la usurpadora?

—Sí. Y no sólo por vuestro bien. También por el nuestro.

—Ah... —dijo Karuth.

La expresión de Tarod se tornó severa.

—Sí, conoces nuestra difícil situación, ¿no es así? Y gracias a Strann, el *Narrador de Historias,* también la conocen nuestros enemigos en el reino del Orden.

Karuth asintió tristemente.

—Pero ¿cómo lo iba a saber Strann, mi señor? Lo engañaron, no se dio cuenta de quién era Ailind...

La interrumpió, rechazando su argumento con gesto impaciente.

—Si Strann fue víctima de un engaño o sencillamente fue imprudente no tiene importancia. Lo que importa es el hecho de que cometió un gran error por el que puede que ahora tengamos que pagar un precio terrible.

—No comprendo.

—¿No? —dijo Tarod con un tono irritado—. ¿No se te ha ocurrido a ti sola? ¿No te has dado cuenta de lo que Ailind y sus escrofulosos compañeros de camada quieren hacer? No, ya veo que no. Eres muy ingenua, Karuth.

De pronto comprendió, y su rostro quedó paralizado de horror.

—Oh, pero...

—¿Sí?

—¿Los señores del Orden quieren que Ygorla cumpla su amenaza? ¿Quieren destruir la gema?

—Claro. Porque si lo consiguen, destruirán el Equilibrio y obtendrán el poder para gobernar vuestro mundo de forma indiscutible.

Se quedó estupefacta.

—¡No pueden! ¡Seguro que no quieren ver el Equilibrio derribado!

Él soltó una risita despreciativa.

Librodot

—Precisamente eso es lo que quieren y lo que siempre han querido. Olvidas vuestra propia historia, Karuth. Los señores del Orden no escogieron el Equilibrio; se lo impusimos, ¡y nunca, nunca se han sometido a él de buena gana! —Se volvió a mirar las estatuas, pero Karuth sospechó que no las veía realmente, y un aura negra cobró vida alrededor de su cuerpo—. Hay que parar a Ailind y a su maestro titiritero, Aeoris. Y deben volver a aprender la lección... ¡esta vez más a fondo!

La miró de repente, y Karuth retrocedió al ver el veneno que ardía en su mirada. En un instante, todas sus suposiciones, todas sus conclusiones acerca del Caos y sus señores, desaparecieron. Se había permitido contemplar a aquel ser casi como si fuera humano; ahora supo que eso era una locura. Puede que en una ocasión Tarod adoptara forma mortal en el mundo, pero era tan humano como los elementales que acechaban en sus peores pesadillas, y era mil veces más peligroso que nada que pudieran conjurar aquellas pesadillas. Se había quitado la máscara y la había hecho pedazos, y lo que ahora tenía delante Karuth, con los ojos ardientes de color esmeralda, el cabello negro y el rostro salvaje y sombrío, era una encarnación del infierno.

—Nos has abierto el portal, Karuth —dijo Tarod, y su voz hizo que a Karuth se le estremecieran de terror los huesos—. Has invocado la ley del Equilibrio y nos has permitido entrar en tu mundo sin romper el pacto que hicimos con tus antepasados hace casi un siglo. Ahora que estoy aquí, no me iré hasta que este conflicto haya sido resuelto. Pero ¿y tú? ¿Tienes la fuerza para llegar hasta el final de lo que has iniciado? ¿Tienes el valor para caminar junto al Caos y abrazar su causa como si fuera tuya?

A Karuth le temblaba todo el cuerpo. No podía impedirlo; los espasmos se habían apoderado de ella y la sacudían como si fuera presa de una fiebre más violenta que cuantas había visto. No podía contestarle. No le surgían las palabras y su mente era un torbellino de terror y confusión. ¡No podía afrontar aquello! Era humana y no tenía ni verdadero poder ni verdadero coraje; antes ya había sido cobarde, y probablemente la cobardía la haría fracasar otra vez. No podía estar a la altura de lo que Tarod le pedía.

De su garganta brotó un sonido tembloroso, azogado y roto, y se cubrió el rostro con ambas manos. De pronto, unos dedos delgados le tocaron el hombro y dio un respingo como si hubiera sido atravesada por una flecha. Luego alzó la mirada.

Tarod la contemplaba. El aura oscura y la imagen demoníaca habían desaparecido; sólo sus verdes ojos seguían brillando con un fuego sobrenatural.

—No exijo tu respuesta ahora, Karuth —dijo—. Sabemos cuáles son tus debilidades, como también conocíamos las de Strann. No esperamos de ningún mortal más que aquello que ese mortal sea capaz de darnos.

No esperó a que ella respondiera —en el caso de que hubiera sido capaz de hacerlo—, sino que se dirigió hacia la puerta de plata. Karuth lo observó alejarse, un espectro negro alrededor del que se enroscaba y resplandecía la niebla. Desapareció, y se quedó sola en el Salón de Mármol.

«Oh, dioses —pensó desesperada—, ¿qué voy a hacer?» Por un instante, y a fuerza de la costumbre, estuvo a punto de enviar una silenciosa súplica a Yandros; luego, cuando se dio cuenta a tiempo de su error, soltó una risa seca y rota que provocó ecos disonantes entre las columnas. Cuando la risa se extinguió, hipó, se pasó el dorso de la mano por la boca... y se quedó inmóvil, con la mirada fija en las siete estatuas.

El Orden y el Caos. Las deidades del mundo de los mortales, impresionantes en el poder que ostentaban. Se había enfrentado a un señor del Orden y se había enfrentado a un señor del Caos, y ambos la habían aterrorizado. Ailind, arrogante, rudo e implacable. Tarod, más amable pero caprichoso y peligroso de una manera que rozaba la locura. Aun así...

Miró el rostro esculpido de Yandros sonriente. Luego a Aeoris, indistinguible de sus hermanos. «¿Es que ya no te arrodillas ante tus dioses, Karuth Piadar?» Al recordar las palabras llenas de desprecio de Ailind, se mordió con fuerza el labio inferior. «Si me desafías, te atendrás a las consecuencias. No toleraré desobediencias. Se te tolera.»

La ira regresó, la ira conocida, amarga, impotente, y su intensidad la asombró. «Se te tolera.» Tolerancia de un amo inflexible, de alguien que quería destruir para siempre el Equilibrio y restaurar la supremacía del Orden. La furia de Karuth alcanzó nuevas cotas y pensó: «Mejor la locura que eso». Mejor la locura que había visto en los ojos de Tarod, la locura del Caos desencadenado, que vivir bajo el yugo idiotizante de la desconfianza y el odio que el Orden sentía hacia todos quienes se atrevían a ir en su contra. No podía aceptar semejante perspectiva. Era intolerable.

Dio la espalda a las estatuas y escudriñó la niebla. Sabía que en su corazón la decisión ya estaba tomada y que dudar más tiempo tan sólo retrasaría lo inevitable; bruscamente se recogió la falda y corrió hacia la puerta de plata. Estaba abierta. Lanzó una última y rápida mirada a los vibrantes colores a su espalda, y luego se dirigió corriendo por el pasillo hasta la biblioteca. La sala abovedada estaba a oscuras; descuidadamente, quizá sin pensarlo, Tarod había apagado las antorchas con un gesto al pasar, y Karuth avanzó a tientas hacia la puerta, reprimiendo juramentos de dolor cada vez que se golpeaba los pies o las espinillas contra obstáculos invisibles. La puerta oscilaba suavemente sobre sus goznes, y subió a trompicones la escalera de caracol, sintiendo que el aire helado de la noche salía a su encuentro a medida que se acercaba a la superficie. Atravesó la puerta exterior y salió al patio; se detuvo consternada. Desde las ventanas del Castillo se veían luces que brillaban sobre la nieve, dando a su manto gris una suave pátina dorada, y las luces le mostraron que el patio estaba desierto. No había nuevas huellas que salieran de la puerta donde ella se encontraba, y el único sonido era el apagado rugir del mar a los pies del macizo. Tarod había desaparecido.

Durante unos instantes, Karuth permaneció inmóvil, desconcertada. Entonces una sombra se movió bajo el pórtico que unos momentos antes estaba desierto.

Tarod extendió una mano cuando se le acercó, y ella la cogió, aunque sus dedos temblaban por algo más que el frío. Cuando intentó explicarse, él meneó la cabeza y le sonrió, una sonrisa cómplice que casi hizo que la abandonara el valor.

—¿Dónde está Ailind? —preguntó Tarod en voz baja.

Tras las cortinas echadas del comedor se adivinaba el resplandor de las antorchas, y con una ligera sorpresa, Karuth se dio cuenta del poco tiempo que debía de haber transcurrido desde que había salido de la enfermería para ir a la biblioteca. Ailind debía de estar todavía en el comedor, pensó, con Tirand y los otros adeptos superiores, interpretando la charada del marinero náufrago que había decidido mantener.

Lo explicó, y vio que Tarod asentía.

—Muy bien. Creo entonces que iremos a saludar a nuestro amigo del

Librodot

reino del Orden.

Se volvió hacia los escalones que llevaban a la puerta principal, pero la voz de Karuth lo hizo detenerse.

—Mi señor Tarod...

Él se volvió.

—¿Qué pasa?

No sabía si se atrevería a decirlo, pero supo que debía hacerlo. Juntó las manos y sintió que le sudaban las palmas.

—Vos... —*Ayudadme* —pensó—, *ayudadme*—. Si el Caos ha sido debilitado por la pérdida sufrida..., ¿tenéis el poder para enfrentaros a él? Me da tanto miedo que...

Su voz se perdió. Tarod la observó pensativo durante unos instantes. Después volvió a sonreír y miró al cielo. Alzó el brazo izquierdo, sin ningún gesto dramático, tan sólo un movimiento tranquilo, e hizo una señal.

Más allá de los muros del Castillo, más allá del macizo, lejos, muy lejos mar adentro, un aullido sobrenatural estremeció la fría noche. En el límite septentrional del mundo, una débil radiación surgió con colores oscuros y espectrales que comenzaron a teñir el cielo encapotado, y los colores cuajaron en bandas que a su vez dieron forma a una rueda que giraba lenta pero inexorable. Las piedras del Castillo empezaron a vibrar con una antigua empatia, y la energía chisporroteó entre dos de las altas torres, contestada por un plateado y silencioso resplandor muy alto en el cielo. Karuth tuvo la sensación de que la sangre se le secaba en las venas y sintió el terror atávico instilado en su raza a través de miles de años, cuando el Warp, el heraldo más antiguo y mortífero del Caos, reunió su poder y avanzó hacia la Península de la Estrella. El aullido espectral creció hasta convertirse en un chillido, como el ulular de las almas condenadas, y las estrías de luz azul y verde ácido danzaron cruzando el cielo como si la bóveda celeste fuera una concha, y la concha estuviera abriéndose.

Tarod le cogió la mano, y ella apartó la mirada hipnotizada del monstruoso fenómeno que se les venía encima. Una colosal luz carmesí iluminó el rostro de Tarod, y por un instante la máscara de humanidad volvió a caer y Karuth vio el rostro desnudo del verdadero poder del Caos.

—Vamos, Karuth —indicó él—. Esta noche no tienes nada que temer.

La enorme y fantasmal rueda giraba sobre sus cabezas, y sus radios de color negro, verde, púrpura e índigo surcaban el cielo. La energía pura chisporroteó una vez más cuando las torres respondieron a la terrible canción del Warp, y una red de cegadores resplandores plateados cruzó el firmamento. El terror de Karuth desapareció, y en su lugar sintió la primera sacudida de una excitación tenebrosa y emocionante. Se acercó al señor del Caos, y los relámpagos sobrenaturales arrojaron la sombra de Tarod sobre ella mientras se dirigían juntos hacia los escalones y la puerta del Castillo.

Librodot